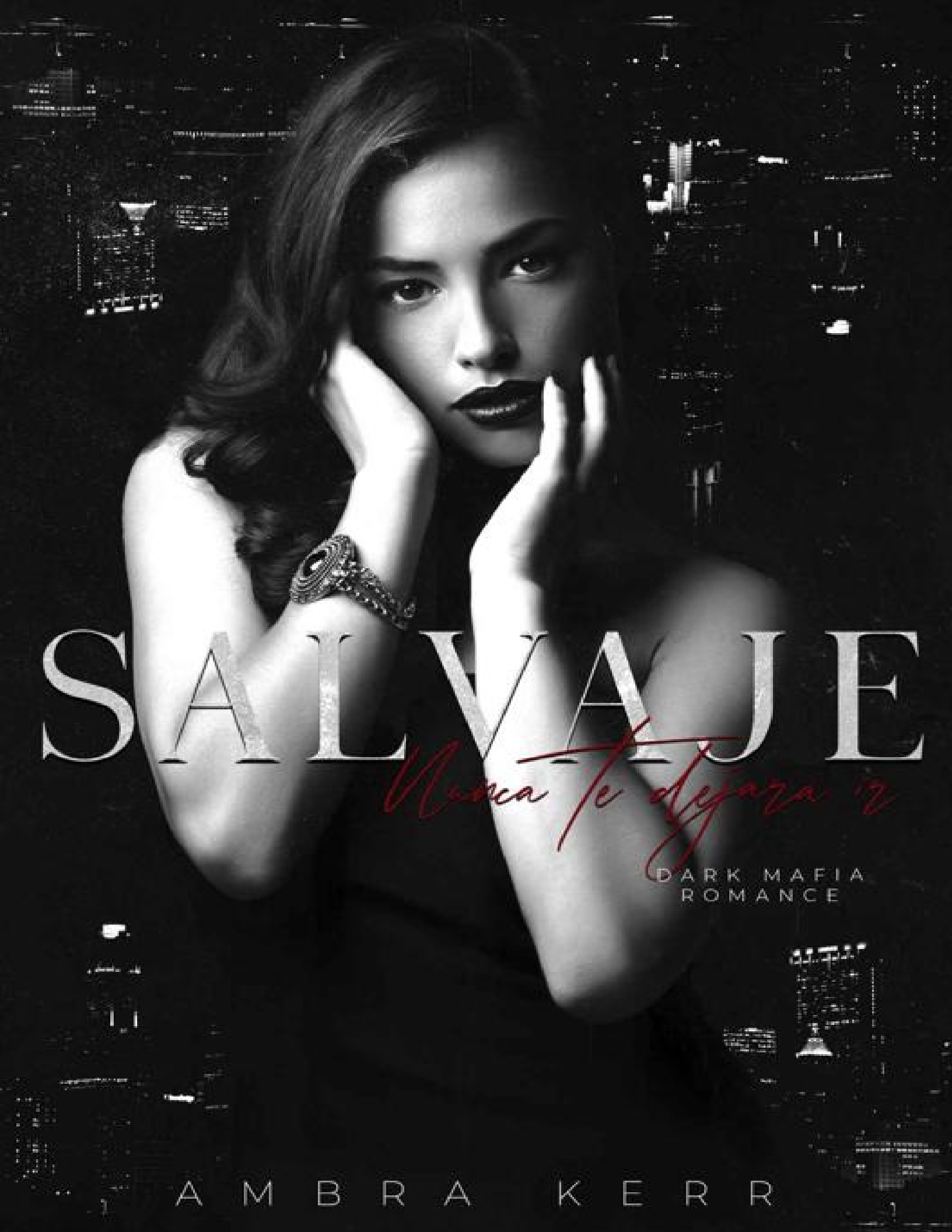




SALVAJE

Nunca te dejara ir

DARK MAFIA
ROMANCE

A M B R A K E R R

SALVAJE

AMBRA KERR
COSIMA KINCAID

Copyright © 2024 por Ambra Kerr

Primera edición 2022

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta utilizando imágenes de Shutterstock, Rawpixel.

Página de créditos:

Ambra Kerr

c/o Block Services

Stuttgarter Str. 106

70736 Fellbach

CONTENTS

[Advertencia de contenido sensible](#)

[Glosario](#)

[PLAYLIST](#)

[Prologue](#)

[Prologue](#)

1. [Rafael](#)

2. [Andra](#)

3. [Rafael](#)

4. [Andra](#)

5. [Rafael](#)

6. [Andra](#)

7. [Rafael](#)

8. [Andra](#)

9. [Rafael](#)

10. [Andra](#)

11. [Rafael](#)

12. [Andra](#)

13. [Rafael](#)

14. [Andra](#)

15. [Rafael](#)

16. [Andra](#)

17. [Andra](#)

18. [Rafael](#)

19. [Andra](#)

20. [Rafael](#)

21. [Rafael](#)

22. [Andra](#)

23. [Rafael](#)

24. [Andra](#)

25. [Rafael](#)

26. [Andra](#)

27. [Rafael](#)

28. [Andra](#)

[Epilogue](#)

29. [Información Importante](#)

ADVERTENCIA DE CONTENIDO SENSIBLE

Atención. Existe la posibilidad de que a lo largo del libro te enamores del protagonista. Definitivamente no es el típico chico bueno de al lado, es moralmente cuestionable y para nada un santo, pero de alguna manera parece lograr conquistar corazones en serie. ¡Queda advertido!

Advertencia de contenido sensible: Escenas explícitas de sexo y violencia

GLOSARIO

RANGOS DENTRO DE UN CÁRTEL

Capo › Jefe

Teniente › Lugarteniente

Sicario › Asesino a sueldo

Halcón › Vigía

El arma más poderosa en la tierra es el alma humana encendida - Ferdinand Foch

PLAYLIST

IRIS - THE GOO GOO DOLLS
RIVER - BRKN LOVE
BIG BAD WOLF - ROSES & REVOLUTIONS
STILL FALLING FOR YOU - ELLIE GOULDING
MIDDLE OF THE NIGHT - RAIN PARIS
505 - ARCTIC MONKEYS
BENEATH YOUR BEAUTIFUL - LABRINTH FEAT. EMIL SANDÉ
TEETH - 5 SECONDS OF SUMMER
TILL DEATH DO US APART - ROSENFELD
HIGH WATER - BISHOP BRIGGS
WRECKING BALL X NOTHING COMPARES 2 U - MILEY CYRUS
NEED YOU NOW - LADY A
YELLOW - COLDPLAY
YOU FOUND ME - THE FRAY
YOU AND I - LADY GAGA
WAVES - DEAN LEWIS
I WANNA BE YOURS - ARCTIC MONKEYS
BETTE DAVIS EYES - TAYLOR SWIFT
ENJOY THE SILENCE - ANBERLIN
OUTNUMBERED - DERMOT KENNEDY
TIP TOE - PATRICKREZA
THE WALL - PATRICKREZA

PROLOGUE

¿Cuánta gente se encontraba a los veintiocho años frente a los escombros de su vida?

Al parecer, bastaba una sola noche para que todo diera un giro de ciento ochenta grados. Había sido una esposa y madre feliz. Ahora había enterrado a mi hija y estaba a punto de firmar el documento que también sepultaría mi matrimonio.

No soportaba ni un día más en esta ciudad. Cerca del cementerio. De la casa donde todo se había destruido. Cerca de él.

Solo le había pedido una cosa. Una única cosa: proteger a ese pequeño ser que no podía defenderse por sí mismo y que no había elegido nacer en una familia que formaba parte de un cártel, sobre cuya espalda se cernía una diana cada segundo del día.

Pero Rafael había tomado otra decisión. La de priorizar mi protección sobre la de ella. Poner mi vida por encima de la suya. Salvarme a mí, aunque yo hubiera estado más que dispuesta a sacrificar mi propia vida si eso hubiera significado que ambos salieran con vida de todo aquello.

Pero él no la había protegido. Solo se había vuelto un berserker cuando ya era demasiado tarde para ella. Cuando ya le habían cortado la garganta y acabado con una vida inocente. Porque no sentían remordimientos. Porque les daba igual perder su propio honor. Solo se trataba de causar el mayor daño posible, y lo habían logrado.

No solo mi hija había muerto esa noche. También la hermana de Santiago, la hija del hombre cuyo cártel había sido atacado. Se habían ensañado con las mujeres. La hermana de Santiago, su madre, mi hija... las mujeres y los niños de los soldados que trabajaban con el cártel. Tantos muertos, y los pocos que habían sobrevivido... en realidad, yo no quería formar parte de ellos.

Un sabor amargo se extendió por mi boca cuando dirigí la mirada hacia Rafael. Mi aún esposo. No tenía derecho a quitarme esa decisión. La suya había sido egoísta. Centrada en lo que él quería.

Yo ya tenía casi tres décadas a mis espaldas. Nuestra hija ni siquiera había vivido un año.

No bastaba con que hubieran ajusticiado a todos los responsables y los hubieran matado de la manera más brutal. No me satisfacía. No mitigaba el dolor. La sensación de traición.

Y, sobre todo, no reparaba lo que Rafael había destruido con sus propias manos.

El pensamiento me robaba el aliento. Lo amaba. Desde hacía muchos años. Pero con su elección me había arrancado el corazón, y ahora ya no soportaba que extendiera su mano hacia mí, que se me acercara o que intentara de cualquier otra manera arreglar el error.

No podía perdonarlo. No ahora. No mientras me encontrara constantemente cerca de él. No mientras otras víctimas de aquella noche aún estuvieran en peligro de muerte. Desde hacía semanas.

A través del velo de lágrimas, apenas podía distinguir lo que decía el papel que me habían

presentado para firmar, pero aun así tomé el bolígrafo y lo apoyé para escribir mi nombre debajo.

Automáticamente, extendí la otra mano hacia Santiago, que estaba sentado a mi lado y, por tanto, entre nosotros. Las dos personas que se reunían para enterrar los últimos diez años.

Por supuesto, Rafael no quería nada de esto. No quería el divorcio. No quería que me fuera a los Estados Unidos. Tampoco quería que dejara atrás el cártel y con ello le diera la espalda a una vida en la que me había metido voluntariamente. Aun así, me permitía todo esto sin hacerme ningún reproche.

Porque había intentado llorar junto a él. Poner un enorme parche sobre la herida con la esperanza de que sanara mientras no miraba. Sin embargo, la verdad era diferente. Cada vez que miraba en su dirección, me venía a la mente que él tenía la vida de nuestra hija en su conciencia.

A estas alturas había tanto silencio que podía oír cómo mi bolígrafo arañaba el papel. Tan pronto como hice el último trazo, aparté los documentos de mí, aliviada de haberlo superado. No podía empezar una nueva vida si seguía siendo la esposa de la mano derecha del *kingpin* del cártel Rojas. Dicho hombre me ofreció ahora su mano con la palma hacia arriba y la agarré como si eso me fuera a salvar de ahogarme en las olas embravecidas que reinaban en mis pensamientos.

Me levanté antes de que Rafael hubiera terminado de firmar todo. Tal vez era cobarde. Una huida. Escapar de las cosas a las que no podía enfrentarme en ese momento. ¿Me reprochaba por ello? Apenas. Para eso habría tenido que sentir algo más que el dolor entumecedor en mi pecho.

Fuera de la puerta, me apoyé contra la pared y cerré los ojos, todavía consciente de la presencia de Santiago.

—Ya conoces mis condiciones, Andra —dijo en voz baja, con un tono de advertencia en su voz.

Tenía que salir de aquí. ¿Cuánto tiempo más podría mantener la compostura, conservar una apariencia tranquila?

—No te preocupes, me las has repetido lo suficiente —murmuré y apreté los ojos antes de presionar las palmas de mis manos contra ellos. Las estrellas explotaron detrás de mis párpados.

—Quiero oírlas.

—Tengo que ponerme en contacto contigo regularmente. Sobre todo si hay problemas. Me mantienes vigilada y si algo sale mal, solo hace falta una palabra tuya y volveré —recité lo que me había inculcado cientos de veces—. Asegúrate de que no le pase nada, ¿de acuerdo?

—Todavía tienes la opción. Quédate y ocúpate tú misma.

Automáticamente negué con la cabeza, sin siquiera mirarlo. —No puedo.

El nudo en mi garganta me impidió decir una palabra más, así que abracé a Santiago, porque ni siquiera podía dejar que el hombre en cuyos brazos realmente quería estar se acercara a mí sin sentir la necesidad de huir.

Él me había traicionado. Y ahora lo dejaría atrás para salvarme a mí misma.

PROLOGUE

Di la espalda al escenario y volví mi atención hacia la borrosa multitud de espectadores que se extendía por todo el recinto, balanceándose al ritmo de la música. Las luces giraban sobre los asistentes al concierto, cambiando cada vez que el espectáculo de láser se modificaba. Con los brazos cruzados, vigilaba el entorno, al igual que los otros tres hombres presentes.

Santiago Rojas no era capaz de encerrar a su esposa dentro de la fortaleza, ni siquiera cuando llevaba en su vientre el bien máspreciado que el cartel podía mostrar en ese momento.

Mientras Talia parecía disfrutar del concierto, y Adriano y los otros dos hombres no parecían adversos a la música, toda la situación me provocaba una rigidez interna que apenas podía superar.

Habría asistido a cualquier otro evento sin pestañear. Pero la mujer en el escenario, no era cualquier mujer. No, por supuesto que no. Talia tenía una debilidad —bastante comprensible— por la música de mi ex esposa e insistió en ver su maldito set en vivo cuando actuara en Málaga.

Naturalmente, Santiago me había ofrecido encontrar un reemplazo, pero si éramos honestos el uno con el otro, solo había unas pocas personas a las que confiábamos la seguridad de Talia y su hijo, y... bueno. Ahora me encontraba en el concierto de mi ex esposa, al que hace meses había dicho que definitivamente no asistiría.

—Pareces que estás a punto de matar a alguien —me hizo saber Talia, después de inclinarse hacia mí.

Incliné la cabeza. Sonaba tentador. Malditamente tentador. ¿Tal vez al tipo que estaba dos filas más allá y que no dejaba de mirar en dirección a Talia? ¿O al tipo de seguridad que se creía el dios de la noche?

—Solo me estoy ocupando de tu seguridad —respondí finalmente y enfoqué mi atención en el entorno, aunque se volvía más difícil minuto a minuto.

—Deberías ver el concierto, Rafi. Ella es... —La última parte de su comentario se perdió en el rugido de la multitud. Qué bueno que era capaz de completarlo por mi cuenta.

¿Es fenomenal?

¿Es extraordinaria?

¿Fantástica?

¿Incomparable?

¿Única?

¿Es todo eso y mucho más?

¿Es la mujer más ardiente que jamás ha pisado esta tierra?

Tantas posibilidades para terminar esa maldita frase.

—No necesito verla —respondí de mala gana, con un leve gruñido en la voz. No necesito

verla. En vivo. Y en color. Viva. En el elemento que ahora la define. No necesitaba verla para ser consciente de su presencia y de la molesta sensación en mi pecho. *Anhelo*.

Porque estar en medio de la multitud no era lo suficientemente cerca. En principio, estábamos tan lejos el uno del otro como siempre: ella en los Estados Unidos, yo en Málaga. Ella en la Tierra, yo en la Luna.

Sentí la mano de Talia en mi antebrazo y maldije su maldita empatía. Sin embargo, no me ayudó más que la frase *I came in like a Wrecking Ball* retumbando a través de los enormes altavoces.

Como una bola de demolición. Andra tenía razón en eso.

Más o menos el mismo efecto tenía esta noche en mi bienestar general, que en ese momento se precipitaba en una espiral descendente.

Ignoré la obra maestra que componían *Wrecking Ball* y *Nothing Compares 2 U*, mientras rezaba para que la noche terminara pronto y pudiéramos irnos antes de que sucediera algo.

Mi tormento personal alcanzó nuevas alturas cuando la música se detuvo y solo quedó la sensual voz de Andra transmitida a través de los altavoces.

—En los últimos años, en las entrevistas, siempre me han preguntado cómo llegué a cantar. En realidad, no suelo responder a esta pregunta.

Mierda. ¿Por qué precisamente hoy?

—No es algo de lo que uno deba estar orgulloso, pero la primera noche en la que temí por mi vida fue también la noche en la que me di cuenta del valor que tenía la música en mi vida. Tenía dieciocho años, estaba enamorada y él me salvó el culo. Desafortunadamente, también era una maldita cobarde y el pánico se había arraigado tan profundamente en mí que apenas podía respirar. Así que fuimos a ese lugar desde donde se podía ver toda la ciudad y luego me obligó a cantar todas las canciones que sonaban en la radio. Porque a él siempre le funcionaba. Así que... sin este hombre, no estaría en este escenario esta noche y sé que está aquí... ¿Rafael? ¿Me ayudas una vez más?

El nerviosismo en su voz. La tensión en la atmósfera. Talia, cuya cabeza se giró hacia mí y que me suplicaba con la mirada que no tomara una decisión equivocada. ¿Tenía siquiera elección?

¿Quería tenerla?

—Está bien, ¿sabes qué? Te ayudaré a tomar la decisión —continuó. Esta vez me di la vuelta, justo a tiempo para ver cómo le pasaban una guitarra eléctrica.

Automáticamente, levanté una ceja, sabiendo que era absolutamente incapaz de producir ni un solo tono limpio.

—¡Ve ya! —gritó Talia a mi lado y agitó la mano emocionada en dirección al escenario. Tal vez debería ser ella quien...

Cerré las manos alrededor de la barrera metálica y me elevé sin esfuerzo por encima de ella, a lo largo del pasillo donde se arremolinaba la seguridad. Bueno, cero puntos para el dios de la seguridad y uno para mí.

Mis pensamientos giraban en torno a todo menos a lo que estaba sucediendo. Sin embargo, la miré, al igual que ella a mí. Dentro de mí explotaron los mismos sentimientos que cuando nos encontramos por primera vez. Ella se había inclinado con naturalidad por la ventana abierta de mi coche y...

...y ahora volaba tan fuerte a mis brazos que todo mi sistema sufrió un maldito cortocircuito y los últimos once años en los que no la había visto desaparecieron en el nirvana. Así de simple.

La rodeé con un brazo, la apreté contra mí y respiré profundamente. Cada segundo que

pasaba iba acompañado internamente de una maldición.

Normalmente, siempre mantenía el control. Ahora el viento lo arrastraba en todas direcciones y me alegraba de poder mantenerme en pie.

Andra se separó, pero solo para pasarme la guitarra eléctrica y el equipo necesario. Ni siquiera fui capaz de seguir lo que le decía al público. En mi cerebro reinaba un completo vacío, como si su presencia anulara cualquier pensamiento.

Se movió a mi alrededor hasta que enganche mis dedos bajo su cinturón y la atraje de un tirón hacia mí y la guitarra, lo que provocó un sonido bastante interesante en los altavoces.

—Si cantamos una, cantamos la otra, *mi media naranja*, ¿entendido? —Y porque no importaba que estuviéramos en un escenario observado por miles de espectadores, deslicé una mano hasta su cuello y coloqué los dedos suavemente alrededor. Ella había sido mi esposa; podía tocarla como me placiera.

Hasta que se tensó, tragó saliva y finalmente asintió. Así que la solté y le hice el favor de que prácticamente nos gritáramos *Enjoy The Silence* el uno al otro en la cara. Como antes. Solo que esta noche no terminaría como aquella de hace tantos años.

Después de la canción, sentí que todo en mí se ablandaba y me dejé caer en uno de los dos taburetes. En realidad, asumí que se sentaría a mi lado, pero Andra se puso en cuclillas, con los codos apoyados en mi muslo. Me miró desde abajo, tan indefensa como entonces, después de que la rescatara de un hogar que hacía mucho tiempo que había dejado de serlo.

Estaba seguro de que no quería hurgar en el pasado y que se trataba de algo más que de impacto mediático, pero aun así no tenía ni idea de por qué lo hacía. Habría sido fácil ignorar mi presencia. No abrazarme como si eso aún tuviera algún tipo de peso. No mirarme de una manera que evocara mil y un recuerdos y me hiciera ver lo que ya sabía.

Nunca me libraría de esta mujer. Ni en diez años. Ni en veinte. Ni en doscientos. Aunque me odiara, y lo hacía apasionadamente, mi lealtad le pertenecía.

Qué irónico que ahora la obligara indirectamente con *Yellow* a cantar una canción sobre el amor. El sentimiento en ella que yo había matado para que tuviera una razón para seguir viviendo. Aunque eso significara dejarla ir.

No me engañaba. No había vuelta atrás. Esto era solo un fallo en la matriz. Un intento del destino de presionarme la cara contra el suelo y recordarme que mi felicidad había encontrado la suya en un mundo que no me incluía.

Y eso estaba bien.

Sabes que te quiero tanto... para decirlo en palabras de Coldplay.

RAFAEL

A veces, no era mala idea darle una salida saludable a todas esas emociones acumuladas en el interior antes del desayuno. O en otras palabras: ¿qué había de malo en matar a un hombre veinte minutos antes de que se esperara tu presencia en la mesa del comedor de la fortaleza de Málaga para comenzar el día con el jefe, su esposa y su hijo balbuceante?

Exacto. *Nada*.

Absolutamente nada.

No había ni una sola buena razón por la que no debiera clavar un cuchillo en las zonas reflejas del cuerpo de este hombre, que ya estaba medio muerto, y observar cómo se retorció incontroladamente, incapaz de mantener el control sobre su cuerpo.

Se podría decir que me satisfacía ver cómo el cuchillo se deslizaba en su carne y luego reaparecía con un sonido húmedo. Esto compensaba la noche anterior. La carrera arruinada. La pérdida total del coche destrozado que ahora se pudría en un garaje a las afueras de Málaga. El dinero del premio perdido y, sobre todo, el hecho de que ahora tenía que comprar un coche nuevo para las próximas carreras, porque mi mecánica había desaparecido hace años.

Así que la noche había sido un desastre y mi humor estaba en un punto condenadamente bajo. Algo que de ninguna manera quería descargar sobre personas que no tenían la culpa o que no tenían nada que ver con ello.

Después de todo, mi jefe no tenía ni la más remota idea de que no había dejado las carreras de coches e incluso a veces apostaba mi vida cuando quería saborear especialmente una victoria.

Por supuesto, el hombre atado frente a mí tampoco tenía la culpa, pero estaba aquí, culpable de otros crímenes contra el cártel y, en principio, su certificado de defunción ya estaba firmado de todos modos. Entonces, ¿qué había de malo en hacer que sus últimas horas fueran particularmente intensas? Prácticamente funcionaba como mi estimulante del ánimo. Si eso no era un honor que se le concedía.

Adriano también estaba presente y observaba cómo convertía el cuerpo del prisionero —no conocía su nombre y tampoco tenía interés en saberlo— en pequeñas tiras de filete.

—¿Estás seguro de que todo está bien? —ladró el italiano y, a cambio, solo recibió una mirada de advertencia de mi parte.

Levantó las manos en señal de apaciguamiento. Desafortunadamente, después de más de un año, ya no podía reprocharle que una vez hubiera pertenecido a las filas del enemigo, porque mientras tanto había demostrado su lealtad hacia nosotros más de una vez y se había vuelto tan valioso que había ascendido rápidamente en los rangos. Talia sabía cómo otorgar a su guardaespaldas las ventajas que necesitaba para olvidar que casi lo habíamos matado durante la tortura.

La misericordia era rara en nuestros dominios, y Adriano había demostrado su valor para nosotros aún más claramente, agradeciendo a Santiago por su indulgencia, aunque este había tenido todas las razones para mandarlo al diablo. La influencia de Talia simplemente no podía ser ignorada, aunque mi viejo amigo rara vez parecía darse cuenta de ello.

—¿Eso significa que hoy tenemos que hacer doble entrenamiento de nuevo? —continuó Adriano, prácticamente provocando que lo hiciera pasar todo el día fregando los alojamientos. Desafortunadamente, eso era desproporcionado y mi derrota de anoche tampoco era su culpa, así que me contuve, aparte de la mirada sombría.

En su lugar, me ocupé del hombre frente a mí, inhalé el olor ferroso de su sangre y me pregunté si todas estas personas como él no se habían dado cuenta hace tiempo de que era un error meterse con el cártel. Éramos más fuertes que nunca. Bien posicionados. La política dentro de la ciudad estaba alineada. No había problemas. Al menos ninguno grande; hombres como el que tenía delante seguían siendo uno. Creían que podían socavar la posición de Santiago y obtener una parte del pastel si solo vendían la información correcta a la persona adecuada.

Desafortunadamente, estaban cometiendo un error. Dmitrij Nikifarov nos había llamado en el segundo en que el pequeño bastardo apareció en su umbral para vender a Santiago y al cártel. Y luego nos lo entregó con un enorme lazo rojo.

Así es como se cultivan correctamente las relaciones entre la Bratva y el Cártel Rojas.

Incluso antes de que el tipo frente a mí diera su último aliento, limpié el cuchillo en su camisa roja sangre antes de volver a meterlo en la funda de mi cinturón y girarme hacia Adriano.

—Te encargarás de que el cadáver desaparezca, ¿verdad?

—¿De qué manera esta vez?

—Donación anónima a nuestro amigo del zoológico.

Adriano asintió, con los labios ligeramente torcidos. —Así que los leones vuelven a recibir un bocado especial.

—Llámalo como quieras, cuando vuelva, el tipo habrá desaparecido y toda la sangre estará limpiada. Entonces hablaremos sobre si hoy funcionas como guardaespaldas o si hay otras tareas pendientes. —En realidad, Talia era la única que podía darle órdenes a Adriano —sus palabras —, pero si quería mantenerse en nuestras filas, tenía que aceptar que yo también lo empujara de manera correspondiente. Hasta ahora, al menos no se había quejado.

Antes de dirigirme a la fortaleza, me lavé la sangre de las manos y me aseguré de que no hubiera manchas deladoras en mi ropa. Ramón era demasiado pequeño para entender algo de lo que ocurría a su alrededor, pero aun así todos nos asegurábamos de mantenerlo alejado de las peores cosas. Quizás por temor a que se convirtiera en alguien como Agustín —el ya fallecido sobrino de Santiago—, que había intentado traicionar al cártel.

Sin embargo, Ramón era hijo de Talia y Santiago, el resultado de dos personas que, a pesar del mundo en el que vivíamos, tenían una visión moral bastante clara. Además, eran buenos padres. Cariñosos. Este niño no sería puesto en peligro ni se despertaría un día en medio de un baño de sangre. Todos aquí nos encargábamos de ello.

Poco después, entré en la fortaleza remodelada —que servía como vivienda—, pasando junto a los dos guardias apostados junto a la puerta de la terraza que daba a la piscina. Durante un tiempo hubo menos patrullas, pero ahora habíamos vuelto a la situación anterior. Aquella de antes de que Thalassa Ferrante irrumpiera en nuestras vidas y lo pusiera todo patas arriba. Sobre todo, el mundo emocional de Santiago.

Interrumpí mi línea de pensamiento porque, incluso antes de entrar en el comedor, me di cuenta de que algo no iba bien. Y, efectivamente, tanto Talia como Santiago me miraron un poco

desconcertados cuando me dirigí a mi lugar habitual y me dejé caer en la silla.

Ramón estaba sentado en el regazo de su padre, lo que le hacía parecer más protector, pero no menos peligroso. El solo hecho de que la mano de Santiago fuera lo suficientemente grande como para abarcar todo el pecho del bebé...

—¿Por qué demonios me miráis así?

—¿Es eso un corte en tu frente? —replicó Talia de inmediato.

Irritado, levanté una ceja. —El entrenamiento de anoche se fue un poco de las manos. Pero eso no responde a mi pregunta.

—¿Has visto las noticias hoy?

—¿No? ¿Debería?

Antes de que pudiera reaccionar, ya había cogido el periódico del centro de la mesa y lo había colocado en su regazo.

—No. Al contrario. No deberías bajo ningún concepto.

Entrecerré los ojos y respiré hondo antes de dirigir mi mirada a Santiago. —¿Quieres explicármelo tú, o debo sacar mi teléfono y consultar internet?

Talia hizo una mueca. —Ya no tenemos internet.

Eso me hizo reír. —¿Por qué de repente no tendríamos internet?

—Porque he decidido que necesitamos unos días de descanso.

—Ajá —respondí, mirando de nuevo a Santiago—. Explicación. Ahora.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa, mientras Talia lo miraba en señal de advertencia, antes de que él negara con la cabeza. —Tengo más información que tú y no puedo ocultárselo.

—¿Qué. Ocultarme?

Talia puso los ojos en blanco y me lanzó el periódico. En la portada me miraba mi exesposa. Mi exesposa, que el año pasado había terminado su carrera de repente durante su concierto en Málaga y desde entonces había desaparecido —más o menos— de la escena pública.

El titular fue un golpe en la boca del estómago que ciertamente no necesitaba hoy. *Andra Cortez supuestamente sale con una conocida celebridad de Hollywood.*

Justo debajo había una instantánea de un restaurante situado en el puerto deportivo de lujo de Marbella. Por supuesto, el *Diario Sur* estaba interesado en noticias como esta. Andra era originaria de esta ciudad y había cierto orgullo en que hubiera tenido éxito a nivel internacional.

Mi humor se hundió unos cuantos pisos. Once años. Ni un solo rumor. Ahora estaba en España, meses después de haberme arrastrado al escenario y haberme devuelto al pasado, solo para dejarse fotografiar durante un escarceo con algún idiota.

Maravilloso. Mis entrañas se convirtieron en lava líquida.

—La verdad es que habría preferido no saberlo —dije entre dientes apretados. Una frase claramente dirigida a Santiago.

Sin embargo, este ni siquiera pestañeó mientras cogía un montón de papeles que ahora dejó caer sobre mi plato intacto. —¿Todavía no?

Los cogí, los di la vuelta y me quedé mirando más fotos. Esta vez, sin embargo, sin ningún tipo de pájaro raro que tuviera las manos en lugares a los que ni siquiera debería acercarse. Pero sí de una nariz ensangrentada. De un pómulo amoratado. De un hombro en el que se veían huellas dactilares de color morado. Y cada una de las fotos mostraba inconfundiblemente a Andra. Con cada foto, su estado físico empeoraba.

Como a cámara lenta, dejé las fotos sobre la mesa, oí a Talia inspirar bruscamente y me volví de nuevo hacia Santiago. Esta vez, la lava de mis entrañas tenía un origen completamente distinto.

—¿Quieres ocultarme la explicación de esto?

—No conozco las circunstancias, pero sé que estas fotos iban a publicarse mañana. Junto con acusaciones de abuso de una fuente desconocida contra el hombre con el que *supuestamente* está saliendo.

Si dependiera de mí, también podrían publicar *supuestamente* su esquila al mismo tiempo.

El músculo bajo mi ojo izquierdo empezó a temblar. —¿Sigue en España?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo, Rafael. —Un recordatorio innecesario. Así que acepté la declaración—. ¿Qué vas a hacer?

—Ayudarla, ¿qué si no?

—Puedo poner hombres a tu disposición para que no tengas que...

Pero su respuesta se vio interrumpida por mi risa. —Ni hablar. Me ocuparé yo mismo.

—Hazme un favor y come algo antes de pelearte con alguien, ¿vale?

—Claro, *mamá* —siseé con sarcasmo y cogí algo al azar.

¿Cómo iba a comer si algún tipo grasiento posiblemente estaba causando la siguiente lesión en ese momento?

Durante los últimos meses, había intentado contactar a Andra en varias ocasiones. El concierto no me había dejado en paz. La forma en que se había comportado, lo que había dicho... como si los últimos once años en los que habíamos estado separados nunca hubieran existido. No me había hecho ilusiones, y aun así me sorprendió cuando anunció al final que era su última actuación antes de retirarse definitivamente de la vida pública. Así sin más.

Inmediatamente después, había desaparecido y permanecido desaparecida desde entonces. Había ignorado cada llamada. Los mensajes de texto. Los correos electrónicos. Había bloqueado y asegurado que fracasara cada maldito intento de contactar con ella de alguna manera.

Solo para que, una eternidad después, emergiera de su escondite, se informara en el periódico que supuestamente estaba en una relación y Santiago me presentara fotos inmediatamente después que me hicieron hervir la sangre.

¿No quería hablar conmigo? De acuerdo. Podía vivir con eso. Lo había logrado durante los últimos once años. ¿Quería hurgar en los recuerdos con el dedo y hacer que me estremeciera de dolor repentino? También podía manejar eso. A veces uno reacciona en el momento y hace cosas que normalmente nunca haría. ¿Quería comenzar una nueva vida con otro hombre? Me resultaba difícil, pero ciertamente no me interpondría en su camino.

Sin embargo... y Andra debería ser más que consciente de esto, a pesar de todo lo que había entre nosotros, nunca me quedaría de brazos cruzados viendo cómo se convertía nuevamente en víctima de un hogar tóxico que la destruía sistemáticamente. Psicológica y físicamente. Por mí, podía vivir en el otro extremo de la galaxia y ni siquiera reconocer mi presencia, aun así me aseguraría de que estuviera bien.

Al igual que en los últimos años. Como siempre, desde que entró en mi vida por primera vez y lo puso todo patas arriba.

Un músculo en mi mandíbula se crispó.

No tenía esperanzas de que se reuniera conmigo voluntariamente para que pudiera asegurarme de que todo estaba en orden. Probablemente ni siquiera me dejaría entrar en su

apartamento una vez que reconociera quién era. Por eso tenía que pensar en otra opción.

Una para la que necesitaba el apoyo de un hombre que poseía un helicóptero, no hacía demasiadas preguntas y estaba dispuesto a no mencionar nada a Santiago por el momento.

Dicho hombre acababa de entrar en el hangar que me había indicado y se acercaba a mí con el perro al que había nombrado como su novia. Casualmente, también era el pakhan de la mafia rusa y, por lo tanto, ya era un valioso aliado del cártel.

—Explícame otra vez, ¿por qué necesitas mi helicóptero para secuestrar a una mujer? —preguntó con una expresión pícara en el rostro.

Crucé los brazos. —Cuando lo dices así, suena como si fuera una mujer cualquiera.

—Ah, ¿la conoces?

—Por supuesto que conozco a mi ex esposa.

—¿Y ahora quieres obligarla a volver a ser tu esposa?

Antes de responder, respiré profundamente. Como un mantra, para sobrevivir los próximos minutos. —Quiero asegurarme de que su nuevo novio no sea responsable de las lesiones que lleva encima.

Algo cambió en la postura del ruso. —¿Un maltratador?

—Posiblemente. Eso es lo que intento averiguar.

—Lo que no entiendo es cómo encaja el secuestro en todo esto.

Andra ya había estado en esta situación una vez por culpa de sus padres y durante semanas había sido absolutamente incapaz de contármelo. Hasta aquella noche en que me llamó llorando para que la liberara del infierno en el que se encontraba. La había rescatado de esa situación. Para siempre. —Quiero darle la oportunidad de hablar libremente conmigo.

—¿Y eso no se puede hacer invitándola a un café?

Casi me mordí la lengua para contener el comentario que tenía en la punta. —¿Invitaste a Jemima a un café en aquel entonces? Tenía entendido que la acosaste durante dos años antes de...

El gruñido de Dmitrij interrumpió mi declaración de manera muy efectiva, así que me encogí de hombros. Mi punto de vista estaba claro.

—Todo lo que quiero de ti es el helicóptero y tu piloto, además de tres horas de tiempo. Vuelo a Marbella, vuelo de regreso a Málaga. Todo lo demás no te concierne, Nikifarov.

Observé al ruso mientras estiraba los dedos y finalmente asentía. —Me debes un favor, Cortez. No por el helicóptero, sino porque exiges que no le cuente nada a Santiago sobre el secuestro.

Eso también tenía sus razones. Quería evitar a toda costa que se enterara. O Talia. Ninguno de los dos aprobaría este método, por varias razones que conocía perfectamente. Sin embargo, no había otra forma. No tenía la paciencia para esperar unos días y observar. Tampoco seguiría intentando contactarla con un mensaje solo para que siguiera ignorándome. Tampoco era una opción enviar a Santiago por delante. Seguro que obtendría una respuesta, pero yo había sido su marido. Su seguridad siempre había sido *mi* preocupación. Mi responsabilidad. Mi tarea.

—Lo pondré al tanto cuando sea relevante. Y no vuelo solo —informé, aunque no era de su incumbencia. Adriano me acompañaría, al igual que Pedro. Los dos se encargarían de que Andra encontrara su camino sin complicaciones a nuestros brazos y llegara sin ser vista a la fortaleza en Málaga, para que yo tuviera todo el tiempo del mundo para interrogarla.

Probablemente se mostraría poco cooperativa, se resistiría y lo negaría todo. Hasta que llegara el punto en que revelara lo que realmente le pesaba en el corazón y yo pudiera matar al cabrón o aprobar su presencia porque no había motivo de preocupación.

En este momento, ni siquiera podía decir qué variante me gustaba más. Que estuviera a salvo

y tuviera un hombre a su lado que la cuidara, o que fuera un idiota que la decepcionara y así justificara su propia muerte. Tal vez también mi presencia en su vida, aunque no duraría mucho.

Nikifarov asintió antes de gesticular con la mano en dirección a la máquina que esperaba. — Entonces te deseo mucho éxito, Cortez. Pero sobre todo, que no te arañe los ojos por haberte entrometido de una manera tan despreocupada.

Ignoré sus palabras, me dirigí al helicóptero que esperaba e indiqué a Adriano y Pedro que me siguieran. Las palas del rotor ya cortaban el aire, listas para llevarnos a nuestro destino en el menor tiempo posible.

Después de que la puerta corrediza se cerrara detrás de nosotros, todos nos sentamos y nos pusimos los auriculares, el suelo ya comenzaba a alejarse lentamente de nosotros.

Adriano miró en mi dirección, yo observaba la ciudad que se hacía más pequeña debajo de nosotros.

—¿Cuál es el plan exacto? —preguntó después de unos segundos a través de la radio, lo que me hizo imposible leer las emociones en su voz. Me hubiera gustado saber si era escéptico sobre la empresa o si una vez más demostraría su lealtad.

Después de que el periódico ya me había proporcionado el conocimiento de que ella estaba en Marbella, había sido condenadamente fácil averiguar el resto. Dónde se alojaba, que estaba registrada sola pero tenía visitas constantes, y que había aterrizado en España hace apenas una semana, directamente desde los Estados Unidos.

Hace unos meses todavía tenía personal de seguridad, ahora aparentemente se sentía segura de que ya no era una persona de interés público. O tal vez su nuevo novio la había obligado a deshacerse de todos los obstáculos, obstáculos para él y su comportamiento de mierda.

—Observaremos por un tiempo y tan pronto como surja la oportunidad, la aprovecharemos. Al principio, ella no debe saber quién es el responsable de esto. La llevaremos, sin ser vistos, y la llevaremos a la *Alcazaba*. Para que pueda hablar con ella en paz.

Hablar obviamente no era la palabra que Adriano habría elegido, si interpretaba correctamente su ceja levantada.

Por supuesto, era fácil para él formarse una opinión sobre mi comportamiento, pero al final no tenía la más remota idea de lo que había sucedido entonces y por qué actuaba como lo hacía.

Por qué cruzaría voluntariamente los límites que esta mujer me imponía una y otra vez para asegurarme de que estuviera bien. Por qué le mentiría para que se sintiera cómoda. Por qué aceptaría su odio para que se sintiera mejor.

En todos los años que había tenido a Andra a mi lado, la había llegado a conocer mejor que a mí mismo. Sabía más sobre ella de lo que jamás había descubierto sobre mí, y si ahora iba a ser testigo de cómo se perdía a sí misma por tercera vez porque algo injusto sucedía que ella misma no podía controlar... no, yo sabría cómo evitarlo.

Una vez había fallado. Pero seguramente no sucedería una segunda vez.

Apenas podía creer lo que veían mis ojos. Las fotos que Santiago me había entregado habían sido una subestimación. Cuando Andra salió del edificio donde estaba su apartamento, solo la reconocí después de unos segundos y porque sabía que la habían maltratado. En su mejilla florecía un hematoma brillante y cuando levantó la mano para ajustar su sombrero —que probablemente estaba destinado a ocultar su rostro desfigurado— también noté los nudillos agrietados.

Otro hombre podría haber supuesto que se había lesionado durante el deporte. Tal vez ahora practicaba boxeo o algún arte marcial... pero yo no era otro hombre y vi la expresión en sus ojos incluso desde la distancia. La precaución. Cómo miraba furtivamente a su alrededor porque temía que en cualquier momento apareciera la persona que le había hecho esto. Probablemente le resultaba difícil siquiera poner un pie fuera de la puerta. En aquel entonces, a los dieciocho años, cuando todavía vivía con sus padres, Andra había levantado los hombros de la misma manera protectora.

Hacerse más pequeña para no llamar la atención... conocía este comportamiento. No solo de ella.

Arrugué la nariz y sacudí la cabeza casi imperceptiblemente para darle una señal a Adriano. Él estaba casi en las inmediaciones de Andra.

En realidad, el plan era secuestrarla estando consciente, pero eso solo empeoraría las cosas. Así que toqué mi bolsillo del pantalón. Plan B: un sedante suave.

De esta manera, no tendría tiempo de sentir miedo y tan pronto como despertara, la ira la dominaría. Hasta que se diera cuenta de que ya no estaba en peligro.

Su confirmación era entonces todo lo que necesitaba para matar al hombre que le había hecho esto. Lentamente. Dolorosamente. Ella ni siquiera necesitaba saberlo; yo no le debía ninguna explicación a Andra. Ya no, al menos, porque ciertamente había habido tiempos en los que no me había excedido cuando se trataba de tortura.

Ella no provenía del mundo en el que yo había nacido. La criminalidad nunca había sido normal para ella y el asesinato de personas era una atrocidad. Hasta que fue un asesinato lo que la liberó de su situación desesperada y le permitió comenzar una vida libre y mejor. A mi lado.

Por ella, me había esforzado en mantener los peores acontecimientos alejados de ella. No cargarla con lo que sucedía a diario. No dejar que viera cuando regresaba con la ropa empapada de sangre. Andra nunca había sido un alma delicada, pero había respetado mi mundo y lo que sucedía en él.

Con razón. Porque al final, este mundo nos había costado todo lo valioso que alguna vez habíamos poseído. El uno al otro, por ejemplo. Pero sobre todo a nuestra hija. *Sobre todo a nuestra hija.*

Por eso era aún más importante ahora no pensar mucho, sino simplemente actuar. A una acción le sigue una reacción y posiblemente este bastardo de Hollywood no había sido consciente de quién había sido la esposa de Andra Cortez antes, pero seguramente lo descubriría pronto. Porque no faltaba mucho para que tuviera la confirmación, y entonces sonaría su última hora.

Observé con tensión cómo Adriano se acercaba a Andra, ya con la jeringa del cóctel sedante en la mano. A partir de ese momento, todo sucedió tan rápido que era imposible que alguien notara nuestra breve acción. Le administró la sustancia, sostuvo su cuerpo debilitado y la llevó al coche como si fuera lo más natural del mundo. Tan pronto como se sentó con ella en el asiento trasero, Pedro arrancó. De vuelta al aeródromo privado, para que pudiéramos estar en Málaga lo más rápido posible.

Mientras tanto, no me atreví a mirar por el retrovisor. Si empezaba a estudiar su rostro, a compararlo con mis recuerdos o a dejarme llevar por ellos, no podría mantener la distancia que necesitaba para dejarla ir después de mi acción de rescate por cuenta propia.

ANDRA

Desperté en una habitación sin ventanas, con paredes, techo y suelo de puro hormigón. No era la primera vez en los últimos meses, lo que por un lado me tranquilizaba y por otro provocaba en mí una combinación de impotencia y rabia que hasta ahora no había logrado controlar.

Me estaban chantajeando.

Aunque hacía todo lo posible por quitarles el viento de las velas a esos hombres desconocidos, seguían intentándolo una y otra vez. Al principio, mi carrera había sido el medio de presión. Así que la había terminado para no ofrecer más puntos débiles. Mi chantajista no había estado nada contento y había tardado una eternidad en volver a localizarme. Ahora tenía un nuevo perro guardián... y obviamente ya no era suficiente con presionarme psicológica y físicamente. Al parecer, la próxima reunión con el jefe estaba en la agenda. Un nuevo intento de infundirme miedo. Otro día que pasaría con un cuchillo en mi garganta y sus palabras maliciosas en mi oído.

Aun así, no iba a conseguir de mí lo que quería. ¿No había demostrado en los últimos meses que todo me daba igual? ¿Mi carrera? ¿Mi vida? Había renunciado a ambas para proteger a otras personas y, sin embargo, aquí estaba de nuevo, atada a una silla, esperando lo que me deparaba el destino.

Iba a ser feo. ¿Cuántas veces me había opuesto a él ya? Tal vez tuviera suerte y este fuera el final. Que abandonara su plan, acabara con mi vida y se diera cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de llevar a cabo lo que tenía en mente.

El sedante aún ardía en mis venas, haciendo difícil mantener los ojos abiertos. Me hubiera encantado sucumbir al sueño que me invadía, pero no podía permitirme esa debilidad fatal si quería al menos enterarme de qué destino me aguardaba finalmente.

Como si los perros hubieran olido la carne, en ese mismo momento la puerta se abrió de golpe y un hombre se me acercó lentamente. Intenté reconocer algo familiar en su rostro, pero hasta ahora nunca lo había visto.

Parecía... aliviado cuando notó que estaba despierta y más o menos en mis cabales. —Bien, pensé que habíamos cometido un error con la dosis —murmuró, lo que me hizo apretar los dientes.

¿Por qué me habían sedado en primer lugar? Todas las veces anteriores había sido como en una película. Un saco sobre mi cabeza que nunca se quitaba. Secretismo. Una voz masculina oscura que quería recordarme una y otra vez lo que estaba en juego para mí.

—Tal vez tenga que ver con que normalmente no tomo medicamentos —siseé, mirando al hombre con ganas de pelea. Más o menos de mi edad, probablemente del sur, y no tan severo

como esperaba de los hombres que me habían estado aterrorizando durante meses.

Mi corazón se aceleró automáticamente porque estaba convencida de que recibiría algún tipo de castigo por esa respuesta. Un golpe en la cara. Una amenaza gruñida. Alguien gritándome a la cara y diciéndome que no tenía ningún derecho a hablarle de esa manera.

Todo eso ya había ocurrido antes y, mientras que antes tenía miedo de este mundo, ahora estaba en medio de él y recibía de lleno lo que nunca había querido experimentar. No era del todo nuevo, pero, salvo una excepción, nunca había sido yo el centro de atención de tales personas.

—Lamentablemente no puedo quitarte las ataduras... podrías intentar escapar —continuó el hombre, dirigiéndome una mirada de pesar. Como si realmente lamentara no poder hacerme ese favor.

Desconcertada, levanté una ceja. ¿Quitar las ataduras? ¿Escapar? ¿Era este un truco sucio para hacerme sentir segura? ¿Un intento de manipularme para que cometiera un error y finalmente me viera obligada a hacer lo que me pedían?

—Por cierto, soy Adriano. Solo para que sepas a quién llamar si hay algún problema.

Abrí la boca, solo para volver a cerrarla. Adriano. ¿Desde cuándo había nombres? Algo no cuadraba aquí, mi instinto me lo decía ahora con demasiada claridad.

—¿Es este el último intento de conseguir lo que queréis? —pregunté descaradamente desafiante. El silencio inusual me daba una sensación de seguridad. Como si nada ni nadie pudiera hacerme daño. Pero esa era una idea tonta y yo era irremediabilmente ingenua si realmente me aferraba a ella, en lugar de mantener constantemente ante mis ojos la amarga realidad de los últimos meses.

Para mí no existía ninguna razón para reír. Ni siquiera debería sentirme segura. Especialmente no en un lugar como este. Sin embargo, en la situación actual me sentía a salvo.

Así de fácil era, al parecer, envolverme alrededor del dedo y manipularme. Un poco de amabilidad, y yo cedía y me doblegaba porque quería creer en la bondad de las personas.

—¿Por qué eres tan amable? —Lo miré fijamente sin disimulo. Pelo oscuro, ojos oscuros, innumerables cicatrices. Alto y bien formado... en principio un hombre como cualquier otro, al menos a mis ojos, si no fuera por ese aura delatora que lo rodeaba todo el tiempo como una segunda piel. Tenía las manos sucias. Y no precisamente poco.

¿Había sido él quien me había secuestrado? Si era así, al menos había hecho un buen trabajo, porque no lo había visto venir.

—¿Por qué debería ser hostil? —fue la pregunta escéptica en respuesta.

—Porque esto parece una mazmorra de tortura y hasta ahora nadie ha sido amable conmigo —repliqué.

¿En qué rincón escondían las herramientas? ¿Cuándo entrarían todos los demás hombres que normalmente estaban presentes cuando intentaban confirmarme una nueva misión? Hasta ahora todo había fracasado, y temía que pronto ya no les sería de utilidad. Eso significaba que pronto ya no tendría un problema en mis manos y su plan podría declararse oficialmente fallido. Solo quedaba la pregunta de a quién intentarían reclutar a continuación...

—Nos hemos esforzado al máximo para que el vuelo fuera lo más tranquilo y agradable posible. No sabía que te habías dado cuenta de algo.

¿Vuelo? ¿Adónde me habían llevado esta vez? ¿Seguía en España?

—Un momento —murmuré, cuando me di cuenta de repente que algo no cuadraba en absoluto.

Nadie trataba así a su prisionera. Se aseguraba de que estuviera cómoda. Sin miedo.

Sintiéndose segura. Nadie obligaba a sus hombres a ser jodidamente amables con una prisionera de la que solo querían una cosa.

Mierda.

—¡Sé a quién perteneces! —Solté la frase apresuradamente. Sorprendida. De ninguna manera aliviada. Esto no era bueno. Para nada.

Mi pulso se disparó cuando las piezas del rompecabezas encajaron en mi mente. No me había secuestrado el desconocido de los últimos meses, sino el hombre al que había querido proteger del desconocido.

Y fue esta revelación la que finalmente hizo que el hervor dentro de mí se transformara en una mezcla explosiva.

Con el torso me lancé hacia adelante, eché el pelo hacia atrás y miré hacia la puerta con un tic en el labio superior. —¡Él me secuestró, ¿verdad?! ¡Fue él! ¡No pudo evitarlo y me secuestró, maldita sea! ¡Y ahora ni siquiera tiene las pelotas para enfrentarme en persona!

En realidad, no quería verlo. Habría significado ponerlo activamente en peligro, porque tan pronto como estuviera cerca de mí, un problema llevaría al siguiente y pronto todos los esfuerzos de los últimos meses habrían sido en vano.

—Realmente deberías calmarte —intervino el hombre a mi lado, lanzándome una mirada escéptica.

Si creía que me estaba alterando ahora, aún no conocía la versión de mí que realmente se excedía en ese aspecto.

—¿Dónde está? ¡Quiero que me diga qué significa esto!

Durante once años había logrado evitarlo. Incluso once años si no se contaba el concierto del año pasado, donde había intentado pedirle ayuda sin que nadie lo notara. Él no había tenido la más mínima idea y yo finalmente no tuve otra opción que protegerlo y terminar con todo lo que le daba al enemigo una superficie de ataque. Había anunciado el fin de mi carrera con la esperanza de que ya no la usaran como medio de presión contra mí.

Al final, había dejado todo atrás y ahora, meses después, ¿se le ocurría que tenía el derecho de simplemente secuestrarme? ¿Y por qué? ¿Porque había leído el artículo en el periódico que era más que fingido y solo una trampa para sacarlo de su escondite seguro?

Por Dios, este hombre tenía que alejarse tanto y tan rápido como fuera humanamente posible. De lo contrario, pasaría algo que nunca me podría perdonar.

Nunca había tenido una buena noción del tiempo, y así se sentía como si hubieran pasado horas desde que Adriano había dejado la pequeña habitación, sin decir otra palabra y sin regresar, como había dicho que haría.

Aunque había una botella de agua para mí, la temperatura era agradable y no se sentía como si estuviera caminando sobre la cuerda floja para asegurar mi supervivencia, aun así no podía deshacerme de la sensación de estar frente a un peligro invisible que hasta ahora se había escapado completamente de mi vista.

Rafael me había secuestrado. Y con gran probabilidad, sin saberlo, también estaba jugando a favor del enemigo. Nunca debía enterarse. Demasiado grande era la probabilidad de que esa fatídica noche se repitiera. Todavía se me cerraba la garganta cuando pensaba en cómo los atacantes habían presionado a Rafael contra el suelo en medio de nuestro comedor, una rodilla en su espalda y sus brazos dolorosamente torcidos. Recordaba cada detalle. También que había

suplicado a los hombres que lo perdonaran, aunque segundos antes me había dado cuenta solo por su mirada aturdida que había valorado la seguridad de nuestro hijo por debajo de la de su esposa, que estaba arrodillada en el suelo de la cocina con un arma apuntándole y que por razones casi mágicas aún no había sido ejecutada.

No necesitaba pensar más en ello para darme cuenta de que nunca más quería estar en una situación como esa. No quería temer por la vida de las personas que lo significaban todo para mí y al mismo tiempo pensar en lo irrelevante que era si yo sobrevivía o si me pegaban un tiro en la cabeza en ese momento. Morir yo misma no me asustaba. Lo que me aterrorizaba tanto que apenas podía respirar era la idea de que muriera alguien cercano a mí.

Once años y tanto odio se interponían entre entonces y ahora, y aun así nada había cambiado en ese aspecto.

Cuanto más tiempo pasaba, más inquieta me ponía. En realidad, quería gritarle, decirle lo ridículo que era hacerme esperar. Sin embargo, eso lo habría puesto en una posición de superioridad que no quería concederle de ninguna manera, cuando ya era yo quien estaba atada a una silla y a merced de unos hombres que, evidentemente, habían intentado secuestrarme. No solo intentado. Incluso lo habían logrado. Porque ya no tenía a Yesenia a mi lado, mi guardaespaldas, que durante años había sido el ser más confiable dentro de mi personal de seguridad, tanto que en realidad nunca había necesitado a nadie más que a ella.

¿Cuánto tiempo más quería hacerme esperar? ¿Qué pretendía con eso, aparte de dejar que se enfriara mi ira? Probablemente se reavivaría en el momento en que cruzara la puerta. Debía ser consciente de eso...

Lo que no había previsto, ni siquiera después de nuestro encuentro en el escenario el año pasado, era el efecto que tendría un reencuentro fuera de los focos. Una década, y lo primero que noté fue que mi corazón ya no latía tan agitado como antes. Cuando entró por la puerta, mi mirada se fijó automáticamente en Rafael. Sus ojos grises se clavaron en los míos, las leves arrugas alrededor de ellos mostraban que el tiempo no se había detenido. Todavía llevaba el pelo muy corto, y aunque no podía verlos, sabía que bajo la camiseta que se tensaba sobre sus músculos se escondía algún que otro tatuaje.

El amor de mi vida.

El hombre de mis sueños.

Mi marido.

El hombre que había sacrificado a nuestra hija por mi vida. A quien aborrecía por ese hecho. Odiaba.

Me miraba fijamente como si no supiera qué hacer con mi presencia. Tenía un comentario mordaz en la punta de la lengua, pero no logré lanzárselo. En su lugar, nos vi en ese maldito escenario, cómo me había mirado cuando cantamos juntos y cómo, por un reflejo completamente irracional, me había agachado frente a él para mirarlo desde abajo, porque no solo me fascinaba, sino que en algún momento de nuestra vida en común se había ganado más que merecidamente esa forma de afecto.

Los medios lo habían adorado. A mí me había perseguido hasta en mis sueños. Y a él le había dado esperanzas que yo no podía respaldar, porque no había esperanza. Solo una profunda aversión contra la que no podía luchar.

Solo segundos después me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo el tiempo y mirándolo fijamente como si no estuviera realmente frente a mí, sino que fuera una pura fantasía.

Finalmente, se aclaró la garganta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Él también quería

mantenerme a distancia. Bien. —Esperaba más ira.

Me encogí de hombros. —¿Porque me has secuestrado?

—No había otra forma de hablar contigo sin interrupciones —respondió después de unos segundos.

Tenía razón. Realmente no existía.

—¿Quieres contarme qué pasa con tu cara, Andra? —Puso un énfasis en mi nombre que me provocó un escalofrío helado por la espalda.

—No creo que te importe en qué estado se encuentra mi cara.

Soltó una carcajada mientras daba otro paso hacia mí. —Sé que es solo una suposición atrevida, pero estoy seguro de que no te golpeaste la mejilla contra un poste de metal.

—Pero quizás eso es exactamente lo que pasó —repliqué, sabiendo que de todos modos era inútil.

Rafael negó con la cabeza. —No, no es así. Conozco tus patrones de comportamiento cuando hay un cierto tipo de problema.

¿Por qué entonces, hace unos meses, no se había dado cuenta de que necesitaba su ayuda más que nunca? Tal vez había sido demasiado esperar que entendiera la conexión entre la historia que había contado y la petición de ayuda...

—No hay ningún problema, Rafael —declaré, esta vez con más vehemencia, sin imaginar que al momento siguiente estaría directamente frente a mí, agachándose para que estuviéramos más o menos al mismo nivel.

Estudió mi rostro tan intensamente que el calor subió por mi cuello. Mi primer impulso me gritaba que apartara la mirada. Sin embargo, eso me habría delatado, así que le sostuve la mirada a sus ojos grises hasta que la comisura de su boca se torció ligeramente.

—¿Significa algo para ti?

Al principio no pude seguir su cambio de tema, pero cuando me di cuenta de que hablaba de Mason... mierda. Ese idiota me lo había impuesto mi chantajista, con la orden de mantener una relación falsa que atrajera la atención de las personas necesarias.

Arrugué la nariz, intentando servirle una mentira. Pero la sola idea de tomar ese cuchillo metafórico y clavárselo entre las costillas me provocaba un nudo en el estómago. Cuando estaba lejos, cuando no lo tenía en mi radar, cuando simplemente podía ignorar las reacciones que provocaba la historia que el chantajista dibujaba, era más fácil. Mucho más fácil que ahora, con él arrodillado frente a mí, mirándome expectante.

¿Qué debía decirle? ¿Que nunca había mirado a otro hombre como lo había mirado a él? ¿Que la idea de ser íntima con cualquier hombre despertaba suficiente pánico en mí como para convertirme en un manojo de nervios?

—No —murmuré finalmente—. Es marketing. Para la nueva película que está rodando. — Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera morderme la lengua.

Rafael negó con la cabeza. Obviamente, no creía ni una palabra.

—¿Y eso incluye que te golpee, verdad? ¿Y que vaya a aparecer un artículo sobre su abuso en el periódico?

Mis labios se separaron, pero al final ni un sonido salió de mi boca. ¿Un artículo en el periódico? Entrecerré los ojos.

El artículo era innecesario. Rafael ya había hecho lo que durante meses se había esperado que yo provocara.

Mason no era el cerebro, pero si él desaparecía y yo me ocultaba esta vez de una manera que hiciera imposible encontrarme, tal vez hubiera una oportunidad de poner fin a toda esta

desgracia.

Apreté los dientes.

—¿Es realmente necesario tenerme atada a una silla?

—No si me dices lo que quiero saber, Andra.

La violencia de Mason contra mí era calculada, porque habían descubierto dónde atacar para hacer salir a Rafael de su escondite. Los golpes y el dolor subsiguiente no me habían afectado. Ni siquiera me había acobardado ante él o se lo había puesto fácil. Hacía mucho que había superado esa etapa. Así que le había hecho la vida imposible; puede que me hubiera dejado la cara verde y morada, pero a cambio él había necesitado una visita al hospital y antibióticos.

La mordedura de un humano era peligrosa. Incluso mortal si no se trataba la inevitable infección que seguía.

—¿Estás pensando en una historia? ¿Una mentira?

—No —dije con esfuerzo.

Rafael extendió la mano hasta que sus dedos tocaron mi mejilla. Me estremecí, pero él continuó deslizándose sobre el hematoma sin inmutarse. Luego se movió hacia mi hombro y la siguiente mancha azul y dolorosa.

—Dime por qué tienes tantas heridas.

—El poste de metal.

Resopló.

—Vale, déjame explicarte lo que pasó. Parece que alguien te agarró. Con fuerza. Y con la intención de hacerte daño. Tal vez te resististe. Así que su puño aterrizó en tu cara. Dime, ¿tu nuevo amigo tiene un pequeño problema para controlar sus agresiones? Y no me digas *No* otra vez, Andra. Sé que tengo razón. Solo quiero oírlo de tu boca para poder darle una pequeña lección con la conciencia tranquila.

—Mis problemas no son asunto tuyo, Rafael.

A estas alturas estaba tan cerca de mí que me resultaba difícil respirar. Estaba tratando de intimidarme. De averiguar cuándo llegaría el punto en el que simplemente cedería y me derrumbaría bajo la presión.

—No necesitas librar mis batallas por mí. Puedo arreglármelas sola. Nadie tiene que sentirse llamado a tomar decisiones por mí.

Inclinó la cabeza.

—Nunca he tomado decisiones por ti. *Nunca*. Pero necesitas a alguien que te proteja de hombres como él. No me importa si me odias y me desprecias y te gustaría darme un puñetazo por tener la osadía de entrometerme en tu vida. No me quedaré mirando mientras él te golpea y te lastima. No te lo mereces. Así que dime que te golpeó para que pueda asegurarme de que sufra y nunca vuelva a pensar en mirar mal a una mujer.

El aire escapó de mis pulmones. Ambos sabíamos que él había tomado decisiones por mí. Decisiones que habían desencadenado una reacción en cadena que nos había llevado hoy a este maldito lugar, a este sótano.

—Tienes que prometerme que no te encargarás tú mismo. Alguien más lo hará.

El músculo de su mandíbula se crispó. Mi exigencia no le gustaba, pero si quería que lo dijera, tendría que ceder. Tenía hombres bajo su mando, ¿no? Si uno de ellos se encargaba, Rafael se mantendría fuera de la línea de fuego y, por tanto, lejos del peligro.

Yo sabía cómo reaccionaría si se enteraba de que alguien estaba utilizando a su exesposa como medio de presión. Durante meses. Pero no necesitaba saber nada de eso porque yo ni siquiera iba a permitir que el chantajista obtuviera lo que quería.

—Alguien más —repitió escépticamente—. Debería saber que se ha metido con el hombre equivocado. No voy a...

—Él no me golpeó. Me choqué contra un poste de metal —repetí, con un tono cortante en la voz.

Rafael levantó las manos negando con la cabeza.

—Bien. Alguien más se encargará de ello. A cambio, te quedarás aquí hasta que pueda estar seguro de que ha entendido el mensaje.

Hice una mueca, pero me abstuve de protestar más. No lograría nada más. Si Mason entendía el mensaje y lo transmitía a su jefe, o incluso moría por lo que había hecho, con suerte todo terminaría. Sin que Rafael se enterara del chantajista desconocido o fuera encontrado por él.

—¿Aquí? ¿En esta silla? ¿Atada?

—Por supuesto que no. Puedes usar mi cama.

—¿Dónde estamos, de todos modos?

—En Málaga. Debajo de la propiedad de la *Alcazaba*.

—¿Santiago sabe...?

—Hasta ahora no.

—Así que simplemente decidiste secuestrarme para una pequeña charla.

—Has ignorado todos mis intentos de contactarte en los últimos meses. ¿Qué esperabas? ¿Que llamara amablemente a tu puerta y preguntara si me invitabas a entrar?

Apreté los labios. Solo por una razón había ignorado todos los mensajes, e incluso había cambiado mi número al final. No quería arriesgarme a que hubiera una forma de llegar a él.

—Tan pronto como tu gente haya terminado con él, me iré de nuevo, ¿entendido?

Hizo un gesto con la mano.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Bien.

—¿Entonces tenemos un trato?

—Como quieras.

Rafael me miró expectante hasta que asentí.

—Mason me golpeó. Pero no es como si no hubiera tenido un precio para él.

—¿Qué hiciste?

—Lo mordí tan feo que tuvo que ir al hospital.

—Vamos a añadir una cosa al trato. Aprenderás a manejar armas. No te dejaré ir hasta que no seas capaz de dispararle a alguien.

—No voy a matar a nadie, Rafael.

—Nadie ha dicho eso, ¿verdad? Simplemente aprenderás cómo funciona. Para que en el peor de los casos seas capaz de defenderte.

Exhalé con fuerza. De todos modos no me daría opción, así que era mejor ceder de inmediato en lugar de perder minutos en una discusión que de todas formas perdería.

En aquel entonces me había mantenido alejada de las armas y la violencia. Ahora parecía querer someterme a una terapia de confrontación de lujo.

—¿Qué van a hacer tus hombres con él?

Se encogió de hombros. —No lo sé. Tal vez deje que lo decidan espontáneamente, dependiendo de lo cooperativo que se muestre.

Un sabor amargo se extendió por mi lengua. Para él parecía más normal que nunca decidir sobre la vida de otra persona de esta manera. Aunque yo misma lo estaba calculando —para salvar otra vida— también sabía que pasaría muchas noches en vela pensando si había tomado la

decisión correcta. Él se iría a la cama esta noche y probablemente ni siquiera recordaría qué actos de violencia había autorizado a lo largo del día.

Y eso hacía que Rafael fuera más peligroso de lo que jamás había estimado.

Rodeó la silla, cortó las ataduras con un cuchillo y luego se dirigió hacia la puerta. —No abandonas el recinto hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

—Claro. Puedo hacer comparaciones de lo que ha cambiado en los últimos años.

—Lo que te haga feliz.

Pero lo que realmente me hacía feliz, él no era capaz de dármelo.

Rafael ocupaba una pequeña habitación en uno de los barracones donde se alojaban todos los soldados del cártel. Excepto él, todos compartían dormitorios múltiples, pero no podía decir que el suyo se diferenciara mucho de los demás, aparte de la situación para dormir. Las paredes estaban desnudas, el mobiliario era simple y no vi ni un solo objeto personal que me llamara la atención.

Mi smartphone se había perdido en algún momento durante el secuestro y dudaba mucho que lo recuperara mientras él me mantuviera en este lugar.

Aunque mi apetito era limitado, Rafael me había dado una indicación bastante clara sobre el mini refrigerador y había murmurado algo sobre los efectos posteriores de los sedantes.

Me habría gustado decir que su forma de actuar me sorprendía, pero al final era realmente la única forma de hablar conmigo a solas. Aunque no tenía idea de los hombres que probablemente me estaban observando, su instinto parecía lo suficientemente bueno como para tomar la decisión correcta de todos modos.

Al principio no me había dado cuenta de lo bien que jugaba a mi favor. Deshacerme de Mason probablemente resolvería todos los problemas que había estado cargando durante meses.

Además, España era un buen país para desaparecer sin dejar rastro. Una cabaña remota en las montañas, y nadie sería capaz de rastrearlo.

Me arrodillé frente al mini refrigerador, solo para poner una botella de agua sobre la mesa y tomar una barra de chocolate helada. Por supuesto, Rafael me había prohibido deambular libremente por el recinto. Demasiado peligroso. No me había dicho en qué consistía el peligro, pero había colocado a Adriano frente a la puerta de la habitación para que no pudiera ignorarlo de ninguna manera.

Por hoy lo aceptaba; el cansancio estaba en mis huesos y no estaba lista para una discusión. Pero en lugar de elegir la cama, me tiré en el sofá, me permití la barra y bebí la botella de agua después, antes de poner el brazo sobre mis ojos e intentar calmar mi interior agitado.

Había procesado parte de esta reacción después del concierto hace meses, pero verlo hoy y conocer las razones detrás de ello provocaba sensaciones completamente nuevas en mi pecho.

No era que el odio hirviera dentro de mí tan pronto como lo miraba. Al contrario. Podía mirarlo como siempre lo había mirado... hasta que llegaba el momento en que decía o hacía algo que me recordaba lo sucedido. Y a partir de ese momento ya no parecía posible ignorar la repulsión.

Ambos habíamos sufrido la misma pérdida, pero Rafael también me había traicionado.

RAFAEL

Fue un error llevar a Andra a desayunar a la fortaleza. Lo presentí en el momento en que entré a mi habitación y le dije que me siguiera. Durante el camino a la *Alcazaba*, este presentimiento no mejoró, y tan pronto como entramos por la puerta junto a la cocina y Talia salió con unos platos y se quedó paralizada, quedó claro: *No había sido una buena idea*.

La mirada de Talia saltó de mí a Andra, de Andra a mí, y luego sus ojos se abrieron tanto y su expresión se volvió tan sorprendida que por un segundo me preocupé por su salud mental.

—*Santi...* —llamó, todavía mirándonos como si fuéramos piezas de exhibición en un museo.

Mientras tanto, me volví hacia Andra. —Talia, la esposa de Santiago —expliqué brevemente.

No me pasó desapercibida la ceja que se alzó. —¿Se casó?

Mientras aún hacía la pregunta, apareció Santiago, con Ramón en brazos, como si fuera algún accesorio de moda del que no pudiera deshacerse. Me ahorré el comentario al respecto, porque Andra era perfectamente capaz de darse cuenta por sí misma de que Santiago también había tenido un hijo.

En su lugar, me deslicé más allá de Talia y mi jefe hacia el comedor.

—¿Quieres explicar esto? —bramó Santiago. Una pregunta que no iba dirigida a Andra.

Negué con la cabeza. —No, la verdad es que no.

Con eso, continué mi camino, tomé mi lugar habitual y observé cómo Talia me seguía no más de dos segundos después. Para entonces, el bebé estaba bajo su cuidado y la mirada que me lanzó me hizo adivinar lo bien que ambos aprobaban mi decisión unilateral.

—¿Está aquí por voluntad propia?

—Eso trae recuerdos —murmuré en respuesta—. Tenemos un trato. Se irá tan pronto como me haya ocupado del resto.

—¿La traes aquí solo para ignorarla?

—Pensé que tal vez te apetecería hacer de niñera.

—Qué gracioso. ¿Estamos recreando la conversación de mi primer desayuno en esta mesa? No recuerdo que Santiago y yo tuviéramos una historia previa.

—Irrelevante.

—Tal vez ella no quiera estar cerca de mí. O de Ramón, ya que estamos en eso. —La mirada de Talia cayó sobre la oscura cabellera del niño en su regazo. Estaba a punto de alcanzar el plato con sus pequeños dedos.

Y yo estaba a punto de darme cuenta de mi error. Había tenido nueve meses de su embarazo y los que habían pasado desde que él nació para acostumbrarme a la idea. Andra no.

Antes de que pudiera reaccionar, Talia llamó a Pedro, que originalmente estaba apostado junto a la puerta principal, y le entregó a Ramón como si de repente hubiera recibido formación

como niñera. —Si no lo cuidas como cuidas tus joyas de la corona, no respondo por nada.

Le sonrió con encanto al hombre, que ya estaba sudando, antes de despacharlo como si nada hubiera pasado. Luego volvió a concentrarse en mí.

—Te sientes cómodo simplemente ignorando todo y concentrándote en lo esencial, ¿verdad? —Me quedé sin darle una respuesta, pero ella añadió algo más—. No funciona, por si me permites decírtelo.

Justo después, Santiago y Andra entraron en la habitación, el primero irritado por la ausencia de su hijo, la segunda casi aliviada. Hasta que la silla a mi lado fue mágicamente empujada hacia afuera de debajo de la mesa de manera galante.

Mientras tanto, Talia me sonreía, con su mirada fija en la mía. Me hubiera encantado agarrarla por la pierna debajo de la mesa para que dejara de hacer esas tonterías.

Andra y yo no éramos como Santiago y Talia. Nuestra historia había terminado mucho antes de que la suya siquiera comenzara.

Sin embargo, ahora estábamos sentados juntos a la mesa, aunque hace un año le había asegurado vehementemente a Talia que una situación como esta nunca ocurriría.

Me mantuve en silencio y alcancé la fruta para al menos estar ocupado con algo, mientras a mi alrededor también reinaba cierto silencio, probablemente debido a la incertidumbre de que Andra no era uno de los participantes habituales de nuestro desayuno. Como el año pasado cuando Talia se unió a nosotros, era necesario encontrar temas que pudieran discutirse a pesar de su presencia. No por falsa consideración, sino simplemente porque no era buena idea discutir los asuntos del cartel frente a personas que no pertenecían a él. Andra era una de esas personas, aunque la constatación ciertamente me provocó una punzada aguda. Después de todo, podría haber sido diferente si uno u otro evento nunca hubieran ocurrido.

Finalmente, fue Talia quien se aclaró la garganta para decir algo. —¿Exactamente dónde te ha alojado Rafael? —exigió saber, continuando ignorando el catastrófico estado exterior de Andra.

Claramente una pulla. Después de todo, había habitaciones de invitados, y yo solo le había ofrecido mi habitación en los barracones, que estaba más que mínimamente amueblada y situada en medio de innumerables otras habitaciones donde se alojaban todos los hombres que realmente no quería cerca de ella.

—He dormido en su sofá. Pero realmente no es un problema, estoy acostumbrada a cosas peores —respondió después de unos segundos.

En el sofá. Aunque a no más de tres metros había una cama que estaba más que bien. ¿Por qué no había dormido allí?

—Cosas peores —repitió Talia un poco irritada.

—La clase ejecutiva en aviones, autobuses de giras, moteles, tras bambalinas en salas de conciertos... En comparación, el sofá es un lujo. Así que no hay de qué preocuparse.

Mi mirada se posó en Santiago, quien había arqueado una ceja y me lanzaba una mirada que me ordenaba sin palabras arreglar este problema —como fuera—. Aunque no entendía del todo por qué lo declaraba un problema si para *ella* no lo era. Además, ella había tenido la opción y aun así eligió el sofá.

En realidad, esperaba que Talia mencionara a continuación la carrera de Andra como cantante, pero lo evitó hábilmente simplemente asintiendo y tomando nota de lo que se había dicho.

—¿Y ustedes están casados?

Casi con timidez, Talia levantó la mano para mostrar la exquisita joya que Santiago le había

regalado. De repente, fui dolorosamente consciente de los dos anillos que colgaban de una cadena alrededor de mi cuello. Se sentía como si se hubieran cargado y estuvieran quemando profundamente mi piel.

—Te habría invitado si hubiera estado seguro de que nos honrarías con tu presencia —intervino Santiago. En su voz había un matiz que no lograba descifrar del todo.

Todos sabíamos que Andra se habría mantenido tan lejos como fuera posible de la celebración. Después de todo, había sido un evento privado, con pocos invitados. Íntimo y pequeño, nada tan pomposo y grande como había temido inicialmente. Sin embargo, también había sido una decisión espontánea, y seguramente no habría quedado tiempo para mucho más.

Cada vez más, sentía como si estuviéramos tanteando en aguas turbias en cuanto a los temas de conversación, siempre temerosos de topar con algo que pudiera causar problemas.

Las primeras catástrofes parecían haber sido evitadas con éxito, pero al final uno nunca sabía lo que se escondía a la vuelta de la esquina.

Andra se encogió de hombros con cautela. —No importa si estuve presente o no.

—Me habría alegrado. Talia seguramente también. Y Rafael...

Bueno. Para Rafael habría sido la peor tortura, si se me permitía completar la frase de Santiago en mi mente.

No muy entusiasmado, hice una mueca y esperé que el tema se moviera rápidamente en otra dirección. Si ahora reflexionaba sobre el hecho de que hace muchos años estuve frente a un altar con Andra y le juré todo, solo se formaría un nudo helado en mi estómago que no se descongelaría durante semanas.

—Si quieres, puedes pasar tiempo aquí. No sé qué planea Rafael, pero tenemos suficiente espacio y posibilidades para que pases el tiempo de espera de manera agradable y rápida. —Probablemente le habría gustado añadir a la frase que mantendría a Ramón alejado de Andra y que, por lo demás, se aseguraría de que no se le recordara nada que pudiera ser problemático.

Un buen intento, pero ciertamente no la solución.

Andra hizo un gesto de rechazo. —En realidad, me siento bastante cómoda sola.

Por supuesto. Si había pasado las últimas semanas constantemente cerca de ese idiota, ahora estaba aún más aliviada de que no hubiera nadie cerca que la molestara de ninguna manera.

Toda la conversación continuó fluyendo lentamente, mientras yo me mantenía al margen y me concentraba en mi desayuno. Necesitaba mantener distancia. Emocional. Física. De todas las formas imaginables, si dependiera de mí. Cuanto más rápido desapareciera Andra de nuevo, más pronto todo podría volver a su curso normal.

Porque ella había dejado claro, varias veces, que no tenía ningún interés en estar cerca de mí o en hablar de algo que no tuviera que ver con Mason.

Al final, no fue una sorpresa que siguiera a Santiago a su oficina después del desayuno para recibir la reprimenda que seguramente había estado hirviendo en él desde que entré a la fortaleza con Andra.

Ni siquiera se sentó detrás de su escritorio, sino que se apoyó en el borde y cruzó los brazos antes de mirarme expectante.

Por supuesto, quería una explicación. Había tomado una decisión sin informarle y algo me decía que en este asunto definitivamente se habría necesitado una consulta previa para que él estuviera de acuerdo con mi proceder. Sin embargo, Andra no era su preocupación, sino la mía.

Y en consecuencia, hasta ahora no le concedía ningún derecho a involucrarse en todo el asunto.

Además, la relación de Santiago con Andra en ese entonces había sido igual a como la mía se había desarrollado con Talia. Uno se agradaba. Disfrutaba conversar. Cuidaba del otro y antes de darse cuenta, se trataba de una amistad y de alguna manera uno jugaba un papel en la vida del otro que antes no se habría podido imaginar.

—A petición suya, envié a Pedro y Felipe para localizar a Mason. Deben decidir espontáneamente cómo proceder con él, porque por más que lo intento, no puedo decir si este hombre merece solo una buena paliza o la muerte.

La ceja de Santiago se elevó. Esta explicación no le bastaba. Por supuesto que no.

—Ayer estuvimos en Marbella y la trajimos con nosotros. Y puse como condición que se quedara hasta que el asunto con Mason estuviera resuelto. Después de eso, se irá de nuevo.

Apretó los labios y al principio no dijo nada. Lo que significaba que o bien estaba tratando de controlar su ira por mis acciones, o estaba considerando por qué todavía pensaba que era una buena idea mantenerme en el puesto de su mano derecha.

—¿Crees que es una buena idea traerla aquí sin una advertencia sutil previa? Ramón seguramente no es lo que quiere ver sin aviso.

—Yo lo veo a diario.

—Y Andra no es tú.

Negué con la cabeza. —¿Qué sugieres? ¿Que la mantenga alejada de todos los niños del mundo? Tampoco lo tuve en mis manos en los últimos años, si recuerdas.

—Te sugiero que muestres la misma sensibilidad que demuestras por mi esposa y mi hijo. Ella lo merece.

En realidad, no había razón para que Santiago me dijera lo que mi ex esposa merecía o no. Después de todo, yo sabía muy bien lo que era: todo lo que ella deseaba y mucho más. Pero, y Santiago lo sabía, yo no era quien debía cumplir esos deseos.

—Andra ha dejado muy claro más de una vez que no tiene interés en mantener ningún tipo de contacto conmigo —respondí con más dureza de la necesaria.

Quizás mi ego se había herido cuando, hace unos meses, ella se me había echado al cuello solo para luego darme la espalda. Tal vez había pasado noches en vela luchando contra los recuerdos y el sentimiento de anhelo, insistiendo en que ella debería estar acostada a mi lado cada noche. Esos tiempos habían quedado atrás hace mucho, y había tenido que recordárselo a mi consciencia con un martillo gigante. Aunque se había vuelto considerablemente más fácil con cada vez que ella ignoraba cualquier intento de contacto de mi parte.

—Aún no te ha sacado los ojos. Yo lo consideraría un éxito de tu parte —murmuró Santiago, con cierto tono sarcástico.

Él sabía exactamente lo que había sucedido durante *la noche roja*. Qué sacrificio había hecho, qué mentira le había contado, por miedo a que de otra manera ella se destruyera a sí misma y acabara con lo que le quedaba. Su propia vida. Después de lo que había sucedido aquella noche, ella necesitaba a alguien a quien odiar, durante el tiempo que fuera necesario para recuperarse de los acontecimientos.

En algunos momentos, se sentía como si estuviera frente a la misma mujer de hace tantos años. Hasta que de repente algo cambiaba en ella y aparecía en sus ojos esa expresión que me dejaba claro que ni siquiera me permitiría extender la mano hacia ella.

Había renunciado a mi puesto para protegerla. Para darle la oportunidad de lidiar con su dolor y sanar, en la medida de lo posible. No importaba cuánto la necesitaba. La amaba. Ni entonces, ni ahora. Mientras ella estuviera bien y yo supiera que estaba segura, todo lo demás era

secundario.

—Sé exactamente lo que habéis planeado. Creéis que solo se necesita un poco de tiempo que debemos pasar obligatoriamente juntos para que todos los problemas se desvanezcan por sí solos. Esperáis la dulce y gran historia de amor que podréis observar desde primera fila...

Santiago negó con la cabeza. —¿Por qué te mientes a ti mismo? Al final, es exactamente lo mismo que tú te has imaginado, Rafael. Quizás no en los últimos días, pero sin duda en los últimos meses. En el concierto, prácticamente le revelaste que aún la amas, y Andra no respondió a eso. Eso te molesta.

Por supuesto, él tenía una excelente visión de lo que había sucedido. Pero también de lo que yo había sentido y lo que había pasado por mi mente después. Habíamos hablado de ello. Incontables veces. Porque nunca había entendido cómo ella podía hacer desaparecer los últimos once años en el nirvana en un segundo, solo para dejar muy claro después que aún existían y que no había olvidado nada de ello.

—Y tal vez deberías empezar a decirle la verdad a esa mujer. Once años es mucho tiempo y estoy seguro de que hay suficiente distancia para aclarar la mentira de una vez por todas. No para liberarte tú, sino para que ella sepa lo que realmente pasó.

La mentira. La había contado dos veces. Justo después de darme cuenta de que cualquier rescate llegaba demasiado tarde, y después de que Andra despertara en el hospital y no recordara bien lo que había sucedido. Dos veces me había exigido todo y había pasado por el infierno para evitar que se odiara a sí misma y a hombres que ya estaban muertos y que no sentirían nada de su odio.

Aun así, no le contaría nada de eso. ¿Dónde estaba la necesidad de revivir este tema cuando yo mismo era un maestro en reprimir todo lo que tenía que ver con ello?

—¿No querrás realmente dejarla ir otra vez sin haber tenido una conversación seria con ella, verdad? —insistió Santiago.

Sí. Exactamente ese era el plan. Evitaba todos los problemas, me encargaba de lo que había que hacer y luego restauraba el antiguo orden. ¿Dónde estaba el error?

—Tal vez deberías mantenerte al margen de este asunto, Santiago —respondí después de unos segundos.

—¿Le dirás lo mismo a Talia? ¿Que se mantenga al margen? Ella te salvó el trasero porque no fuiste lo suficientemente empático como para al menos advertir a Andra. Quizás Talia le cuente que llevas años manteniéndote alejado de otras mujeres como si fueran puro veneno para ti. ¿No crees que sería una información muy interesante para ella?

—No importa. Cuando no esté ayudando a un idiota a promocionar su próxima película, seguramente apenas podrá salvarse de los hombres.

—Por eso ha habido tantos informes sobre sus citas y relaciones en los últimos años, ¿no? Muy parecido a ti. Hasta donde yo sé, el balance es cero. —Sonaba como si se estuviera burlando.

—No todo tiene que llegar siempre al público —argumenté.

De hecho, no podía recordar haber tenido nunca una discusión tan absurda con Santiago. ¿Por qué estábamos hablando siquiera de si Andra había mantenido relaciones con otros hombres? No importaba. Al menos no mientras no me llegara a los oídos que eso la ponía en peligro.

—Como sea. No voy a continuar con esta conversación. Que Talia le cuente lo que quiera. Por mí puede hacerse amiga de Andra. Me da igual. En unos días se irá de nuevo.

Santiago resopló. —Esa es una declaración bastante graciosa, Rafael. Exactamente eso es lo

que me he estado repitiendo como un mantra durante el último año. Pero de alguna manera parece que las cosas han salido diferentes.

Otra vez esa maldita comparación. Y eso que Santiago había presenciado todo. Cómo nos habíamos conocido. Cómo nos habíamos convertido en pareja y nos habíamos casado. Cómo habíamos peleado y nos habíamos reconciliado. Cómo Andra se había quedado embarazada y había dado a luz a nuestra hija. El peor día de nuestras vidas. Y después de eso, él también había visto que no había otra salida más que tomar caminos separados.

Entonces, ¿cómo se le ocurría ahora convencerme de que el destino me había favorecido, cuando en realidad solo quería mostrarme, una vez más, lo que realmente había perdido y sacrificado?

ANDRA

Había sido la visión del hijo de Santiago lo que, metafóricamente, me había dejado sin aliento. Estaba preparada para todo, menos para encontrarme frente a una pequeña familia feliz que me recordaba de manera macabra lo que Rafael y yo también podríamos haber tenido.

Una parte de mí estaba furiosa porque él no había mencionado ni una palabra sobre que Santiago ahora era padre. Pero una parte mucho mayor de mí sentía la necesidad de huir. De escapar y no volver, para no tener que ver esa imagen. En principio, era un pensamiento ridículo, porque en este mundo existen innumerables bebés y niños. Solo que no en mi entorno inmediato, porque me había convertido en una verdadera maestra en evitar estas situaciones.

Tan pronto como las mujeres de mi círculo se quedaban embarazadas, automáticamente me retiraba, tomaba distancia y me aseguraba de no enterarme de nada de lo que sucedía en sus vidas. Simplemente no podía ver cómo llevaban a un niño en su vientre durante nueve meses, lo traían al mundo y luego llevaban una vida feliz. Por supuesto, esa era la versión color de rosa y era muy consciente de que podían surgir innumerables complicaciones, pero al final, en sus casos, era muy improbable que un grupo de hombres irrumpiera en su hogar supuestamente seguro en medio de la noche, sacara a todos de sus camas y los amenazara, dejando claro que no era cuestión de si saldrías con vida, sino más bien de cuándo se cansarían de su circo y correrías hacia los brazos extendidos de la muerte.

Inmediatamente después del extraño desayuno, había regresado a la habitación y desde entonces no me había movido del sofá. De fondo sonaba alguna telenovela española, pero mis pensamientos giraban en torno a ese único tema que había logrado apartar de mí con tanto éxito en los últimos años que hubo días en los que no me sumergí en la pérdida que había sufrido.

Sin embargo, desde que había terminado voluntariamente mi carrera, se había vuelto más difícil. La música siempre había sido una forma de distraerme. Estar en un escenario y entretener a cientos de miles de personas te distraía con éxito de tus propios problemas. Lo mismo ocurría al estar en un estudio grabando el próximo álbum, dando entrevistas en la radio o simplemente pasando todo el día viajando al siguiente lugar. Nunca me había permitido descansos, viajaba de un concierto a otro y me mantenía ocupada de una manera que me agotaba tanto física como mentalmente, que simplemente no había tiempo para pensar. Y para todos los momentos intermedios, había fiestas. Más música. Más gente. Más alcohol. Más comida.

Ahora ya no tenía idea de qué hacer. Sin este entorno cuidadosamente construido, había poco que hacer, especialmente cuando también intentabas mantener un perfil bajo y esconderte de ciertas personas.

El sol ya se estaba poniendo frente a las ventanas, lo que significaba que había superado otro

día con éxito. Solo faltaba el cansancio, y probablemente no llegaría hasta dentro de unas horas, porque mi cuerpo era un cabrón y le gustaba hacerme bailar hasta mis límites, para que tuviera especialmente muchos pensamientos que me acosaban.

Hasta ahora, Rafael había logrado con éxito evitar mi compañía. Por eso me sorprendió tanto cuando la puerta se abrió y él entró, con la misma expresión sombría en su rostro que tenía desde el momento en que había entrado en el sótano.

No me moví. Al fin y al cabo, este era su reino y yo solo una invitada que había acogido a la fuerza, sin realmente quererlo.

—Deberías dormir en la cama, no en el sofá —constató, y sonaba realmente molesto. Como si le importara dónde dormía yo.

—No voy a dormir en tu cama, Rafael —respondí después de unos segundos.

—¿Tienes miedo de que por casualidad me meta en la misma cama por la noche? No te preocupes, eso no va a pasar.

Sus palabras me pillaron tan desprevenida que no supe qué responder. No tenía miedo. Simplemente no podía dormir en una cama que olía a un hombre que mi cuerpo asociaba con la palabra *hogar*. No cuando mi cerebro me recordaba constantemente todas las razones por las que él no lo era.

Al ver que no respondería a eso, continuó. —¿Preferirías dormir en algún lugar de la fortaleza?

—No. —No, no lo preferiría. Y si no podía imaginar por qué, entonces tenía un gran problema con su percepción.

Lo oí suspirar. —Debería haberte hablado de Ramón. Lo siento. No volverá a pasar, ¿sabes? Así que está bien que te agrade.

Eso no cambiaba nada de lo que había sucedido. —Me mantengo alejada de los niños.

—En realidad, pensé que me pasaría algo similar. Pero... en algún momento te acostumbras. En algún momento dejas de ver un rostro que solo existe en tu memoria.

Automáticamente contuve la respiración. Lo que Rafael decía sonaba tan honesto y por primera vez desde ayer no sonó y defensivo. Había sentimientos en su voz que lo hacían más tangible y no me daban la sensación de que quisiera alejarme de él. Eso me facilitó darle también una visión de mi interior.

—Desde que estoy aquí, no puedo pensar en otra cosa. Pensé que había dominado la táctica de la represión, pero aparentemente me equivoqué.

—¿Por eso te escondes aquí dentro?

—No sería justo que mi presencia afectara a todos los demás. —Y lo haría. Porque ni siquiera me veía capaz de acercarme a Santiago, por miedo a que su hijo también estuviera allí —. ¿Lo habéis encontrado? ¿A Mason?

El repentino cambio de tema lo desconcertó, pero al principio pareció no querer abordarlo. —Mis hombres partirán mañana hacia Marbella.

Asentí, porque no sabía qué más decir al respecto. Al menos su declaración implicaba que no estaría atrapada aquí por mucho más tiempo y podría escapar tan pronto como Rafael me dijera que se había encargado de todo.

—¿No crees que hay algunas cosas de las que deberíamos hablar, Andra? —preguntó, con la mirada fija en mi rostro.

Todavía estaba de pie en medio de la habitación, lo que me causaba cierta inquietud y parecía impedirle escapar y huir de lo que acababa de plantear.

Lentamente me incorporé, con los brazos cruzados y la delgada manta cubriendo mis piernas,

que en realidad no necesitaba porque hacía un calor infernal, pero que aun así era necesaria para sentirme al menos un poco más cómoda. —¿De qué quieres hablar?

—Podrías empezar por contarme por qué terminaste repentinamente tu carrera —respondió.

Esperé a que cruzara los brazos sobre el pecho y creara una barrera visible entre nosotros, pero no lo hizo. Sin embargo, con esta pregunta ya nos estábamos moviendo en un terreno peligroso. No podía cometer ningún error, porque si se daba cuenta, solo conduciría a más problemas.

—Ambos sabemos por qué comencé esa carrera, y ahora...

—No lo has superado. Así que ese no fue el motivo del final —afirmó de inmediato, sin que yo hubiera terminado mi frase.

Exhalé demasiado fuerte. —Simplemente no podía seguir como antes. Era demasiado. Por eso decidí dejarlo por completo.

—¿Y qué haces ahora?

—¿Estar sentada como una prisionera en casa de mi ex marido?

—Muy gracioso —gruñó—. Sabes a lo que me refiero.

Me presioné hacia atrás, hundiéndome más en el respaldo del sofá, tratando de controlar de alguna manera mi sistema nervioso agitado. —Nada. No hago nada. Simplemente existo.

—¿Y eso te hace feliz?

Esta vez se me escapó un resoplido. ¿Por qué quería hablar conmigo sobre la felicidad cuando él había destruido la mía tan generosamente? —Nada me hace feliz, Rafael. Lo que me hacía feliz murió hace mucho tiempo.

Y con eso no me refería solo a nuestra hija, él lo sabía tan bien como yo.

—¿O quieres decirme que tú eres feliz? —añadí después de unos segundos en los que ninguno de los dos dijo nada.

Incrédulo, sacudió la cabeza, se acercó a mí y se dejó caer en el sofá a mi lado, dejando apenas espacio entre nosotros. Su cercanía inesperada causó aún más inquietud en mi interior.

—¿Crees que yo he pasado por algo diferente a ti? Lo que sucedió me persigue cada maldito día y la única persona con la que hubiera querido hablar sobre ello simplemente nunca estuvo ahí. Y soy consciente de que eso es mi culpa, Andra. Aun así, me pregunto si después del concierto eso realmente te dio derecho a ignorarme.

Desafortunadamente, una cosa no tenía nada que ver con la otra. Y en cualquier otra circunstancia, nunca habría sido capaz de ignorar a este hombre. Pero la única vez que lo hice por su propia protección, por supuesto que se lo tomó personalmente. Sin embargo, incluso ahora no podía aclararle las cosas.

—No quería darte la impresión de que...

—¿De que significara algo? Claro —murmuró.

—A veces echo de menos el pasado. Lo que fue. —No era mentira, al contrario. La absoluta verdad. Hasta cierto punto, todo había estado bien y me gustaba recordarlo. Al final, no había sido culpa de Rafael no haber entendido mi llamada de auxilio en el concierto.

—Entonces ya somos dos —gruñó.

—Tal vez deberías buscarte una mujer y crear nuevos recuerdos —respondí en voz baja. Rafael era un hombre atractivo. Seguramente no tendría problemas para encontrar una mujer que se enamorara perdidamente de él y se asegurara de que el pasado se desvaneciera.

—¿Realmente crees que estaría interesado en buscarme un sustituto barato, Andra? —El profundo gruñido de su pecho hizo que se me erizara el vello de los brazos.

—Al menos no tendrías que pasar tu vida solo. —Mi respuesta fue débil, era consciente de

ello. Aun así, la pronuncié.

—Prefiero pasar mi vida solo que con alguien por quien no siento ni una fracción de lo que siento por ti. No he tocado a otra mujer desde entonces y ciertamente no lo haré. O tú o ninguna. Te lo dije entonces, me mantengo firme en eso y moriré con esa promesa. Así que no me digas que buscar a otra mujer sería una solución. —Una maldición siguió a su declaración, que ya de por sí me había hecho cerrar los ojos. Pero fue la maldición la que evocó recuerdos que también había reprimido.

Rafael no estaba hablando de los votos matrimoniales, sino de aquella noche en la que le anuncié que no podía seguir como hasta entonces. Que quería el divorcio. Exactamente eso había dicho él entonces, y yo lo había ignorado, lo había considerado una declaración sin sentido porque la gente dice cualquier cosa para no perder.

—¿No has estado con otra mujer en los últimos once años?

—No tengo intención de enamorarme de nadie más. Te quiero a ti. Punto.

Negué con la cabeza casi imperceptiblemente. En los últimos dos días apenas habíamos intercambiado una palabra y ahora que se abría a mí, venía con un maldito martillo neumático para derribar los muros que claramente había erigido.

—¿Cuántos hombres has tenido tú? ¿Y cuántos de ellos fueron capaces de estar a nuestra altura? —Ni siquiera sonaba como si estuviera preguntando para reaccionar con celos. Más bien parecía estar genuinamente interesado en cuál era mi balance y si al final no existía la posibilidad de que fuera un error aferrarse a algo del pasado.

Eché la cabeza hacia atrás y miré fijamente el techo. En algunos aspectos, podía mentirle sin pensarlo dos veces. Pero, en general, nunca había dicho mentiras. Nunca me había escabullido de un tema solo porque se hubiera vuelto incómodo.

—No hubo otros hombres. No hubo otros hombres porque no soy capaz de dejar que nadie se me acerque lo suficiente. Porque la idea de que pudiera pasar algo me carcome por dentro. Podría quedar embarazada. Perder un segundo hijo. La idea me afecta lo suficiente como para no tener sexo.

—Así que te prohíbes a ti misma la cercanía humana.

—No hagas eso. Tú haces lo mismo. Así que no puedes juzgarme por ello, Rafael. —Éramos demasiado parecidos, eso era lo que sacaba en claro de estas revelaciones.

—No te estoy juzgando. Solo esperaba que tu vida te llenara. No que te castigaras a ti misma por algo de lo que no tienes la culpa.

—He intentado sobrevivir. Eso es todo. —Y ahora estaba intentando salvarle el pellejo, sin que él tuviera la más mínima idea.

Probablemente había mucho más que decir. Tantas cosas de las que nunca habíamos hablado. Tantos temas que habíamos evitado y que bullían justo bajo la superficie, pero que no salían a la luz porque ninguno de nosotros se atrevía a mencionarlos.

Reabrir viejas heridas nunca era una buena idea. Durante años, uno había trabajado para sanarlas de alguna manera, solo para descubrir que nunca se cerrarían y cicatrizarían por completo. Uno simplemente vivía con ellas, reconocía su existencia y, a veces, había días en que ciertos movimientos dolían y te recordaban que dichas heridas seguían existiendo.

—Cuando estabas sentada a mi lado, con los brazos apoyados en mi muslo, me miraste como si todo estuviera bien.

Apreté los labios. —Y luego recordé por qué no lo está.

Rafael se levantó en el momento en que la última palabra salió de mi boca. —Me voy a dormir. Al amanecer tengo una cita importante.

En realidad, esperaba que saliera de la habitación y durmiera en otro lugar, como anoche. En cambio, se quitó la camiseta por la cabeza, dejando al descubierto su torso tatuado, y se sacó los zapatos y los pantalones, solo para dejarse caer en su cama al momento siguiente, con la espalda vuelta hacia mí.

Si fuera capaz de olvidar de alguna manera lo sucedido, lo haría sin pestañear. Pero no era así, por lo que tenía que recordarme constantemente su culpa.

RAFAEL

El primer lunes del mes siempre era el mejor día de todos: prometía horas libres lejos del cártel, en un coche con demasiada potencia y en un circuito de carreras que, aunque construido hace apenas unos años, ya era propiedad de un hombre con debilidad por las carreras callejeras ilegales. Normalmente, las carreras requerían un permiso, un organizador y, sobre todo, las licencias necesarias, pero eso le quitaba la emoción real y, lo más importante, hacía que el premio en metálico estuviera sujeto a impuestos.

Lo cual funcionaba bastante mal cuando los participantes eran principalmente personas que se movían en el mundo criminal. En la mafia o en una banda, o en cualquier otro grupo que merodeara por Málaga.

El circuito estaba cerca de Ronda, lo que significaba que podía poner el coche a la temperatura adecuada de camino por la autopista. Un motor ronroneante, reflejos rápidos, la primera dosis de adrenalina en mis venas que me preparaba para la carrera que comenzaría en pocas horas, además de la música a todo volumen y el sol que golpeaba desde el cielo.

En realidad, todo era perfecto. Hasta el momento en que todos los indicadores del tablero se apagaron y una sacudida recorrió el coche, obligándome a apartarme a un lado. Maldiciendo, golpeé el volante con la palma de la mano.

Nadie en el cártel sabía que yo participaba en estas carreras callejeras. Ángel no lo aprobaría, aunque ganara un buen dinero con ello y no corriera riesgos innecesarios. Santiago quizás se le ocurriría participar también, lo que me ganaría la ira de su madre porque su hijo se rompería la cabeza en una de estas máquinas infernales.

Las opciones eran limitadas. Un servicio de asistencia en carretera cobraría precios exorbitantes, tampoco podía informar a uno de mis competidores, y cancelar la carrera tampoco me parecía una buena solución. Solo perdería el dinero que había invertido.

Me sobresalté, con una mano ya en mi arma, cuando alguien golpeó la ventanilla. Primero miré por el espejo retrovisor, hasta que me di cuenta de que no eran los policías, y luego miré a la izquierda. En realidad, esperaba ver a un tío joven, ya que el coche aparcado detrás de mí era idéntico al mío, pero las curvas que se metieron en mi campo de visión eran todo menos masculinas.

Bajé la ventanilla con vacilación y ella se inclinó hacia mí, aún con las gafas de sol puestas, lo que hacía imposible ver sus ojos. En cambio, vi una piel bronceada por el sol, un pelo oscuro y salvaje, y una gran sonrisa que ya me advertía que estaba a punto de tragarme una mierda.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, con un tono divertido en la voz.

—¿Acaso sabes de coches? —La típica frase que cualquier tío le habría dicho a una mujer, me di cuenta. Desgraciadamente, unos segundos tarde, porque ella ya se había enderezado,

mientras los coches seguían rugiendo detrás de ella.

Si daba un paso más atrás, podría estar en medio de la carretera. ¿Acaso tenía un deseo de muerte?

—Dime cuál es el problema y te daré la solución —respondió con indiferencia después de unos segundos, apoyándose de lado en mi coche. Con eso desapareció de mi campo de visión y me obligó automáticamente a salir también.

Me rasqué la nuca. —La verdad es que no tengo ni idea.

—¿Conduces un coche como este y no tienes ni idea? —Había un tono de decepción en su voz. —Trabajo en un taller. Podría hacer que lo recogieran y echarle un vistazo mañana. Si quieres.

—¿Y qué pasa si te digo que necesito un coche en condiciones hoy?

Alzó una ceja. —Entonces te diría que no soy una maga y que no tengo visión de rayos X.

—Pero tienes el mismo coche que yo —respondí.

Ante esto, torció el gesto, se subió las gafas de sol a la cabeza y me miró como si hubiera perdido el juicio. Tal vez en ese momento lo había perdido, porque casi podía sentir cómo la realidad se distorsionaba. El sol hacía brillar su rostro perfecto. Los shorts, las zapatillas deportivas, la camiseta ajustada... parecía una aparición de mis sueños.

—¿Qué propuesta me estás haciendo exactamente, extraño?

—Me dejas tu coche prestado y te pago la cantidad que quieras.

Volvió a torcer el gesto. —No necesito dinero.

—¿Entonces qué se te ocurre? —Necesitaba ese coche. Si cambiaba las matrículas, nadie se daría cuenta de que no conducía el coche registrado.

Me examinó. Empezó por mis zapatos, hasta que finalmente llegó a mi cara e inclinó ligeramente la cabeza. Con la patilla de sus gafas de sol me señaló, después de habérselas quitado. —Una cita.

Me eché a reír. —Yo no tengo citas.

Mi vida pertenecía al cártel. No había lugar para mujeres que no tenían idea del mundo que estaba justo frente a sus ojos y, sin embargo, lo suficientemente oculto como para que nadie quisiera reconocer su existencia.

—Es una verdadera lástima, porque entonces no tendrás coche.

Respirando profundamente, apreté los dientes antes de responder de nuevo y rectificar mi declaración anterior. —Está bien. Una cita. ¿Qué tienes en mente?

Ejercía cierta atracción sobre mí, quizás podría justificar con eso que estaba rompiendo mis propias reglas. Sonriendo, cruzó los brazos detrás de la espalda y chasqueó la lengua.

—¿Qué planeas hacer con mi coche?

En este punto, una mentira habría sido sin duda ventajosa, pero algo me decía que ella no se creería nada más que la verdad. —Voy a participar en una carrera.

De inmediato, un sonido pensativo escapó de su boca. —Entonces supongo que esta es nuestra cita —respondió y, sin previo aviso, me lanzó las llaves de su coche. Golpearon contra mi pecho y solo las atrapé cuando ya iban camino al suelo.

—No creo que...

Pero la joven ya había girado sobre sus talones y estaba a punto de abrir la puerta del copiloto de su propio coche para dejarse caer en el asiento.

Perplejo y sacudiendo la cabeza, quité mis placas de matrícula, cerré el coche y me subí al suyo después de haber cambiado las placas.

Tan pronto como inserté la llave en la cerradura, noté la diferencia. Exteriormente podría

ser el mismo modelo, pero por dentro... ¿quién demonios era ella para conducir un coche como este, tener suficiente dinero para tunearlo a su gusto y luego ocurrírsele ofrecer ayuda a un completo extraño? Mis alarmas empezaron a sonar porque mi primer pensamiento fue que definitivamente tenía que ser el enemigo. El segundo me llamó idiota. Ahí fuera hay gente con padres ricos y aficiones. Solo porque yo fuera parte de un cártel no significaba que ella también tuviera una vena criminal.

—Déjame adivinar, la carrera es en el Circuito Ascari —dijo después de unos segundos, durante los cuales yo nos había llevado de vuelta a la autopista.

—Correcto.

—Pero hoy no hay ninguna carrera oficial allí.

Mis dedos se cerraron con más fuerza alrededor del volante mientras buscaba una respuesta que la distrajera.

—Estás corriendo ilegalmente, ¿verdad? De otro modo no irías armado.

—¿Por qué entonces te has subido al coche conmigo?

—Quería desesperadamente una cita. Ya te lo dije.

—¿Y si te cuesta algo?

—¿Más que la probabilidad de que destroces mi coche igual que el tuyo?

—No lo sé. No todos los hombres armados que corren carreras de coches son agradables.

—Y no todos los hombres armados que corren carreras de coches se ven como tú. Por una vez en mi vida quiero elegir yo misma el peligro al que me expongo.

Desconcertado, miré en su dirección. Sonaba como si estuviera constantemente en peligro involuntariamente. Pero en lugar de profundizar en eso, me concentré en otra cosa. En la carretera frente a mí, por ejemplo. Su vida no era asunto mío. Tampoco era mi derecho dejarme distraer todo el tiempo por su presencia. Mirar hacia allá y observarla mientras apoyaba los pies en el salpicadero y se reclinaba un poco, claramente encantada de que fuera yo quien maniobraba el coche a través del tráfico ahora denso.

Sin embargo, su mirada se deslizaba una y otra vez en mi dirección, como si quisiera asegurarse de que no cometía errores fatales con su coche. Hasta ahora no había habido quejas, así que nos acercaba tranquilamente a la pista de carreras. En el fondo de mi mente, ya estaba considerando si tendría que dar una explicación sobre su presencia o si pasaría por una de esas mujeres que siempre andaban cerca de la pista con la esperanza de llamar la atención de alguien.

Después de que el silencio se prolongara por un tiempo, de repente se volvió hacia mí. —Por cierto, soy Andra. Y en realidad ya podría felicitarte por la victoria, porque dejarás atrás a todos los demás sin esfuerzo.

Andra.

Cinco letras que, dispuestas de otra manera, bien podrían haber sido descritas como mi perdición personal, porque tan pronto como su atención se posó de nuevo en mí y el nombre salió de su boca, me di cuenta de golpe que no me libraría de ella.

Normalmente, estos encuentros fatídicos solo existían en las telenovelas. Los personajes veían a cierta persona, se enamoraban perdidamente y... bueno, supongo que a partir de ahora podría escribir yo mismo el final, aunque antes había dudado seriamente de que hubiera siquiera una pizca de verdad en ello.

—Soy Rafael —dijo con un gruñido que iba más dirigido a mí mismo que a ella.

ANDRA

Desperté mucho antes del amanecer. Por alguna razón ridícula, escuchar la suave respiración de Rafael había calmado tanto mi sistema nervioso que me quedé dormida casi de inmediato, sin quedarme enganchada en los detalles de nuestra conversación.

Sin embargo, él debió de haberse despertado en algún momento, porque la almohada extra bajo mi cabeza y la manta ciertamente no habían aparecido por arte de magia.

Tan pronto como me senté, me di cuenta de que Rafael ya no estaba en su cama. En cambio, estaba saliendo del baño contiguo, con una toalla envuelta alrededor de sus caderas, mientras las últimas gotas de agua aún buscaban su camino hacia abajo.

—Bien, estás despierta. ¿Quieres pasar otro día aquí dentro o me acompañas?

—¿Qué? —solté.

—Me has entendido perfectamente —respondió, mirándome fijamente con sus ojos grises.

—¿Qué tienes planeado?

—Podría contártelo, o podrías verlo por ti misma.

No me estaría preguntando si quería acompañarlo en algún asunto del cártel. Inevitablemente, una sonrisa se extendió por mis labios cuando me di cuenta de a dónde iba a parar esto.

—¿Todavía conduces, verdad?

—Tal vez.

—Y el corte en tu frente es de un accidente. Es decir, tienes que comprobar si tu coche está en condiciones de circular de nuevo.

—Voy a conseguir uno nuevo.

—¿Pérdida total?

—No.

—¿Entonces por qué uno nuevo?

—Porque no he tenido tiempo de formarme como mecánico.

Se me escapó una risa nerviosa. —Hay cientos de talleres ahí fuera.

—¿Y ahora trabajas en uno de ellos? —preguntó, mirándome intensamente.

—¿Te compras un coche nuevo por cada pequeño problema? —Ahora me levanté completamente para poder acercarme a él—. Menos mal que la pista de carreras no es tuya. De lo contrario, se habría construido una nueva con cada problema.

Apenas audiblemente, imitó mi última frase, solo para continuar más fuerte. —Hace unos años, la pista estuvo a punto de cerrarse.

Me encogí de hombros mientras pasaba junto a él. —Lo sé. Por eso la compré.

Rafael se volvió hacia mí. —¿Qué?

—Ya me has oído —repetí sus palabras de antes—. Compré la pista. Es la única pista decente en esta provincia y no quería que las carreras se trasladaran al tráfico urbano.

Sin previo aviso, me encontré entre Rafael y la pared a mi espalda, muy consciente de que seguía llevando solo la toalla. —¿Es esa la razón por la que no se han celebrado eventos públicos allí durante años?

—Tal vez.

—Y el hotel cercano se separó para no llamar la atención sobre la pista.

—Diversificación del riesgo —argumenté con la respiración entrecortada.

—¿Me has comprado mi propio patio de recreo personal para carreras para que no me vea involucrado en accidentes en la calle? —concluyó—. Te preocupas por mí.

—Nunca dije que no lo hiciera.

—Eso te convierte en una paradoja andante. —La constatación lo hizo escéptico.

Con ambas manos lo aparté de mí. —Si quieres que te acompañe, no deberías acercarte con conclusiones durante los próximos diez minutos.

Desaparecí en el baño antes de que pudiera continuar. Inmediatamente me apoyé contra la puerta y me deslicé un poco hacia abajo.

Mierda.

La tensión entre nosotros era casi palpable. Como si estuviera tratando de desafiarme y provocar una respuesta mordaz, por la cual pudiera reaccionar como lo acababa de hacer. Acorralarme contra una pared y continuar el interrogatorio mientras me intimidaba con su cercanía física. O me envolvía alrededor de su dedo, según como se mire.

Mi pulso seguía acelerado. Mi boca seguía seca.

¿Realmente había creído que no me había interesado por él en los últimos años? ¿Que no había intentado de alguna manera averiguar cómo estaba? No podía contar las veces que había llamado a Santiago solo para saber qué estaba pasando en la vida de Rafael. Por supuesto que me preocupaba por él. Me interesaba por él.

Estaba tan profundamente arraigado en mí que se había convertido en parte de mi ADN. Diez años juntos no se olvidan fácilmente. No se descartan por un evento grave, aunque ese mismo evento haga que necesites distancia.

Y once años en los que estuviste a miles de kilómetros de distancia tampoco hacen que de repente olvides las cosas importantes de la vida.

Tal vez Rafael tenía razón y yo era una paradoja andante, atrapada entre los dos lados dentro de mí.

Solo después de unos momentos logré abrir el agua de la ducha. Un coche nuevo, un día en las pistas de carreras cerca de Ronda. Rafael y yo. Este escenario me resultaba tan condenadamente familiar que pasé los pocos minutos bajo el chorro de agua fría pensando en las primeras veinticuatro horas que pasamos juntos.

Cuando salí del baño poco después, Rafael ya me estaba esperando. —¿Te tranquiliza si te digo que todos esos coches destrozados se pudren en un garaje enorme?

Abrí los ojos de par en par. —Eso me parece más inquietante. ¿Así que coleccionas coches rotos?

—Tal vez algún día alguien se apiade y los repare.

Y ya podía imaginarme quién era ese alguien en su mente.

—¿Te compras un coche de carreras de más de dos millones de euros para cambiarlo en cuanto surge un mínimo problema? —pregunté incrédula, mirando fijamente el *Bugatti Chiron* que seguramente nunca llegaría a formar parte del parque móvil de Santiago, quien después de todos estos años seguía sin tener la más remota idea del peligroso y costoso pasatiempo que Rafael perseguía en secreto.

Una sombra oscura cruzó su rostro mientras su mirada saltaba entre mí y el monstruo negro.

Después de unos segundos, extendió la mano. De su dedo colgaba la llave de su nuevo coche.

—¿Quieres dar la primera vuelta?

Por primera vez me ofrecía algo así. En los diez años que habíamos pasado juntos, Rafael se había comprado muchos coches nuevos; a veces había que ir con los tiempos si se quería seguir en lo más alto del ranking. Además, había daños que ni siquiera yo podía reparar, a pesar de que había acumulado bastante experiencia a lo largo de los años gracias a mi trabajo como mecánica de automóviles, sus coches de carreras y los coches del cártel.

Siempre había sido él quien conducía primero cada coche nuevo. La mayoría de las veces yo solo acababa en el asiento del conductor cuando necesitaba una reparación. ¿Y ahora quería renunciar voluntariamente a este ritual porque sabía exactamente cuánto me divertía con modelos como este?

—¿Estás seguro?

Mi mirada se posó en la pista de carreras que discurría junto al box donde nos encontrábamos. Todo el circuito estaba despejado y no había nadie más presente, ya que la próxima carrera no tendría lugar hasta esta noche.

—¿Te lo ofrecería si no lo estuviera?

Asintiendo, me acerqué a él, cogí la llave y, con una sonrisa enorme, abrí la puerta para deslizarme en el asiento del conductor. Un coche normal con algunos caballos de potencia era genial, pero modelos como este hacían que la sangre me hirviera en las venas.

En el momento en que el monstruo cobró vida debajo de mí, Rafael se deslizó en el asiento del copiloto. La mayoría de las carreras se celebraban con vehículos que ni siquiera tenían permiso para circular por la calle y estaban diseñados para pistas como esta. Sin embargo, estas reglas no se aplicaban cuando se trataba de eventos ilegales. La escena criminal cuidaba coches de lujo caros y quien pudiera conducirlos con tanta destreza que fuera suficiente para una pista de carreras como esta, se merecía el premio en metálico que se ofrecía cada vez.

Conduje el coche hasta la pista y pasé las posiciones de salida marcadas en el asfalto hasta que la línea de salida quedó justo delante de nosotros. Normalmente, en una carrera, este era el momento en que una joven mujer salía a la pista, mostraba su trasero semidesnudo a los conductores y luego agitaba la bandera para anunciar el inicio.

—Ha pasado un tiempo desde que...

—No nos engañemos, siempre has sido mejor en esto —respondió sin que pudiera terminar mi frase.

—Solo más obstinada. Además, hice carrera en la música, aunque tú eres el dios de la guitarra.

Rafael me miró de reojo. —¿Vamos a seguir hablando de las extrañas formas en que nos complementamos o quieres asegurarte de que volvamos a Málaga a tiempo para el desayuno?

Con un suave silbido, metí la primera marcha, jugué con el embrague y el acelerador, haciendo rugir el motor. La mayoría de los coches de esta categoría de precios tenían una función de arranque perfecto, pero en los eventos en los que participaba Rafael, no se confiaba mucho en ello.

Todavía sonriendo, lancé el coche sobre la línea de salida, a lo largo de la recta y en la primera curva, que tomamos con tanta facilidad como si nuestra velocidad se ajustara a las normas del tráfico normal.

Mientras yo me divertía en la pista, Rafael guardaba silencio. En lugar de hablar, observaba lo que yo hacía y el efecto que tenía en la forma en que nos movíamos por el asfalto.

De alguna manera, estaba agradecida por ello; no tener que hablar con él significaba que podía disfrutar sin malgastar un pensamiento en todo lo que intentaba ignorar vehementemente.

Recordaba demasiado bien cómo había transcurrido la primera carrera que al mismo tiempo había declarado una cita. Rafael la había ganado con mi coche, había violado una docena de reglas de los estatutos de la asociación y de alguna manera se las había arreglado para que me acostumbrara al peligro en el que me ponía, sin darme ni una sola vez la sensación de que realmente estaba en peligro. En cambio, aunque era consciente del hecho, estaba segura de que él me protegía.

En muy poco tiempo habíamos completado la primera vuelta, pero no era suficiente. Parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que me había sentido tan libre como en este momento. Flotar sobre el asfalto como si tuviera alas, a una velocidad que rayaba el suicidio, eso era vivir. Al menos ahora, cuando el resto de mi vida consistía en aburrimiento y cientos de miles de pensamientos.

Pasaron cuatro vueltas más antes de que decidiera terminar la diversión. Si Rafael realmente quería volver a Málaga para el desayuno...

Salimos y lo miré por encima del techo del coche. —Esta noche, la carrera... ¿necesitas un copiloto?

—¿Tienes tiempo?

—Solo si no me encierras en tu habitación —respondí con una ceja levantada.

—¿Y si terminamos con Mason durante el día y puedes irte?

Se me escapó un suspiro. La simple idea de unirme a él en esta carrera podría ser peligrosa en más de un sentido, pero después de las cinco vueltas en el Bugatti, sabía con bastante certeza que necesitaba desesperadamente una descarga de adrenalina como la carrera.

—Una noche más no importa, ¿verdad? A menos, claro, que quieras conducir solo y tentar a tu suerte.

—No me atrevería —respondió con una mirada que no pude descifrar.

—¿Por qué nunca la mencionaste el año pasado? ¿O el embarazo? —La pregunta salió de mis labios antes de que pudiera morderme la lengua.

Sin embargo, Santiago no pareció sorprendido de que la hiciera. Quizás incluso la había esperado antes. Aunque ni el desayuno ni la presencia de los demás habían sido el marco adecuado. Al menos no para mi gusto, porque ni siquiera estaba segura de si Rafael era consciente de cuánto habíamos hablado Santiago y yo en los últimos años.

—Consideración, supongo.

—¿Temías que no me alegraría por ti?

Inclinó la cabeza. —Sé que habrías sido la primera en alegrarte. Pero también sé que miras a mi hijo y ves a tu hija. No me parecía justo restregarte mi felicidad.

—Cuéntamelo. —Siempre que habíamos hablado por teléfono, yo le había contado los acontecimientos de mi vida. Los objetivos que alcanzaba, los conciertos, los países que

visitábamos en las giras y todo lo demás que le interesaba.

Quizás había sido terapia para ambos. Para mí, porque había dejado el único hogar que había conocido en toda mi vida, y para él por la pérdida de su hermana, con quien siempre había mantenido las conversaciones más absurdas.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Dónde la conociste?

—¿Esto es un intento de juzgar si he elegido a la mujer correcta... meses después de que nos casáramos y tuviéramos un hijo?

Me encogí de hombros, bastante divertida. —Tal vez. Si me lo hubieras contado antes, habría tenido la oportunidad de advertirte.

—¿Advertirme? Más bien deberían haber advertido a Thalassa sobre mí, no al revés —murmuró, antes de continuar en voz más alta—. Nos encontramos por primera vez en el muelle donde está el yate. Y la segunda vez fue cuando Agustín la trajo aquí y dijo que era su novia.

Eso, al menos, era algo que no esperaba. Sin embargo, no me atreví a interrumpirlo y escuché el resto de la historia, hasta el punto en que empezó a hablar de cómo se sintió cuando se enteró del embarazo definitivamente no planeado. Por un breve momento, escuché un pitido agudo en mi oído, pero no duró. Registré la alegría, la pura felicidad en sus ojos y supe que simplemente no era capaz de sentir ninguna emoción negativa. Este niño no tenía la culpa de mi pérdida y, por lo tanto, no merecía que yo albergara una aversión general.

—¿Has hablado con Rafael? —preguntó finalmente, adentrándose en un terreno que a menudo habíamos evitado.

—¿Sobre?

—¿Realmente hay un tema específico? Creo que tienen muchos puntos de los que deberían hablar. No lo hicieron en su momento. Quizás sea hora...

—No me quedará aquí, Santiago. Tan pronto como termine con Mason, me iré de nuevo.

—¿A dónde? Naciste en Málaga. Seguro que no volverás a los Estados Unidos después de terminar tu carrera... podrías quedarte y trabajar con nosotros. —¿Realmente me estaba ofreciendo volver a ser parte del cártel, solo para mantenerme en la ciudad?

—¿Haces esto porque Rafael te lo pidió?

Resopló. —No sabía que Rafael tomaba ahora las decisiones del cártel. Andra, te ofrezco esto porque no quiero que estés sola. En un lugar donde no te sientas cómoda, no conozcas a nadie y ninguno de nosotros pueda ayudarte si fuera necesario.

—Me las arreglé bien en los últimos años, ¿no?

—¿La señora de tu seguridad? ¿Yessenia? Yo la entrené. Y te la colé. Cuando la despediste, debería haber sospechado que algo no andaba bien.

Esa era una información que definitivamente me tomó por sorpresa. Yessenia me había acompañado casi desde el principio, hasta el momento en que ya no fue necesario emplear un equipo de seguridad, porque llamaba más la atención con él que sin él.

—Debería estar más sorprendida de lo que me siento ahora mismo... ¿cómo te lo imaginas? Ambos sabemos que no soy particularmente apta para... todo esto. —Todas esas cosas como asesinatos, drogas, rivalidades con familias enemigas. Las intrigas, la traición y las pérdidas que inevitablemente aguardaban en el camino que seguía el cártel. Yo no venía del mundo en el que Santiago y Rafael habían crecido. Conocía la pobreza, la violencia doméstica y la criminalidad de las bandas en los barrios pobres de la ciudad. En consecuencia, me había resultado difícil acostumbrarme a todo esto en los primeros meses después de que Rafael me revelara a qué se dedicaba. La idea de que mataba a otras personas porque su descripción de trabajo lo requería

había sido extraña durante mucho tiempo. Recordaba bien que me preguntaba constantemente cuánta sangre había en sus manos y si realmente no le afectaba causar tanto dolor.

Mantenerse a su lado me había exigido mucho y habían pasado varios meses hasta que me adapté a todo. Pero igual de difícil me había resultado acostumbrarme a la vida pública... probablemente también lograría adaptarme de nuevo al cártel. Además, Santiago no era como su padre. Para saberlo, ni siquiera había necesitado estar presente.

—Tú tienes dinero, yo tengo conocimientos. Algunas inversiones permitirían al cártel crear más organizaciones de fachada y mientras tu dinero se multiplica, puedes relajarte y hacer lo que te apetezca.

—¿Y realmente no me propones esto porque en secreto se trata de obligar a Rafael y a mí a tener esa conversación en la que has estado tan empeñado todo este tiempo?

Santiago se delató al entrecerrar un poco los ojos. Sin embargo, esa no era la única razón por la que tenía que rechazar su oferta. Tan pronto como mi nombre apareciera en documentos oficiales, mi chantajista sabría dónde buscarme, sobre todo porque mi nombre me relacionaba directamente con Rafael.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Andra?

—Siempre.

—¿Responderás con honestidad?

—Por supuesto —respondí, mirándolo expectante.

—¿Todavía crees que fue la decisión correcta dejarlo en aquel entonces? ¿No crees que habría habido una manera de arreglar las cosas y mantener lo que tenían? Yo lo presencié todo y siempre creí que lo único que podría separarlos a ustedes dos sería la muerte.

—De alguna manera, eso fue lo que pasó, ¿no?

—Pero no fue su culpa. Al igual que no fue culpa de Talia que su padre decidiera traicionarnos en ese momento. Lo que no solo lo hace responsable de la muerte de Marisol, sino también de la de tu hija. Y de la de innumerables hombres y mujeres que perdieron la vida esa noche. No es culpa de Rafael que alguien decidiera atacar al cártel y elegir como objetivo lo que más duele. De una manera tan sucia y traicionera. Rafael no le cortó la garganta a tu hija.

—Y aun así, él decidió poner mi vida por encima de la de ella.

—¿Lo hizo? Además, eso no responde a mi pregunta.

Hasta ahora, a Santiago nunca se le había ocurrido hacerme una pregunta así, ni hurgar con palabras tan directas en una herida que siempre había sido tabú.

—No sé cómo habría sido posible seguir a su lado —solté finalmente.

Por supuesto, Santiago también tenía una respuesta inteligente para eso. —En realidad, es muy simple. Es una decisión activa. Odio... Amor... en principio, es la misma emoción. La cuestión es qué significado le damos a ese sentimiento.

—Solo porque funcionó para ti y Talia, no significa que yo sea capaz de hacer lo mismo. — Todo en el mundo de Santiago era intenso y rápido. Tal vez se debía a que, en general, se medía con otros estándares. La muerte estaba constantemente sentada sobre el hombro de uno, el peligro era palpable en cuanto se salía de casa. ¿No era completamente normal sentir más, más rápido y más intensamente de lo que sería habitual para una persona normal?

¿Se perdonaba más rápido en consecuencia? ¿Se aferraba uno más a la vida en lugar de perderse en una pérdida? El mismo Santiago era el mejor ejemplo. Había perdido a su hermana. A su sobrino. Y aun así, de alguna manera lograba no dejar que todo eso lo afectara constantemente. Seguía adelante, sin importar lo difícil que pareciera. Estaba en paz consigo mismo y se aferraba a la idea de que todo en su vida iría por buen camino.

Me levanté de mi lugar en el sofá. —Solo hay una cosa que cambiaría algo. Si esa noche no hubiera ocurrido de esa manera.

Y con eso, al parecer, esta conversación había terminado.

RAFAEL

Desde el concierto, no había ganado ni una sola carrera. Cada vez que me sentaba en mi coche y me acercaba a la línea de salida, no podía evitar pensar en Andra y en cómo sus brazos me habían rodeado con fuerza en el escenario, y de inmediato surgían todos los demás recuerdos. Los malos y los buenos, junto con el hecho de que había ganado cada maldita carrera en la que ella había sido mi copiloto, y después de nuestra separación, se había convertido en un juego de azar que me había vuelto adicto. A veces ganabas, a veces perdías, pero en general, causaba más daño que cualquier beneficio que pudiera aportar.

Y esta mañana, finalmente lo había sentido de nuevo. La sensación de tener la oportunidad de ganar. La ambición parecía regresar definitivamente en el momento en que ella decidió unirse a mí. Perder no era una opción solo por eso, pero se volvía aún más improbable cuando pensaba en cómo había maniobrado el coche por la pista y demostrado lo fácil que podía ser marcar un buen tiempo sin recurrir a la precaución absoluta.

Andra tenía la habilidad única de conducir un coche exactamente como ella quería. Normalmente, siempre se hablaba de modelos que eran mejores en uno u otro aspecto, pero tan pronto como Andra se sentaba al volante, todo eso se olvidaba. ¿Quería aprovechar las rectas? El coche alcanzaba nuevas velocidades máximas. ¿Quería tomar las curvas sin tener que frenar demasiado? De alguna manera, lograba evitar que la parte trasera se descontrolara. Ni una sola vez había existido la posibilidad de que saliera volando en una curva. Tampoco podía recordar que alguna vez hubiera hecho un solo rasguño en ningún coche.

Aunque esta mañana Andra estaba emocionada por volver a la pista de carreras por la noche, su estado de ánimo parecía haberse atenuado considerablemente desde el mediodía. Aunque tenía la pregunta en la punta de la lengua, al final no quería entrometerme demasiado. Después de la conversación de anoche, ya no sabía cómo comportarme en su presencia.

En un momento parecía casi como si la puerta entre nosotros estuviera entreabierta. Pero cuando me acercaba a ella, se cerraba de golpe justo en mis narices. Las palabras que Santiago había elegido seguían resonando en mi cabeza.

¿Y si intentaba derribar los muros que existían desde hace años una última vez? Por supuesto, existía la posibilidad de perder... pero en ese caso, nada cambiaría en la situación actual. Sin embargo, si lograba acercarme a ella... si encontraba una manera de revelar le la verdad sin que su odio hacia mí creciera aún más... automáticamente cerré ambas manos en puños.

Andra era al menos tan terca como yo; no llegaríamos a un acuerdo si uno de los dos no se movía de su posición.

Además, me vería ridículo si no lograba seducir a la mujer con la que estaba casado. La única

mujer en la que alguna vez había tenido interés en conquistar de alguna manera.

—¿Estás bien? —La voz de Talia se clavó en mi conciencia, sacándome de los pensamientos que me atormentaban desde hace una eternidad.

—Perfectamente —respondí.

—No lo parece.

—¿Cómo me veo entonces?

—Como si estuvieras a punto de estrellar tu puño contra la pared, gritar frustrado y luego redecorar toda la habitación.

Hice una mueca. —Mi nombre no es Santiago.

—Cierto. ¿Entonces será una sesión en el gimnasio?

Más bien una carrera en la que me probaría a mí mismo que todavía tenía la capacidad de ganar. En todos los aspectos que había tenido en mente en los últimos minutos.

—Tengo otros planes para la noche —dije finalmente, lo que solo llevó a Talia a levantar una ceja con curiosidad.

—¿Esos planes incluyen a Andra?

—¿Desde cuándo te interesa mi vida privada?

Talia me sonrió divertida. —¿Desde cuándo tienes una vida privada, Rafael?

Oh, ella no tenía idea. Al igual que Santiago. En realidad, no tenía secretos con ese hombre, pero con respecto a las carreras callejeras ilegales, siempre le había mentado. Más de veinte años, y todavía no tenía ni idea de lo que hacía algunas noches, y si dependía de mí, seguiría siendo así.

—Simplemente deséame suerte —le pedí.

—Solo si me dices qué planeas hacer.

Incliné la cabeza. Era un poco extraño discutir este tema con ella mientras estaba en la cocina preparando un biberón para su bebé.

—Lo que planeaba hacer después del concierto. Lo que ella rechazó tan vehementemente. —Pero ahora Andra no tenía forma de escapar de mí, y yo tenía innumerables formas de arrastrarla de vuelta a mi hechizo, si fuera necesario.

—No puedes forzarla, eres consciente de eso, ¿verdad?

En realidad, Talia debería saberlo mejor que nadie. —Nunca tuve la necesidad de forzarla a hacer nada. Ciertamente no voy a empezar ahora.

—Pero siempre que se trata de ti, deja muy claro cómo se siente sobre todo.

Me encogí de hombros. —Es una reacción de defensa. Mi primer instinto siempre es decir lo mismo. Porque significaría enfrentarse a verdades incómodas y posiblemente darse cuenta de que, al final, no funciona volver.

—¿Y de repente tu terapeuta te reveló esto o cómo llegaste a esta conclusión?

—Tal vez simplemente me di cuenta de que esta podría ser la primera y última oportunidad que tenga.

Talia dejó escapar un suave suspiro y se apoyó contra la encimera. —¿Eres consciente de que al final podría no funcionar, verdad?

—¿No deberías ser tú quien me diga que todo saldrá bien? Después de todo, has estado pensando intensamente en Andra, en mí y en nuestro matrimonio desde el principio.

—¿Te casarías con ella de nuevo si llegara el momento? —preguntó Talia de repente, cambiando una vez más la dirección de la conversación.

La miré seriamente. —No necesito hacerlo.

—No he dicho que...

—Sé lo que has dicho. Y sé que fui lo suficientemente cabrón como para sobornar al juez y a los abogados para que los papeles que firmamos fueran nulos y sin efecto desde el principio. Andra es mi esposa. Y eso no va a cambiar.

Talia me miró con los ojos muy abiertos. —¡Rafael!

—¿Qué? ¿Crees que Santiago te dejaría ir alguna vez? Si lo crees, te estás engañando. Yo seguí el juego porque sabía lo que significaría si no lo hacía.

—¿Y ahora recuerdas que ya entonces creías que algún día llegaría el momento en que podrías reconquistarla?

Negué con la cabeza. Nunca lo había asumido. —Siempre estuve seguro de que algún día encontraría su camino de vuelta por sí sola. El concierto dio la impresión de que había llegado ese momento. Pero ahora me doy cuenta de que tal vez se ha perdido en el camino y que solo tengo que encontrarla y tomarla de la mano.

—¿Sabes que eso también podría haber salido de la boca de Santiago?

Y eso era precisamente lo que importaba al final. En el fondo, todos éramos iguales. Los hombres dentro del cartel pensábamos de manera demasiado similar como para no ser capaces de lavarnos el cerebro unos a otros. Al principio, las palabras y las conversaciones podían dejarte un mal sabor de boca, pero cuanto más tiempo pasaba, más claro quedaba cuánta verdad había enterrada en lo que se decía.

—Creíste en Santiago y en ti, ¿no? Aunque él hubiera sido capaz de destruirte. —Era hora de creer en Andra y en mí, porque yo la había salvado de la destrucción y, evidentemente, ahora era el único que podía recoger los pedazos y volver a unirlos. No todos ellos, pero sin duda aquellos que constituían el núcleo de lo que habíamos tenido juntos.

—Hazme saber cuando hayas tenido éxito —dijo en voz baja, obviamente ya no era capaz de seguirme en las profundidades de mis pensamientos.

Una sonrisa se extendió por mis labios. —Oh, no te preocupes. Si gano esta batalla, al final todo el mundo lo sabrá.

Con los dientes apretados, me apoyé en el marco de la puerta y miré fijamente la espalda de Andra mientras ella estaba frente al espejo, observándose. Sabía cómo paseaban las otras mujeres en el circuito, del brazo de sus arrogantes maridos. Accesorios que debían mostrar al resto de participantes y a los espectadores presentes lo exitosos que eran en todos los aspectos de su vida.

Ese nunca había sido mi mundo. No necesitaba una mujer a mi lado que no tuviera nada más que su belleza. La belleza rara vez se podía equiparar con el atractivo y mucho menos con palabras como caliente y sexy.

Ninguno de esos hombres en el circuito entendería jamás lo que te hacía observar a una mujer como Andra doblegando un coche a su voluntad.

—Si te preguntas si te ves *bien*, la respuesta es que después de la carrera todos estarán celosos de mi acompañante. —Por más de una razón, si dependiera de mí.

Con un jadeo, Andra se dio la vuelta y me miró con los ojos entrecerrados. —¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente como para no olvidar esta imagen tan pronto.

—No puedes decirme ese tipo de cosas.

Me encogí de hombros y volví a bajarlos. —Puedo y lo haré. Si vienes conmigo, es una cita. Como la primera. A la que me obligaste con astucia.

Inclinó la cabeza, con la boca ligeramente abierta. En su mirada reconocí cómo por un segundo la ira se encendió en ella. Pero luego la emoción desapareció tan rápido como había surgido. En aquel entonces, Andra había sido ofensiva y yo me había resistido a sus intentos por más de una razón, aunque mi rechazo no había resistido mucho tiempo sus intentos.

—¿Tienes alguna objeción? ¿O sigues acompañándome a esta carrera para que por fin vuelva a ganar una?

—¿Sigues creyendo que soy una especie de amuleto de la suerte? Se trata de tus habilidades, no de mi presencia.

—Podría demostrarte lo contrario —respondí.

—¿Y si te demuestro que tengo razón? —Ahí estaba de nuevo, ese fuego peligroso con el que me encantaba quemarme los dedos.

—¿Realmente quieres hacer una apuesta de esto?

Paso a paso, Andra se acercó a mí, con la mirada fija en mi rostro. Tan intensamente que apenas me atrevía a respirar. Lentamente, clavó su dedo índice en mi pecho. —Si tengo razón, nunca más coquetearás conmigo, Rafael. *Nunca más.*

Mi corazón se saltó un latido, solo para luego latir al doble de velocidad.

Torció sus labios en una sonrisa suficiente. —¿Alguna vez he mencionado cuánto me encanta cuando precisamente *tú* me tienes miedo a *mí*?

Actué según los instintos más básicos que existían en mí. Mi mano se disparó hacia adelante, se cerró alrededor de su cuello y me permitió empujarla contra la pared a mi lado.

Mi mirada recorrió todo su cuerpo antes de concentrarme en su rostro. Ahora era su corazón el que latía demasiado rápido. Lentamente, hice desaparecer la poca distancia entre nosotros presionando mi cuerpo contra el suyo, para que pudiera sentir exactamente lo que sus palabras habían provocado en mí.

Pero no me conformé con eso. Incliné la cabeza hacia abajo hasta que mis labios rozaron su oreja. —Creo que tenemos una apuesta, Andra. Si pierdo, lo dejaré estar. Pero hasta entonces, voy a aprovecharlo al máximo.

Su mano presionó contra mi pecho. —Nunca has jugado limpio.

Las palabras fueron apenas un susurro, pero aun así me hicieron reír oscuramente en su oído. —Qué bueno que nos queda toda la noche. Así puedo enseñarte de nuevo la definición de jugar sucio.

—¿Simplemente quieres tomar lo que deseas? ¿Acaso importa lo que yo quiero?

—Nunca has dicho que no quieres esto. ¿Lo estás diciendo ahora? —Me apoyé en la pared, me incliné unos centímetros hacia atrás y la miré expectante.

De nuevo, la ira ardió en su mirada. Ninguna palabra salió de su boca.

—Dime que no, Andra, y lo respetaré.

Pero ella no dijo que no. Andra no dijo nada.

Así que incliné la cabeza. —Justo lo que pensaba.

Sin embargo, me aparté de la pared, liberándola. Hasta ahora, ella no había tenido problemas en mostrarme su rechazo o establecer límites claros. Tal vez era la apuesta. Tal vez era el hecho de que había decidido dejar de simplemente sentarme y esperar. Pero por alguna razón, Andra parecía incapaz de darme el rechazo final y definitivo que necesitaba para enterrar mis esperanzas de una vez por todas.

—¿Tienes mi permiso indirecto y aun así me dejas plantada? —preguntó después de que ya había puesto varios pasos entre nosotros. Aun así, me volví hacia ella.

—Tengo toda la noche. ¿Por qué no aprovecharla? Me has mantenido a distancia durante

once años. Unas horas más no importan. —Además, Andra sabía muy bien que no tocaría su cuerpo antes de tener su mente donde la necesitaba para que me diera todo y más.

Era un juego. Si ganaba su mente, su cuerpo seguiría ciegamente. Pero mientras ella estuviera mentalmente atrapada en todos los escenarios que había insinuado durante las conversaciones anteriores, cualquier intento de mi parte fracasaría.

Ningún hombre se le había acercado desde mí. Seguramente no iba a sacar mi polla a la primera oportunidad y aprovecharme de un sí inseguro. Si ella quería algo, tendría que decirlo. Y solo entonces consideraría dárselo.

Tenía miedo de las consecuencias que el sexo podría traer. Así que, ¿qué tan estúpido sería de mi parte empezar precisamente por ese punto, cuando era mucho más fácil dejarla hundirse en la frustración y el deseo hasta que se diera cuenta por sí misma de lo poco sentido que tenía temer a una pequeña probabilidad?

Sin embargo, me acerqué a ella de nuevo, pero solo para poner una mano en su espalda y guiarla fuera de la puerta. De ninguna manera podíamos perdernos la carrera cuando todo estaba en juego.

La pista de carreras era un lugar diferente por la noche. Cuando ya no era el sol el que iluminaba el asfalto, la carretera parecía el camino directo al infierno. Las gradas en la línea de salida, así como los edificios circundantes donde se encontraban los garajes, estaban bien iluminados. También ciertas secciones de la pista estaban bañadas en suficiente luz por los reflectores, pero la mayor parte yacía en la oscuridad de la noche sin luna, ocultando un peligro vertiginoso de accidentes que podían costar más que la victoria: la vida misma.

Además, todo parecía haber cobrado vida. En las gradas se reunían algunos espectadores, mientras que en la pista ya estaban estacionados los autos participantes. Entre ellos se movían simultáneamente pilotos, acompañantes y mecánicos, mientras los organizadores de la carrera mantenían las últimas conversaciones.

El suelo temblaba porque la música sonaba a través de los enormes altavoces, cuyo bajo hacía vibrar todo.

Nuestra llegada, por supuesto, no pasó desapercibida, sobre todo porque era la primera vez en muchos años que no aparecía solo en la pista de carreras. El asiento del copiloto había permanecido simplemente vacío desde que Andra dejó de ocuparlo.

Nano se acercó a nosotros bromeando; había perdido la última carrera contra él y, dado el hecho de que era malditamente joven, apostaba todo lo que tenía y no tenía idea contra quién competía realmente, volvía a hacerse el fanfarrón esta noche.

Con la sutil diferencia de que hoy perdería y ni siquiera lo sospechaba.

—¿Te has buscado apoyo moral, Cortez? —me gritó sonriendo.

Normalmente, uno lidiaba con la arrogancia con un arma y algo de violencia, pero en estos eventos, ambas cosas te costaban el permiso para participar. En consecuencia, me contuve y me apoyé con los brazos cruzados en mi auto mientras lo examinaba de arriba abajo.

Es posible que estuviera demasiado seguro de mi victoria, pero en ese momento no podría importarme menos. Porque fue Andra quien se acercó a él, lo rodeó una vez y luego echó una mirada evaluadora al auto del que había venido hacia nosotros.

Ella no insinuó que yo fuera superior a él —porque eso habría significado que ya admitía su propia derrota—, y sin embargo, su mirada subsiguiente fue tan expresiva que apenas pude

contener una sonrisa divertida.

—¿No deberías estar ya en la cama a esta hora, pequeño?

—Si me acompañas, cancelo la carrera. —Le lanzó a Andra una mirada bastante explícita.

Una frase y, sobre todo, un gesto que no quería ni oír ni ver de él. Por ambas cosas, me hubiera gustado romperle todos los dientes contra el asfalto. Así sin más. Porque podía hacerlo. No porque creyera que aprendería algo de ello.

Solo pasó una fracción de segundo antes de que hablara de nuevo. —Espera un momento, ¿no eres tú...?

—¿Andra Cortez? Correcto. Espero que eso no afecte tu desempeño.

—¿Por qué la presencia de una cantante debería afectar mi rendimiento? —En su defensa, parecía genuinamente confundido, pero eso solo hacía más emocionante ver cómo ella apretaba el lazo alrededor de su cuello.

—Conozco esta ruta desde antes de que nacieras. Y sé cómo hacer que chatarras como la tuya queden en ridículo.

Él se encogió de hombros. —Pero no eres tú quien corre esta carrera.

—No necesito hacerlo —dijo ella, inclinándose para susurrarle algo que no pude oír.

Cuando apartó la mirada de él, estaba más pálido que antes. En un segundo, ella se dio la vuelta y se acercó a mí con una sonrisa satisfecha, mientras él se alejaba sin decir una palabra más.

Entrecerré los ojos. —¿Qué le dijiste?

Andra se encogió de hombros. —No sé de qué hablas.

Se me escapó un resoplido. —Claro. ¿Quizás tenía algo que ver con que yo podría ganar?

—Eso sería socavarme a mí misma —respondió con indiferencia mientras rodeaba el coche. Me miró por encima del techo del auto—. La cita termina con la carrera. No lo olvides.

Exactamente las mismas palabras que le había dicho aquella vez. Con palabras me había adormecido durante la carrera... pero hoy eso no funcionaría. No, se necesitaba mucho más que eso para demostrarle a Andra que estaba absolutamente equivocada en más de un nivel.

Me estaba poniendo a prueba. Me hacía saber sutilmente que de todos modos no creía en mi éxito, sino más bien que fracasaría estrepitosamente. No podía evitar ponerse en mi contra, porque desde nuestra separación había sentido la constante necesidad de estar siempre en el lado opuesto. Siempre ser algo así como mi enemiga, aunque nunca lo había sido para mí, ni siquiera por un segundo. Ni siquiera ahora, cuando por un lado era la mujer ariscada y por otro parecía estar esperando que finalmente le demostrara lo contrario y la ganara de una manera que no esperaba.

—Si yo fuera tú, no estaría tan segura de mi victoria. Ya sabes, el orgullo precede a la caída. Y ahora mismo, solo yo sé lo que te espera abajo. —Sus pupilas ligeramente dilatadas la traicionaron, como no podía ser de otra manera.

Por supuesto, Andra no pudo evitar preguntarse qué pasaba por mi mente. Y si se hubiera concentrado por un momento en lo esencial, en lugar de en lo que intentaba evitar por todos los medios, probablemente habría descubierto hace tiempo en qué dirección se habían desarrollado mis pensamientos.

Pero estaba ciega.

Esa era mi ventaja.

Sin decir una palabra más al respecto, volví a subir al coche. A través de la frecuencia de radio conocida por todos, ya se había anunciado que la carrera comenzaría en breve y poco a poco la pista se iba despejando. Pasaron unos segundos antes de que Andra se deslizara en el

asiento del copiloto y se abrochó el cinturón. Probablemente había aprovechado el fresco aire nocturno para enfriar su cabeza caliente. Mientras estuviera enojada o alterada, era un blanco demasiado fácil para mí. Ambos lo sabíamos de sobra.

Frente a los coches que ya estaban en la posición de salida, apareció una mujer muy joven con una enorme bandera de España en la mano, pero eso no era en lo que se centraba mi atención. En cambio, me recordé a mí mismo cómo Andra había utilizado la salida esta mañana para ganar los primeros metros importantes.

—¿Estás mirando fijamente su trasero medio desnudo?

Lentamente giré la cabeza hacia el asiento del copiloto, con una ceja levantada. Andra probablemente nunca lo habría admitido, pero internamente la idea parecía hacerla hervir. ¿Desde cuándo estaba celosa?

Evidentemente, estaba ganando terreno sin haberme esforzado realmente hasta ahora. —El único trasero que me interesa está metido en unos jeans malditamente ajustados que dirigen mis pensamientos en una, y *solo una*, dirección.

—¿Por qué no pudiste seguir envuelto en tu mal humor, tu malhumor y tu mirada sombría, eh? Eso habría hecho todo mucho más fácil.

—¿Lo habría hecho?

—Sí. No entiendo por qué de repente se te ocurre que...

Levanté el dedo a mis labios y la hice callar de inmediato. Irritada, sí, pero no terminó la frase.

—¿Oyes eso?

—¿Qué?

—Es el sonido de *Once años sin ti son suficientes*.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez qué imbé-

—¿Me haces un favor?

—¿Qué? —preguntó de nuevo, esta vez acompañado de un gruñido más que irritado.

Tomé su mano y la coloqué en la palanca de cambios. —Ocupate de esto.

—Eso está prohibido.

—Mi mano derecha está fuera de combate, desafortunadamente.

No podía deshacerme de la emocionante sensación de que Andra me saltaría a la cara en cualquier momento. —Tu mano derecha está fantásticamente bien.

—Pero tengo otro uso para ella. —No fue para nada sutil cuando coloqué la mano en su rodilla y, bajo sus ojos de águila, la deslicé centímetro a centímetro hacia arriba hasta llegar a la cintura de los jeans y desabrochar el botón y la cremallera.

Contuvo la respiración, pero siguió sin decir una palabra de protesta. Ni siquiera cuando me deslicé bajo sus bragas y hacia el calor que se acumulaba entre sus piernas.

Mientras inhalaba bruscamente cuando mi dedo se deslizó fugazmente por su humedad, sus piernas se abrieron más de una manera reveladora. Como si no lo hubiera notado, retiré la mano. Su humedad brillaba en mi mano.

—Mira tú por dónde. Me pregunto cómo pudo pasar esto. ¿Qué te hizo mojarte? ¿El moco que te invitó a su cama?

Andra me miró como si hubiera perdido la cabeza. —Eres un maldito-

Una vez más la hice callar, esta vez con un sonido de reproche. —Si me insultas ahora, lo lamentarás más tarde.

—¿Seguro? ¿Entonces por qué estás duro, Rafael?

Sonriendo, giré un poco la cabeza, pero sin dejar de mirarla. —Acabo de ser testigo de algo

que, lo admito sin saberlo, he echado mucho de menos.

—Si sigues así, perderás esta carrera.

—Solo perderé esta carrera si tú arruinas tu tarea —respondí en tono de advertencia.

—Nos vas a matar a los dos si crees que puedes conducir y ganar esta carrera con una maldita mano.

Sin más, deslicé la mano de vuelta en sus pantalones y entre sus piernas. —Al menos habré tocado el paraíso una última vez antes de morir.

Para enfatizar mis palabras, deslicé un dedo a través de ella y sentí casi instantáneamente cómo todo en su bajo vientre se contraía con un breve espasmo.

Un ligero rubor se extendió desde su cuello hasta su rostro mientras dejaba caer la cabeza contra el reposacabezas, reprimiendo el gemido que le habría arrancado en ese momento.

—¿Quieres inventar más objeciones? —pregunté, usando un tono más que provocativo.

—Por el momento no —me siseó Andra, visiblemente molesta por el poder que tenía sobre ella en ese instante. Ambos sabíamos que tampoco encontraría objeciones en los próximos minutos.

Aunque estaba cautivado por ella y lo que estaba sucediendo, no me perdí lo que ocurría frente a nosotros. Estábamos a segundos de la señal de salida. Desafortunadamente, esto me obligó a concentrar la mirada en la carretera en lugar del rostro de Andra. Menos mal que no necesitaba eso como guía para lo que estaba a punto de hacer. Su cuerpo me lo decía todo, y no solo porque siempre lo había conocido mejor que el mío propio.

A nuestro alrededor, los motores rugieron cuando comenzó la cuenta regresiva. Entre nosotros reinaba el silencio, porque aunque la joven que anunciaba la salida estaba casi directamente frente a nosotros, volví a dirigir la mirada hacia Andra. Ella me miraba. Yo a ella. Su mano aún estaba donde la había colocado antes, mientras tanto, yo estaba listo para hacer la mejor salida que esta pista de carreras hubiera visto jamás.

La cuenta regresiva también se anunció por radio.

Tres.

Presioné los dedos firmemente contra ella.

Dos.

Ella movió sus caderas hacia mí.

Uno.

Giré la cabeza bruscamente, deslicé un dedo dentro de ella y al mismo tiempo me aseguré de que pasáramos por la izquierda del coche frente a nosotros, dejando atrás a parte de los otros conductores en los primeros segundos. La ventaja era buena. Pero al principio solo significaba algo si lograbas expandirla adecuadamente. Tres vueltas. Después de eso, el ganador estaría decidido.

Sin embargo, no moví mi mano derecha. Todavía no. Por el momento, noté con satisfacción que sus caderas, aunque apenas perceptiblemente, se movían contra mi mano.

Una y otra vez, la pista frente a nosotros solo estaba iluminada por los faros de los coches, y cada vez que nos acercábamos a una curva, Andra parecía contener la respiración, como si realmente esperara que yo provocara nuestra muerte segura.

—Creo que nunca te sacaré de mi cabeza, *mi vida*. Podría decir más que eso, pero en esencia, es la afirmación relevante detrás de todo lo que pasa por mi mente.

—Nadie dijo que debieras olvidarme.

—Sabes perfectamente que esa no era la intención —gruñí, mientras la primera vuelta pasaba sin que perdiéramos nuestra posición ante ninguno de los coches en el espejo retrovisor.

Retiré mi dedo de su interior, solo para deslizarlo perezosamente sobre su centro, aplicando justo la presión suficiente sobre su clítoris para que se olvidara de respirar por un momento. — ¿Puedes imaginar cómo va a desarrollarse esto, Andra?

—¿Por qué no me lo cuentas simplemente?

Su respuesta me hizo reír brevemente. Pero solo el tiempo que necesité para presionar el pulgar contra su punto sensible y hacerlo girar en movimientos más precisos.

—Dos vueltas. Eso es lo que haré. Y en cuanto crucemos la línea de meta, llegarás al clímax. Ni antes, ni después. Yo gano, tú te corres. Es solo un orgasmo... así que no hay peligro para ti —añadí, porque sabía exactamente en qué dirección irían sus pensamientos.

—¿Qué pasa si pierdes?

—No voy a perder.

—¿Qué. Pasa. Si. Pierdes? —articuló.

—Entonces puedes considerarlo un regalo de despedida.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti?

Negué con la cabeza. —Recuerdo lo que me dijiste. Si quieres algo más, algo más que este orgasmo, tendrás que pedírmelo.

—¿Solo pedirlo? Eso no suena a ti. —Su pregunta fue acompañada de un gemido, porque yo seguía estimulándola sin cesar, teniendo cuidado de no llevarla demasiado cerca del abismo. Todavía no.

—¿Qué quieres oír, Andra? ¿Que te haré suplicar por mi polla, incluso si me dices que me deseas? ¿Que quiero ver cuánto lo deseas? ¿Que quiero ver lágrimas brillando en tus ojos porque estás tan frustrada de lujuria y deseo? Recuerdo lo sensible que es tu cuerpo a partir de ese momento y también lo fácil que es hacerte gritar mi nombre entonces. *Mierda*, mataría por oír eso una vez más. Pero no te impondré nada de eso, a menos que oiga de tu boca exactamente lo que quieres. —En principio, era muy simple. O Andra saltaba sobre su propia sombra y se entregaba a mí una vez más con todo lo que tenía, o con esta noche terminaría lo que ni siquiera había vuelto a comenzar realmente.

La extraña atracción entre nosotros era innegable. Simplemente había estado allí, un remanente de los muchos años que habíamos pasado juntos. Obviamente, no desaparecía simplemente porque siempre se había tratado de más que una simple atracción. En consecuencia, era fácil llegar a la conclusión de que ninguno de nosotros había enterrado todos sus sentimientos durante todo este tiempo. No todos ellos podían ser positivos, eso era innegable, pero al final solo quedaba una pregunta relevante: ¿Predominaba lo negativo? ¿O tal vez había una pequeña posibilidad de convertir la chispa en un fuego que nos consumiera a ambos en vida?

En aquel entonces no había sido diferente, aunque ambos nos habíamos resistido. Yo, porque tenía escrúpulos de llevarla a un mundo donde el peligro era parte de la vida cotidiana, y ella, porque venía de una familia que solo había conocido y vivido los lados feos de la vida. En principio, nunca había sido comparable a lo que yo le había ocultado, pero al final resultó mucho más difícil de digerir. Al menos para mí.

Incluso hoy nos encontrábamos en diferentes lados de la situación, pero ¿quién decía que era imposible cruzar las fronteras de nuevo? Y esta vez, seguro que no dejaría que Andra se escapara otra vez. Si volvía a mí, lo haría con todo lo que poseía.

No sobreviviría a otra separación de esta magnitud, cuando la anterior casi me había destruido. Por tantas razones, y al final, simplemente porque el lugar legítimo de Andra estaba a mi lado y en ningún otro sitio.

Mientras reflexionaba sobre esto, la noche pasaba volando y aumentábamos la distancia entre

nosotros y los otros vehículos, seguí deslizando los dedos sobre su centro, estimulando su clítoris y deleitándome con el resultado de mi acción, esta vez bastante audaz. Los músculos de sus piernas estaban tensos, y no era la única señal de que estaba disfrutando lo que sucedía.

—Me pregunto si te tocaste a ti misma. ¿O también te lo prohibiste? —Parecía que ambos nos habíamos castigado. Por diferentes razones, pero no dejaba de ser un castigo. Una tortura. Al menos para mí, porque el deseo por ella algunos días era tan fuerte que me resultaba difícil tener un pensamiento claro. Y nunca se trató solo de su cuerpo o de que pudiéramos pasar horas juntos en la cama, cuando el mundo se desvanecía y tenía que demostrarle de todas las formas posibles el maldito efecto que tenía en mí. No, siempre se trató de algo más que eso. Sobre todo, la presencia de Andra, porque estaba acostumbrado a tenerla cerca.

Había vivido con mi esposa en una casa. En una casa que, sobre todo, había sido un hogar, simplemente por su presencia. Cuando entrabas por la puerta y sabías quién te esperaba, o te dabas la vuelta y, poco sorprendentemente, te enfrentabas a la vista de tu propia esposa... cuando eso faltaba, se sentía como un duro golpe en el estómago unas trescientas veces al día.

—Los primeros dos años simplemente no pude —respondió después de unos segundos, notablemente con dificultades para formular la frase correctamente, porque mi dedo seguía acariciando su clítoris, sin cambiar el ritmo ni la presión—. Y después fue... nunca como se siente ahora mismo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa por sí solos. —¿Y cómo se siente exactamente? —la desafié a contármelo con todos los detalles.

Quería saber, maldita sea, qué pasaba por su cabeza. Qué la preocupaba, qué pensamientos la atravesaban. Qué sentimientos la tenían cautiva y en qué dirección se movía todo esto, sin que yo tuviera idea. Al final, la decisión final era suya y solo suya. Podría ser que fuera capaz de envolverla alrededor de mi dedo por un corto período de tiempo, pero eso no significaba que me engañara pensando que podría ganarla fácilmente. Andra siempre había sido una mujer muy terca y lo que se interponía entre nosotros no se desvanecería en polvo y nunca más se mencionaría solo por un orgasmo.

—¿Quieres acabar conmigo en todos los niveles, verdad? —murmuró, con la mano ahora más firme alrededor de la palanca de cambios. Sus nudillos se volvieron blancos y con cada movimiento que hacía con mis dedos, su cuerpo se movía automáticamente. Venía hacia mí, se adaptaba, se presionaba contra mi mano. Aunque Andra intentaba morderse la lengua y no darme la satisfacción de su placer, de vez en cuando se le escapaba un gemido de la garganta, u otro sonido más suave que atestiguaba su deseo y lo convertía en algo aún más tangible.

No tenía otra opción que entregarse a mí. Simplemente aceptar las caricias que recibía. Disfrutarlas. Sentirlas. Recordar. Y maldita sea, su cuerpo debía recordar tan bien como el mío, porque de repente me resultaba particularmente fácil ignorar todos los problemas, porque en ese momento no importaban.

Solo se trataba de ganar la carrera mientras la llevaba al orgasmo, demostrando así de dos maneras que realmente iba en serio con mi intento de acercarme a ella.

Andra respiró profundamente, incluso cerró los ojos por un momento antes de recomponerse e intentar darme una respuesta adecuada a la pregunta que le había hecho. Sin embargo, cada palabra dio en uno de los blancos que no sabía que se habían establecido y esperaban ser atravesados por las flechas de Andra.

—Es como si pudiera mirar al pasado y al futuro al mismo tiempo. Todas las sensaciones que despertaste en mí entonces, y todo lo que podrías despertar en mí en el futuro. Es como si no hubiera pasado ni un día y simplemente estuviéramos continuando donde lo dejamos. Debería

odiar a mi cuerpo por aceptar tus caricias cuando ha rechazado vehementemente tantas otras. Me conoces demasiado bien, Rafael. Sabes qué decir. Qué hacer. Como si nada hubiera cambiado y todavía estuviera a tu maldita merced. Usas el mismo tono de voz. Me pones en la misma situación que me hace perder la cabeza. Haces que desee cosas que no debería desear. —Cada maldita palabra de su boca me destrozaba.

Si era capaz de provocar todo eso en ella, ¿por qué no podía convencerla con la misma facilidad de que pertenecía a mi lado y a ningún otro lugar? ¿Por qué no se daba cuenta de lo poco importantes que eran los acontecimientos del pasado cuando el futuro prometía tanto más?

La línea de meta se acercaba. Y con ella, el orgasmo que le arrancaría sin previo aviso, porque su cuerpo aún me obedecía. Cada reacción lo demostraba.

—Debería haberte encontrado. Hace años. No estás haciendo las cosas más fáciles, ¿te das cuenta? —respondí con un gruñido profundo en el pecho.

Tal vez Andra no quería que fuera fácil. Para ninguno de los dos. Porque todavía creía que merecíamos un castigo por la desgracia que había asolado nuestras vidas.

—En realidad, nunca debería haberme detenido por ti —soltó, lo que solo me arrancó una risa áspera.

—Para eso es veinte años demasiado tarde, *mi vida*.

—Nunca debería haberme involucrado contigo —continuó, sonando claramente más desesperada.

Quería este orgasmo, pero yo aún no estaba listo para permitirselo. No llegaría al clímax hasta que alcanzáramos la línea de meta. Ni un segundo antes.

—No me digas que te has arrepentido ni siquiera un minuto de los que hemos pasado juntos —otro gruñido escapó de mi boca, porque con cada declaración que hacía, se arriesgaba más y más.

No me respondió a eso, pero estaba perfectamente bien. La conocía de todas formas. La respuesta a mi pregunta era que ella simplemente no era capaz de arrepentirse de nada. En cambio, estaba en conflicto directo con su cuerpo, porque simplemente quería más. Más de lo que habíamos tenido y más de lo que le estaba dando ahora.

—Realmente debería odiarte profundamente.

—Pero te estás dando cuenta cada vez más de que no es tan fácil, ¿verdad?

Por supuesto que no lo era. El amor no se convertía en odio de un día para otro. No en nuestro mundo, ni tampoco en el resto de la vida. Uno no olvida los sentimientos así como así, sin importar lo que uno se diga a sí mismo.

Al final del día, uno siempre es consciente de lo que ha tenido con una persona y lo que extrañaría cuando llegue el momento en que esa persona en particular ya no esté en la propia vida.

—Espera, no me respondas la pregunta... te quedan treinta segundos hasta que crucemos la línea de meta —sentí el temblor delator de su cuerpo, aunque todavía estaba sentada erguida y completamente a merced de las caricias de mi mano.

Para entonces, había separado las piernas lo suficiente como para que pudiera estimularla fácilmente con los dedos. No solo su punto más sensible, sino también cada centímetro alrededor, hasta su entrada, que me tentaba una y otra vez a penetrarla con más de un dedo y no solo estimularla externamente, sino también follarla de esta manera. Sin embargo, si la follaba, no quería que su coño se contrajera alrededor de mis dedos. Al contrario, quería que se ajustara cálida, suave y ardiente alrededor de mi polla, y que la conexión de nuestros cuerpos enviara al olvido todo lo que de alguna manera representaba un problema.

Cada vez le resultaba más difícil contener los sonidos de placer, y a mí me resultaba cada vez más difícil concentrarme en la carretera y no ponernos en peligro innecesariamente. Todo pasaba volando a nuestro alrededor.

—Veinte segundos. ¿Vas a desobedecer mi orden, Andra?

—Yo... estoy haciendo lo mejor que puedo.

Lentamente negué con la cabeza. —Eso no es suficiente. Cruzar la línea de meta significa tu orgasmo, estés lista o no.

Mantenerla en una meseta de placer durante los últimos minutos no había sido difícil. La reacción ya existente de su cuerpo, mis palabras y su imaginación, combinadas con los recuerdos que obviamente la perseguían, todo eso había jugado a mi favor y había asegurado que no solo estuviera malditamente mojada, sino también lo suficientemente sensible como para darme apenas el espacio suficiente para jugar sin que se corriera en cuestión de segundos con un simple toque.

—Diez segundos —le recordé y sentí cómo la excitación aumentaba en mí mismo.

Hasta ahora la había ignorado, porque no se trataba solo de mí.

—Nueve.

Ahora era dolorosamente consciente de lo dura que mi polla presionaba contra mis vaqueros.

—Ocho.

Su humedad se había extendido por toda mi mano, subía a mi nariz y me envolvía tan fácilmente que casi perdí el control del coche, solo para dedicarme completamente a su coño.

—Siete.

Andra me estaba volviendo loco. Porque estaba a punto de correrse. Porque sentía las reacciones de su cuerpo.

—Seis.

Si se corría para mí en un momento y al mismo tiempo yo conseguía la primera victoria en meses, probablemente no podría garantizar mucho más.

—Cinco.

Mucho menos cómo podría ser mi reacción.

—Cuatro.

Su respiración se quedó atrapada en sus pulmones, el temblor en sus piernas se hacía cada vez más y más fuerte, hasta que esperé firmemente que no llegara a la línea de meta.

—Tres.

Mi mirada se deslizó hacia el espejo retrovisor. Nadie más que yo ganaría esta carrera. La victoria era mía. Sobre la carrera. Y sobre Andra en cierta medida también.

—Dos.

En este punto, me hubiera encantado hundirme profundamente en ella para poder sentir cómo explotaba. Cómo las contracciones hacían que sus músculos se apretaran rítmicamente a mi alrededor y automáticamente me hicieran perder el control de todo de repente.

—Uno —gruñí.

A nuestro alrededor reinaba la noche más oscura y, sin embargo, no había duda de que este era el segundo en que cruzamos la línea de meta... y Andra se corrió tan intensamente que clavó ambas manos en mi antebrazo, perdiendo por un momento el control de su cuerpo.

Una y otra vez sus músculos se contraían mientras yo seguía estimulándola, catapultándola tan alto en la estratosfera que se inclinó hacia adelante, intentando apartar sus caderas de mí y aun así no podía tener suficiente de cómo le hacía disfrutar hasta la última ola de su clímax.

Sin embargo, no dejé de frenar el coche, dirigiéndolo de manera que casi nos detuvimos de

lado en el asfalto. Finalmente, retiré mi mano de ella, pero solo para salir del coche, mientras las antorchas alrededor de la pista cobraban vida y enormes columnas de fuego se disparaban hacia la absoluta oscuridad.

Los vehículos pasaban zumbando a mi lado mientras rodeaba el coche, abría la puerta del pasajero y ayudaba a Andra a salir. Con piernas temblorosas y una mirada completamente aturdida.

Normalmente, este era el momento en que las primeras personas se acercaban para celebrar debidamente al ganador. Si se acercaban a nosotros, no me di cuenta. Solo tenía ojos para mi mujer.

—Hay una cosa que tengo que hacer —le susurré, antes de tomar su barbilla con dos dedos, inclinarme y besarla sin previo aviso.

Sin encontrar ningún obstáculo, deslicé mi lengua en su boca. El suave gemido que se le escapó casi me hizo caer de rodillas, pero aun así todo se alejó kilómetros cuando sus manos se aferraron a mi camisa y me acercó aún más a ella para devolver el beso.

Duro, implacable y exigente, como si ese único orgasmo no hubiera sido suficiente en absoluto, sino solo el comienzo de lo que sucedería esta noche.

No hice hincapié en mi victoria, no era necesario. Estábamos detrás de la línea de meta, ella me permitió ese beso condenadamente adictivo y se apoyó contra mí, como si todo esto le hubiera hecho tanta falta como a mí.

Hambriento, me aferré a ella y a todo lo que estaba dispuesta a darme. Solo cuando puso una mano en mi pecho y me empujó un poco hacia atrás, me separé de ella.

Me miró con ojos oscuros y tormentosos. —Así que sí ganaste —constató, un poco sorprendida—. Felicidades.

Pero eso solo significaba algo si no solo hablaba de la maldita carrera, sino también de mi victoria respecto a nuestra relación y mis posibilidades de ganarla de nuevo para mí.

Aunque se había apartado un poco de mí, la empujé de nuevo contra el coche para besarla. El calor de las antorchas a nuestras espaldas, el fuerte bajo de la música en nuestros oídos y la vibración del suelo bajo nuestros pies.

Si ella me dejara, me aseguraría de que siempre se sintiera tan cómoda y bien como en este momento.

Lo había logrado una vez. Lo lograría de nuevo.

El momento íntimo que compartimos terminó más rápido de lo que me hubiera gustado. Podría haberme hundido en ella. En su boca, el beso, su cuerpo y la apertura despreocupada que me estaba mostrando ahora.

Y aunque me dejé llevar por ello y me mecí en una falsa seguridad, todavía tenía en el fondo de mi mente que se trataba de una apuesta. Así que existía la posibilidad de que solo estuviera jugando porque me lo debía. No porque realmente le importara. O tal vez se había dejado arrullar por el momento tanto como yo, y una vez que volviera a estar en sus cabales...

El alboroto que estalló a nuestro alrededor puso fin definitivamente a estas reflexiones. Aparecieron pilotos para felicitarme y el organizador me informó de la discreta manera en que se me entregaría el premio de la carrera de hoy.

Sin embargo, durante todo este tiempo, no me alejé ni un paso del lado de Andra, con la mano casualmente metida en el bolsillo trasero de sus pantalones, para no perderla de vista mientras tanta gente corría a nuestro alrededor, a quienes era imposible que vigilara a todos al mismo tiempo.

Aun así, ella estaba conmigo y la victoria de la carrera no pesaba ni de cerca tanto como el

hecho de que había ganado la apuesta. Ella era mi maldito amuleto de la suerte cuando estaba sentada a mi lado en el coche. No solo me traía suerte, sino aparentemente también las alas necesarias para ganar contra todos los demás pilotos. Una serie de derrotas de meses había llegado a su fin, y todo porque Andra estaba de repente de nuevo en mi vida y había decidido acompañarme a la pista de carreras.

En realidad, debería haberme reído de esto porque conllevaba cierta ironía, pero al final solo despertó más preocupaciones en mí que no podía controlar porque no tenía la más mínima idea de lo que pasaba por la cabeza de Andra. Con algunas palabras era tan generosa, mientras que otras las enterraba tan profundamente en sí misma que se necesitaba una palanca solo para acercarse.

Sin embargo, parecía que se habían sentado las bases... la pregunta era solo en qué dirección nos llevaría el camino a continuación.

ANDRA

Mi cabeza se sentía como si estuviera envuelta en algodón, y no solo porque Rafael hubiera puesto mi mundo patas arriba con un solo orgasmo, como si nunca hubiera hecho otra cosa que perfeccionar ese arte. No, también estaba el hecho de que detrás de sus palabras no solo había una promesa vacía, sino la pura verdad. Había ganado la carrera de una manera que había provocado un fuego líquido en mi vientre que aún corría por mis venas y que estaba lejos de extinguirse.

Rafael no había perdido ni una maldita oportunidad para dejarme más que claro en qué dirección se desarrollaría todo si no encontraba en alguna parte de mí la fuerza para lanzarle la palabra No.

Por alguna razón, no podía hacerlo. No podía decir nada que pusiera fin definitivamente a sus intentos de acercamiento. Porque me sorprendí disfrutándolo. Su atención. Su mano áspera sobre mi cuerpo, aunque solo había sido en un único lugar. Ni siquiera había estado desnuda frente a él, dejando que su mirada me quemara.

Aun así, me había sorprendido anhelándolo. Todo lo que tenía para darme. Cada centímetro de su cuerpo, cada caricia, cada movimiento que nos llevaría a ambos al éxtasis absoluto, y aun así tampoco podía abrir la boca para decirle exactamente eso.

Durante años me había aferrado al pánico que despertaba en mí el mero pensamiento del sexo, solo para que Rafael volviera a entrar en mi vida y... me controlara de una manera que solo él había dominado siempre.

Como si tuviera acceso directo a mi interior y por lo tanto siempre supiera exactamente qué hacer para hacerme sentir segura. No me sentía amenazada, no sentía ni un atisbo de preocupación o incluso pánico cuando pensaba en él tomando el control de mi cuerpo y poniéndome en un estado que no había experimentado en una eternidad. Que de alguna manera echaba de menos, pero solo desde el momento en que la mano de Rafael se había deslizado en mis pantalones para darme el placer más dulce de todos los que podría haberme regalado.

Primero había envuelto mis pensamientos alrededor de su dedo meñique. Luego el resto. Y antes de que realmente me diera cuenta de lo que estaba pasando, me había convertido en un caos húmedo con sus dedos y palabras, con su mera presencia, apenas capaz de formular una frase coherente. Y aun así no había sido suficiente. Si acaso, había sido una primera muestra de lo que me esperaba si decidía entregarme completamente. A él. A sus deseos. Planes. Al futuro que ya tenía en mente y al que quería arrastrarme sin que me diera cuenta.

Lo sabía. Y aun así se sentía como si mis manos estuvieran atadas.

Con mayor intensidad sentí el aire cargado de electricidad cuando regresamos en medio de la noche a la *Alcazaba* y a las habitaciones de Rafael en uno de los barracones. De la misma

manera, el toque de su mano en mi trasero a través de la ropa se había grabado en mi piel. Ante los ojos de todos los presentes, se había permitido declararme como su propiedad, y en algún lugar profundo dentro de mí probablemente aún existía aquella Andra que se había entregado a este hombre ciega y llena de confianza, que se había dejado guiar por él en más de un sentido.

—Estás demasiado callada, *mi vida*. ¿Estás trabajando en mi derrota?

Me volví hacia él, solo para encontrarme con su imponente estatura. Me superaba en altura y después de la carrera se le notaba claramente lo bien que le había sentado llevarse esta victoria. O... ¿era yo la responsable de que pareciera que solo había una forma en la que podía llevarse a sí mismo, y esa era llena de confianza?

—Rafael —respondí en voz baja—. No estoy trabajando en nada, y ciertamente no en cómo hacerte perder.

—Pero estás pensando en ello.

—No —siseé—. Por primera vez en mucho tiempo, no he pensado en nada de eso. Pero aparentemente eso no puede durar porque tú tenías que sacarlo a colación.

—Solo quiero saber si...

—¿Si te permito derribar todo lo que he construido cuidadosamente durante años? —Se me escapó un resoplido. Tan rápido podía cambiar el estado de ánimo—. Suena como si fuera solo un estúpido juego que quieres ganar porque eres lo suficientemente egoísta como para ignorar lo que está relacionado con ello.

—¿Estás poniendo palabras en mi boca que nunca he dicho!

—Y aun así las piensas, ¿no? De lo contrario no reaccionarías de esta manera.

—¿Realmente quieres discutir sobre esto?

Ahora yo también crucé los brazos. Lo miré intensamente durante unos segundos antes de asentir. —Quiero. Quiero discutir sobre esto porque no discutimos en aquel entonces. Quiero gritarte y ver cómo reaccionas. Quiero saber qué hay detrás de todo esto. Si es solo un capricho o...

—¿O qué? —En su voz resonaba una peligrosa advertencia.

—No importa, ¿verdad? —respondí provocadoramente y lo miré con ojos centelleantes.

Rafael levantó las manos y las cruzó detrás de su cabeza. —Me encantaría golpear mi cabeza contra la pared. ¡Nada tiene sentido! ¿Sabes qué es lo que más me gustaría? Tener la capacidad de apagar todos mis sentimientos. Simplemente no sentir nada más. Eso sería perfecto.

Me mordí la lengua hasta que saboreé la sangre. Las palabras que había elegido hicieron que mi sangre hirviera. —¿No quieres sentir nada? Y una vez más solo piensas en ti mismo, Rafael. ¿Eres consciente de lo que he pasado? ¿Que casi me destruyó?

Aún no había alzado la voz. Todavía era una respuesta fría la que le lanzaba. Pero eso no duraría mucho más.

—Por si lo has olvidado, yo también perdí a mi hija. Eso nos pone a ambos en la misma jodida situación. ¡Me vuelves loco al insistir tan vehementemente en que solo tú has sufrido!

Negué con la cabeza y levanté las manos a la defensiva. El simple hecho de que dijera algo así me dejó incrédula. —Entonces dime por qué ni siquiera te encontré en el fondo del maldito abismo. Por favor. Dímelo. Dime por qué estaba sola allí.

Un músculo en su mandíbula se crispó y sentí la necesidad de dar otro paso para alejarme de él. En su lugar, él se acercó más. Y luego otro paso, hasta que estuvo tan cerca de mí que me sentí envuelta por él de todas las formas imaginables.

—¿Cómo podría haberte mostrado mi dolor cuando todo el tiempo temía perderte a ti también? Me aferré a amarte con todo lo que tenía, pero me lo pusiste tan condenadamente difícil

incluso para acercarme a ti. Pensé que si era fuerte por los dos, no sucedería lo que finalmente sucedió.

Mi boca se sentía seca como el polvo mientras él decía todo esto directamente a mi cara. Mi corazón se sentía como si fuera a estallar en cualquier momento, por todas las emociones reprimidas que ya no podía contener.

No pude responder. No pude soportar el dolor crudo en sus ojos cuando se parecía tanto al dolor dentro de mí. Así que agarré su cabeza, haciendo que nuestros cuerpos chocaran.

De alguna manera tenía que regular estos sentimientos. Asegurarme de que no se descontrolaran. Que no me consumieran desde dentro... ni a él tampoco. Por un breve momento, Rafael se quedó inmóvil, luego chocamos contra una pared. El impacto expulsó el aire de mis pulmones, mientras él, sin tener en cuenta eso, devoraba mi boca con hambre.

Me levanté agarrándome de sus hombros, envolví mis piernas alrededor de su cintura, noté cómo sus manos recorrían mi cuerpo y agarraban firmemente todos los lugares que provocaban una sensación de mareo en mi cabeza.

Pero la realización de que lo deseaba —lo necesitaba— no vino sola. Trajo consigo el pánico familiar que convirtió el deseo predominante en puro miedo.

Las lágrimas brotaron en mis ojos. Mi corazón se aceleró. Mis manos de repente se sintieron sudorosas. Jadeé en busca de aire.

Me tocaba con manos que tenían la sangre de mi hija en ellas.

Como un animal salvaje, me liberé de la posición en la que nos encontrábamos, deslicé mis pies hasta el suelo y aumenté la distancia hasta que me senté sollozando en la cama, con una mano presionada contra mi boca, apenas capaz de controlar la repentina reacción de mi cuerpo.

—Habla conmigo —me suplicó la voz de Rafael. Enojado—. Habla conmigo. *Déjame ayudarte, Andra.*

Pero él no podía ayudarme. —¿Cómo? ¿Cómo demonios quieres ayudarme, eh? ¿Qué quieres hacer? ¿Cómo, maldita sea, *quieres* ayudarme?

A través de las lágrimas ni siquiera podía verlo bien, solo que se acercaba a mí, así que tuve que luchar contra cada instinto de mi cuerpo para no poner distancia entre nosotros de inmediato.

Se arrodilló justo frente a mí. Demasiado cerca. Mucho más cerca. *Mierda.* Aun así, permití que tomara la mano que yo tenía aferrada con todas mis fuerzas a la sábana. Cuando desprendió mis dedos, temblaban tanto que necesitó toda su mano para rodearlos y mantenerlos quietos.

—Quiero que me escuches, ¿de acuerdo? Solo esta vez más —dijo, y luego bajó la voz—. Después te dejaré ir esta misma noche, si eso es lo que quieres.

Aunque seguía sin poder controlar mis lágrimas o suprimir los sollozos que tenían atrapado mi cuerpo, él continuó.

Y ahí estaba de nuevo, ese dolor en su rostro que gritaba tan fuerte como el que había en mi interior. —Cuando entré en su habitación, ya estaba muerta. ¿Entiendes? Ya le habían cortado la garganta. Llegué demasiado tarde. No podría haber cambiado nada. No había nada más que pudiera hacer. Excepto salvarte a ti. Lo único que me quedaba era salvarte. Nada más. Salvarte era lo único que aún podía hacer. Y como no pude salvarla a ella, al menos tenía que intentarlo contigo. Perderlas a ambas... me habría destruido. No era una opción perderlas a las dos. ¿Entiendes? Te habría matado saber que la asesinaron a sangre fría, así que asumí la culpa. Te conté una mentira para que tuvieras una razón para seguir viviendo. No me importaba que me odiaras por ello, porque solo quería que no te destruyera. No pude salvar a Estelle. Pero sí a mi esposa. Así que hice eso, sin importar el precio que me costó.

Lo que decía llegaba a mi cerebro, pero no lograba extraer un significado de las palabras. No

lograba ver la verdad en ellas, porque el solo uso de su nombre me golpeó tan fuerte que nuevas lágrimas se acumularon en mis ojos.

El dolor que no me había permitido sentir durante años se abría paso a través de mis entrañas, y no había absolutamente nada que pudiera evitarlo. ¿Cómo podía contenerlo? ¿Controlarlo? ¿Aliviarlo?

Me deslicé hacia abajo, sobre el regazo de Rafael, con los brazos sobre sus hombros para poder sostenerme, mientras él me rodeaba con sus brazos tan fuertemente que respirar se volvió doloroso. Pero ayudaba. Ayudaba a mantener todas las piezas rotas, todos los fragmentos, al menos en su lugar, para que no siguiera desmoronándome.

RAFAEL

No podía sentir la pared a mi espalda. Era incapaz de sentir nada, excepto cómo la sangre me quemaba las manos y dejaba una cicatriz permanente.

Estaba muerta.

Simplemente muerta.

Habían irrumpido violentamente en nuestro hogar con el objetivo de aniquilarnos a todos. Una jugada inteligente, aparecer en medio de la noche y atacarnos cuando menos lo esperábamos. Y precisamente a nosotros, cuando había otros objetivos en esta ciudad que habrían tenido mucho más significado.

Me deslicé hacia el suelo, incapaz de echar otro vistazo a través de la puerta abierta hacia la habitación de la niña. Andra había apartado mi primer instinto, me había ordenado proteger a nuestra hija y asegurarme de que escapara con vida de este caos. No contaba con que Estelle ya estaba muerta segundos después de que nos diéramos cuenta de la intrusión en nuestro hogar. Ella creía que yo era capaz de protegerla de todo mal en este mundo.

La realidad era diferente. Y era tan condenadamente amarga que no me sentía capaz de tomar ni una sola bocanada de aire que no me doliera en el pecho.

Oía el ruido del resto de la casa, escuchaba a mi esposa gritar y, aun así, por una fracción de segundo, no encontré en mí la motivación para siquiera ponerme de pie. Para seguir adelante. Para salvar lo que me quedaba. Para vengar lo que me habían arrebatado.

Siempre me había resistido a tener una familia. Creía que vivíamos en el mundo equivocado para siquiera merecer algo así. Hasta el momento en que Andra me puso la prueba de embarazo positiva bajo la nariz y anunció que iba a ser padre. Yo.

Todo había dado vueltas y no entendía de dónde venía esa sensación de felicidad en mi pecho, y menos aún cuando volvió a aparecer semanas después, cuando la doctora nos reveló el sexo. Una niña. Y todos habíamos jurado protegerla.

Solo que ahora estaba sentado frente a su habitación con las manos ensangrentadas y no podía quitarme de la cabeza la imagen que se había grabado en mis ojos. Probablemente nunca lo lograría.

A ciegas, cogí el teléfono y marqué el número de Santiago. Tenía que saberlo, porque solo había dos formas en que podía terminar esta noche.

Respondió después del segundo tono.

—Rafael —soltó, como si ya presintiera lo que había pasado.

—La han matado, Santi. —Mi voz se quebró y me costó toda mi fuerza de voluntad continuar —. Han matado a mi hija y tienen a Andra en su poder. Si... si también la matan a ella, pueden tenerme a mí también.

Antes de que pudiera protestar, colgué. Justo a tiempo, porque al momento siguiente, hombres enmascarados irrumpieron por la esquina. Era mejor que no supieran que había hecho una llamada de emergencia; así me quedaba más tiempo.

Más tiempo para hacerles la vida un infierno y asegurarme de que nunca volvieran a ver el sol. En mi pecho despertó algo que nunca había creído posible. Un monstruo, nacido de la ira y el odio, el dolor y la pena, y el miedo de perder en cuestión de minutos todo lo que alguna vez había significado algo en mi vida.

Permití que los hombres me rodearan para arrastrarme por el pasillo, bajando las escaleras hasta la cocina.

Andra estaba arrodillada en el suelo, también con dos hombres detrás de ella, apenas capaz de contener las lágrimas y los sollozos. En realidad, había pensado que ya me habían destrozado el corazón en cientos de miles de pedazos, pero al verla, se rompió de nuevo.

No podía soportar ver cómo la ejecutaban.

Pero a mí también me obligaron a arrodillarme, justo frente a ella, y en cuanto buscó mi mirada, me armé de valor con una expresión neutral. Si quería ganar esta situación, la necesitaba relativamente calmada. Receptiva.

—Deberíamos darnos prisa, jefe. Las instrucciones eran claras —anunció el hombre que acababa de entrar en la cocina, lanzando una mirada despectiva a Andra. Al parecer, le repugnaba que aún estuviera viva.

Internamente, sentí cómo el primer fusible en mi cabeza se fundía. El segundo se despidió cuando, de repente, le propinó una patada en las costillas que la catapultó medio metro por el suelo de la cocina. Instintivamente, ella se encogió, quedándose quieta. Incluso cuando el tipo se acercó a ella, con la bota ya levantada de nuevo.

Pero entonces cambió de opinión. La agarró del pelo y la levantó.

Mi nombre estaba en sus labios. Asustada. Buscando ayuda.

Con eso, mi estado de shock se desvaneció por completo. Mi hija estaba muerta. Seguramente no iba a quedarme mirando cómo me quitaban también a mi esposa.

Nunca le había enseñado a Andra cómo comportarse en una situación como esta, así que hice algo que me quitaba cierta ventaja.

—Cierra los ojos, mi media naranja —solté.

La cabeza del hombre se giró hacia mí. —¿Qué has dicho?

Eso hizo que la última fila de fusibles se fundiera y en mí solo existía el objetivo de salvar a mi esposa y hacer que estos bastardos murieran.

En ese mismo instante, Andra clavó sus dedos en el brazo del hombre, apretando los ojos. Mientras él gritaba, me apoderé del arma del idiota que tenía a mi lado. Sin seguro en la funda. Dondequiera que hubiera recibido su entrenamiento, no había sido bueno.

Desde abajo, le di un tiro a cada uno de los hombres a mi derecha e izquierda antes de levantarme y hacer que el siguiente proyectil destrozara el cerebro del hombre que aún sujetaba a Andra.

Después de eso, la situación se volvió peligrosa para mí, ya que los otros hombres habían salido de su estupor. Me deshice rápidamente de los dos que antes sostenían a Andra entre ellos, mientras las balas silbaban a mi alrededor, todas destinadas a matarme en el acto.

De los ocho hombres que originalmente habían irrumpido en mi casa en medio de la noche, quedaban tres. Qué irónico que se hubieran propuesto atacar a mujeres y niños, pero no pudieran enfrentarse a un solo hombre cuando realmente importaba.

Desde la cocina los seguí hasta la sala de estar, derribando a otro hombre, decidido a que

ninguno saliera vivo de esta casa. Aun así, se abrían paso hacia la puerta y yo estaba convencido de que lograrían escapar al exterior.

Sin embargo, tan pronto como abrieron la puerta de golpe y tropezaron hacia afuera, más balas los esperaban. Los dos últimos hombres fueron literalmente despedazados por ellas, y cuando eché un rápido vistazo al exterior, descubrí a los hombres del cártel.

Estaban allí. Pero tarde. Demasiado tarde.

Di media vuelta sobre mis talones, solo para encontrar a Andra en el suelo de la cocina. Empapada en sangre, con los ojos aún fuertemente cerrados. Aun así, las lágrimas brotaban y humedecían sus mejillas. Su mano estaba presionada contra su costado, justo donde antes había recibido la punta de la bota.

—Es demasiada sangre —exclamó, dirigiendo una mirada desesperada a mi rostro—. ¿Dónde está ella? Tengo que... yo... ¿está bien? Por favor, dime que está bien, Rafael.

Andra ya sabía que no era así. Podía sentirlo. Lo veía en su mirada. En su rostro. En la forma en que su cuerpo permanecía rígido y no se relajaba, aunque su primer instinto gritaba por comprobar la seguridad de su hija.

Lentamente, me hundí en el suelo frente a ella. Matar a todos estos hombres no me había dado la satisfacción necesaria para olvidar lo que había sucedido antes.

Tomé sus manos, aunque carecían de toda tensión física. —¿Estás bien? —logré articular.

Pero incluso antes de que abriera la boca, supe que no era así por más de una razón. Sus labios estaban ensangrentados. No porque la sangre hubiera salpicado su rostro. Esa no era la sangre de los hombres. Era la suya.

—Andra. —El pánico se apoderó de mí hasta que le subí la camiseta y vi el daño superficial que había causado la patada. Superficial. Pero eso no hacía que sangrara por la boca.

—Estoy bien —protestó a la defensiva—. Quiero ir con mi hija.

Pero no estaba bien. El sangrado era interno y eso significaba...

Grité a los hombres que en ese momento estaban ocupados registrando la casa y asegurándose de que habíamos atrapado a todos los atacantes.

Sin pensarlo dos veces, levanté a Andra en mis brazos y luché por ponerme de pie.

—Tengo que ir con mi hija —protestó apenas audiblemente, como si estuviera luchando contra algo abrumador que casi había tomado su conciencia cautiva. Normalmente, se habría resistido. Me habría empujado y atacado si hubiera sido necesario para llegar a su hija.

Pero no había fuerza en su cuerpo que pudiera movilizar.

Porque el bastardo la había pateado de una manera que posiblemente le estaba costando la vida mientras yo consideraba las posibilidades. Diafragma desgarrado. Costilla rota que perforaba algún órgano. Pulmón colapsado. Lesión en el tórax. Ruptura de la aorta. Las posibilidades parecían casi infinitas, y sin ayuda médica rápida...

—Tienes que mantenerte despierta, Andra.

—¿Está viva?

Miré su rostro desesperado, apenas capaz de formular una frase. ¿Cómo podía decirle que su hija estaba muerta? ¿Que había sido incapaz de protegerla de su destino? Si le decía ahora que nuestra hija estaba muerta, asesinada a sangre fría, no llegaríamos al hospital. Moriría en mis brazos porque el dolor de la pérdida la remataría.

Así que hice algo que nunca habría creído posible. Le mentí a mi esposa para que siguiera luchando y se aferrara a su maldita vida. Le mentí por razones egoístas y egocéntricas. Perderla no era una opción. No podía dejarme solo con el dolor. —Todo está bien. Lo prometo.

En el hospital vi rostros que prefería no ver. Santiago, empapado en sangre. Ángel, también cubierto de sangre. Hombres pertenecientes al cártel que tenían la misma expresión desesperada en sus ojos que nosotros.

El balance era devastador. Andra y Azahar en el quirófano. Marisol y Estelle muertas. Y eso era solo la cúpula, el resultado de dos ataques. Pero se habían producido muchos más, todos diseñados para golpear al cártel en un punto particularmente doloroso.

Mi mirada se posó en el rostro de Santiago, pero pasó un buen rato antes de que pudiera siquiera formular una frase completa. —Le he mentado. Le he dicho que Estelle está bien, mientras yace muerta en su cama.

Las palabras sonaban huecas, completamente desprovistas de las emociones que se agitaban en mi interior. ¿Cómo podría expresarlas cuando todo estaba ensombrecido por la preocupación de perder aún más de lo que ya había perdido?

—A veces se necesita una mentira —respondió él después de unos segundos, aunque en su caso también era más que evidente que solo estaba presente y receptivo a medias. Marisol había dado su último aliento en sus brazos. Todos estábamos conmocionados. Envueltos en dolor y pena.

Quizás ni siquiera era el momento adecuado para plantear mi mentira o pensar en las consecuencias. ¿Qué pasaría si Andra no sobrevivía a la operación? ¿Si las lesiones internas eran tan devastadoras que simplemente no había forma de que los médicos pudieran salvarla?

Podría morir. Así sin más. De un segundo a otro, mientras yo estaba sentado aquí afuera esperando buenas noticias, ella podría morir y dejar atrás su vida. Dejarme solo. Solo con todo lo que había sucedido en las últimas horas y la pérdida de la persona que había sido la más importante en mi vida durante diez malditos años.

Si sobrevivía, no podía decirle que Estelle ya estaba muerta. Que no había nada que yo pudiera haber hecho. Nada. Andra encontraría en sí misma la necesidad de venganza y un odio que no podría desahogar, porque todos los hombres responsables de nuestra pérdida ya yacían muertos en nuestra casa.

Así que incluso si sobrevivía a la operación, la probabilidad era demasiado alta de que se destruyera a sí misma después. No podía contarle la verdad si eso significaba tener que ver cómo la devoraba por dentro.

Sin embargo, si asumía la culpa... si le decía que la había elegido a ella en lugar de hacer lo que me había pedido... su odio se dirigiría hacia mí. Y con eso podía lidiar.

Podía permitir que golpeara mis puños contra mi pecho, que me gritara y me recriminara que había fallado. Podía soportarlo. Porque significaba que no lo perdía todo. En algún momento el odio se desvanecería, en algún momento llegaría la comprensión de que era imposible que esta noche hubiera tenido un desenlace diferente. Habían actuado demasiado rápido. Nosotros también habríamos muerto si los hombres no se hubieran dejado frenar por su ego y el vil instinto de infligir aún más dolor del que ya habían causado.

Mientras que yo había podido matar a esos hombres, y pasaría el resto de la noche haciendo cosas similares, Andra no tenía esa posibilidad. Ella tenía que lidiar con sus emociones de una manera saludable, en la medida en que eso fuera posible para las personas que vivían dentro de un cártel.

¿Me parecía sano y razonable arriesgarlo todo para mantenerla con vida? No necesariamente. ¿Lo haría de todos modos? Una y otra vez, incluso si eso significaba

mantenerla alejada de mí de una manera páfida, sabiendo la razón que había detrás.

Me haría la vida imposible. No había forma de evitarlo. Pero estaba bien. Eso significaba que ambos aún éramos capaces de sentir algo. De seguir adelante.

Mientras los pensamientos rondaban por mi cabeza, Santiago no dejaba de mirar en mi dirección. —Sea lo que sea en lo que estés pensando, déjalo —siseó de repente, como si de pronto fuera capaz de leer la mente.

—¿Quieres prohibirme evitar que mi esposa se pierda a sí misma porque su hija fue asesinada a sangre fría?

—Quiero que no cometas un error del que te arrepientas en un futuro cercano.

—Bueno. Si las últimas horas no hubieran ocurrido, no habría nada de qué arrepentirse.

—Encontraremos a los responsables y haremos que paguen.

—Eso no traerá de vuelta a los muertos. Tenía seis meses. Ni siquiera podía defenderse. Mataron a una niña inocente, solo para dañar al cártel. Mataron a tu hermana, querían obligarme a ver cómo pateaban a mi esposa hasta la muerte. Azahar también debía morir. Y aun así, aquí estamos sentados esperando que alguien nos diga que no estamos definitivamente frente a los escombros de nuestras vidas anteriores. ¿Te parece correcto?

Pero no fue Santiago quien me respondió. Ángel se puso de pie. —No. No me parece correcto. Por eso te quedarás aquí y te asegurarás de que no haya más peligro para ella. Santiago y yo nos encargaremos del resto.

Así que me quedé solo. Con tiempo suficiente para pensar en mi mentira.

ANDRA

El recuerdo del día en que desperté en el hospital, aturdida y con fuertes dolores, era más que borroso. Igual que todo lo que había sucedido después de que arrastraran a Rafael a la cocina. Tal vez fuera un mecanismo de defensa de mi subconsciente, o simplemente debido a la lesión, la enorme pérdida de sangre y el agotamiento. En realidad, no importaba. No quería saber cuál era la razón, porque recordaba el momento en que me enteré de que mi hija había muerto con tanta nitidez que resultaba casi cínicamente doloroso que el resto se sumiera en la oscuridad, pero no me concediera esa gracia en otros aspectos.

Durante años había creído en una verdad que no correspondía a la realidad. Por mucho que me hubiera gustado acusar a Rafael de contarme todo esto solo porque perseguía sus propios objetivos, también sabía que no estaba mintiendo.

Santiago ya me lo había dicho ayer. Pero yo había estado demasiado ciega para registrar seriamente sus palabras y sacar la conclusión correcta. Todo este tiempo, Rafael había mentido, en un gesto desesperado y desinteresado diseñado para salvarme.

Porque no había nada erróneo en su temor de que, de otro modo, los acontecimientos me habrían destruido sistemáticamente. En las primeras semanas después, cuando pasé mucho tiempo en el hospital, mis pensamientos a menudo divagaban en esa dirección. Simplemente acabar con todo para no tener que soportar más el dolor y finalmente encontrar una paz que la vida difícilmente podría darme después de haberme arrebatado a mi hija y haberme puesto al lado a un traidor. Cuántas horas había pasado enfadada con Rafael y buscando el error que debía haber cometido para que él valorara más mi vida que la de nuestra hija... pero nunca hubo un error.

Solo un hombre que había estado dispuesto a renunciar a todo para obligarme indirectamente a aferrarme a la vida. Nunca me había dado cuenta. Ni entonces, ni en los años siguientes. Rafael ni siquiera me había corregido. Santiago nunca me había señalado siquiera que existía otra versión de la historia.

Si Azahar lo sabía, tampoco se le había escapado nunca una palabra al respecto. Y eso que habíamos estado atrapadas juntas en el hospital durante varias semanas, mientras los recuerdos físicos de aquella noche sanaban lentamente.

La hemorragia interna, provocada por la patada, casi me había matado. En la mesa de operaciones, estuve condenadamente cerca de la muerte dos veces, pero la idea de que mi hija no debía crecer sin su madre bajo ninguna circunstancia me había atado al mundo terrenal. Lamentablemente, días después me enteré de que, como madre, estaba condenada a seguir viviendo sin mi hija.

Entonces, como ahora, no sabía qué era peor. Una variante... o la otra.

Que él pudiera ayudarme no habían sido palabras vacías. No era una promesa que de todos modos no pudiera cumplir. Con más fuerza aún, lo rodeé con mis brazos mientras él tenía una mano en mi nuca y la otra en mi espalda para poder apretarme contra él con la misma firmeza.

Todo este tiempo le había hecho una injusticia y aun así él se había aferrado a mí y a lo que habíamos tenido juntos. Un hecho que no lograba comprender del todo.

Sin embargo, tampoco esperaba volver a sentirme tan cerca de Rafael nunca más. No solo físicamente, sino sobre todo en lo que respecta a nuestro espíritu. Estar sentada aquí, en sus brazos, mientras ambos mirábamos fijamente el cráter de nuestra herida compartida, me golpeó con toda su fuerza.

Aun así, no podía reprocharle que hasta ahora no hubiera dicho una palabra al respecto. ¿Cuándo le había dado yo alguna razón para hacerlo? ¿Cuándo le había indicado alguna vez que estaba dispuesta a escucharlo aunque fuera por un segundo?

Rafael había movido cielo y tierra para asegurarse de que yo estuviera bien, y yo me había... perdido en la mentira que me había contado, solo para encontrar una manera de procesar todo esto que no lo incluyera a él.

No importaba qué sentimientos hubiera conservado de alguna manera, al final había sido una injusticia lo que le había hecho. Y aunque él lo sabía tan bien como yo, no exigía que me disculpara. Ni insistía en que yo había cometido un error.

De él había aprendido a confiar ciegamente. A amar. Sin restricciones y sin segundas intenciones. Él me había enseñado a comunicar mis sentimientos. Y al final, todo eso, cuando más importante habría sido, había fallado y me había llevado a cerrarme al hombre que en realidad merecía lo contrario.

Me faltaban las palabras, porque cuanto más se hundían sus palabras en mi mente, cuanto más se asentaba la comprensión, más culpa sentía. Y dolor, porque no solo me había hecho daño a mí misma, sino también a él.

Solo por eso podría haberme abofeteado. Once años crueles y la posibilidad de que hubiera desaparecido de nuevo, porque en algunos momentos simplemente no lo soportaba en su presencia... por una razón que carecía de cualquier base y era insignificante, ahora que había pronunciado la verdad.

Me habría gustado quejarme de que lo hubiera ocultado durante tanto tiempo, pero al final era consciente de que habíamos necesitado un momento como este. A nadie más que a él le creería esta historia. Confiaba en sus sentimientos, en sus palabras. Ciegamente, si escuchaba la voz queda en el fondo de mi mente. Porque algunas cosas simplemente nunca cambiaban, sino que quedaban enterradas bajo un enorme montón de escombros emocionales sobre los que uno tenía poco control y aún menos influencia.

—¿Tenías planeado contármelo todo este tiempo? —pregunté finalmente en voz baja, con el rostro oculto en su cuello, porque aún no lograba mirarlo a los ojos de nuevo.

Rafael se encogió ligeramente de hombros. —Santiago me presionó para que finalmente pusiera las cartas sobre la mesa. Pero si... si esta noche hubiera sido diferente, no lo habría logrado. Nunca te obligaría a hacer algo que no quieras. ¿Qué sentido tendría retenerte aquí contra tu voluntad? Eres una mujer adulta que puede decidir por sí misma lo que quiere. Y si no soy yo a quien quieres, nunca te persuadiría para que cambiaras de opinión. Te amo, pero eso no me da derecho a decidir por ti.

Con los dedos, subí por su nuca hasta su cabello corto. Acompañado de un breve gruñido, sacudió ligeramente la cabeza, como para deshacerse de mi mano.

—Pero por favor, no me toques de esa manera si no lo sientes de verdad —añadió en voz

baja—. La realidad es otra. Te echo de menos. Esto. Cómo tus dedos se deslizan sobre mi piel y tienen ese efecto malditamente calmante en mí. Te echo de menos en mi cama. Debajo de mí. A mi lado. En mis brazos. Por la mañana. Por la noche. A cualquier maldita hora del día. Me falta cómo hablas conmigo. Las respuestas descaradas y las discusiones sin sentido que en realidad son solo una forma tonta de preliminares. Echo de menos cómo me miras. Incluso extraño oírte respirar y ver cómo tu pecho sube y baja mientras late tu corazón. Echo de menos cuando mi mano está alrededor de tu cuello. O cuando no lo está, da igual. Simplemente te extraño, *mi vida*.

Sentí cómo nuevas lágrimas se acumulaban en mis ojos, esta vez por razones completamente diferentes a las de antes. ¿Cómo había logrado derribar sistemáticamente todo en las últimas veinticuatro horas? ¿Cómo podía decirle que no cuando estaba en medio del caos diciendo *Aquí estoy, acéptame de vuelta?*

Rafael nunca había sido solo una etapa en mi vida. Siempre había jugado un papel. Había tenido un significado. Había decidido hacerlo el padre de mi hijo, formar un vínculo con él que iba más allá de un papel que confirmara el matrimonio o un simple juramento de amor. Ese vínculo no se desvanecía en el aire porque nuestro hijo hubiera muerto, aunque durante mucho, mucho tiempo, hubiera preferido que así fuera.

El nudo en mi garganta me impedía pronunciar palabra. Así que deslicé mis labios por su cuello, besándolo centímetro a centímetro hasta su mandíbula, hasta que finalmente me vi obligada a mirarlo. La mezcla de dolor y esperanza que me devolvió la mirada me hizo detenerme por un momento. Mi respiración se entrecortó, pero me obligué a seguir mirando y a absorber cada pequeña faceta de ello.

—Nunca debería haberte dejado solo —susurré contra sus labios. Su mano estaba de nuevo en mi nuca, haciéndome imposible retroceder ni un centímetro.

—No deberías haberlo hecho —respondió con voz ronca.

—¿Quieres que te lleve a casa?

La mirada de Rafael cayó sobre mis labios, pero subió igual de rápido. Quería besarme, y aun así se contenía.

—Esto no es algo de una sola vez, Andra —me recordó.

—Lo sé.

—Si hacemos esto, es para siempre. Sin vuelta atrás. Sin más salidas. Sin huir ni desaparecer. Vuelves a ser mía. Con todo lo que tienes. Como antes.

Una sonrisa intentó deslizarse en mi boca. —Sé lo que significa tener una relación.

En un movimiento fluido, se levantó conmigo, solo para dejarme en la cama y lentamente llevarme a una posición acostada. Se presionó contra mí de manera perfecta, como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro.

—Pero hay más.

—¿Más?

—Sé del implante hormonal. Desaparece. Si hacemos esto, lo hacemos bien. Sin condones, sin píldoras, sin anticonceptivos, nada. Sin red de seguridad para que todo sea estúpidamente seguro. Te quiero a ti, solo a ti, y si existe la posibilidad de que tengamos una segunda oportunidad, la quiero con todas las eventualidades. Tienes miedo, y eso está más que bien, pero nada de eso se repetirá. Me aseguraré de ello. Lo prometo.

—No puedes prometerlo como si fueras Dios en persona.

—No hay Dios. Si lo hubiera, ella estaría viva. Pero estoy yo y puedo mandar al infierno a cualquiera que se atreva a querer lastimarte.

Como antes, sus palabras tenían cierto poder sobre mí. Una atracción que de ninguna manera

podía negar, aunque mi corazón golpeará frenéticamente contra su jaula y me recordara todas las razones por las que era una mala idea confiar en él en este aspecto.

Mi boca se secó porque sabía que era una decisión que tenía que tomar en los próximos segundos.

En principio, al final era solo una pregunta.

¿Quedarme? ¿O irme?

Levanté las piernas para poder envolverlas alrededor de su cadera, antes de ignorar el pánico dentro de mí, con todos los efectos secundarios que me tenían demasiado agarrada. —Bésame. Luego te encargas del implante. Y después me haces el amor de una manera que me haga olvidar mi miedo.

—¿En ese orden? —preguntó oscuramente.

Después de un segundo en el que no pude evitar sonreír divertida, asentí. Sin previo aviso, mi mundo de repente consistía solo en Rafael.

Su boca se estrelló contra la mía mientras me hacía sentir todo su peso. Aun así, no era suficiente, ni siquiera cuando su lengua se deslizó en mi boca profundizando aún más el beso, sus manos recorrieron mi cuerpo distrayéndome de la decisión que acababa de tomar y de las consecuencias de gran alcance que tendría.

Como si de repente hubiera perdido la razón. Aunque quizás la acababa de recuperar, porque después de todas las revelaciones que ahora me acosaban, probablemente había sido una mala idea desde el principio desterrarlo de mi vida.

Permití que deslizara una mano en mi cabello y tirara de mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello y lanzándose sobre él. Los recuerdos se mezclaron con lo que estaba sucediendo y en cuestión de segundos sentí como si mi cuerpo estuviera en llamas. El calor corría por mis venas, acumulándose en mi vientre, que automáticamente se presionaba contra la cadera de Rafael exigiendo atención.

Atención que solo recibiría cuando la pidiera. Y eso llevaría tiempo, porque apenas podía esperar a que me llevara al borde de la locura y a nadar en los sentimientos y sensaciones que me habían faltado por completo en los últimos años.

Mi corazón latía cada vez más fuerte contra mi pecho y sentí cómo Rafael se divertía con mi pulso acelerado, disfrutando ser la razón de ello, sin tener que hacer más que besarme, reclamar mi cuello con sus labios, sus dientes y su lengua.

—Acabas de vender tu alma al diablo, ¿eres consciente de ello, verdad?

Involuntariamente, se me escapó un gemido porque rozó ese punto sensible. —Creo que ya lo hice una vez. Y de alguna manera no estoy segura de haberla recuperado jamás.

Si interpretaba correctamente la reacción traidora de mi cuerpo, ya conocía la respuesta. Rafael me había hechizado desde aquel día en la autopista y no me había liberado ni por un segundo. No importaba lo que me hubiera dicho a mí misma, lo mucho que me hubiera aferrado a mi verdad, una parte de mí siempre le había pertenecido. Al parecer, debí haberla entregado cuando me enamoré de este hombre y me di cuenta de que no importaba si pertenecía a un cártel o no.

En cuanto a sus tareas, nunca me había engañado. Siempre había vivido con el riesgo de que algún día le pudiera pasar algo a él, aunque la mayor parte del tiempo lo había apartado e ignorado. Y entonces llegó el día y lo ignoré a él también, porque parecía la única manera de asegurar mi propia supervivencia.

Ahora me encontraba bajo su musculoso cuerpo y sentía cómo expulsaba simplemente las dudas de mí. Con su presencia, cada movimiento... todo.

Su nombre salió de mis labios, acompañado de un tono suplicante, porque de repente ya no era suficiente estar simplemente cerca de él. La ropa que separaba nuestros cuerpos era molesta. Me impedía sentirlo realmente y asegurarme a mí misma que todo estaba bien. Más que bien, de hecho, porque me sentía cómoda.

Estaba en presencia de Rafael y no tenía miedo de que las sombras del pasado me alcanzaran en cualquier momento.

—¿No me escuchaste antes? —murmuró suavemente contra mi piel, ahora de nuevo ocupado usando mi cuello en mi contra. No me hacía ilusiones al respecto, porque Rafael ciertamente no había olvidado ni desaprendido nada. Sabía cómo convertir mi cerebro en papilla, cómo hacer que mis pensamientos se transformaran en ruido blanco de fondo y me redujeran a las necesidades más básicas, para las que ni siquiera era necesaria la comunicación verbal.

Aun así, recordaba sus palabras. ¿Cómo podría haber olvidado algo de eso? Pero no me dio la oportunidad de responderle. En su lugar, simplemente continuó, mientras su mano se deslizaba lentamente bajo mi camiseta y con el calor áspero que irradiaba, quemaba cada centímetro de piel que tocaba.

—Ya no jugamos según tus reglas, Andra. A partir de ahora, solo cuentan las mías.

RAFAEL

Me costaba creer lo que estaba sucediendo. La aceptación de Andra. La verdad que había aceptado sin cuestionar ni acusarme de que fuera otra mentira que le contaba para compensar un error que había cometido hace años. Mi cerebro se encontraba en un estado en el que era incapaz de comprender toda la magnitud de la situación.

No solo había ganado la carrera callejera. Había algo más. Y el premio que recibiría por ello superaba con creces el dinero.

Mientras mi cerebro estaba ocupado procesando los acontecimientos, mi cuerpo, en cambio, sabía exactamente lo que quería. Y lo que necesitaba, ahora que ya no había barreras entre mi esposa y yo.

Segundos después de haberle revelado mi mentira, sus caricias ya no se sentían como si se estuviera forzando a sí misma en secreto. Como si tuviera miedo porque su subconsciente, después de lo ocurrido, quizás incluso creyera que yo representaba un peligro para ella, aunque siempre me había asegurado de que se sintiera segura y protegida conmigo, en mi presencia y cercanía. Hasta ahora, siempre había evitado confrontarla con los lados oscuros, o incluso negros, de mi mundo.

Mis últimas palabras aún resonaban cuando le subí la blusa y finalmente la deslicé sobre su cabeza. Me estorbaba, en más de un sentido. Necesitaba ver a Andra, refrescar el recuerdo de cada centímetro de su piel y asegurarme de que ella también recordara.

Quería que se derritiera en mis manos para que luego pudiera hacer que pidiera lo que deseaba. Y Andra deseaba mucho, aunque hasta ahora solo era su cuerpo el que revelaba todas estas pequeñas pistas. La forma en que su cadera se presionaba contra la mía y se mecía suavemente para crear cierta fricción. Sus manos, que se aferraban a mi ropa buscando apoyo, aunque hasta ahora no había hecho más que besarla, tocarla y centrarme en su cuello porque sabía exactamente qué reacción provocaría en ella.

Andra se entregaría a mí con todo lo que poseía y, al final, probablemente casi olvidaría por qué habíamos decidido mantenernos alejados el uno del otro durante tanto tiempo.

Con las rodillas, separé más sus piernas, me incorporé un poco y miré hacia abajo para grabar bien la imagen en mi mente. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas, un rubor que se extendía hacia abajo por su cuello. Aunque no besaba su cuello, podía ver lo rápido que latía su pulso. Por excitación, que me envolvía y me hacía pensar brevemente en desechar todos mis planes y simplemente hundirme en ella, posponiendo todo lo demás para más tarde. Sin embargo, mi subconsciente funcionaba de manera diferente. Me atendería a lo que había dicho. No importaba si me costaba toda mi disciplina y fuerza de voluntad o no.

Había visto el cuerpo de Andra en muchos estados, y no importaba cuándo la mirara, a mis

ojos siempre parecía perfecta. Los moretones que aún se extendían por su cuerpo y su rostro no cambiaban eso. Si acaso, alimentaban la necesidad de encontrar finalmente al bastardo responsable y darle una buena lección. Porque ahora Andra ya no era solo una mujer de la que cuidaba en secreto, no. En mi mente, ya la había declarado de nuevo *mi* esposa, y eso significaba que Mason había cometido un error condenadamente grande que ya no podría arreglar fácilmente.

En el futuro, ya no tendría que contenerme cuando se tratara de ella. Una mirada equivocada en dirección a Andra, y...

Bajé la cabeza y deslicé mis labios sobre su clavícula, hasta que me encontré con un obstáculo innecesario en forma de su sujetador. En lugar de levantar su torso y alcanzar detrás de ella para desabrochar el cierre, agarré el cuchillo que llevaba en la funda de mi cinturón y me deshice rápidamente de la prenda.

Un sonido de protesta escapó de ella, pero solo me hizo sonreír. —Te compraré otros nuevos. O simplemente deja de usarlos, porque este cuchillo se usará con más frecuencia en un futuro cercano.

Eso ni siquiera era una advertencia, sino una promesa. Diez años era mucho tiempo y, en consecuencia, había mucho que recuperar.

Después de haberme deshecho de la molesta tela, me incliné de nuevo hacia abajo y comencé a trabajar lentamente hacia las zonas más sensibles de su torso. Al principio, solo deslicé mi lengua sobre la piel alrededor de sus pezones, hasta que sentí cómo se extendían hacia mí porque Andra arqueó la espalda e intentó influir en mis planes de una manera no tan sutil.

Me tomé mi tiempo. Jugué y la provoqué con la lengua y los dientes, mientras me sumergía secretamente en los sonidos que salían de su boca. Cada parte de mí disfrutaba sintiéndola a ella y las reacciones de su cuerpo. Todo esto solo había existido en mi cabeza durante años, pero en la realidad era mucho mejor, tanto que tenía problemas para mantener bajo control la rebelión de mi cuerpo.

En realidad, solo quería arrancarle el resto de la ropa a Andra, poner sus piernas sobre mis brazos y penetrarla tan profundamente que su mente abandonara su cuerpo por un breve momento, pero una vez más no cedí a mi impulso y en su lugar me moví hacia su otro pecho para provocarla nuevamente y extraer sonidos que quería escuchar durante el resto de la noche.

Mi camino continuó hacia abajo sobre su vientre, aunque inicialmente solo para liberarla de sus pantalones y bragas. Con mis manos me deslicé sobre sus piernas, solo para sentir cómo un músculo tras otro en su cuerpo se relajaba lentamente. Continué besándola. El tobillo de su pie derecho, la pantorrilla, el interior de su rodilla y su muslo. El hueso de la cadera y el pubis, su vientre y su caja torácica, hasta llegar a todos los lugares a los que ya había dedicado mi atención.

Al mismo tiempo, no se me escapaba cómo el cuerpo de Andra se calentaba cada vez más y el mío reaccionaba a ello. Mi polla estaba dura, dura como una roca, y gritaba por ser liberada finalmente. Con cada movimiento se lo hacía sentir, para que supiera exactamente lo que le esperaba... y lo que tendría que pedirme si realmente quería que diera el siguiente paso. Su orden estaba bien, pero le había dicho lo que quería escuchar de su boca y en eso insistiría.

Porque me gustaba oírla suplicar y rogar. Porque quería ver la desesperación en su rostro, sabiendo cómo cambiaría una vez que cumpliera sus deseos después.

Además, no le impondría nada. No después de lo que me había contado. Ese miedo no desaparecería fácilmente. No importaba qué palabras le dirigiera, qué promesas le hiciera, en el fondo de su mente siempre pensaría en lo que podría volver a suceder, y todo lo que podía hacer

era demostrarle que confiar en mí no era un error. Que podía garantizar su seguridad. Que nada le pasaría.

Y a un niño, si lográramos crear un milagro como ese otra vez. Aunque conocía sus miedos, seguía hablando muy en serio cada palabra que le había dicho. El reloj no se detenía, para ninguno de nosotros.

Especialmente en este punto, había esperado su protesta. Un destello del pánico que había estado tan condenadamente presente poco antes. Alguna señal de que no se sentía capaz de correr un riesgo tan grande. Volver a quedar embarazada, volver a correr todos los peligros... a sabiendas... o bien Andra planeaba destruirme en todos los niveles, o una pequeña parte de ella nunca había dejado de vivir en un mundo paralelo donde no existía una noche fatídica que lo había destruido todo. Donde había una familia feliz. Niños.

Impulsado por esta línea de pensamiento, agarré sus brazos y presioné sus manos contra el colchón por encima de su cabeza. Mi afirmación anterior no había sido una simple suposición, y la existencia del implante, aunque no había tenido interés en salir con otros hombres, permitía una mirada aún más profunda a sus miedos.

Estaban allí. Existían. Los veía, los percibía. Y aunque no me engañaba pensando que era la maldita cura para ellos, también era muy consciente de lo mucho que decía sobre nuestro vínculo el hecho de que me hubiera dado permiso para liberarla de él.

Una vez más, saqué el cuchillo, mientras al mismo tiempo buscaba con el pulgar la pequeña protuberancia en el interior de su brazo. Desde abajo, Andra me miraba, observando todo lo que hacía.

Su boca estaba ligeramente abierta y casi parecía como si no pudiera esperar el momento en que la liberara del implante, porque era casi simbólico de que estábamos dejando algo atrás, solo para crear un nuevo comienzo.

Sin embargo, me detuve. —¿Estás segura?

—¿Crees que seguiría aquí acostada si no estuviera segura? —respondió Andra sin dejar pasar ni un segundo—. Nada de lo que hemos hecho jamás se ha ajustado a ninguna convención. Así que córtalo antes de que me impaciente. —Ahí estaba, ese brillo travieso en sus ojos que a veces me convencía de tomar las peores decisiones sin que ella necesitara decir nada más.

Incliné la cabeza, examiné el lugar una última vez con atención y luego coloqué la punta del cuchillo de tal manera que no se necesitaría más que un pequeño corte para liberar el implante.

Normalmente, me preocupaba por cómo cortar para infligir el máximo dolor. O cómo cortar sin comprometer la esperanza de vida. Ahora me preguntaba si podría mantener la herida tan pequeña que, una vez cicatrizada, no quedara rastro visible.

¿No era suficiente que Mason se hubiera tomado la libertad de dejarle todos esos moretones? Nunca me había gustado marcar a Andra de manera permanente y ciertamente eso no cambiaría en el futuro.

Tan pronto como la punta del cuchillo atravesó la piel, brotó la primera gota de sangre. Solo vagamente registré cómo Andra respondió al breve dolor con un siseo, antes de que ya estuviera usando el cuchillo para extraer el implante. Después de unos segundos, se desprendió del lugar donde lo habían insertado y apareció a través del pequeño corte.

Solo un fino hilo de sangre se abrió camino por su brazo, así que primero arrojé el implante lejos de nosotros antes de limpiar la sangre.

Todavía sostenía sus manos por encima de su cabeza cuando ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, recordándome automáticamente el orden que había establecido previamente.

—Me estás haciendo esperar —ahí estaba de nuevo, la impaciencia.

Sonriendo, negué con la cabeza. —Al contrario. Tú me estás haciendo esperar a mí. Aún no te he oído suplicar.

—Tal vez no tengo ganas —respondió, deslizando sus dedos desde mi pecho hacia abajo hasta llegar al cinturón de mis pantalones. Hábilmente desabrochó la hebilla y al momento siguiente su mano había desaparecido bajo la tela y se cerró firmemente alrededor de mi ya duro miembro.

Se me escapó una maldición antes de agarrar su barbilla casi bruscamente, girar su cabeza a un lado y morder el punto más sensible de su cuello, mientras ella deslizaba su mano sobre mi erección, haciéndome imposible pensar con claridad.

Al menos por una fracción de segundo. —Si sigues tocándome así, voy a correrme sin haber estado dentro de ti ni una sola vez —advertí con voz ronca.

—¿Has perdido tu resistencia, Rafael?

Provocadora.

—Al contrario. Puedo esperar. —Con eso, agarré su mano, la liberé de mis pantalones y la presioné de nuevo contra la cama. Esta vez, sin embargo, de manera que pudiera deslizarme hacia abajo por su cuerpo y acomodarme cómodamente entre sus piernas.

Mi mirada cayó sobre su sexo y absorbió todas las señales de su excitación. Estaba tan húmeda que brillaba. Sus caderas se inclinaban automáticamente hacia mí, exigiendo atención y un estímulo que la llevaría al orgasmo. Tal vez en mi lengua... o lo llevaba un poco más lejos y la hacía correrse de nuevo solo con mis dedos. La volvería loca ser tocada pero al final no de la manera que quería. Necesitaba.

—¿Qué crees, Andra? ¿Quién de nosotros cederá primero? ¿Tú, cuando te lleve al orgasmo una y otra vez, o yo, porque tu cuerpo es tan condenadamente invitador que quiero perderme en él para siempre?

Tragó saliva. ¿Recordaba la noche en que la ató a la cama y pasé horas provocándola y mimándola, simplemente porque me divertía verla perderse en el placer y el deseo?

—Ya he perdido una apuesta hoy —me recordó—. Y ahora mismo solo quiero sentirte tan profundo dentro de mí como sea posible.

—*Mierda* —maldije y bajé la cabeza por un momento para presionar mi rostro contra mi hombro y recoger los restos destrozados de mi autocontrol. ¿Por qué demonios no nos hacía el favor a ambos y cedía? No tenía que hacer nada más. Unas pocas palabras de su parte y cumpliría exactamente ese deseo...

Antes de mirarla de nuevo, apreté los dientes. Una parte de mí quería ceder, no insistir en lo que le había dicho hace horas. Pero la otra parte sabía demasiado bien que no funcionábamos de esa manera.

Necesitaba la certeza de que se entregaba completamente a mí. En todos los niveles. No solo verbalmente. Tenía que poseer a Andra. Cada centímetro de su cuerpo. Su lujuria. Su excitación. Su liberación. Y su maldita mente, su conciencia, cada pensamiento individual y, sobre todo, su alma.

Ella tenía que satisfacer esa parte animal en mí, esa bestia que no había sido alimentada durante años. Y solo lo hacía cuando suplicaba. Cuando imploraba piedad. Solo cuando las lágrimas de frustración brillaran en sus ojos porque ya no podía soportar que nuestros cuerpos estuvieran separados, cedería a sus ruegos y nos uniría. Sabiendo que la llevaría al borde de la locura porque cada toque sería mucho más intenso que si simplemente la hubiera follado ahora mismo.

Sus palabras arañaban mis principios, dejaban marcas profundas en mi control, pero Andra nunca había sido capaz de romper mi voluntad de hierro. No en este aspecto. Estaba dispuesto a arrodillarme ante ella en cualquier momento, protegerla con mi vida y mover cielo e infierno por ella, pero en este único aspecto tenía que dominarla. Completamente.

Con una risa oscura en la garganta, bajé de nuevo por su cuerpo, besando su vientre hasta llegar a su cadera. —No has olvidado las palabras que quiero oír de ti. Solo tengo que sacártelas.

Me deslicé entre sus piernas. Mi lengua se lanzó hacia adelante, entre sus labios y hacia ese dulce y pequeño botón que era uno de los puntos más sensibles de todo su cuerpo, sin contar su mente, que se podía follar tan a fondo con las palabras correctas como su coño.

Con un sonido más que satisfecho, rodeé su clitoris, disfrutando cómo su sabor se extendía en mi lengua y nublaba mis sentidos. Una y otra vez, ella movía sus caderas hacia mí, retorciéndose debajo de mí, hasta que rodeé sus caderas con mis manos y ejercí presión desde arriba.

—¿Qué me estás haciendo? —exclamó, una pregunta que difícilmente podía tomar en serio.

—Estoy recuperando lo que me pertenece.

Sus gemidos llenaron el espacio a mi alrededor, mientras sus dedos se enredaban en mi pelo. No para ejercer control o mantenerme en mi lugar —de todos modos no tenía elección—, no, sino únicamente para buscar un apoyo que no encontraba en las finas sábanas. Su otra mano estaba sobre la mía, con los dedos medio entrelazados con los míos.

Sentí cómo pulsaba su bajo vientre, cómo el deseo calentaba su cuerpo y provocaba una fina capa de sudor, porque la llevaba una y otra vez cerca de su clímax, solo para alejarla cruelmente un segundo después. ¿Cómo se sentiría estar tan cerca de la satisfacción y aun así tan lejos?

Casi divertido, observé cómo los músculos de sus piernas se tensaban cada vez más, cómo su cuerpo reaccionaba a mi tortura con pura desesperación y se tambaleaba cada vez más rápido hacia un orgasmo, solo para que yo se lo arrebatara de nuevo. Porque podía. Porque me pertenecía.

Y porque su subconsciente siempre había sabido que no pertenecía a ningún otro hombre más que a mí. Cuanto más tiempo jugaba con su clitoris, lamiéndolo y estimulándolo con mi lengua, más de su excitación se extendía por sus muslos.

En realidad, podría haberle ordenado que se quedara quieta si quería que continuara con la tortura. Tener un poco de consideración con los hombres que dormían en las habitaciones contiguas. Pero me apetecía más ser egoísta, porque cada sonido que salía de sus labios era pura música para mis oídos, y enviaba un agradable escalofrío tras otro a lo largo de mi columna vertebral, solo para asentarse en mi ya dura erección.

—*Mi media naranja* —murmuré, provocándola con mi aliento caliente, mientras ella se infiltraba en mi conciencia en todos los niveles. Mi corazón latía imparable y salvajemente por la mujer entre cuyas piernas nunca me había sentido más en casa que en este momento—. Apenas puedo esperar a que tu cuerpo recuerde bajo qué reglas juega.

Esta vez lo invoqué, el orgasmo que atrapó completamente a Andra. Su centro palpitó y pulsó en mi boca, mientras su cuerpo se arqueaba y un grito desesperado escapaba de su boca, convirtiendo mi nombre simultáneamente en maldición y bendición. Sus muslos se cerraron firmemente alrededor de mi cabeza, hasta que agarré sus piernas y presioné sus rodillas de vuelta a la cama, manteniéndola abajo con mi peso.

No solo permanecí entre sus piernas hasta el final de su clímax, lamiéndola, no. Continué. Ignoré lo sensible que se volvía después de un orgasmo, cómo su cuerpo se retorció, seguía temblando y sacudiéndose, solo para arrancarle un segundo orgasmo.

Ella se resistió, su cuerpo protestó, pero siempre había sido así. Para ella sola, hacía tiempo que se habría alcanzado el punto en el que se detenía. Pero conmigo... la verdadera diversión empezaba cuando ella creía que ya había llegado al final y que no podía sentir más placer. Porque yo era capaz de demostrarle lo contrario, de catapultarla a alturas insospechadas.

Solo cuando la sábana debajo de ella estuviera mojada, cuando ya no supiera dónde estaba arriba y abajo, si todavía estábamos en Málaga o ya en alguna selva tropical en Sudamérica, la follaría y sentiría lo que todo esto le hacía.

Andra nunca tendría la oportunidad de quejarse de que no satisfacía sus necesidades, de que no la complacía. De que no era capaz de saciar su hambre.

Hasta que la conocí, el sexo nunca había sido una sensación. Con Andra había aprendido qué poder tan absorbente ejercía sobre mí darle placer. Desmontarla según todas las reglas del arte, solo para volver a juntar las piezas.

Entre dos respiraciones rápidas, Andra logró sisear algunas palabras en mi dirección. —Eres un cabrón, ¿lo sabías?

Divertido por esto, continué mi ataque a su centro, listo para descubrir hasta dónde podía llegar. —Pero al menos uno que te hace llegar al orgasmo. Varias veces. Seguidas. Se rumorea que ahí fuera hay hombres que no lo consiguen ni una sola vez.

Así que lo repetí, llevando su cuerpo de nuevo al límite. Y luego otra vez, porque sabía que después de eso no se necesitaría mucho más para que la resistencia en ella se derrumbara.

Me apoyé un poco, quité una mano de su cadera y deslicé mi dedo por su humedad hasta que rodeé su entrada. Habría sido fácil deslizarme dentro y follarla con mis dedos, pero eso habría socavado el propósito de todo esto.

Lo primero y único que Andra sentiría dentro de ella esta noche sería mi polla.

—¿Tu orgullo se interpone en tu camino, eh? —pregunté, provocándola con el tono de mi voz. En ningún momento dejé de excitarla con mis dedos. Observé con satisfacción cómo sus músculos se contraían y tensaban cada vez que me acercaba a su clítoris hinchado de deseo.

El solo hecho de saber que yo era responsable de haberla puesto en este estado generó suficiente dopamina en mi cerebro como para sentir que una adicción familiar surgía en mí.

Andra tragó saliva. —Rafael —jadeó.

Levanté una ceja. —Solo tienes que usar las palabras correctas —le recordé con una expresión sombría.

En un movimiento inseguro, se incorporó y la seguí, de modo que nos encontramos nuevamente al mismo nivel. Se hundió contra mí, con las manos apoyadas en mi pecho, antes de deslizar sus labios sobre los míos. Al momento siguiente, sentí su lengua recorrer mi boca, mi mejilla, mi barbilla, acompañada de un gemido que fue directo a mi polla. Sentí la gota de placer y cómo la sangre pulsaba en mi erección, ahora tan dura que era una tortura dolorosa.

Gruñendo, agarré su cabello revuelto, tiré de su cabeza hacia atrás y miré los ojos de Andra velados por la lujuria.

—Dilo —exigí sin piedad.

Un nuevo calor se encendió en su mirada. Pero ya la había quebrado y ya no estaba dispuesta a luchar contra mí, porque solo significaría perder eventualmente el control de su conciencia.

Follarla hasta la inconsciencia tenía su propio encanto, pero por esta noche... no, solo quería escucharla decirlo.

—Te deseo —susurró.

Pero negué con la cabeza. —No es suficiente.

—Quiero tu polla.

Con una ceja levantada, la liberé de mis pantalones sin romper el contacto visual. —Por favor. ¿Quieres ver cómo me toco?

De manera provocativa, cambié la posición de su cabeza para que pudiera ver cómo cerraba mi puño alrededor de mi erección y comenzaba a acariciarme. Los movimientos eran débiles y poco entusiastas, pero cada vez que entraba en contacto con uno de los piercings, solo quería maldecir, tirarla de vuelta a la cama y penetrarla tan profundamente que finalmente perdiera el conocimiento.

Con una sonrisa más que lasciva, Andra se inclinó, puso su mano sobre la mía y me catapultó a la siguiente dimensión. Maldiciendo, observé cómo deslizaba su lengua sobre el piercing a través de mi glande, solo para dedicarse a la parte inferior a continuación. Esta vez, mis caderas se sacudieron hacia ella de forma tan dura y rápida que casi perdimos el equilibrio.

Un segundo después, se enderezó, deslizando su lengua sobre sus labios antes de repetir el gesto con el pulgar, pero no sin devorarme con la mirada mientras lo hacía.

El zumbido en mis oídos y el renovado enfoque en la mujer frente a mí hicieron casi imposible seguir las palabras que pronunció a continuación.

—¿Quieres que llore porque aún no siento tu polla dentro de mí? Porque se siente como si me estuviera ahogando en la sensación de vacío. Fóllame. Sella mi perdición. Que me pierda de nuevo contigo.

Esta vez no pude resistirme. Esta vez no pude contenerme, porque vi cómo las lágrimas se acumulaban en el borde de sus ojos, probando la verdad en sus palabras.

Agarré su barbilla, la acerqué para besarla y nos hice caer a ambos, de modo que volví a estar encima de ella, notando perfectamente cómo su cuerpo se amoldaba al mío.

Sus piernas se cerraron automáticamente alrededor de mi cadera, de modo que mi polla descansaba contra su coño, ya a punto de deslizarse dentro de ella porque estaba tan mojada que no había otra opción más que esa.

Impaciente, su cadera se empujó contra la mía, así que le di exactamente lo que acababa de pedir, no sin antes cerrar una mano alrededor de su garganta y disfrutar viendo cómo sus ojos se agrandaban cada vez más a medida que la llenaba centímetro a centímetro y solo me detuve cuando no quedaba espacio entre nosotros.

Jadeó contra la presión de mi mano, lo que se mezcló con un gemido y el sonido ciertamente placentero que escapó de mi propia garganta.

Cerré los ojos, absorbiendo completamente el momento antes de empezar a moverme dentro de ella. Su interior se cerró firme e implacablemente a mi alrededor, aún pulsando por los orgasmos que había tenido poco antes.

Cada embestida era un desafío al clímax salvaje que se estaba gestando al final de mi columna vertebral. Primero disfrutaría follarla. Saborearía las reacciones de su cuerpo mientras la penetraba dura pero lentamente.

Con cada movimiento, la cama golpeaba implacablemente contra la pared, pero en ese momento no podría haberme importado menos. Incluso si se hubiera derrumbado bajo nosotros, no habría dejado de perderme en esta mujer. *Mi* mujer.

Había mostrado autocontrol durante varios años. Ahora era el momento de reclamarla de nuevo como mía de todas las formas posibles, marcarla con mi esencia y al mismo tiempo cerrar todas las heridas del pasado.

Normalmente, siempre mantenía el control. La visión general. Pero esta noche me permití soltar ambas cosas, perderme y perseguir las necesidades que surgían de las profundidades de mi consciencia y exigían ser satisfechas.

Andra y yo follamos. No solo una vez, sino el resto de la noche, hasta que ninguno de los dos fue capaz de mantener los ojos abiertos o mover siquiera una parte del cuerpo. Pero solo cuando ella se quedó dormida sobre mí, babeando sobre mi pecho desnudo, todo esto se sintió real. Como si realmente hubiéramos logrado enterrar todos los problemas entre nosotros.

Ignoré hábilmente las miradas curiosas y burlonas. Las paredes de los barracones eran delgadas y no cabía duda de que la mayoría de los hombres presentes habían recibido un espectáculo privado de primera clase, sin haberlo pedido ni haber sido consultados. No podía decir que me dejara completamente frío, pero si tenía que elegir entre pasar toda la noche dentro de Andra o ser considerado con un grupo de hombres que deberían saber mejor que mostrar tal reacción, elegiría sin excepción la primera opción.

A la larga, sin embargo, no era una situación sostenible, porque la idea de que pronto también se harían una imagen de lo que oían... No, ciertamente no les proporcionaría porno en vivo.

Justo antes de salir del salón, me di la vuelta. Las miradas de los presentes seguían fijas en mí. *Bien*. —Una palabra a mi mujer, y habréis estado en posesión de vuestras lenguas por última vez. ¿Entendido?

Cuando no hubo reacción, lo tomé como un asentimiento y continué mi camino. No llegué muy lejos. Fue Adriano quien me alcanzó y me detuvo. Una breve mirada a su rostro y quedó claro que tenía malas noticias, y no parecían estar relacionadas con la noche anterior.

—Ahórrate las palabras bonitas y dime simplemente qué pasa —exigí.

Asintió. —Mason ha desaparecido. Lo hemos buscado por todas partes, informado a todos los contactos e involucrado fuerzas adicionales, pero se ha esfumado sin dejar rastro.

Sentí un tic nervioso en la mejilla. Esto significaba que Mason se había dado cuenta de que lo estábamos buscando. Había sentido el peligro y se había escondido para evitar el desastre que se le venía encima. Probablemente asumía que debido a esto nos rendiríamos y nos retiraríamos. Sin embargo, la realidad era un poco diferente, porque la noche anterior había cambiado algunos principios fundamentales y uno de ellos era que ninguna persona ahí fuera tenía derecho a dañar a Andra de ninguna manera. El balance de aquellos que lo habían intentado era terriblemente malo. Todos estaban muertos. Y no me arrepentía ni un segundo.

—¿Qué debemos hacer ahora, jefe? —continuó Adriano, claramente esperando una instrucción que le indicara cómo proceder.

—Hablaré con Santiago al respecto y luego discutiremos cómo seguir. —Antes de tomar una decisión, tenía que consultarlo absolutamente. Este era su cártel, su ciudad y su país. No pasaría por encima de sus reglas y principios. Pero tampoco necesitaba hacerlo, porque en la mayoría de los casos compartíamos una visión similar y al final siempre se encontraba una solución que era un compromiso para todas las partes involucradas. Tenía un talento para eso, siempre y cuando se confiara en él y, sobre todo, se estuviera de su lado.

Como su mano derecha, yo hacía ambas cosas, y hasta ahora no me había decepcionado ni una sola vez.

—¿Debo añadir otra persona a mi trabajo como guardaespaldas en el futuro? —añadió de repente, cuando ya estaba a punto de irme.

Me volví hacia él una vez más. No hacía un mal trabajo con Talia, también había demostrado su lealtad y no había razón para suponer que representaba una amenaza o que intentaría ligar con

alguna de las dos mujeres. Talia probablemente lo castraría solo por intentarlo, mientras que Andra no tendría escrúpulos en avergonzarlo en la situación más embarazosa para él, sabiendo que había hombres que estarían encantados de encargarse de un desliz como ese. Santiago y yo a la cabeza.

—Confío de buen grado en ti la seguridad de mi mujer, si eso no causa conflictos. Probablemente solo tengamos que aumentar el personal.

—Hablando de eso... Santiago ha recibido a una invitada hace unos minutos.

Levanté una ceja interrogante.

—Una mujer. Debe haber trabajado aquí hace varios años y...

—Yesenia —afirmé.

La mujer que Santiago había entrenado personalmente para ponerla al lado de Andra a mis espaldas, para que siguiera disfrutando indirectamente de la protección del cártel sin sospechar nada.

Ya podía imaginar por qué la había traído, y con ello, que tenía una idea aproximada de lo que había sucedido anoche. Maldito vidente.

Hice una mueca.

Adriano se encogió de hombros. —¿Es tan buena como dicen?

—¿Crees que Santiago entrenaría a una mujer que fuera inferior a ustedes, idiotas, en algo?

Avergonzado, miró al suelo. —¿No?

—Exacto. No la conozco personalmente, pero estoy seguro de que puede patearles el trasero a cualquiera de ustedes.

—Entonces estoy ansioso por el primer entrenamiento juntos.

Puse los ojos en blanco. —Lo mismo se aplica a ella que a Andra, ¿entendido? Las manos se quedan en los bolsillos, la boca cerrada y quiero ver tu mirada en ningún otro lugar que no sea su cara.

—¿Qué tal si en el futuro andamos con anteojerías?

—Una idea maravillosa, Adriano. También se la propondré a Santiago ahora mismo —gruñí. Esta vez, cuando me di la vuelta, logré salir de la plaza y llegar a la *Alcazaba*. Sin embargo, Santiago ya me estaba esperando allí, con una invitada como había anunciado.

La latina de complexión atlética estaba sentada en la silla de su oficina, con las piernas cruzadas y completamente absorta en la conversación que mantenían. Vagamente recordaba su presencia, aunque tenía que admitir honestamente que mis recuerdos de esa época dejaban mucho que desear. Rara vez estaba presente y a veces la influencia del alcohol y las pastillas para dormir había sido demasiado alta como para recordar los detalles.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Santiago se reclinó en su silla y me miró antes de levantar una ceja. —¿Dónde has dejado a Andra? —exigió saber, bastante escéptico. Como si se hubiera abierto un agujero y se la hubiera tragado de repente, sin consultarlo antes con Santiago.

—En la ducha, si quieres saberlo con tanto detalle.

—Supongo que estará aquí para el desayuno, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Y hay novedades? —No estaba seguro si se refería al hecho de que Andra y yo habíamos borrado una década en picada, o si ya sabía de la desaparición de Mason.

Así que jugué sobre seguro, teniendo en cuenta también la presencia de la mujer más joven.

—No se puede localizar a Mason. Eso significa que tenemos que decidir cómo proceder.

Antes de que Santiago pudiera responder a eso, oí un sonido agudo desde el pasillo. Al momento siguiente, Talia entró literalmente volando.

—Rafael —exclamó emocionada y yo ya estaba entrecerrando los ojos, más que escéptico sobre lo que pasaría a continuación.

Mientras mantenía mi mirada, extendió su smartphone en dirección a Santiago. Mi rostro se oscureció incluso antes de que Santiago volviera a mirar con una ceja levantada.

—Parece que ya has enviado un mensaje bastante claro al mundo —dijo—. No estoy seguro si debo felicitarte o llamar al médico porque me pregunto si anoche te golpeaste la cabeza contra la pared.

Así que la foto se estaba extendiendo como la pólvora. *Maravilloso*. Tal vez llegara a Mason y lo hiciera volver al ruedo porque no quería ver a Andra pasando tiempo con otro hombre.

Había sido una idea espontánea, una maniobra astuta para enviar un mensaje claro al mundo. Al final, ni siquiera se veía mi cara; mi mera presencia y la forma en que se tomó la foto eran suficientes. Y posiblemente el pie de foto también jugaba un papel no insignificante.

Andra tenía millones de seguidores, la publicación viajaría alrededor del globo más rápido que cualquier otra cosa que yo pudiera haber hecho.

—Preferiría no discutir sobre anoche y en su lugar tomar más medidas respecto a Mason.

—¿Quieres decir que una amenaza bien empaquetada a través de las redes sociales no es suficiente?

Por segunda vez en el día, puse los ojos en blanco. —¿Realmente quieres discutir sobre cómo le dejo claro a otras personas que ella me pertenece?

Mi mirada cayó sobre Talia, quien inmediatamente levantó las manos como si quisiera que la dejara fuera de este tema. —Yo solo soy la mensajera de las buenas nuevas.

—Mira, cómo marco mi propiedad te concierne tan poco como a mí el hecho de que hayas tenido sexo en cada maldita superficie de toda la fortaleza, y que a veces se vean las huellas en el polvo.

—Nadie te ha prohibido hacer lo mismo —replicó Santiago.

—Y nadie te ha prohibido crearte una cuenta en redes sociales y publicar una foto que deje inequívocamente claro que Talia te pertenece —respondí, lo que al menos hizo reír a Talia y Yesenia.

Santiago, por otro lado, parecía estar considerando realmente hacer algo así. Un cartel con cuenta de Instagram: aparentemente estábamos entrando lentamente en la era más reciente. O mejor no, porque ya era una tarea en sí misma mantener a raya a los policías.

—Perfecto. Levantaremos cada piedra en Marbella y Málaga para encontrarlo. Si ha salido del país, lo sabremos a través de mis contactos. Supongo que el paradero de Andra ya no está en debate, ¿verdad?

—No —gruñí.

Sonriendo, Talia se acercó a mí solo para darme unas palmaditas en los hombros. —Te dije desde el principio que necesitabas un poco más de confianza.

—La confianza tuvo poco que ver con los acontecimientos de anoche —respondí secamente.

—Sin detalles sobre tu vida sexual, Cortez —advirtió Santiago—. Me alegro por ti, pero no quiero saber...

—Adriano ya me ha puesto al día —canturreó Talia. Antes de salir de la habitación, añadió una frase más—. Puedo contarte todo más tarde, Santi.

Pero fue su respuesta la que realmente colmó el vaso. —Gracias.

Abrí la boca, fruncí los labios y decidí no decir nada al respecto y simplemente aceptarlo. Di media vuelta y me dirigí a la cocina, al menos para tener algo que hacer en lugar de tener que revisar los últimos minutos una y otra vez.

¿Era este el estándar cuando Andra todavía estaba en el escenario? Toda esa gente metiéndose en su vida privada y haciendo comentarios ingeniosos al respecto. Si ese era el caso, me sentía inclinado a comprar una isla solitaria frente a la costa, solo para asegurarme de que nada de lo que hiciéramos se filtrara al exterior.

Sin embargo, probablemente no debería engañarme a mí mismo en ese sentido: Talia se las arreglaría de alguna manera para meter su nariz en mis asuntos. Lo había dominado maravillosamente desde el primer día y era seguro que eso no cambiaría.

Poco después, Talia se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados, como si aún no hubiera terminado de recordarme la noche anterior, de una manera bastante divertida.

—Tal vez deberíais mudaros a la fortaleza —comenzó después de unos segundos.

—No creo que sea una buena idea.

—Pero la casa también es una mala idea.

—Nadie ha dicho que eso esté en discusión. —Como si alguna vez se me ocurriera enviarla de vuelta a ese lugar infestado de malos recuerdos—. No sabes cómo nos conocimos, ni cómo acabó en el cártel más rápido de lo que a ninguno de nosotros le hubiera gustado. Esta vez debería decidir ella lo que quiere.

—Todo el piso superior del hotel está vacío. Por si eso también fuera una opción —respondió. Talia se refería al complejo de edificios que habíamos comprado el año pasado a costa de su padre y que desde entonces utilizábamos para lavar parte del dinero que ganaba el cártel.

Los complejos turísticos de lujo en la playa también resultaron ser una fuente de ingresos condenadamente buena. La *Alcazaba* incluso se podía ver desde el hotel.

—¿Qué tal si dejamos pasar más de doce horas? Ni siquiera ha pasado tanto tiempo desde que decidí darnos otra oportunidad.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Lo que realmente pasó entonces, por qué le mentí. Tal vez debería haberlo mencionado antes, pero al final no puedo arrepentirme de nada de eso. Ella está viva y está bien. ¿Cómo se me ocurriría querer deshacerlo?

—Santiago me dijo que todos te aconsejaron en contra de esa mentira.

—Porque también pensaron en mí —respondí encogiéndome de hombros—. Pero no tengo que explicarte que hay situaciones en las que uno pone a los demás por encima de uno mismo y de su propio bienestar.

Apretó los labios. —No tienes que hacerlo. ¿Vas a recuperar lo que lamentas?

Se me escapó un resoplido. —Creo que la presencia de Yesenia es el primer presagio. Esta vez sabrá de qué es parte. Y será capaz de defenderse. Como tú.

Es muy posible que Andra también necesite la ayuda de Talia en algún momento. Talia había crecido dentro de la mafia, sabía cómo funcionaba y mostraba una cierta ausencia de miedo que probablemente sería difícil de entrenar. Además, Talia podría asegurarse de que Ramón ya no fuera un problema: mantenerlo alejado permanentemente cada vez que Andra estuviera presente me parecía simplemente incorrecto.

—Tómate tu tiempo, ¿de acuerdo? Nada de esto se desarrollará de la noche a la mañana.

Asentí, sabiendo que Talia tenía razón en eso. Sin embargo, no era diferente a hace veinte años. Andra fue arrojada al agua fría y tuvo que aprender a nadar sin estar preparada. No era del todo justo y requería cierta perseverancia, pero ese no era el punto que me preocupaba en secreto.

La vida del cártel se había vuelto más sangrienta. Más dura. Más violenta. Aunque había momentos y lugares donde todo esto no era tan presente, me preguntaba cuán fácil y rápidamente

Andra lo asimilaría todo. En aquel entonces, la había mantenido alejada de todo esto; ahora no podía ni quería hacerlo por varias razones.

En este recinto se torturaba. Se ejecutaba. A veces había situaciones en las que el peligro nos pisaba los talones. Hombres morían. Nos reuníamos con los rusos o los escoceses, y no importaba cómo lo hiciéramos, siempre estábamos condenadamente bien informados sobre lo que pasaba a puerta cerrada con los demás.

Esta vida no era fácil y ciertamente no era para alguien que sentía aversión por la mayor parte de estos aspectos. Así que una pequeña parte de mí se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que tirara la toalla. Antes de que se diera cuenta de que no podía soportar ver todo esto o que su conciencia no le permitía ser parte de ello. Todo esto no era tan improbable y, de hecho, era la razón por la que ya nadie podía irse una vez que formaba parte del cártel. Su partida en aquel entonces ya había sido una excepción, y me conocía lo suficiente como para saber que, a pesar de todo, tampoco se lo prohibiría una segunda vez.

ANDRA

Antes era completamente normal sentir a Rafael en cada centímetro de mi cuerpo, pero ahora se sentía nuevo. Inusual. Aunque no había duda de que seguía amándolo tanto como antes, me resultaba difícil adaptarme al ritmo acelerado con el que nos movíamos ahora.

Desde la necesidad de dejar este lugar atrás lo antes posible, hasta el momento en que me di cuenta de que finalmente era hora de perdonarlo —y perdonarme a mí misma—, hasta el hecho de que me resultó condenadamente fácil volver a dejarlo entrar en mi vida. Solo que no era tan simple, porque no habíamos hablado de empezar lento y tantear el terreno poco a poco. No, todo lo contrario.

Las exigencias que había hecho, las palabras que me había dirigido, habían tocado algo tan profundo en mí que simplemente no era capaz de pisar el freno y bajar la marcha.

Rafael y yo habíamos colisionado a velocidad supersónica. Y no me arrepentía ni un segundo de ello. No solo porque finalmente podía respirar más libremente en su presencia, sino sobre todo porque me sentía cómoda por primera vez en mucho tiempo.

Podía mirarlo a los ojos. Podía estar de pie junto a él sin pensar en quién era cuando ya no estaba cerca de mí. Podía... aceptar que habían sucedido cosas que estaban fuera de su control y del mío.

Lo que él había sacrificado por mí y cómo se había asegurado de que yo sobreviviera. Eso tenía un valor. ¿Qué hombre habría hecho algo similar? ¿Ver cómo su mujer se alejaba de él, sabiendo que ella necesitaba esa libertad en ese momento para no sucumbir ante los acontecimientos?

Cuanto más le daba vueltas a este tema en mi cabeza, más claro me quedaba lo profundos que eran los sentimientos de Rafael para hacer eso posible.

Nunca había sido un hombre de grandes palabras, pero en los últimos días, en los que no había podido demostrarme físicamente que seguía siendo *mi* hombre, cada palabra que había elegido había dado en el blanco.

En aquel entonces, yo había llevado la ofensiva, me había abierto paso en su vida y me había asegurado de que entendiera por qué me necesitaba precisamente a mí. Hoy, Rafael llevaba esa iniciativa, lo que al final era solo una retrospectiva de toda nuestra relación.

Siempre nos habíamos salvado mutuamente. Sacado al otro de la mierda cuando había sido necesario. Vivíamos en una época en la que era más fácil cambiar de pareja innumerables veces que trabajar en el único problema que seguía siendo un obstáculo.

Veintiún malditos años. Once en los que ni siquiera habíamos estado en el mismo país la mayor parte del tiempo. Y aun así, nadie había logrado interponerse entre nosotros. Ningún hombre. Ninguna mujer.

Todos los problemas que teníamos... solo había una solución para ellos. Y esa solución implicaba que nos curáramos mutuamente, como siempre había sido desde el principio.

Aunque sentía las miradas, sabía perfectamente lo que significaban y me di cuenta después de unos pocos metros por el recinto que la noticia ya se había filtrado hasta el último rincón, no me molestaba.

Eso no era un arma que pudieran usar contra nosotros. Con eso no podían hacernos daño.

Incluso cuando llegué a la mesa del desayuno y noté que la atención estaba puesta en Rafael, eso no importaba. Al contrario, me sentía más que capaz de enfrentar el aluvión de preguntas curiosas que seguramente ya venían en nuestra dirección.

Antes de alcanzar los cornflakes —definitivamente un vestigio de la época en Estados Unidos, donde no había nada mejor después de una larga noche en el estudio que devorar un tazón de leche fresca—, dejé que una mano desapareciera bajo la mesa y la coloqué sobre la pierna de Rafael, con la que había estado rebotando sin cesar todo el tiempo, como si estuviera un poco nervioso ante el fuego cruzado en el que pronto nos encontraríamos.

Posiblemente ya lo había experimentado y anticipaba cómo continuaría.

A través de las puertas abiertas de la terraza, soplaba el aire fresco de la mañana, haciendo que las cortinas blancas se hincharan y revelaran al hombre que montaba guardia afuera. Su mirada estaba fija en el jardín y probablemente también se hacía el sordo, porque las conversaciones que se llevaban a cabo aquí dentro realmente no estaban destinadas a sus oídos.

Cuanto más atentamente observaba la *Alcazaba*, más clara se volvía una cosa sobre todo: Santiago no dudaba en demostrar su poder. Sin embargo, no lo hacía con miedo y terror, sino simplemente a través de la presencia de hombres que parecían estar mejor entrenados que algunos militares.

Junto con Santiago, un rostro familiar también se unió a nosotros. Yesenia lo siguió, solo para tomar asiento junto a Talia y, por lo tanto, frente a mí, con una amplia sonrisa en los labios.

Esta mujer había sido la jefa de mi equipo de seguridad durante años, había vivido conmigo, dormido en la misma habitación, me había acompañado a cada espectáculo y siempre se había asegurado de que me sintiera segura. Después de que Santiago ya me había revelado que originalmente había sido infiltrada por él, me pareció correcto que ahora también estuviera en Málaga.

En un aspecto había fallado, pero nadie lo sabía, y yo me aseguraría de que siguiera siendo así.

Los saludé con una cálida sonrisa, aunque un poco aliviada de que el primer tema en la mesa del desayuno no fuera el hecho de que Rafael y yo habíamos estado acostados juntos en su cama hasta hacía poco, manteniendo despierta a media barraca durante la noche.

—No estaba segura de cómo tomarías las noticias —dijo finalmente Yesenia dirigiéndose a mí, refiriéndose obviamente al hecho de que Santiago la había entrenado con un solo propósito: protegerme durante las aventuras que había vivido en todo el mundo. Y había habido algunas en las que realmente habría estado perdida sin Yesenia.

—No éramos amigas porque Santiago te lo ordenara —En principio, no había nada sobre su vida antes de su trabajo conmigo que yo no supiera. Me había hablado de su ex marido y de su hijo, que vivía con él porque su profesión había sido siempre un problema mucho antes de que empezara a trabajar para mí. Sabía que en todos los viajes nunca había llevado a un solo hombre

al hotel, solo mujeres. También sabía de sus alergias, su película favorita y que su padre había muerto en una gran manifestación en medio de una multitud cuando ella era demasiado joven para entender lo que eso significaba.

La conocía, y nada de lo que habíamos compartido había sido falso o ajeno a la realidad. Santiago podría haberla contratado, pero eso no significaba que tuviera control sobre la amistad que había surgido entre nosotras.

—No. Santiago siempre fue un empleador muy considerado —respondió ella, antes de que su mirada se posara en Rafael, que hasta ahora solo había escuchado. Al igual que el propio Santiago y Talia—. Y he oído mucho sobre ti.

Él inclinó la cabeza. —Bueno, nadie me dijo que Santiago había asignado protección especial para mi esposa.

—Tampoco nadie te dijo cuántas veces Santiago y yo hemos hablado en los últimos años —intervine riendo—. Me temo que nunca me libré realmente del cártel, y si Santiago sigue insistiendo en usar mis recursos para los propósitos del cártel...

—Eres parte del cártel otra vez. Podría obligarte si quisiera —intervino Santiago, con esa inconfundible sonrisa en los labios que implicaba mucho más de lo que decía.

—No será necesario. Mi carrera nunca se basó en la necesidad de tener tanto dinero como fuera posible. No lo necesito. Y si puedes usarlo para fortalecer tu régimen...

Talia observaba el escenario con los ojos entrecerrados. —Me pregunto si nuestras opiniones el año pasado...

Rafael asintió con una mirada sombría. —Sí. Lo hicieron. Veinticuatro horas, una oficina destrozada y mi salud mental sacrificada después... no quedaba mucho del odio.

—Te había dicho que te fueras.

—Y yo tenía miedo de que terminaras con un cuchillo en el ojo —replicó Rafael, con la mirada fija ahora en Santiago.

Mis dedos se hundieron automáticamente más profundo en su pierna.

—¡Nunca le habría hecho daño! —Talia sonaba indignada, aunque se notaba claramente lo mucho que le divertía toda la situación—. Además, no deberíamos hablar de Santiago y de mí, sino de lo que vosotros dos hicisteis anoche.

Hicisteis. Como si fuéramos animales salvajes.

Divertida, sumergí la cuchara en mis cereales y me recliné un poco. —¿De dónde viene esta maldita curiosidad?

—¿Tal vez de mi marido, que tiene debilidad por observar a los demás?

—Esos son realmente demasiados detalles —intervino de repente Yesenia, sin que la hubiéramos notado en los últimos minutos.

Santiago resopló. —Este es el estándar absoluto en esta casa. Y supongo que se pondrá mucho más interesante ahora que podemos hablar también de Rafael y sus escapadas. Se rumorea que algunos de los hombres están muy perturbados.

—¿Perturbados? —repetí masticando—. Tuvimos sexo. Y no nos lanzamos a la garganta del otro.

—¿Es así? —Talia fijó su mirada en mi cuello, como si encontrara allí lo contrario a lo que acababa de decir, antes de que su mirada se desviara hacia el parche que había en la parte interior de mi brazo.

—Olvidas que conozco a Santiago lo suficientemente bien y durante bastante tiempo como para decir que no deberías ir demasiado lejos en ese aspecto. —Con esta respuesta, la conversación en la mesa del desayuno estaba lejos de terminar; simplemente pasaba a la

siguiente ronda.

Y aunque Rafael no parecía estar tan satisfecho con la forma en que se estaba abordando y discutiendo todo esto, noté claramente lo aliviado que estaba por cómo yo manejaba toda la situación. Como si no hubiera estado tan seguro de mi presencia como había dicho.

Tal vez me tocaba a mí demostrarle que cumplía mi palabra.

—¿Te das cuenta de que simplemente están felices?

—Una forma extraña de demostrarlo —murmuró.

—¿Por qué? ¿Porque va más allá de unas simples felicitaciones? No puedes elegir cuándo son tu familia y cuándo no.

—Eso nos ahorraría muchas cosas.

—A mí no me molesta —respondí y me apoyé contra la pared, un poco más cerca de él. Tan pronto como sentí el calor de su cuerpo, los recuerdos de la noche anterior se despertaron. La mañana ya calurosa se volvió aún más cálida.

—Mis hombres podrían causar problemas —continuó.

—¿Por qué? ¿Porque creen que he domado a la bestia? —Se me escapó un resoplido—. No tienes que comportarte de manera diferente a como lo haces normalmente. En serio. Una falsa consideración sería tonta... e innecesaria. Me acostumbraré a estar aquí y a ver todo lo que sucede en lugares como este. Eso no significa automáticamente que me sienta bien con ello o que sea fácil, pero... no tengo intención de acobardarme porque sea diferente a lo que estoy acostumbrada.

Vi que mi declaración desconcertaba a Rafael. Pero yo sabía muy bien que él había estado pensando en ello, así que era correcto despejar las inseguridades.

—El asunto es este, Rafael. Si no quisiera todo esto, tendría que irme. Pero irme también significaría dejarte atrás otra vez. Y no creo que pueda hacerlo de nuevo después de anoche. Ni quiera.

Normalmente, ninguno de nosotros cambiaba de opinión tan rápido. En realidad, solo había ocurrido dos veces. Al principio de nuestra relación y al final. Entre medio, ninguno de nosotros había buscado una salida.

—¿Estás segura?

—He permitido que me saques el implante con un cuchillo. Te has corrido dentro de mí. Varias veces. No he huido. No he tenido un ataque de pánico. Y soy muy consciente de lo que todo esto podría significar. ¿Me da miedo? Sí. ¿Me enfada haber tardado tanto en empezar a sanar? Definitivamente sí. ¿Volvería a dejar atrás lo único que claramente es capaz de llenarme y hacerme feliz? No. Nunca. Eso no solo sería estúpido, sería una traición a mí misma.

Todos los pensamientos que había tenido antes habían sido arrancados de raíz, solo para ser reemplazados por otros que encajaban mucho mejor con lo que existía entre nosotros. Siempre había existido.

Desviarse del camino... les sucedía a muchos. Pero encontrarlo de nuevo y seguir adelante sin tener que temer... eso era algo completamente diferente, algo que la mayoría probablemente ni siquiera podía imaginar.

Aunque habíamos mantenido la distancia todo el tiempo, las manos de Rafael ahora estaban en mis caderas y me acercaron a él en un gesto posesivo, hasta que nuestros cuerpos chocaron. Y de nuevo, se sintió como el primer día. Emocionante. Pero también seguro.

—¿Te das cuenta de lo que esas palabras saliendo de tu boca me hacen?

Incliné la cabeza interrogante.

—Despierta la necesidad de grabarlo todo en piedra para poder recordártelo si fuera necesario.

—Si esto es algún tipo de propuesta de matrimonio retorcida, Rafael... No voy a volver a pararme frente a un altar.

Hizo una mueca. —No tienes que hacerlo.

—¿No quieres?

—No he dicho eso. Solo dije que no es necesario.

—No estoy segura de entender de qué estás hablando.

Sin previo aviso, presionó mi torso contra la pared, de modo que mi mejilla descansaba sobre el material frío. Antes de que pudiera protestar, estaba de rodillas detrás de mí, había separado bruscamente mis piernas y bajado mis bragas debajo del vestido. Sus manos dirigieron mi trasero hacia atrás. Luego comenzó un ataque implacable a mi coño que me hizo jadear.

El calor subió por mi cuerpo mientras él comandaba mi excitación como si fuera su jefe. Como si solo tuviera que escucharlo a él y jugar siempre que él quisiera.

Maldije a mi cuerpo por estar dispuesto a jugar este juego cada vez.

En cuestión de segundos, mis piernas temblaban, pero la lengua de Rafael seguía deslizándose a través de mí, jugando con mi clítoris, y en muy poco tiempo vi estrellas delante de mis ojos porque el orgasmo se estaba construyendo tan rápido y fuerte dentro de mí que ya no tenía control sobre él.

Pero antes de que llegara, se detuvo, besó el lado derecho de mi trasero y me hizo sentir sus dientes en el izquierdo.

—Apuesto a que no te va a gustar oír esto, pero...

—¿Qué? —logré decir, completamente sin aliento y frustrada porque se había detenido.

Y eso, a pesar de que estábamos en medio de la *Alcazaba* y alguien podría aparecer en cualquier momento.

—El divorcio fue solo teatro. Nunca se finalizó. —Mi corazón se saltó un latido—. Sigues siendo mi esposa. Te dejé ir porque era la decisión inteligente, pero el plan también incluía recuperarte. Tal vez perdí el hilo en el medio, pero siempre has sido mía y siempre lo serás. Así que felicidades, Señora Cortez. Tu marido te está regalando un orgasmo.

Así que nunca nos habíamos perdido realmente.

Joder.

El gruñido en su pecho vibró en todo mi cuerpo. Quería estar en shock. Indignarme. Estar ofendida. Regañarlo por esto.

Pero al final, él tenía los argumentos más convincentes. Y con ellos me llevó al orgasmo tan rápido y fuerte que las paredes de la fortaleza seguramente recordarían su nombre.

RAFAEL

Me habría encantado causarle un daño físico real a Adriano por su indiscreción, pero era muy consciente de que Talia no estaría tan abierta a esa idea como yo, y si había algo que no quería arriesgarme a hacer, era desafiar a esta mujer.

Puede que pareciera una joven e inexperta novia de la mafia, pero después de todo lo que había visto de ella en el último año, se podía afirmar con seguridad que era todo lo contrario y que regularmente aprovechaba los prejuicios hacia su género para conseguir una mejor posición. La mayoría de las veces, esto sucedía mientras Santiago se reclinaba divertido y observaba cómo su esposa ponía en su lugar a una serie de hombres que no querían tener nada que ver con ella.

Su curiosidad podía ser molesta para mí, pero al final no se podía negar que había jugado un papel crucial en todo el asunto. Aunque solo fuera porque, desde que nos conocimos, se sentía llamada a recordarme a Andra y una segunda oportunidad en cada oportunidad que se presentaba.

¿Qué puedo decir? La italiana bocazas había tenido razón.

Sin embargo, había esta energía acumulada en mí porque sabía lo que Adriano había contado sin perder tiempo, y por lo tanto, me sentí aún más aliviado cuando Santiago quiso hablar conmigo.

El desayuno de la mañana había sido un desastre. Apenas soportable porque la conversación se había desarrollado *casualmente* una y otra vez en nuestra dirección. Normalmente, Andra era buena esquivando preguntas que no quería responder, pero tanto Talia como Santi lo habían llevado a nuevas alturas. De alguna manera, no podía recordar haber mostrado un comportamiento similar el año pasado cuando Santiago se enamoró perdidamente de la novia de su sobrino.

Nuestras conversaciones más bien habían consistido en que yo le advertía. Le decía que no cometiera ese error. Que no era una idea inteligente fijarse en una mujer que tenía la mitad de su edad. Incluso entonces, en muy poco tiempo me di cuenta de que todas estas afirmaciones y consejos no eran tan acertados como había esperado, y al final estaba —y sigo estando— más que feliz de que Santiago y Talia se hubieran encontrado. Aunque eso significara que ahora tenía que aguantar miradas cargadas de significado, preguntas indiscretas y comentarios jodidamente molestos.

Cuando llegué a la oficina de Santiago, parecía que ya estaba listo para salir. —Jemima Sinclair acaba de informarme que hubo un pequeño incidente en el puerto —explicó, guardando el arma en la funda.

Levanté una ceja. Se necesitaba más información que esa para poder estimar aproximadamente a qué tipo de problema nos enfrentaríamos.

—Alguien intentó entrar en nuestros almacenes. Y cuando eso no funcionó, provocaron un incendio.

—¿Pérdidas?

—Ni una sola. Y el intento fracasó.

—¿Hay sospechosos?

—Nikifarov tiene detenido a un hombre que fue visto cerca de los muelles, pero que no tenía nada que hacer allí.

—¿Y todavía está en condiciones de responder a nuestras preguntas, o tendremos que contentarnos con carne picada quejumbrosa?

Santiago torció el gesto. —Si nos damos prisa, seguro que te deja algo.

—¿Andra y Talia?

—De camino con Adriano, Yesenia y algunos otros hombres.

—¿Tu hijo?

—Con mi esposa.

Lo miré desconcertado, pero Santiago solo se encogió de hombros.

—Lo llamó terapia de confrontación. Andra, quiero decir.

Terapia de confrontación. Mierda. En realidad, este no era el momento adecuado para preocuparme por el estado en que regresaría, pero una pequeña parte de mi cerebro no podía evitar imaginar los innumerables escenarios y averiguar cómo prepararme adecuadamente para ellos.

Sin embargo, tomé el arma que Santiago me ofreció y me concentré esencialmente en lo que ahora era importante.

Dmitrij Nikifarov ya nos estaba esperando, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y acompañado de su novia, que con su piel clara y su pelo cobrizo aún no parecía encajar del todo en el escenario español. Un ruso y una escocesa, cuya conexión había llevado a algunos cambios en la jerarquía dentro de la ciudad, y a que el cártel de alguna manera hubiera logrado volver a sentarse a la mesa con todas las partes representadas en la ciudad de una manera más o menos razonable.

—Qué lástima. ¿Así que no queréis dejarme toda la diversión sin restricciones? —Su saludo era exactamente lo que quería oír hoy además de todo lo demás. No.

—Espero por tu bienestar físico que el tipo aún esté de una pieza y sea capaz de mantener una conversación con nosotros —respondí, antes de asentir hacia Jemima.

En los últimos meses nos habíamos cruzado dos veces. Una vez en la casa de su padre, y otra cuando se aseguró de que el cartel la ayudara en la liberación de Dmitrij. Eso también había sido un movimiento inteligente de nuestra parte, pues poco después Dmitrij había asumido su puesto como jefe de la mafia rusa. Si no hubiera sobrevivido al incidente con su hermano bastardo, probablemente nos habrían puesto delante a un ruso con el que no se podría trabajar tan bien, o quizás nada en absoluto. En consecuencia, todos estábamos contentos con la buena colaboración. Y la propia Jemima era probablemente una de esas mujeres a las que no se debía subestimar en ningún caso. Parecía tan inocente como Talia, pero en secreto era muy astuta. Un peligro que se pasaba por alto si uno era lo suficientemente arrogante como para creer que una mujer nunca podría representar una amenaza.

—No es muy hablador —murmuró Dmitrij—. Así que lo he aliviado de un par de dedos de

los pies.

Acto seguido nos condujo al interior del almacén en el que el hombre en cuestión había intentado entrar en vano momentos antes. Solo para descubrir allí que no solo lo había aliviado de algunos dedos de los pies, sino también de su pie derecho. La pierna terminaba ahora en un muñón sangriento, debajo del tobillo. Vi músculos y tendones, el hueso desnudo y mucha sangre que se había acumulado debajo de él.

Parecía un poco pálido. También poco llamativo.

Una parte de mí quería alegar que tal vez realmente no tenía nada que ver con el intento de allanamiento y el incendio provocado, pero simplemente lo sabía mejor. Con nosotros no había coincidencias, y mucho menos cuando se trataba de a quién se veía cerca de la escena del crimen.

Por muy inocente que pareciera, al final probablemente tenía algo que ver con lo que se le acusaba. Aunque solo hubiera sido el que vigilaba los alrededores. Algo había contribuido, ninguno de nosotros debía engañarse.

—¿Tienes por casualidad una debilidad por los miembros faltantes? —pregunté, rodeando la silla en la que habían colocado al hombre y finalmente mirando con curiosidad en dirección a Dmitrij. Jemima estaba de pie junto a él con los brazos cruzados, absolutamente impasible ante la escena que se le presentaba.

Como si ya hubiera visto cosas así lo suficiente como para poder observar ahora cómo torturaban a un hombre y posiblemente incluso moría. Al menos en mi caso, esto le ganó respeto.

—Más bien una debilidad por los órganos faltantes, pero si le corta el corazón para regalarlo... probablemente ya no responderá ninguna pregunta —respondió ella, aunque la pregunta en realidad había sido dirigida a Dmitrij.

Santiago torció la boca en un intento patético de no sonreír.

Yo, sin embargo, procedí a sacar mi cuchillo. Volví a rodearlo, luego me puse en cuclillas para estar a la altura de sus ojos, con los codos apoyados despreocupadamente en mis muslos, mientras estudiaba sus rasgos faciales tensos por el dolor.

—Un intento de allanamiento. Un pequeño incendio. Y tú cerca. ¿Qué me dice eso, amigo mío? —dirigí las primeras palabras hacia él.

No dudaba de que Dmitrij había hecho todo lo posible y era perfectamente capaz de arrancarle respuestas a una persona. Pero evidentemente había una razón por la que el hombre se mantenía en silencio. Y ciertamente no era su inocencia o porque creyera que con el silencio llegaría muy lejos. O para no morir, si se quiere expresar de otra manera.

Apretó los labios hasta formar una delgada línea blanca. En sus ojos ya se habían acumulado lágrimas que contenía con esfuerzo. En realidad, no quería imaginarme lo mal que se sentía el dolor que recorría su cuerpo... pero definitivamente quería oírlo.

Sin previo aviso, deslicé la punta del cuchillo sobre la carne cruda al final de su muñón, la hice raspar sobre el hueso y observé satisfecho cómo primero se le abrieron los ojos antes de que abriera la boca y gritara tan fuerte que resonó por todo el almacén.

Una mirada por encima del hombro me dijo que Santiago se había colocado junto a Dmitrij, manteniendo una breve conversación con él. Ambos hombres no se dejaban perturbar por los gritos y los otros sonidos que acompañaban a una tortura.

—Así que, una vez más, *amigo*. ¿Qué me dice tu presencia en esta parte del puerto?

Lentamente negó con la cabeza.

—¿Nada? ¿Tu presencia no me dice nada? ¿O que no tuviste nada que ver con esto? Ambas cosas me parecen locamente improbables. La zona está acordonada y vigilada. Sin embargo, de alguna manera has llegado hasta aquí... ¿solo para decirme que no tuviste nada que ver?

Volvió a negar con la cabeza. Así que seguí pasando la hoja sobre su herida abierta, sin clavarla en la carne sensible. Todavía no.

—Sabes qué tipo de personas has reunido aquí, ¿verdad? Un cartel español. La mafia rusa. Un clan escocés con el que tampoco se juega. Tal reunión no ocurre simplemente porque algún tipo insignificante deambule por el puerto —continué.

Tal vez debería pedirle a Dmitrij que le quitara también las manos. Quitárselas de una manera muy poco profesional, sin que se desangrara, sin embargo.

Volví a poner el cuchillo, ya pensando en qué podría susurrarle al oído para hacerlo cantar como un pajarito, cuando Santiago atendió una llamada.

—Mátalo. Inmediatamente —ladró en mi dirección.

En el mismo segundo levanté el cuchillo y lo clavé a través de su ojo hasta el cerebro. Se desplomó muerto antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando. Su ojo vacío y frío seguía abierto de par en par por el shock.

Mientras me levantaba, limpié la hoja en mis pantalones. Santiago seguía al teléfono, y la orden no solo me había causado irritación a mí. El hombre no había dicho ni una palabra, no es que yo cuestionara las decisiones de Santiago.

Cuando metió el smartphone en el bolsillo de su pantalón de manera más que agresiva, arqueé una ceja interrogante.

—Han intentado entrar en la *Alcazaba* —gruñó.

—¿Intentado?

—Por supuesto que han fracasado.

La comprensión me golpeó de inmediato. —Pero entonces esto era una maniobra de distracción.

—Correcto. Quiero a Adriano al otro lado de tu smartphone. *Ahora mismo*. Se acabó la excursión a la ciudad. —No necesitaba mencionar que la excursión a la ciudad posiblemente había servido para mantenerlos a todos alejados del peligro.

Dmitrij intervino. —Necesitamos información si también vamos a mantener los ojos y los oídos abiertos.

Normalmente, ninguno de nosotros habría compartido información fuera del cartel, pero los tiempos habían cambiado un poco. Así que asentí. —En cuanto haya algo que informar, lo sabrás.

Santiago ya se dirigía apresuradamente hacia el coche. Asentí a Nikifarov.

—Buena suerte —murmuró antes de que yo también estuviera fuera del alcance de su voz.

Como una tormenta oscura, la presencia de Santiago se cernió sobre el pequeño restaurante en medio de la playa. Le había ordenado a Adriano que no se moviera ni un centímetro y que no perdiera de vista a los demás. A nadie, y sobre todo, no a las dos mujeres.

Aunque Santiago se esforzó por no parecer una incursión inquietante cuando irrumpió en el restaurante, el espectáculo había terminado en principio cuando lo seguí sin comentarios y la mirada de Talia se posó en mis pantalones ensangrentados. Ella captó la gravedad de la situación más rápido de lo que Santiago tuvo tiempo de inventar alguna mentira.

Mientras Santiago tomaba a su hijo y luego llevaba a Talia afuera, con Adriano a remolque, le tendí la mano a Andra, lamentando tener que terminar la excursión en este punto.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber mientras tomaba mi mano y se levantaba.

—Ha habido un pequeño problema.

—¿Me lo vas a contar?

Mi primer instinto fue, de hecho, simplemente guardar silencio y no decir una palabra sobre lo que había sucedido. Sin embargo, al final había decidido no seguir protegiéndola. No más secretos.

—Estábamos en el puerto interrogando a un hombre cuando llegó la información de que alguien había intentado entrar en la fortaleza. No sé quién, ni cuántos, pero el puerto era una maniobra de distracción. Probablemente no esperaban que nuestros hombres supieran lo que hacían.

—Pero si sabían que ustedes no estaban allí...

Mi mirada se oscureció. —Estás a salvo, Andra. Lo que pasó hace once años no se repetirá. La *Alcazaba* está ahora lo suficientemente bien vigilada como para poder decir sin dudar que nadie que no deba entrar lo hará.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad. —¿Y qué pasa ahora?

—Vamos a casa. Y luego Santiago y yo veremos qué clase de hombres eran.

—Pensé que en esta ciudad reinaba la paz.

—Aun así, hay incidentes. A veces son pandillas callejeras que creen que tendrán suerte con este tipo de intentos. —Mientras decía esto, la guiaba fuera del restaurante hacia el coche que ya esperaba. Nos dividimos. Santiago ya se había ido, llevándose a Yesenia y Adriano. Yo me encargué de Andra.

—¿Y la sangre?

—La maniobra de distracción tuvo que morir.

Andra subió al coche y tan pronto como me senté detrás del volante, arranqué el motor y nos alejamos de la playa y el restaurante.

—Un día y ya estoy en medio de todo —murmuró, así que volví a tomar su mano.

En realidad, había deseado una introducción más suave para ella. Un acercamiento gradual, para que al final ni siquiera fuera consciente de lo profundamente involucrada que ya estaba. Después de hoy, podía olvidarme de eso.

Llegamos a la *Alcazaba* sin incidentes. Al menos hasta que subimos la entrada y nos encontramos con el regalo que nuestros hombres habían dejado. Un montón de cadáveres pulcramente apilados. Justo en la entrada.

Se me escapó una maldición, y otra más cuando vi la cara repentinamente pálida de Andra.

—Esto no es lo habitual aquí —aseguré, de repente agradecido de que Talia viniera a nuestro encuentro, abriera la puerta del pasajero y le tendiera la mano a Andra—. Ahora vamos a entrar y terminar nuestra conversación de antes. No hay razón para que nos detengamos en *esto*.

Mientras decía *esto*, señalaba con el pulgar por encima del hombro hacia la montaña de cadáveres.

Me sentí más que aliviado de que Talia mostrara más empatía en esta situación de la que yo podría haber sentido en ese momento.

Con los brazos cruzados, me encontraba frente al montón de cadáveres. Disparos limpios a la cabeza, sin pérdidas ni heridos en nuestro lado. Que no se trataba de simples turistas que se habían perdido lo demostraban las armas que nuestros hombres ya habían confiscado y llevado para un análisis preliminar. Además, parecían pertenecer todos a la misma organización.

Y también eran estúpidos. Increíblemente estúpidos. Quienquiera que hubiera tenido la idea de enviarlos a la *Alcazaba* probablemente habría tenido más éxito si hubiera cruzado los dedos y rezado una oración.

A pesar de la extensión del terreno y la historia de la propiedad, la seguridad en este lugar era ahora mejor que en una prisión estatal siberiana compuesta únicamente por módulos de alta seguridad y que albergaba a los asesinos más peligrosos del mundo.

Nadie entraba en el complejo de la fortaleza y salía vivo. Había carteles que advertían de los peligros, similares a los de una instalación militar, y nuestros hombres habían dado más de una advertencia para evitar lo peor. Pero estas fueron ignoradas, y el resultado era una pila de cadáveres que Santiago y yo contemplábamos un poco perplejos, mientras la pregunta de cómo proceder flotaba entre nosotros.

Atraernos al puerto pudo haber sido un buen truco, y era tranquilizador ver confirmada la seguridad de la *Alcazaba*, pero eso no nos apartaba del hecho de que, en el peor de los casos, Talía y Ramón habrían estado solos. Andra también, pero seguramente ese no era el argumento relevante en esta situación.

Por supuesto, los hombres no llevaban documentos de identidad, y tampoco había ninguna otra indicación de quién los había enviado. Quién era su jefe, quién los comandaba.

Parecían haber aparecido simplemente, de la nada. Inesperadamente. De una manera casi mágica.

—Prefiero los incidentes del año pasado. De alguna manera, siempre sabíamos quién estaba detrás —refunfuñó Santiago.

Él había observado a los hombres con la misma intensidad que yo. Rostros que no olvidaríamos porque podría costarnos la vida si pasábamos por alto o reprimíamos algo. Tal vez hubiera hermanos. Era mejor reconocer las características físicas demasiado pronto que demasiado tarde, y tener al enemigo detrás mientras un cuchillo se clavaba entre las costillas.

—¿Quizás drogadictos que pensaron que encontrarían aquí las drogas que vendemos en los clubes?

—Eso significaría que eran muy estúpidos. —Santiago negó con la cabeza.

—Todo este asunto apesta.

—¿Un mensaje de Mason? —continué, aunque era un escenario que prefería no imaginar en detalle.

—¿Mason? ¿El que no tiene ni idea de que existen los cárteles y la mafia? ¿Cómo iba a saber dónde encontrar a Andra?

Un punto válido. Así que también aparté esa idea. —¿Entonces esperamos a ver qué pasa?

—Lo primero que harás será organizar tu mudanza a la fortaleza. Sin riesgos. En caso de que pase algo, quiero tenerte cerca —ordenó sin rodeos—. Esto me trae recuerdos, Rafael. No me gusta.

—¿Informarás a Ángel?

—Le advertiré.

—Al menos él se divertirá. Intentar entrar en la *Alcazaba* a plena luz del día es la idea más estúpida que he oído nunca.

—Y por eso las patrullas se duplicarán esta noche.

—Adriano ya está al tanto. —De hecho, había sido la primera orden que di después de mi regreso.

—Bien. Nos vemos en la cena.

Esta mañana aún me preguntaba hasta qué punto el barracón seguía siendo una solución.

Ahora me esperaba una mudanza a la fortaleza.

ANDRA

Mi corazón aún latía con demasiada fuerza contra mi pecho. La sangre, los cadáveres... maldita sea, no estaba preparado para esto. Al contrario, me había mecido en la ilusión de que el cártel era un lugar seguro donde podría sentirme cómodo. Protegido. Todos esos hombres. Las armas. Lo peligrosas que eran por sí solas, y en lo que se convertían cuando estaban en manos de las personas adecuadas.

A pesar de todo, había ocurrido un incidente, y ahora me preguntaba en secreto si no sería incluso un mensaje de Mason.

La publicación de Rafael en mi cuenta de redes sociales no solo había sido provocativa, sino un verdadero desafío. A Mason. Al chantajista.

Del que Rafael aún no sabía nada... y del que yo todavía no podía contarle.

Una parte de mí quería aferrarse a la esperanza de que mi cercanía al cártel, mi presencia en el centro de esta organización criminal, haría que el chantajista se acobardara, se despidiera y nunca más volviera. Tal vez buscaría otro objetivo, pero mientras no me secuestraran de nuevo y despertara en un lugar con un saco en la cabeza, escuchando solo una voz oscura y hostil, casi podría darme igual.

Rafael estaba a salvo, yo también, y en consecuencia, realmente no había una sola razón para alborotar algo que al final probablemente solo había sido una broma tonta de un fan particularmente obsesionado.

Aun así, no podía quitarme esa idea de la cabeza, aunque no podía imaginar cómo Mason o el chantajista podrían acercarse a mí ahora. Los muros de la fortaleza eran gruesos, la *Alcazaba* era un paraíso de seguridad y los hombres que vigilaban de cerca toda la propiedad eran profesionales entrenados que habían completado una carrera correspondiente, no necesariamente dentro del cártel.

Talia me lo había contado todo. Los veteranos que Santiago había contratado. Los hombres de fuerzas especiales que habían trabajado en los países más diversos del mundo. El entrenamiento adicional. Las armas que portaban y cuánto tiempo llevaban trabajando con Santiago y Rafael. Cómo eran las estadísticas. Todo para que esa terrible noche no se repitiera.

Incluso ahora, me encontraba de nuevo en compañía de Talia, lo que automáticamente significaba que Ramón estaba cerca. Después de unas horas con ellos, al menos ya no me molestaba escucharlo balbucear alegremente. Sin embargo, seguía evitando mirar su rostro o acercarme demasiado a él. Talia tampoco me presionaba. Sin importar en qué situación nos encontráramos, no me lo acercaba, no lo mencionaba y, por lo demás, actuaba como si fuera simplemente una parte insignificante del escenario.

Algo que habría sido impensable con otros padres, porque al final todo siempre giraba en

torno al niño, lo que a su vez me habría vuelto loco.

—¿Tienes miedo? —la pregunta de Talia se coló en mi conciencia.

Negué con la cabeza casi imperceptiblemente. ¿Miedo? No. ¿Preocupación? Sí. Pero seguro que no se lo expresaría a ella con palabras. —Todo esto es solo un poco inusual, nada más.

—Confío en que Santiago sabe lo que hace. No nos pondría en peligro ni dejaría ninguna duda sobre la seguridad de quién es la prioridad. —Pude ver que quería decir más al respecto, pero las palabras no salieron de su boca.

En su lugar, simplemente se concentró de nuevo en el cuenco que equilibraba en su regazo. Había hombres muertos en la entrada. Y Talia se estaba dando el gusto de tomar el refrigerio de la tarde que nos habíamos perdido debido a la salida prematura del restaurante. Como si fuera lo más natural del mundo.

En su caso, probablemente lo era... pero a mí me llevaría un buen tiempo acostumbrarme de nuevo, e incluso entonces dudaba que alguna vez alcanzara ese nivel de comodidad que Talia dominaba.

—De alguna manera es gracioso. Durante mi infancia vi tantas cosas. Violencia, heridas, la policía prácticamente vivía en nuestra casa. Pero esto... esto me pilla con la guardia baja, haciéndome imposible lidiar con ello de otra manera.

—¿Dónde creciste para que eso fuera el pan de cada día?

Resoplé. —Con mis padres.

Talia guardó silencio por un momento. —La diferencia entre tú y yo es que tu supervivencia estaba asegurada si agachabas la cabeza, ignorabas todo y te hacías lo más pequeño posible. Conmigo era lo contrario. Si quería sobrevivir en este mundo, tenía que asegurarme de que no me empujaran. Si te hubieras comportado así, probablemente habrías muerto. Así como habría sido mi caso si me hubiera comportado como tú. Los cadáveres en la entrada no me molestan. Significan que estoy viva y del lado más fuerte.

Pero cuando pensaba en los cadáveres, no sentía más que desgracia, preocupación y peligro. Y ese era el maldito problema.

RAFAEL

Cuatro días después, la situación general no había cambiado mucho. No se habían producido más incidentes, pero Santiago seguía apostando por reforzar el equipo de seguridad y por mantenerme constantemente cerca de él, como si yo poseyera superpoderes que nos salvarían a todos la vida en caso de emergencia.

Admitidamente, en una situación así no había mejor compañía que la de Santi y la mía, pero eso no significaba ni de lejos que fuera a determinar un desenlace positivo.

Fuera lo que fuese lo que Talia le había dicho a Andra, parecía haberla influenciado al menos lo suficiente como para no sumirse en un pánico absoluto. Al contrario. Se mostraba tranquila y serena, y eso a pesar de que la visión de la sangre y los cadáveres había provocado en ella una reacción nada inusual.

Aun así, no había manera de evitar enseñarle a manejar un arma de fuego. Había innumerables escenarios, que en realidad ni siquiera quería imaginarme, en los que sería fundamental para ella poder disparar con precisión. Esta habilidad no la aprendería mientras dormía, y por mucho que me disgustara imponérsela, ya había decidido ser el cabrón que le enseñaría exactamente eso hoy.

Solo que aún no le había contado nada al respecto, para evitar hábilmente una discusión prematura.

—¿Y de verdad no me vas a contar adónde vamos y, sobre todo, qué vamos a hacer? ¿Y por qué demonios necesitamos escolta para ello?

Mi mirada se dirigió al retrovisor, al coche justo detrás de nosotros. Por mucho que me hubiera gustado pasar el día a solas con ella, al final no me engañaba. Todo se sentía más seguro cuando había alguien más presente que no tuviera que estar ocupado concentrándose plenamente en un arma y prácticas de tiro.

—Si ocurre algo, necesitaremos apoyo.

—Eso tiene un tono que no me gusta.

—Sabes cómo es ir a todas partes con un guardaespaldas.

—¿Entonces por qué no nos acompaña Yesenia?

—Porque ninguno de nosotros tiene confianza que regalar, y siempre preferiré a alguien que haya demostrado su lealtad dentro del cártel. —Desafortunadamente, desde el incidente con el hombre infiltrado, ni siquiera eso era ya un criterio fiable, pero en algo había que confiar.

—¿No crees que casi una década como jefa de mi equipo de seguridad es significativo?

—Que sea leal a ti no significa que no vaya a engañar al cártel.

—Santiago la entrenó, ¿no?

—Sí.

—¿Y estuvo bien que acompañara a Talia, a su hijo, a Adriano y a mí?

—Eso fue antes de que unos cuantos hombres intentaran irrumpir en la fortaleza para hacer quién sabe qué.

Ella emitió un sonido que probablemente pretendía simbolizar que había entendido. O al menos que creía haberlo hecho.

—Y aun así salimos de la fortaleza para... —Andra dejó la frase sin terminar, con la esperanza de que yo la completara y finalmente le dijera adónde íbamos.

Hice una mueca. —Te voy a enseñar a manejar armas. En realidad, tenemos el campo de tiro para eso, pero es una atención innecesaria que no necesitamos.

Talia había demostrado en su primera clase de tiro que no necesitaba instrucción. Todo lo contrario. Probablemente podría haber dado algún que otro consejo a algunos de los hombres si hubiera estado de humor para ello.

Andra, en cambio, era una principiante total. Las balas irían desviadas. Probablemente llegaría un punto en que se frustraría. Y los espectadores eran lo último que se necesitaba cuando se sostenía un arma de fuego por primera vez.

—¿Entonces estamos en peligro? —preguntó, con cierta inseguridad.

—No de forma inmediata. Y si lo miras de cerca, siempre estamos en peligro de todos modos. Quiero que seas capaz de defenderte. Que puedas disparar sabiendo que vas a acertar. Al final, eso no hace que sea más fácil disparar una bala a una persona, pero... —En secreto, rezaba para que nunca se encontrara en esa situación, pero eso tampoco se podía predecir—. Después te mostraré algo para que no tengas la sensación de que todo gira en torno al cártel.

Con demasiada seriedad, volvió la cabeza hacia mí. —¿Crees que me arrepiento de mi decisión?

—No —murmuré—. Pero creo que es un cambio muy duro.

—Me las arreglo, Rafael.

Cómo me hubiera gustado creerlo así de fácil.

A diferencia del campo de tiro, el espacio abierto frente a nosotros definitivamente no era un lujo. Había colocado varios objetivos a diferentes distancias, lo suficientemente grandes como para apuntarlos bien. Para no ponerla nerviosa, me había abstenido de disparar yo primero o de mostrarle de esta manera cómo funcionaba.

En su lugar, me concentré en poner el foco en Andra y en su manejo del arma.

Cada vez que la cogía, quedaba claro en cuestión de segundos que nunca había tenido una pistola en la mano, y que definitivamente habría preferido no tener que usarla.

Le mostré cómo colocarse correctamente, cómo sostener el arma de manera segura, cómo quitarle el seguro y usarla, pero también cómo volver a ponerle el seguro, guardarla y asegurarse de que no se convirtiera en un peligro para uno mismo.

Durante las primeras dos horas, falló todos los blancos, quizás incluso a propósito, ya que su motivación para esforzarse de verdad era bastante limitada. Una parte de mí estaba divertida, mientras que otra estaba bastante preocupada, porque era una habilidad esencial que debía dominar.

Para que yo no me preocupara. Para que ella se sintiera segura. Para que nunca más estuviera indefensa ante nadie.

—Si seguimos así, todavía estaremos aquí mañana —comenté secamente, lo que al menos

me valió una mirada de enojo.

—Tú eres la peligrosa mano derecha de un jefe del cártel, no yo.

—Nadie ha dicho que mañana tengas que recorrer Málaga y matar a alguien.

—Qué gracioso.

—Quiero garantizar tu defensa. Y si ahora vuelves a decirme que para eso tienes a Yesenia...

—¿Qué pasará?

—Ninguno de nosotros es invulnerable, no deberías olvidarlo. Y Talia también sabe cómo protegerse. Lo que no significa que le guste herir o matar a otra persona. Solo tenemos que ser realistas con todo.

Andra bajó el arma en lugar de seguir apuntando a los objetos. —Yo... todas estas armas no me parecen de fiar. Tengo la sensación de que me haría más daño a mí misma que a otra persona.

—Pero eso es ridículo. No te vas a disparar en el pie solo por tener un arma en la mano.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú la controlas —respondí.

—Pues no se siente así.

Automáticamente, mi mirada se oscureció. Cuando sostenía el arma en la mano, solo había una persona que decidía lo que pasaba con ella. Y esa era la propia Andra. O al menos esa era la teoría, porque en la práctica parecía ser otro asunto, a juzgar por sus palabras.

—Dame el arma —exigí de repente y extendí la mano.

Me miró con escepticismo. —¿Qué vas a hacer, Rafael?

—Voy a ayudarte a acostumbrarte al arma.

—¿Dos horas de práctica de tiro y crees que tienes poderes mágicos?

—Solo argumentos convincentes —murmuré, tomé el arma y la examiné antes de volver a mirar a Andra—. Es hora de que te pongas de rodillas, *mi media naranja*.

Mi postura relajada, la expresión en mi rostro, todo eso debería ser señal de que en ningún caso le causaría dolor. Al contrario...

—¿De rodillas? ¿Aquí? Tu perro guardián está ahí fuera, y quieres que...

No me repetí, sino que la empujé por los hombros hacia abajo hasta que sus rodillas se hundieron en el suelo blando y me miró con los ojos entrecerrados. Su nueva palabra favorita —cabrón— parecía estar bailando de nuevo en su lengua, pero me anticipé deslizando el cañón del arma en un gesto tierno por su sien, sobre su pómulo y hasta sus labios.

Su pistola aún estaba caliente por los ejercicios de tiro, así que la había cambiado por la mía sin que se diera cuenta, y había quitado el cargador. Aunque me gustaba el peligro, poner a Andra en peligro a sabiendas estaba fuera de cuestión.

—Quiero que hagas exactamente lo que te digo.

—Él lo verá.

Resoplé. —No me importa. Puede verlo. Sin embargo, si dice una palabra al respecto, tendré que cortarle la lengua, quiera o no.

La adrenalina corrió por mis venas cuando la vi tragar visiblemente. Internamente, estaba en conflicto consigo misma. ¿Debería obedecerme y correr el riesgo de usar una pistola cargada — para ella aún lo estaba— para jugar? ¿O estaría mejor llamándome idiota y huyendo?

—Abre la boca —continué, sin darle la oportunidad de tomar una decisión en su conflicto interno.

Vacilante, sus labios se separaron y aproveché la oportunidad para deslizar el cañón sobre su boca hasta que probé introducir el metal entre sus dientes. Vi cómo el pulso latía en su cuello y me pregunté si realmente sentía miedo, o si también se mezclaba la excitación y por eso le

resultaba aún más difícil trazar una línea clara. Porque esa tendría que venir de ella si realmente quería parar. Siempre tenía esa opción. Pero yo no era el que tiraba del freno de emergencia, porque eso estaba únicamente en sus manos. Hasta ahora, podía afirmar con razón que siempre había juzgado correctamente sus reacciones y, sobre todo, su resistencia, pero el hecho de que, a diferencia de antes, ya no intentara protegerla, tal vez cambiaba algo en sus puntos de vista.

—Quiero que lo lamas. No solo con la punta de la lengua. En serio. Como lo hiciste con mi polla esta mañana.

Su mirada se deslizó hacia mis pantalones, dejando claro lo que preferiría. Pero Andra tampoco hacía las reglas en este escenario y por mucho que me hubiera gustado ver cómo mi erección desaparecía en su boca en lugar del cañón de un arma, preferí mantenerme en mi terapia de confrontación poco convencional.

Con los ojos entrecerrados, sacó la lengua antes de deslizarla sobre la boca del cañón, más allá hacia el cañón.

Todavía recordaba bien cómo sabía cuando me metieron un arma en la boca; no era una experiencia que uno necesitara tener, pero el contexto marcaba la diferencia y si ignorabas el sabor no precisamente agradable... tenía sus encantos ver a Andra hacer exactamente lo que le ordenaba con mi arma.

—Métela en tu boca.

Tomó aire y esperé una protesta, pero me sorprendió haciendo exactamente lo contrario. Se metió el cañón del arma tan profundamente en la boca que la excitación me golpeó inesperadamente como un rayo.

Porque mi esposa estaba lamiendo un arma. Joder. ¿En qué momento de los últimos años había perdido la cordura? Sin embargo, sabía que no se quedaría ahí. La voz en mi cabeza ya me susurraba al oído el siguiente paso y no me quedaba más remedio que considerarlo seriamente.

En realidad no había querido llegar tan lejos, pero ahora que ella había encendido mi fantasía y manejaba el arma de manera muy similar a como manejaba mi polla, ¿cómo no iba a dar un paso más allá en mis pensamientos?

Mientras Andra le ofrecía una felación por excelencia al arma, que casi podía sentir físicamente, mis pensamientos se dejaron llevar. Ella mantenía el contacto visual, yo observaba cada uno de sus movimientos, cada subida y bajada de su cabeza, cómo sus labios se cerraban alrededor del arma y su lengua asomaba.

Me hubiera gustado convencerme de que era enfermizo, por mi parte, por haberlo llevado tan lejos, y por la suya, por no solo seguirme el juego sino llevarlo al extremo, pero al final llegué a la conclusión de que no era enfermizo. Ella lo disfrutaba. Yo también. Y con eso no había discusión sobre en qué dirección iba esta afición. Al menos no para nosotros dos.

—¿Ya has cogido confianza con esta arma, o necesitas más trabajo de persuasión? —pregunté y retiré el cañón de su boca. Estaba mojado. No solo húmedo. Ella realmente lo había llevado tan lejos, sin pensarlo dos veces ni dudar al final.

—No estoy segura de cómo esto me ayudará a confiar en un arma —me siseó y en un abrir y cerrar de ojos estaba de pie otra vez. Ahí estaba de nuevo, el enojo.

Pero no porque la hubiera obligado a hacer algo que no quería. Sino porque ella misma se despreciaba un poco por haberlo disfrutado. Tal vez debería decirle que me pasaba algo similar, después de haber ido un paso más allá.

—¿Entonces tal vez deberíamos probar algo diferente?

Di un paso hacia ella, luego otro. Hasta que estuve justo frente a ella y miré hacia abajo su rostro perfecto. Con la barbilla, asentí en dirección a la valla.

—¿Por qué no te pones allí y te agarras?

—Me repito, pero... no hablas en serio, Rafael. ¿O sí?

—¿Me ves reírme? ¿O bromear?

El calor subió a su rostro, lo que claramente revelaba el rubor que de repente se extendió por sus mejillas.

Cuando dio los pocos pasos hacia la valla, la seguí sonriendo. Andra solo llevaba unos shorts cortos, lo que me facilitó aún más bajarlos junto con su ropa interior hasta el suelo.

Por reflejo, inmediatamente se colocó con las piernas más separadas, lo que me ofreció exactamente la vista que ya había pretendido. Su humedad brillaba bajo el sol de la tarde entre sus muslos, empapando no solo su centro, sino también la parte interior de sus piernas.

—Interesante. Para tu pequeña protesta de antes, esto se ve muy revelador. ¿Te excita la idea de que podría follarte con el arma? —pregunté—. Porque ciertamente veo el atractivo en ello. Cómo el cañón se desliza dentro de ti, tu coño humedeciendo el arma con su flujo. ¿Te hormiguea la nuca porque eres consciente del peligro detrás? ¿O te das cuenta ahora de que tú controlas el arma, no ella a ti?

—Técnicamente, tú sigues controlando el arma.

De nuevo, una de esas respuestas que inevitablemente me hacían sonreír. Todos esos comentarios descarados, todos los desafíos... di un paso más cerca de ella, deslicé mi mano sobre su trasero y lo agarré con firmeza, para poder ver exactamente lo que estaba haciendo cuando deslicé el cañón del arma entre sus piernas.

Andra inhaló bruscamente, luego la primera parte del cañón se deslizó sin problemas dentro de ella. La valla se sacudió porque ella apretó los dedos con más fuerza alrededor de la malla. Mientras tanto, retiré el arma un poco, sin sacarla completamente, y luego la dejé deslizarse de nuevo dentro de ella. Más profundo, hasta que no quedó nada del cañón que pudiera empujar dentro de ella.

Su gemido y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás me dieron permiso para continuar con lo que estaba haciendo. Sin embargo, no me conformé con eso, sino que liberé su trasero para envolver mi brazo alrededor de su cadera, de modo que pudiera deslizar mis dedos entre sus piernas desde el frente. Comencé a estimular también su clítoris, pero en un ritmo opuesto a lo que estaba haciendo con el arma dentro de ella.

De ninguna manera era la forma en que la follaría, pero eso se debía únicamente al hecho de que un arma seguía sin ser un juguete y... necesitaba urgentemente reemplazar la pistola con mi polla.

Abruptamente la solté. —Si aciertas a dos de los objetivos, te follaré de verdad. —Las palabras apenas fueron más que un gruñido que salió de mis labios.

Andra se giró hacia mí, agarrando el arma en mi mano. Casi al mismo tiempo, se dio cuenta de que no estaba cargada. Levantó las cejas.

—No creerás que correría un riesgo, ¿verdad? —Le entregué la otra arma de nuevo.

—Aun así fue suficiente —murmuró y pasó junto a mí sin haberse puesto los shorts de nuevo.

Mientras yo miraba fijamente su trasero desnudo, ella tomó posición, sosteniendo el arma esta vez con mucha más confianza que antes.

En una fracción de segundo, tres vasos se hicieron añicos, los había acertado con tanta perfección que no solo me impresionó la repentina precisión, sino que de alguna manera también me excitó tanto que sentí cómo mi polla se ponía completamente dura.

Antes de que pudiera darse la vuelta, ya la había agarrado y la arrojé sobre mi hombro para

dirigirme hacia el enorme almacén. Durante los pocos metros hasta allí, sentí cómo sus manos se deslizaban por mi espalda, hasta que empujé la puerta y ella inhaló bruscamente.

—Bienvenida al cementerio de los coches de lujo muertos —anuncié y golpeé el interruptor de la luz en la pared. Tubo fluorescente tras tubo fluorescente se encendió, bañando el almacén y los innumerables vehículos averiados de una u otra manera en una luz brillante.

Bajé a Andra.

—Considéralo un regalo. O un pasatiempo.

—Realmente los guardaste todos —constató sorprendida.

—Por supuesto. Solo me faltaba una mecánica. No soy un idiota que lleva su coche de dos millones de dólares al desguace más cercano.

Se acercó a un Aston Martin que exteriormente no mostraba defectos, debía ser un mal funcionamiento del software, pero nunca llegué más lejos. Después de comprobar la capa de polvo con el dedo, se giró hacia mí. —No podías saber con certeza que volvería a ti.

Me encogí de hombros y metí las manos en los bolsillos de mis pantalones. —Eso no cambia nada. El hangar habría existido de todas formas.

—¿Y qué pasa si los reparo todos, uno por uno?

Me encogí de hombros nuevamente. —Son tuyos, Andra. Si quieres correr carreras y destrozarlos de nuevo, no me interpondré en tu camino. Si quieres hacer una exposición junto a la pista de carreras... adelante. Incluso si quieres venderlos, no diré nada en contra. Nunca se trató de los coches. Siempre fue sobre la persona que algún día estaría aquí, cuidando de ellos.

—Si no me hubieras follado con tu arma hace un momento, ahora te llamaría un viejo romántico.

—¿Por qué no eliges simplemente un coche en el que quieras ser follada como es debido?

Por supuesto que había escuchado mi respuesta, pero por el momento parecía ignorarla deliberadamente. Rodeó el primer coche, se acercó a una carrocería a la que le faltaban ambas puertas, solo para examinar luego un motor totalmente destrozado y seguir adelante. Había pegado las llaves respectivas al parabrisas, siempre que este aún existiera. Después de once años, ya no era capaz de decir cuántos coches había reunidos aquí, ni siquiera de distinguir las llaves sin error. Así que lo más fácil había sido dejarlos todos allí, equiparlos con documentos y llaves, y esperar lo mejor.

Andra no parecía molestarse por el manejo caótico, al contrario. La expresión embelesada en su rostro me revelaba todo lo que necesitaba saber por el momento.

Y de todos modos me había preparado, porque el almacén no era solo eso, sino también un taller. Al menos estaba el equipo básico, y todo lo que tenía que ver con su profesión y que ella no había desechado en secreto.

—Puedes venir cuando quieras. Es decir, si es que tienes ganas de ocuparte de esto. No tienes que hacerlo, por supuesto —dije lo suficientemente alto para que pudiera oírme incluso a varios metros de distancia.

—¿Por qué no querría hacerlo?

—Tal vez tengas otros intereses. O prioridades.

—Al contrario. Creo que esto es perfecto. ¿Vienes aquí conmigo?

—Siempre que pueda. De lo contrario, alguien más te acompañará.

Aunque eso significara que tendría que inventarle una historia a Santiago, sobre adónde iba Andra y qué hacía, y por qué no quería que husmeara demasiado en este asunto. ¿Un montón de coches de lujo destrozados? Eso plantearía preguntas que realmente no quería responder.

—¿Cuándo es la próxima carrera?

—Todavía no ha habido información oficial al respecto —respondí.

—¿Participarás?

—Siempre participo. A menos que me des una buena razón para no hacerlo. —Si pudiera correr otra carrera con ella en el asiento del copiloto, ciertamente no diría que no. Ya habíamos tenido demasiadas buenas carreras juntos como para rechazar algo así alguna vez.

Andra regresó a mí con los brazos cruzados. —Te das cuenta de que tienes un verdadero problema, ¿no?

—¿Un problema? —repetí—. Mi único problema ahora mismo es que estás desfilando medio desnuda frente a mí y aparentemente tienes más interés en los coches que en mí.

Andra inclinó la cabeza. —¿Estás celoso? ¿De unos trozos de metal?

Entrecerré los ojos, tomando una profunda respiración. —Por supuesto que no. Siempre y cuando me digas de una vez en cuál de estos cachivaches puedo follarte.

Sus ojos brillaron. —¿Qué tal el Challenger? ¿Para empezar?

Para empezar. Definitivamente, algún día ella sería mi perdición.

ANDRA

En realidad, no debería sentirme como me sentía en ese momento. Una mezcla de adrenalina y excitación recorría mi cuerpo, desplazando la idea de que lo que habíamos hecho hace poco merecía el calificativo de *enfermizo*, si no fuera porque se había sentido tan condenadamente caliente que me hacía cuestionar seriamente mis propios gustos.

Desde el principio, Rafael lo había torcido todo y se había asegurado de que nos adaptáramos el uno al otro, solo para que culminara en el uso de su maldita arma como medio para que yo aprendiera algo. Y casi había tenido un orgasmo porque el nivel de *prohibido* y *jodidamente caliente* había alcanzado extremos que nunca antes había experimentado.

Y eso no era el final. Más bien había sido el comienzo, o una continuación de lo que habíamos hecho esta mañana. Me costaba admitirlo, pero la espiral descendente ya había comenzado. De ninguna manera esperaba acostumbrarme sin problemas a este otro lado de Rafael que ya no me ocultaba. Me había perdido algo, de eso no había duda.

Porque cuando veía a Rafael dando órdenes a los hombres, gritándoles instrucciones o tomando decisiones importantes, con una confianza que podría llenar habitaciones enteras, me afectaba de una manera que difícilmente podía poner en palabras. La disciplina detrás de ello. La dominancia. Todas esas pequeñas pistas de su personalidad ciertamente fuerte, y me sorprendía mirándolo con la boca ligeramente abierta, imaginando en qué direcciones podría moverse esto. O se había movido, porque percibía la misma energía a su alrededor cuando me decía que me pusiera de rodillas y también cuando me ordenaba con calma que acariciara el cañón de un arma con la lengua.

Mi corazón se aceleraba automáticamente. ¿De dónde venía esta debilidad? ¿Esta necesidad de comportamiento perverso que me sorprendía inesperadamente, me derribaba y me presionaba contra la pared más cercana? En algún momento había sido suficiente sentir su mano en mi cuello. Ahora sentía el deseo de bailar de manera mucho más atrevida al filo de la navaja.

¿Era obra de Rafael? ¿O el resultado de todo lo que había experimentado?

Mientras me empujaba paso a paso hacia atrás en dirección al Challenger, dejé que mi mirada recorriera su apariencia. Los ojos grises, en los que ya rugía la tormenta. La sombra de una barba. Los rasgos faciales afilados. El cabello corto, en el que aún no se encontraba ningún indicio de que se acercaba a los cuarenta. Los músculos, apenas ocultos por la camiseta, pero que, por ejemplo, no daban ninguna pista del tatuaje en el torso. Sus grandes y ásperas manos, capaces de acabar con vidas o de transportarme a otras esferas.

En mi juventud nunca había tenido un tipo de hombre. Ahora podía afirmar con total seguridad que Rafael era mi tipo de hombre, y que los demás no me interesaban.

Ningún otro hombre era capaz de hacer latir mi corazón de la misma manera. Ningún otro

hombre lograba enviar un escalofrío placentero por mi columna vertebral mientras despertaba anticipación y la cantidad perfecta de miedo en mí. Para ningún otro hombre me pondría de rodillas voluntariamente. A ningún otro hombre adoraba con devoción.

Lo había reprimido. Durante años. Pero Rafael lo merecía. A mí. A nosotros. Mi sumisión incondicional a lo que él quisiera.

Para entonces, también había logrado acostumbrarme al hecho de que el divorcio no había sido más que una farsa. Una parte de mí debería haber sospechado que él nunca permitiría que me alejara tanto de él, otra parte se había sentido aliviada y la pequeña fracción que se indignaba por ello ahora se había callado. Especialmente cuando me di cuenta de que llevaba los anillos en una cadena alrededor del cuello.

En diez años, ni una sola vez había soltado, aunque yo había hecho todo lo posible por encontrar un cierre.

Cuando mi espalda chocó contra el Challenger, Rafael estuvo allí de inmediato. Su mano se posó en mi mejilla, solo para deslizarse hacia un lado de mi cabeza y enredarse en mi cabello. Enterró los dedos entre los mechones, ejerciendo una ligera tracción.

—Me pregunto cuántas veces más veré a mi esposa...

Lo miré divertida. —Tantas veces como quieras. Al menos sabes dónde encontrarme.

—Siempre supe dónde encontrarte —gruñó.

—Tal vez deje de prestar atención a los coches cuando estés aquí.

—¿Tal vez? —respondió, poco entusiasmado con esta declaración.

—Ejercen cierto encanto sobre mí.

—¿Y yo no?

Resoplé. —Tú todavía estás vestido.

Mi mirada se deslizó hacia abajo, porque mis shorts estaban en algún lugar afuera y dudaba que los volviera a encontrar.

—Eso podrías cambiarlo.

—¿Yo? —Automáticamente crucé los brazos detrás de mi espalda y me apoyé contra el coche.

Casi instantáneamente, sentí cómo cambiaba la atmósfera a nuestro alrededor. Rafael me miró con esa intensidad que creaba un agujero negro dentro de mí, más que listo para absorber todo lo que él estuviera dispuesto a darme.

No me decepcionó, pues en una fracción de segundo su mano rodeó mi cuello. Me levantó los pocos centímetros que faltaban hasta que quedé sentada en el capó del Challenger y de inmediato se colocó entre mis piernas, mientras con toda tranquilidad usaba la otra mano para desabrocharse los pantalones.

Cuando intenté tocarlo, emitió un sonido de reproche. —No.

Levanté una ceja.

—Deberías haber pensado antes lo de tocar —respondió con indiferencia, separó aún más mis piernas y de repente estuvo tan cerca que por un momento olvidé cómo respirar correctamente.

La punta de su miembro presionaba contra mi entrada, a punto de partirme en dos y hacer estallar en mí toda una serie de sensaciones. Simplemente no me cansaba de esta sensación que Rafael provocaba en mí cada vez que me penetraba por primera vez. No importaba cuánto lo esperara, siempre llegaba de forma inesperada. Cómo me llenaba, cómo las sensaciones eran simplemente demasiado durante unos segundos y apenas lograba acostumbrarme y aun así solo quería más. De él. De todo.

Quise cerrar los ojos, disfrutar el momento, pero ahí estaba de nuevo, ese sonido de reproche de su boca que me hizo mirarlo directamente a los ojos.

Aún no estaba dentro de mí, y la ceja levantada en señal de advertencia me decía que seguiría así si no...

—Si apartas la mirada aunque sea por un segundo, me detendré. Quiero verlo todo.

Jadeé cuando penetró los primeros centímetros en mí. Esta sensación por sí sola casi era demasiado para soportar. Sentía el primer maldito piercing con cada movimiento, porque se deslizaba sobre todos los lugares correctos. Era tortura y paraíso a la vez, hecho para intensificar mis sensaciones y llevarme al borde de la locura.

Me costó bastante mantener la mirada de Rafael mientras se introducía más en mí y sentía también el segundo piercing, mientras el primero ahora alcanzaba lugares que finalmente siempre me hacían gritar. De placer. Como por sí solos, mis músculos pélvicos se tensaron, cerrándose aún más alrededor del miembro de Rafael. Sentí aún más. Lo duro que estaba. El calor que se extendía por mi bajo vientre. Cómo palpitaba y pulsaba, solo porque lo mantenía en su lugar.

Reprimí el impulso de besarlo, de poner mis manos en sus hombros o en su trasero para influir en el ritmo y en su lugar esperé a ver qué haría. Lo vi en su mirada, momentos antes de que me presionara completamente contra el capó y me penetrara más profundamente que antes.

Su mano seguía en mi cuello, dificultándome la respiración, mientras su pulgar se deslizaba sin cesar sobre la fina piel bajo la que mejor podía sentir mi pulso. Solo me tomó un segundo darme cuenta de que estaba adaptando su ritmo a lo que sentía en mi cuello.

Con eso me descolocó por completo, convirtiéndome en cuestión de segundos en un ser prácticamente sin voluntad, completamente satisfecho con ser simplemente follado, tocado y complacido por él.

Lo que salía de mi boca no era suficiente para darle voz al placer en mi interior. Pero apretar los labios y aceptar en silencio lo que provocaba en mí simplemente no era una opción.

Cuanto más rápido latía mi pulso, más rápido se volvían sus movimientos. Y más fuertes. Tan condenadamente fuertes que creí que movería el auto en cualquier segundo.

Una y otra vez jadeaba su nombre, con los dedos cerrados alrededor de su muñeca, pero él ni pensaba en aflojar ni por un segundo. Al contrario, Rafael estaba obstinado. Y no me importaba. En absoluto. No me arrepentía de ninguna de las palabras que le había dirigido para provocar esta reacción en él.

Después de todo este tiempo, había mucho que recuperar, y disfrutaba cada segundo que pasaba dentro de mí, claramente intentando follarme hasta nuevas dimensiones. Tal vez solo estaba tratando de desterrar hasta la última duda de que había tomado la decisión correcta con mi presencia en su vida, en Málaga.

Y de alguna manera funcionaba. Pasábamos más tiempo juntos, y la voz en el fondo de mi cabeza se volvía más silenciosa. En su lugar, me dejaba llevar por los sentimientos que se apoderaban de mí cada vez que mi cerebro no podía lidiar con tantos cambios en tan poco tiempo.

Había sido un alivio escuchar de su boca que él no tenía la culpa. Igualmente había sido fácil creerlo, porque quería hacerlo. Porque lo necesitaba. Fuera lo que fuese lo que motivaba la rápida decisión, ahora que yacía bajo él, sintiendo todo su peso sobre mí, su latido vibrando a través de mí y estábamos conectados de una manera que la mayoría de la gente ni siquiera habría podido comprender... era tan jodidamente fácil ignorar todo lo demás.

Tan pronto como Rafael llevó su mano libre entre nuestros cuerpos y sus dedos presionaron

contra mi clítoris, ejerciendo una presión a la que no podía resistirme, supe que no pasaría mucho tiempo antes de que me llevara de nuevo al punto donde quería derretirme.

De placer. Excitación. Deseo. El hecho de que mi cuerpo estaba al borde de rendirse y aun así no podía tener suficiente de Rafael.

Cerré mis temblorosas piernas con más fuerza alrededor de su cadera, obligándolo así a penetrarme aún más profundamente, y en un ángulo que casi me hizo poner los ojos en blanco porque se sentía tan bien.

Pero entonces él se detendría.

Y eso no podía arriesgarlo de ninguna manera.

Abrí ligeramente la boca, hundiéndome completamente en sus ojos grises. ¿Qué era más intenso? ¿Su mirada, o la forma en que me follaba y se aferraba a mí, castigándome y recompensándome al mismo tiempo? Porque siempre era una mezcla de ambas cosas.

Un castigo porque me destrozaba en todos los niveles. Una recompensa porque se sentía tan celestial que no podía tener suficiente y al final seguía pidiendo más, incluso cuando mis músculos ya protestaban y mi centro estaba en llamas.

—¿Sabes cómo se siente cuando te vuelves cada vez más y más estrecha? No estoy seguro si es por el orgasmo que se está gestando... o por la mano en tu cuello—. De nuevo, su pulgar acarició mi pulso y fue la ternura de este gesto, tan en contraste con todo lo demás, lo que me tomó tan desprevenida que llegué al clímax con un sonido de sorpresa en mis labios.

Tan fuerte e implacable que mi cuerpo se arqueó bajo él y tuvo que detenerse por un momento porque me contraí tan firmemente a su alrededor. No pude evitar poner una mano en la parte posterior de su cabeza y besarlo. El contacto visual se rompió, pero aun así retomó el ritmo, solo que ahora no solo maltrataba mi coño, sino también mi boca.

En el mundo de Rafael no existían las medias tintas: se aseguraba de destruir a fondo todo lo que se cruzaba en su camino.

Y en este caso, eso era yo. Mi cuerpo.

La forma en que continuaba cortándome parcialmente el aire hizo que siguiera temblando segundos después de mi orgasmo y sintiera cómo este me azotaba. La ligereza que posteriormente se apoderó de mi cabeza me dejó aún más exhausta.

Apenas había vuelto a ser capaz de percibir todo a nuestro alrededor cuando se separó de mi boca, solo para mirarme a los ojos de nuevo y dejar que su pulgar siguiera vagando por mi cuello.

—Deberías hacer eso una vez más para mí —dijo, adoptando un tono casi suave.

¿Una vez más?

¿Segundos después de haber llegado?

Sentí cómo mis entrañas se contraían. De anticipación. De miedo por lo que me haría. Pero también sabía que él tenía el poder de exigirme exactamente eso. Y más. Mucho más.

Sus dedos en mi clítoris no habían dejado de estimularme, manteniéndome constantemente en el mismo nivel de lujuria.

—No me dejas otra opción —jadeó, atormentado y ahora sí un poco sin aliento—. Si tu coño sigue apretándose así a mi alrededor, no puedo hacer otra cosa más que...

Por unos segundos se perdió, dejándome ver en su rostro lo que sentía y cuán profundo llegaba.

—Quiero que te corras para mí en unos segundos. En mi polla. Y yo me correré contigo. Diez segundos, *mi alma*.

Los primeros pasaron y solo nos miramos profundamente a los ojos. No me di cuenta de que

el orgasmo ya se había acercado sigilosamente desde atrás y ahora ya estaba en mi nuca.

—Cinco segundos. Ni antes —gruñó, aumentando la presión en mi cuello, de modo que por un momento olvidé cuál era el objetivo. El borde de mi campo visual se tiñó de negro, pero eso no me causó pánico porque era Rafael a quien le confiaba todo aquí.

Luego escuché la cuenta regresiva en mis pensamientos, sin que él tuviera que pronunciarla en voz alta. La oí... la sentí... y cuando un silencioso *Uno* dejó sus labios, el mundo a nuestro alrededor se disolvió por completo. Se rompió en mil pedazos para recomponerse.

Me corrí. Rafael se corrió conmigo. Y nada más importaba, todo volvió a enfocarse minutos después mientras aún yacíamos en el capó, respirando pesadamente.

ANDRA

El almacén con los coches, al que yo ahora llamaba garaje sobredimensionado, estaba experimentando una transformación. Después de pasar días examinando cada coche, determinando cuál era el problema y qué necesitaba para solucionarlo, ahora tenía una visión general aproximada y había encontrado formas de conseguir las piezas que faltaban. Formas caras. Formas extraoficiales. Formas dignas de un cártel, no de un taller.

Me había prestado algunos de los hombres de Rafael para darle un pequeño cambio de imagen al almacén, así que ahora había enormes altavoces que llenaban el espacio con todo lo que yo quisiera. Además, se había instalado un elevador y yo había insistido en un baño, incluyendo ducha e inodoro, porque no tenía intención de pasar solo unas pocas horas aquí. En principio, me había mudado al almacén. O al menos vivía aquí cuando no estaba con Talia y su hijo, cuando Rafael no me llevaba a algún lado o cuando Santiago no me necesitaba para revisar el papeleo relacionado con mis fondos patrimoniales y lo que hacíamos con ellos.

No podía decir que me sintiera completamente cómoda tratando con estos temas, pero al final no me quedaba mucha opción si quería entender algún día el funcionamiento del cártel.

También hoy había estado en el almacén desde las primeras horas de la mañana y estaba segura de que el mediodía ya había pasado cuando salí de debajo de un Audi y me limpié las manos grasientas en los pantalones ya sucios.

Dejé vagar la mirada por el almacén, todavía sin saber qué hacer con todos estos tesoros una vez que los hubiera reparado y puesto en condiciones de circular. Los restos de once años en los que Rafael había corrido carrera tras carrera me esperaban.

Cuando creí ver una sombra por el rabillo del ojo, me di la vuelta, con la firme convicción de ver a Rafael paseando entre las filas. Como tantas veces. Es decir, siempre que podía escabullirse por un breve momento de lo que fuera que estuviera haciendo.

Pero no había nadie.

Irritada, fruncí el ceño, buscando el control remoto para bajar el volumen de los altavoces.

En algún lugar afuera había un hombre apostado que no tenía nada más que hacer en todo el día que vigilarme. No entraba. No hablaba conmigo. No me molestaba. Que Rafael estaba detrás de esto y probablemente le había infundido una buena dosis de miedo al pobre tipo, estaba fuera de toda duda.

Tanto más extraña me parecía la sensación que se extendía en mi interior. Como si me estuvieran observando desde las sombras, lo cual era realmente una sensación extraña en un almacén donde todo estaba iluminado hasta el último rincón con brillantes tubos de neón.

—¿Rafael? —pregunté en voz alta por encima de la música, pero por supuesto no obtuve respuesta.

Así que me quedé quieta unos minutos más, miré a mi alrededor y finalmente sacudí la cabeza. Mi cerebro me estaba jugando una mala pasada. Lo hacía a menudo. Así que podía ignorarlo tranquilamente, ¿no?

Todavía no del todo convencida de lo que me estaba diciendo a mí misma, caminé entre los coches hacia el pequeño rincón de descanso que me había creado. El mini refrigerador estaba justo entre el sofá y la estrecha cocina que, por razones inexplicables, ya estaba allí, pero el baño no. No tenía ni idea de lo que Rafael había pensado al planificar esto, pero no había sido inteligente.

Después de sacar una botella del refrigerador, me volví hacia el almacén. Tantos coches. Tantos daños diferentes. Todavía me costaba creer que no hubiera entregado ni un solo coche, porque incluso por la pérdida total de un coche de cien mil euros habría recibido una buena suma.

Pero a mí me venía bien, porque así tenía una ocupación y no tenía que pasar todo el día sentada inútilmente en la *Alcazaba*. Rafael debía haberle contado una mentira a Santiago al respecto, porque hasta ahora ni él ni Talia me habían preguntado qué hacía en el tiempo que no pasaba con ellos.

Sacudiendo la cabeza, abrí la botella, tomé un trago y volví a mi proyecto actual. Me agaché, tomé otro trago y me deslicé de vuelta bajo el coche, recogiendo la herramienta para poder continuar con mi tarea; al menos quería tener la pieza defectuosa desmontada para cuando Rafael regresara.

Sin embargo, después de unos minutos parecía que mis ojos no querían cooperar del todo. Me deslicé de debajo del coche.

Y me llevé el susto de mi vida porque había un hombre apoyado en el coche. No era Rafael. No era el guardia de afuera. Un extraño que miraba sus dedos con desinterés.

Estaba a punto de gritar, pero él negó con la cabeza. —Yo no lo haría si fuera tú.

Así que alargué la mano hacia atrás y agarré la primera herramienta que pude.

—Eso tampoco te lo recomendaría. —Eché ligeramente hacia atrás su chaqueta y dejó al descubierto el arma que llevaba—. Solo debo entregarte un pequeño mensaje.

Cerré los ojos y tragué saliva.

¿Por qué me había sentido segura de que con mi regreso al cartel todo había terminado? No más chantajes. Eso había creído, porque en las últimas dos semanas ni siquiera había tenido la sensación de ponerme en peligro. Y eso a pesar de que Mason no había sido encontrado. Seguía desaparecido.

—¿De Mason? —pregunté, lo que me valió una risa divertida.

—Por supuesto que no. De mi jefe.

—Tal vez no sea buena idea amenazar a un cartel —siseé.

—Pero él no está amenazando a ningún cartel. Te está amenazando a ti. Y te conviene mantener cerrada esa linda boquita tuya, si me preguntas.

Enseñé los dientes.

—Quiere recordarte su exigencia. Rafael, ¿recuerdas? ¿El hombre que subió esa bonita foto de ustedes dos a tu cuenta? ¿Del que dijiste que no tenías contacto con él?

Negué con la cabeza. —¿Por qué haría eso?

De nuevo mi visión se nubló, solo que esta vez también se mezcló con náuseas.

—Porque él lo dice, así de simple.

—Tu jefe ya no tiene nada con qué chantajearme.

—¿Estás segura? ¿Cómo te sientes?

Entrecerré los ojos. Un sudor frío me invadió. —De maravilla —gruñí.

Al mismo tiempo, mi cuerpo me traicionaba, mi respiración se aceleró antes de que de repente me resultara difícil considerar el respirar como algo natural. Se sentía como si una mano invisible se hubiera cerrado alrededor de mi garganta.

Intenté agarrar la botella de agua, pero solo pude ver cómo caía al suelo. El desconocido se agachó a recogerla. —Mejor me llevo esto. Y tú deberías asegurarte de que te encuentren pronto.

Decidida, di un paso en su dirección, solo para empezar a tambalearme. Todo a mi alrededor daba vueltas. —¿Qué significa esto? —siseé, tratando de agarrarlo. Fallé. Por varios centímetros.

Parpadeando, intenté enderezarme desde mi posición inclinada —¿cómo había llegado a ella? — y fracasé.

—Teofania di Adamo inventó un veneno alrededor de 1633. *Aqua Tofana* o también conocido como *Divorcio en una botella*. Desafortunadamente, la receta exacta se perdió en la familia a lo largo de los siglos, pero con lo que acabas de tomar, también te divertirás. Se acerca bastante. En el hospital no podrán identificarlo, no te matará... pero después sabrás cómo podría sentirse. Así que te deseo mucha diversión pensando en las exigencias de mi jefe. —Apenas había pronunciado la última palabra, escuché cómo se alejaba de mí.

Aunque mis oídos zumbaban y ya sentía que me estaba muriendo, hice lo primero que se me vino a la mente. Me metí los dedos tan profundo en la garganta que vomité. Varias veces.

La rebelión en mi cuerpo disminuyó, pero las secuelas me mantenían firmemente agarrada, por lo que no logré recuperar el control de todos mis sentidos.

Si gritaba pidiendo ayuda, nadie me escucharía, la música ya estaba demasiado alta de nuevo. Llamar a Rafael... eso levantaría sospechas. Mierda. Si le decía lo que había pasado, solo se pondría en más peligro y caería directamente en las manos del enemigo.

Con un sonido casi inhumano, me puse de pie y me apoyé en el auto para mantenerme erguida, cediendo a otra arcada. Mis entrañas se retorcían dolorosamente. Por mi mente daba vueltas el nombre del veneno que no me había administrado. ¿O sí lo había hecho?

¿Qué parte de todo eso había sido verdad? ¿O me había mentido?

¿Me estaba muriendo? ¿Había sido solo un disparo de advertencia?

Todavía no lograba ver en línea recta. El salón giraba a mi alrededor. Mis oídos chillaban. Mi boca se secaba. Mis músculos se tensaban dolorosamente, solo para relajarse de inmediato. Tenía la sensación de que iba a vomitar una y otra vez, mientras que al mismo tiempo ni siquiera era capaz de respirar correctamente.

—Señora Cortez, ¿puede oírme?

Parpadeando, luché contra mis pesados párpados, solo para ser catapultada un segundo después a la fría y amarga realidad. Algunas máquinas emitían pitidos, y sobre mí se inclinaba una mujer joven con mirada crítica, de cuyo cuello colgaba un estetoscopio.

Parecía aliviada de que estuviera consciente.

Para ser honesta, yo también lo estaba.

—¿Sabe dónde se encuentra en este momento?

—Hospital —murmuré, con la boca seca como el polvo.

Mierda.

—Bien. ¿Y su nombre de pila?

—Andra.

—¿Cuándo nació?

—¿Lo siguiente será encenderme una aspiradora?

—¿Cuál es el nombre de su esposo?

—Rafael —siseé, incorporándome sobre los codos a una posición más erguida. Llevaba mi propia ropa. Nada de bata de hospital.

Eso significaba que no había estado inconsciente mucho tiempo. Sin embargo, las náuseas me invadieron de nuevo, lo que pareció notar también la doctora. Me alcanzó un recipiente, justo a tiempo antes de que vomitara otra vez.

—Intoxicación alimentaria —informó, como si yo misma debiera saberlo—. En realidad, no es motivo suficiente para una hospitalización, pero aparentemente le dio un susto considerable a su marido. Si no me equivoco, está haciendo surcos en el pasillo frente a esta habitación.

Los recuerdos del desconocido me golpearon. Había mencionado un envenenamiento. ¿Pero alimentos? No, lo que había estado en la botella era otra cosa.

Estudí las infusiones que colgaban junto a mí en un soporte. Todas sin etiqueta. Mi mirada volvió a la doctora, que sonreía alentadoramente. —No se preocupe. En unas horas podrá volver a casa.

De alguna manera, me resultaba difícil creer una sola palabra de lo que decía. ¿Estaba confabulada con el chantajista?

—Intoxicación alimentaria —repetí entonces y me limpié la boca, aún con el sabor amargo en la lengua.

—Seguramente recuerda lo que ha comido en los últimos días. Algo de eso probablemente ya no estaba en buen estado.

Por supuesto. Y esta noche vino Papá Noel y trajo los regalos. Entrecerré los ojos, repeliendo una nueva oleada de náuseas.

—Eso parece —murmuré finalmente.

Me sentía como si me hubieran pasado por el rodillo, pero oficialmente nunca sabría a qué se debía.

—Si no tiene inconveniente, ahora le enviaré a su marido, ¿de acuerdo? Al menos por unos minutos. No queremos agotarla demasiado.

Aunque no estaba de acuerdo con la última parte de lo que dijo, asentí. Quería que me agotaran. Quería que, maldita sea, no se apartara de mi lado para que desapareciera esa horrible sensación en mi pecho de que aún estaba bajo vigilancia. Y... que él estaba en peligro.

Incluso antes de que la doctora saliera de la habitación, me tragué mi miedo. Si notaba algo, me haría preguntas, no me dejaría en paz hasta que le dijera la verdad y entonces... no. Simplemente me quedaría en la fortaleza. No más excursiones al garaje. La *Alcazaba* era segura. Todos estaban a salvo. Mientras yo no fuera el maldito blanco que andaba por ahí fuera y que aparentemente era demasiado fácil de encontrar y amenazar.

La puerta llevaba exactamente cinco segundos cerrada cuando se abrió de golpe y Rafael entró como una tromba. Parecía cualquier cosa menos divertido. De hecho, parecía estar realmente cabreado.

Mientras se acercaba a mi cama, las primeras palabras salieron de su boca. —Por favor, dime que esto es una broma. —El profundo gruñido que salió de su pecho me provocó un escalofrío en la espalda—. Tenías la cara azul, tu corazón latía tan rápido que pensé que iba a explotar en cualquier momento y, básicamente, tus entrañas estaban esparcidas por todo el pasillo. ¿Y la explicación para esto es una intoxicación alimentaria?

Podría haberse ahorrado el resumen de mi estado, aunque me dolió profundamente que me

hubiera encontrado así. Podía imaginar demasiado bien qué tipo de sentimiento había provocado en él.

Así que a partir de ahora me esperaba un arresto domiciliario estricto. Rafael no caería en manos del chantajista.

—Siento haberte asustado.

—Lo has hecho. Me has asustado muchísimo —gruñó. Parecía que en cualquier momento me saltaría a la garganta, solo para liberar la tensión de sus puños.

Le ofrecí una alternativa extendiendo mi mano, aunque mis dedos aún temblaban ligeramente y la sensación de náuseas tampoco quería desaparecer. Persistía. Si era por el veneno o por la situación, no podía determinarlo en ese momento.

—De repente me sentí tan mal y antes de que pudiera hacer algo...

Alzó una ceja. —¿Tengo que atarte un localizador a la muñeca que me informe constantemente de lo que te está pasando?

—No creo que eso sea necesario, Rafael —murmuré—. Comí algo en mal estado. No se me olvidó comer algo.

—Comemos lo mismo. Siempre. Al igual que Talia y Santiago. Y ellos están perfectamente.

Avergonzada, miré hacia un lado. —Ayer me hice traer pescado de la ciudad.

Eso ni siquiera era una mentira. Solo que el pescado no había sido la causa de lo que me había llevado al hospital.

Rafael hizo una mueca. —¿Pescado? No me extraña que vomitaras hasta el alma.

—¿Podemos simplemente olvidar lo que has visto?

—En cuanto esté seguro de que estás bien.

—Me siento mejor.

—Eso no es bueno —replicó con dureza—. Voy a llamar a la doctora otra vez. Que te administre más medicamentos.

Antes de que pudiera levantarse, lo retuve. —Dijo que tardaría unas horas. Si entonces no estoy mejor, puedes dar órdenes a todo el mundo en este hospital, ¿de acuerdo?

Era evidente que esta alternativa no le agradaba, pero finalmente asintió. —De acuerdo. Entonces, ¿eso significa que ahora esperamos?

—Sí.

Sin esperar otra palabra mía, se deslizó a mi lado en la cama demasiado estrecha, antes de rodearme con el brazo y apretarme con fuerza contra él. Como si esto fuera la panacea. Por un momento lo sería, pero después... después solo volvería a pensar que tenía que imponerme arresto domiciliario para protegerlo.

Fuera cuando fuera que me había quedado dormida, alguien había atenuado las luces dentro de la habitación. No había ni rastro de Rafael, lo que me puso más nerviosa de lo estrictamente necesario. La doctora había anunciado que no podría quedarse para siempre, pero una parte de mí esperaba que de todos modos encontrara la manera de permanecer a mi lado hasta que me dieran el alta.

En la mesilla de noche vi una nota. Un breve mensaje diciendo que había habido una emergencia y que volvería en breve. Sin embargo, no tenía idea de cuánto tiempo había estado durmiendo ni cuándo se había ido, así que la indicación de tiempo no me servía de nada.

Para entonces me sentía mejor. Mi estómago parecía haberse calmado, las náuseas habían

desaparecido y también el sabor amargo en mi boca. Sin embargo, estaba empapada en sudor, demasiado lejos de la *Alcazaba* y, por lo demás, la situación actual no me gustaba.

Era hora de volver a casa. Bajo mi propia responsabilidad si era necesario, pero seguro que no iba a pasar ni una hora más en este lugar si podía recuperarme igual de bien en la cama de Rafael después de darme un largo baño caliente.

Busqué a tientas el botón que llamaría a una de las enfermeras y esperé, ya incorporándome en la cama y poniéndome los zapatos.

La puerta se abrió, pero no entró ninguna de las enfermeras, sino un hombre vestido de calle que llevaba un grueso expediente y me miraba con aire ocupado.

¿Ya había iniciado Rafael mi despido?

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté, sintiéndome un poco tonta.

Me examinó de pies a cabeza, como si no estuviera seguro de haber entrado en la habitación correcta. —¿Andra Cortez? —preguntó.

Asentí vacilante.

Una sonrisa fría se extendió por sus labios.

—Qué maravilloso conocernos finalmente en persona. Las últimas veces con el saco en la cabeza fueron un poco incómodas.

Mierda. Rápidamente agarré el control remoto, presionando repetidamente el botón rojo. Pero nada sucedió.

—Me temo que los empleados que normalmente están a cargo de este departamento... están un poco indispuestos en este momento —anunció, manteniendo aún su aura gélida.

Negando con la cabeza, me levanté de un salto. Y lo lamenté de inmediato, porque mi cabeza comenzó a latir. Me dejé caer duramente de vuelta sobre mi trasero.

—Usted es solo otro secuaz de mi verdadero chantajista, ¿no es así? ¡Ya tuve visitas hoy!

—Entonces has tenido tiempo suficiente para pensar, Andra.

—No voy a traicionar a Rafael —le espeté.

Pero él simplemente se encogió de hombros. —Las condiciones han cambiado. Ya no nos interesa Rafael Cortez. Al menos no en el sentido original.

Casualmente me extendió el expediente. No lo agarré, solo lo miré con desconfianza hasta que lo dejó caer en la cama a mi lado.

—Esta es la acusación que hemos reunido contra tu marido. Se iniciará oficialmente si no cooperas con nosotros.

Levanté una ceja, perpleja. ¿Acusación? ¿Por qué?

—El expediente está ordenado cronológicamente, aunque algunos crímenes se extienden hasta el día de hoy. En la parte superior encontrarás la información sobre sus primeras carreras callejeras ilegales. Justo después, asesinato en primer grado de dos personas. Supongo que las conoces, ¿no? Tus padres, si no me equivoco.

Un hormigueo recorrió todo mi cuerpo.

—Eso no fue un asesinato, sino defensa propia.

—La evidencia es clara y en la corte, lo que hemos recopilado definitivamente se mantendrá. Resoplé. No podía hablar en serio.

—¿Qué más tenemos aquí? Más asesinatos, violaciones de la ley... Homicidio involuntario de Estelle Cortez. Eso tampoco prescribe. Extorsión a un juez, soborno a funcionarios oficiales.

Esta vez, me quedé sin aliento por otra razón. Lo que sea que hubiera sucedido en ese entonces, seguramente no había sido un homicidio involuntario, y aunque durante mucho tiempo había creído en la culpa de Rafael, ahora era diferente. Él no había tenido influencia en nada de

eso.

—Sabes, sobre todo el asesinato de un bebé podría ser de gran relevancia para los medios. Haremos que se exhumen y examinen los restos. ¿Realmente quieres estar de pie ante la tumba profanada de tu hija, sabiendo que sus huesos están en manos de personas que trabajan con nosotros? Informarían lo que yo les ordene. Tal vez también te llamarían al estrado de los testigos y te interrogarían. Si todo sale bien, él será el único culpable. Sin embargo, si tuviera motivos para castigarte también a ti... ¿Qué tal un niño que nace en prisión y luego desaparece en el sistema? ¿Debo continuar?

—No es necesario —murmuré, ya sintiendo mi derrota.

—Aunque... sí, es necesario. Me gustaría continuar. Hemos eliminado el informe toxicológico de los archivos. La doctora descubrió durante el examen que falta el implante. ¿Estás intentando quedarte embarazada, Andra? ¿Un segundo hijo de un criminal? Por favor, eso *no* puede ser en serio. ¿Quieres criar a un niño sola mientras Rafael está en prisión? Y te lo garantizo, con estos cargos, no volverá a ver la luz del día. Ya hemos localizado una maravillosa unidad de máxima seguridad donde seguramente no tendrá amigos.

El músculo debajo de mi ojo comenzó a temblar. La forma en que exponía la evidencia ante mí y me mostraba exactamente lo que sucedería me llenaba de miedo y pánico. Mi corazón galopaba mientras mis pensamientos daban vueltas en círculos.

Rafael no podía ir a prisión de ninguna manera. No podía dejarme sola. No tan poco después de habernos reencontrado. Y todas esas acusaciones... mierda, yo misma nunca las había aprobado, pero tampoco me habían parecido crímenes graves.

¿Quién era este hombre para tener tales ideas?

Tragué saliva. Fuerte. Varias veces. Y negué con la cabeza.

—No puede hablar en serio —logré decir de alguna manera.

—Hablo completamente en serio. Podría esperar con todo hasta que un pequeño ser se anide en tu útero. ¿Qué te parece el día en que le digas que estás embarazada?

—No estoy embarazada.

—Pero podrías estarlo, Andra. Teóricamente es muy simple. Y entonces... Rafael simplemente desaparecería. Para siempre.

—Podría contarle sobre esto. Ahora mismo. Él te encontraría y se aseguraría de que pronto tomes tu último aliento —gruñí, aferrándome a las sábanas de la cama como si pudieran protegerme de algo.

Él puso los ojos en blanco y metió una mano en su bolsillo. Lo que sacó me envió escalofríos por todo el cuerpo. —¿Ves esto? Es un bisturí. Los órganos son muy delicados. Un corte equivocado en tu bajo vientre y nunca más podrás tener hijos. A tu edad ya es poco probable, Andra, pero... seamos honestos. Existe esa pequeña esperanza en ti de que podría ser diferente. ¿O no?

—No han pasado ni tres semanas desde que-

—¿Existe esperanza en ti, o no? —preguntó de nuevo, interrumpiéndome y sonando mucho más vehemente.

¿Qué pasaría si lo admitía?

Mi mirada se deslizó por el bisturí, en cuya hoja se reflejaba la poca luz de la habitación. Se veía amenazador. Probablemente no solo podría destruir mi capacidad de tener hijos en un abrir y cerrar de ojos. Podría costarme la vida.

Tragué saliva de nuevo. La adrenalina corría por mis venas, pero no era suficiente para mantener el miedo a raya. Nunca era suficiente.

—¿Estará a salvo si hago lo que me pides? —pregunté, apretando los dientes después.

—Si haces exactamente lo que se te ordena, no le pasará nada. Si no lo haces... comenzaremos con nuestro trabajo. Que, por cierto, también incluye convencer a Santiago Rojas de que Rafael es un traidor. Así que no solo tendrá a la policía pisándole los talones, sino también al *capo* del cártel.

Negué con la cabeza. —No sois capaces de hacer eso.

—¿Quieres arriesgarte? Cuando te secuestró, pidió prestado un helicóptero a la Bratva. Durante años ha estado desapareciendo por las noches, volviendo con heridas misteriosas y... ¿realmente tengo que seguir hablando? No eres tan tonta como para no entender el alcance de la decisión, Andra. —Se inclinó hacia adelante, tomó el expediente y se lo llevó como si nada. —Lamentablemente no puedo dejártelo. Una palabra a alguien y... bueno, a estas alturas ya deberías haberlo entendido.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

Ladeó la cabeza. De repente, apareció en sus ojos un brillo siniestro que me llenó de miedo hasta el último rincón de mi cuerpo. Instintivamente, busqué distanciarme. —Me entregarás al hijo de Santiago Rojas.

Me puse de pie de un salto. —¡Jamás!

—De eso acabamos de hablar, Andra. O haces lo que te ordeno, o... nunca volverás a ver a tu marido. Y a ese niño lo conseguiré de una forma u otra. La pregunta es... ¿tengo que repetir la *noche roja*, o nos ahorramos el derramamiento de sangre?

En mi mente vi a mi hija. Luego a Rafael. Y después a Ramón, que era completamente inocente y no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo. Las lágrimas acudieron a mis ojos, aunque no deseaba nada más que ser fuerte y hacer lo correcto. Rafael no le habría dado nada a este hombre, excepto una muerte rápida y dolorosa.

Pero cuando miraba mis manos, no veía en ellas la capacidad de matar a otro ser humano. Ni siquiera era capaz de hacerle daño a alguien. No estaba hecha para pelear. Podía proteger. Amar. Actuar con mano suave desde el fondo. Pero esto?

Me limpié la nariz. Por supuesto, no era coincidencia que Rafael no estuviera aquí. Lo habían obligado a abandonar este hospital para que yo estuviera sola y fuera extremadamente consciente de que así podría ser el futuro.

Si Rafael fuera acusado ante un tribunal, si le imputaran vilmente todos estos crímenes y terminara en una prisión de máxima seguridad después de que Santiago le diera la espalda falsamente —suponiendo que no lo usara como excusa para pegarle un tiro—, me quedaría sola. Sin marido. Sin familia. Sin esperanza.

De cualquier manera, Rafael nunca había sido un mal hombre, solo que existía en un mundo donde no todo era blanco y negro. Donde no solo existía lo legal y lo ilegal, y la moral era una farsa, porque en realidad todo el mundo sabía que no era tan simple clasificar algo como correcto o incorrecto como parecía a primera vista.

—Al menos dime para quién estoy haciendo todo esto —logré decir finalmente.

Apenas había echado un vistazo a las fotos del expediente, pero fue suficiente para decir que alguien se había tomado muchas molestias para recopilar todo eso y encontrar una manera de hacer la vida de Rafael un infierno.

El hombre desconocido me miró con los ojos entrecerrados antes de negar con la cabeza. —Lo sabrás lo suficientemente pronto. Muy pronto, si todo va según el plan.

Me lanzó un teléfono móvil y asintió. —En él recibirás instrucciones. Cuándo. Dónde se realizará la entrega. Cómo continuar.

—¿Y si hago todo esto, nada de este expediente saldrá a la luz pública?

—No. Pero en tu lugar, me plantearía si quiero a un asesino como padre de mi hijo. No vaya a ser que herede esos genes y en veinte años tengas que ver cómo el niño se convierte en un asesino en serie.

Aunque solo eran palabras, tenían una punta afilada que se clavó entre mis costillas hasta llegar a mi corazón. Veinte años. ¿Cómo habría sido poder ver crecer a Estelle? ¿Cuán orgulloso habría estado su padre si se hubiera desarrollado como nosotros? Una niña salvaje que no dejaba que nadie le explicara el mundo. Una niña de papá, porque Rafael había demostrado cualidades paternas que aún hoy me conmueven hasta las lágrimas. No había mejor elección para mí que él.

—¿Y el niño? ¿Qué pasará con el niño?

—Crecerá bajo el cuidado de otra familia y algún día asumirá el papel que se le asigne. Después de todo, no solo hereda un cártel.

Pero ya ni siquiera escuchaba sus explicaciones, en su lugar me concentraba en los recuerdos que se extendían dentro de mí. Normalmente luchaba contra ellos, los encerraba en un rincón oscuro.

Pero ahora...

—Por cierto, estás despedida, Andra. Puedes irte. Y deberías hacerlo. Pronto recibirás el primer mensaje.

Pero me sentía entumecida. Como si pudiera pasar días en este lugar, simplemente para evitar la realidad.

Apenas me di cuenta cuando salió de la habitación, antes de que yo me moviera después de una eternidad y me pusiera de pie. Mis piernas se sentían temblorosas, solo por el hecho de que las últimas horas aún pesaban en mis huesos.

Envenenada con una sustancia de la que ni siquiera sabía qué era. Amenazada. Chantajeada. Y luego el conocimiento de que mis acciones determinarían lo que le pasaría a Rafael.

Apenas nos habíamos acercado de nuevo. No podía perderlo, aunque sabía que no habría explicación ni excusa para este acto. Si le entregaba el hijo de Santiago al enemigo solo para salvar a Rafael, él me daría la espalda. Pero valía la pena, ¿no? Si sobrevivía, todavía habría una oportunidad. La posibilidad de que siguiéramos existiendo.

Aferrando con fuerza el teléfono desechable, me deslicé hacia el pasillo. No me encontré con nadie. Ni pacientes. Ni enfermeras. Ni médicos. Nadie.

Solo cuando bajé en el ascensor y atravesé el vestíbulo, volví a encontrarme con gente.

Una vez fuera, hice señas a un taxi. Una llamada a Santiago me habría proporcionado un coche privado y contacto directo con Rafael, pero necesitaba estar sola unos minutos. Poder pensar en paz para saber realmente lo que estaba haciendo.

Mi primer impulso fue desaparecer sin dejar rastro. Pero mi partida no lo salvaría. El chantajista encontraría una nueva forma de presionarme y convertirme en su instrumento. Mi segundo pensamiento fue contarle todo a Rafael... pero entonces entré en pánico y volví a temer que solo podría verlo tras las rejas.

Me daba náuseas pensar que querían acusarlo del asesinato de su hija. *Asesinato*. Eso lo destruiría. Al igual que la afirmación de que la muerte de mis padres también habría sido un asesinato. Él los había matado, sí. Y yo había dudado en darle permiso. Pero lo que había llevado a ese resultado ciertamente no había sido el pensamiento frío de querer matar a alguien.

Rafael me había salvado. Había tomado una decisión: por mi vida y contra la de las dos personas que me habían traído al mundo. ¿Cómo podía yo ahora, después de todo lo que había hecho por mí, entregarlo al verdugo?

Por una vez, me tocaba a mí ser la fuerte y protegerlo de la calamidad que se avecinaba.

Al menos eso me decía a mí misma, hasta que vi la linda cara de Ramón y recordé de quién era hijo. Cuánto lo amaba Talia, y cómo Santiago se sumergía en su papel de padre. Cuando los dos estaban juntos con su hijo, parecía tan natural. Como si él perteneciera allí. Como si su existencia hubiera sido un deseo, no un accidente.

El dolor se extendió por mi pecho. ¿Por qué siempre eran los niños los que quedaban en la línea de fuego? ¿Por qué todos estos hombres creían que estaba bien involucrar a una familia en su vendetta personal? ¿Quién elige como adversario a un bebé indefenso?

El taxista al menos parecía darse cuenta de que no quería hablar con él y que necesitaba tiempo para pensar. Más de una vez dio vueltas en círculo porque todavía no le había dicho adónde quería ir. Tal vez era porque ni yo misma lo sabía aún.

¿Adónde debería ir? ¿De vuelta a la *Alcazaba*, con Santiago y Talia, sabiendo que llegaría como una traidora? ¿Debería buscar a Rafael, ser sincera con él y esperar que sobreviviera a pesar de todo? ¿O debería irme, darle la espalda a España y huir como una cobarde, dejando el campo de juego al desconocido?

Cerré los ojos, reprimiendo el deseo de arrancarme la piel de los brazos. Me habría encantado golpear mi cabeza contra la ventana para poder ver la situación con más claridad.

Poco después de haberme inclinado hacia adelante para darle una dirección al taxista, el teléfono desechable vibró. Un mensaje de texto parpadeó.

DESCONOCIDO: En dos horas nos encontraremos al sur de la Alcazaba. Con el niño.

Dos horas. *Mierda*. Había creído que me quedaban días. Semanas. Nadie había dicho que serían solo unas pocas horas las que pasarían.

¿Sospechaba de mis dudas? ¿Quería minimizar el riesgo?

Fuera lo que fuese lo que lo movía a poner un ultimátum tan rápido, me enviaba escalofríos por la espalda y se asentaba en una impotencia sorda en mis extremidades.

El envenenamiento había sido un disparo de advertencia. Para mí. El hecho de que se hubiera borrado la información al respecto era una demostración del poder que actuaba detrás de todo esto. ¿Y la amenaza contra Rafael? Ese había sido el último paso para ponerme en jaque, acorralarme y no dejarme otra opción que hacer lo que se me pedía.

Quienquiera que estuviera orquestando el chantaje, se había tomado la molestia de investigar a fondo. Lo sabían todo. Sobre mí. Rafael. Lo que había sucedido. Y probablemente incluso hacían predicciones sobre lo que sucedería a continuación.

Tan pronto como nos acercamos al camino privado hacia la *Alcazaba*, miré hacia arriba a la fortaleza bastante impresionante. Originalmente había sido construida para otro propósito, ahora era el hogar de una familia y yo debía ser quien la destrozara.

Pero Santiago era un muy buen amigo. Y Rafael era mi hombre.

Por lo tanto, solo había una solución que realmente entraba en consideración.

Había pasado una década desde que había estado en una habitación infantil. Junto a una cuna. Solo que esta brillaba de un blanco inmaculado, y aquella que había mirado fijamente estaba empapada de sangre. La sangre de un bebé que también había quedado atrapado entre los frentes y no había tenido la oportunidad de defenderse.

Qué irónico era que tuviera que tomar una decisión muy similar a la de Rafael. Una decisión por la que lo había juzgado duramente en aquel entonces. Una decisión que había roto todo lo

que alguna vez había sido importante para mí.

Y ahora tenía la elección: proteger al hombre que amaba más que a nada, o a este pequeño ser que no tenía idea de lo que estaba pasando. Si se miraba de cerca, Rafael ni siquiera había tenido esta decisión en aquel entonces, porque nuestra hija ya estaba muerta cuando él llegó a su habitación.

Tragué saliva.

Sin embargo, de una manera retorcida y extraña, ahora podía entender por qué él siempre me elegiría a mí una y otra vez.

Solo que en este escenario no había una elección que fuera para mí. O entregaba a Rafael al verdugo y lo perdía para siempre, o sacrificaba a un niño inocente.

Esta no era una decisión que quisiera tomar. ¿Cómo podría? Sufriría bajo ambas variantes. Ambas me costarían todo en principio. Al final, yo era la perdedora en este juego. Aquella figura que se desechaba descuidadamente.

Quizás simplemente tenía que sacrificarme. Ponerle fin a todo esto. Enviar una señal de que no era una opción amenazar a un niño o inculpar a un hombre de crímenes que habían sido completamente tergiversados.

Las lágrimas me picaban en los ojos, distrayéndome del cuchillo que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Para mí había sido tan condenadamente fácil entrar aquí. ¿Era eso con lo que el chantajista había especulado, no? Acorralarme, no dejarme salida y de repente tenía acceso a la *Alcazaba* y con ello me convertía en el bien más valioso que necesitaba para cumplir su plan.

Rafael nunca había sido la prioridad principal, me di cuenta ahora. Desde el principio todo había sido una puesta en escena. Una farsa para que yo volviera al cártel, me infiltrara en su centro y luego fuera capaz de cumplir todas las demás exigencias.

Por supuesto, Santiago sabría en un abrir y cerrar de ojos que yo era la responsable. Así que mi vida no duraría mucho de todas formas, se mirara como se mirara. El niño sería secuestrado, Rafael acabaría entre rejas y yo atraería sobre mí la ira de un cártel que no quería sentir.

Todas estas personas estaban en peligro y yo tenía la llave de su bienestar en mis manos.

Mi corazón latía con fuerza, aunque respiré profundamente y miré al bebé. No solo se veía a Santiago en los rasgos dormidos, sino también una buena porción de Talia.

Si uno conocía a los dos, sabía de inmediato que Ramón era su hijo. Los parecidos eran simplemente demasiado grandes como para ignorarlos.

Lentamente extendí la mano y deslicé el dedo por su mejilla. La piel era suave y cálida. Tan llena de vida. Él no tenía ni idea de que algún día todo esto le pertenecería. La fortaleza. El cártel. Todo lo que sus padres tenían para heredar.

El encanto típico de los bebés surtió efecto en mí, aunque normalmente me mantenía alejada de ellos.

Palabras que preferiría olvidar rondaban por mi cabeza. Podría quedar embarazada. Esperar un hijo. Y entonces meterían a Rafael en la cárcel, para que yo tuviera que criarlo sola y sin el padre.

Una pequeña versión de mí. O de Rafael. No importaba, era difícil negar que ese deseo todavía existía en algún lugar dentro de mí. No importaba si antes lo había negado y rechazado... una parte de mí lo consideraba el final perfecto. La redención. O la reparación. Como quiera que se le llamara.

Pero eso no iba a suceder, se mirara como se mirara. No iba a entregar a un niño al cuchillo del enemigo, ni iba a ver cómo arrastraban a Rafael ante los tribunales.

Tal vez en toda esta historia yo siempre había sido solo el daño colateral. La anomalía. Lo que no encajaba del todo en el esquema existente y por lo tanto tarde o temprano tenía que ser eliminado para garantizar la continuidad y el funcionamiento normal del resto.

Sentí que Ramón se inquietaba y por puro instinto lo levanté, lo apreté contra mi pecho y me balanceé suavemente arriba y abajo, en un gesto tranquilizador. —No te preocupes. No te pasará nada. Me aseguraré de ello. No sé qué es lo que realmente planean hacer contigo, pero de todas formas no te pondrán las manos encima. Un niño muerto es suficiente, ¿no?— Murmuré las palabras contra su cabeza y cerré los ojos, sin siquiera luchar contra los recuerdos que me asaltaban sin obstáculos. —Y Rafael también está a salvo. Le caes muy bien, ¿sabes? No sería justo entregarlo. Pero eso significa que no puedo sacrificarte ni a ti ni a él. Así que...—

Me detuve. Probablemente esas no eran palabras que un niño debiera escuchar. Una vez más besé la cabeza de Ramón y sentí cómo poco a poco se calmaba y se acurrucaba contra mi pecho.

En realidad, siempre había pensado que se sentiría como una carga. Una carga fría y muerta. Pero lo que llevaba en brazos estaba muy vivo y era, en cierto modo, mi salvación.

—No voy a huir. Eso sería incorrecto.—

Habría sido demasiado bonito recibir una respuesta de Ramón, pero él ya se había dormido hace rato. Así que me conformé con la voz en mi cabeza y poco a poco me fui haciendo a la idea de lo que todo esto me costaría.

RAFAEL

Santiago abrió la puerta de un empujón y entró, visiblemente tan cabreado como yo me sentía. Era plena noche y ambos teníamos cosas mejores que hacer que reunirnos a estas horas con un tipo poco fiable que nos había prometido información sobre los hombres que habían intentado entrar en la *Alcazaba*. Por supuesto, no se había presentado, así que Santiago había dejado en vano la cama donde le esperaban su esposa y su hijo, y yo me había visto obligado a dejar sola a Andra en el hospital, aunque no había tenido intención de separarme de su lado.

Aunque solo se trataba de una intoxicación alimentaria, no solo a mí me había dado un susto de muerte. Mi primer temor había sido que se marchitara en mis brazos sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Así que, en contra de toda racionalidad, decidí no llevarla a nuestro médico privado, sino directamente al hospital. No quería que la viera solo un médico. Quería que todo un equipo se ocupara de que se pusiera mejor.

Por suerte, ese había sido el caso cuando me fui. Así que me sentía solo la mitad de mal. Aun así, cada minuto que pasaba fuera del hospital me estaba poniendo de los nervios.

Santiago fue directamente al comedor con un resoplido y se sirvió una buena porción de ron colombiano en su vaso antes de apoyarse contra la cómoda y respirar hondo de nuevo.

Cuando oí pasos en la escalera, levanté brevemente la mirada. Por supuesto, ya había oído que se trataba de Talia, pero verla bajar somnolienta y preocupada no era agradable.

—¿Sin éxito, supongo? —preguntó, seguida de cerca por un bostezo.

En cuestión de segundos, se había acercado a Santiago, se había colocado lo suficientemente cerca de él como para apoyar la cabeza en su pecho y cerró los ojos en cuanto su pesado brazo rodeó su torso.

Era más que evidente que su mera presencia lo relajaba. Era ella quien hacía que el tiempo perdido no fuera tan malo, no el alcohol.

Y podía entenderlo. Andra tenía el mismo efecto en mí, solo que ella no estaba aquí y, a pesar de todo, tampoco buscaba este tipo de protección natural. Talia era capaz de defenderse sola, pero elegía conscientemente dejar esa tarea a Santiago. Confiaba en él... y Andra me decía que su intoxicación alimentaria se debía a un pescado en mal estado.

No se lo había contado a Santiago, pero probablemente habría confirmado mis sospechas. Él reconocía las mentiras. Sabía intuitivamente cuándo podía confiar en una persona y cuándo no. Los informes médicos respaldaban la afirmación de Andra, pero lo que yo había visto... no parecía una intoxicación alimentaria. Al contrario. ¿Envenenamiento? Sí. ¿Pero por alimentos? Jamás.

Después de un rato, me encogí de hombros para responder indirectamente a la pregunta de Talia.

—No apareció. ¿Ramón está dormido?

—En su cama, además. Quizás Santiago logre no despertarlo siete veces esta noche con su presencia. —En realidad, no me sorprendía que Santiago observara dormir a su hijo. Asegurándose de que aún respiraba. De que estaba bien. Hábitos como este se desarrollan cuando uno se enfrenta constantemente a pérdidas.

—Es pequeño. Necesita mi protección —se defendió Santiago antes de volver a llevarse el vaso a los labios. Aunque la luz estaba tenue en todas partes, pude distinguir los ángulos afilados de sus facciones. La situación actual lo preocupaba, al igual que a mí.

—Querrás protegerlo incluso cuando tenga veinte años y se valga por sí mismo —murmuró ella—. Pero de alguna manera me alegro por eso.

—No lo dejaré en paz con eso hasta que me demuestre que es capaz de cuidar de sí mismo.

—Si sale a ti...

Justo cuando iba a intervenir en la conversación, la puerta trasera se abrió de golpe. El intruso nocturno se encontró mirando el cañón de mi arma. Talia desapareció detrás de la ancha figura de Santiago.

—¡Baja el arma, mierda! —me ladró Adriano antes de entrar apresuradamente. Miró nerviosamente a su alrededor hasta que tanto Santiago como yo bajamos las armas.

—¿Qué haces aquí?

Había pocos hombres a los que se les permitía entrar en la *Alcazaba*. Ni siquiera los guardias que patrullaban la propiedad tenían ese permiso, y en realidad Adriano tampoco formaba parte de ellos. Pero la urgencia y la forma en que había irrumpido me hicieron detenerme desconcertado.

—Me han hecho llegar un mensaje. Coordenadas. Firmado A.F. La salida sur. Hemos interceptado a un hombre allí.

Entrecerré los ojos. De repente, la sangre me corría por las venas.

—¿Y qué más?

—Yesenia ha... —Su mirada se dirigió a Talia—. Yesenia lo ha *interrogado*. Dijo que estaba aquí para recoger un envío. Ella quería saber de qué hablaba. Quería al bebé. A Ramón. Quería a Ramón.

Antes de que pudiera siquiera registrar lo que estaba pasando, Santiago ya había agarrado a Talia por los brazos y la mantenía firmemente apretada contra su pecho, aunque ella se resistía. Con manos y pies.

—Acabas de decirnos que está en su cama. Nadie puede entrar en esta fortaleza —aseguró en voz alta para aplacar la primera reacción de pánico.

—¡Entonces suéltame de una puta vez para que pueda comprobarlo yo misma! —gruñó ella.

Centré mi atención en Adriano.

—¿Quién era el hombre?

—Ni idea. No nos dio ningún nombre.

—¿A.F.?

—Si tuviera que arriesgarme, apostaría por Ares Ferrante.

Exactamente lo que yo pensaba. Y si Ares Ferrante se veía obligado a advertir a su hermana sobre el secuestro de su hijo... y el hombre había estado esperando que le trajeran al hijo de Talia...

Todo quedó en silencio dentro de mí. Un jodido silencio total.

—¿Rafael? —gruñó Santiago interrogante—. ¿Tu esposa sigue en el hospital, verdad?

—No... no lo sé —solté, y entonces subí las escaleras de dos en dos, seguido de cerca por Santiago, Talia y Adriano.

Pero justo cuando alcancé el último escalón, escuché la voz de Andra tan clara como el cristal que me detuve involuntariamente, bloqueando el paso a los demás, pues las palabras que pronunció me helaron la sangre.

La puerta estaba entreabierta, por lo que tenía una vista perfecta de Andra y el niño, ambos bañados por la luz de la luna que se filtraba por los grandes ventanales.

Apretaba a Ramón tiernamente contra su pecho, algo que no creí volver a ver jamás, con ningún niño. Pero ahí estaba, ese instinto protector que durante años había temido. El que había reprimido por miedo a sufrir otra pérdida.

—No te preocupes. No te pasará nada. Me aseguraré de ello. No sé qué planean realmente contigo, pero de una forma u otra no te pondrán las manos encima. Un niño muerto es suficiente, ¿no crees? —Murmuró las palabras contra su cabeza, cerró los ojos y en su rostro vi todo el dolor que la mayor parte del tiempo ocultaba magistralmente. Ni una sola vez habíamos hablado de nuestra hija desde aquella noche hace más de dos semanas. Pero ahí estaba Andra, pronunciando palabras que inequívocamente se referían a Estelle—. *Y Rafael también está a salvo. Él te aprecia mucho, ¿sabes? No sería justo entregarlo. Pero eso significa que no puedo sacrificarte ni a ti ni a él. Así que...*

El hielo envolvió mi corazón. ¿Por qué hablaba de un sacrificio? ¿Por qué tendría que elegir entre un bebé y yo?

La mano de Santiago aterrizó en mi hombro, diciéndome en esencia lo que en realidad no quería admitir. Estaban usando a Andra para llegar a su hijo. La habían chantajeado, y me habían utilizado a mí como medio de presión. Le estaban metiendo ideas en la cabeza. Y ella las creía. Creía lo suficiente como para sostener a ese maldito niño en sus brazos y disculparse por algo que nunca sucedería.

Observé cómo se detenía, sin dejar de notar el cuchillo que guardaba en el bolsillo de su pantalón. La hoja reflejaba la luz de la luna, pero no era para Ramón, a quien besó nuevamente en la cabeza, viendo cómo se calmaba poco a poco. Tampoco era para mí, aunque en los últimos segundos me hubieran clavado miles de cuchillos invisibles en el pecho.

Siempre había habido una parte de la que tenía la sensación de que me mantenía alejado. Excluido. Y ahora resultaba que la familia de Talia estaba tratando de secuestrar a su hijo, y para ello abusaban de Andra, porque era el eslabón más débil de toda la cadena. Ignorante de los medios y recursos de los que disponía este cartel para proteger lo más importante.

—No voy a huir. Eso sería un error.

Un escalofrío helado recorrió mi espalda. Tenía que actuar. Inmediatamente. No solo porque tenía a la muerte personificada a mis espaldas y a una madre preocupada, sino también porque sabía cómo acabaría todo esto si no lo hacía.

Su desesperación estaba a punto de destruirla.

Por completo y desde dentro, como una enfermedad que no se nota hasta que es demasiado tarde. Pero no era demasiado tarde.

Me obligué a moverme con calma mientras abría lentamente la puerta y me apoyaba en el marco, sobre todo para que a nadie se le ocurriera precipitarse y hacer algo de lo que todos nos arrepentiríamos más tarde.

Andra levantó la cabeza y de nuevo vi ese dolor en sus facciones. Lo sentía cada vez que me enfrentaba a Estelle y a los recuerdos que asociaba con ella.

—¿Estás bien? —pregunté casi con indiferencia, lo que la llevó a asentir con la misma actitud.

Una risa sin emoción escapó de mis labios antes de negar con la cabeza. Hacía horas que la

había dejado sola en el hospital. ¿Y para qué? ¿Para que la enviaran a casa con la misión de secuestrar a un niño?

—Sé que nada está bien. Absolutamente nada. Así que, por favor, deja de mentirme y cuéntame cuál es el maldito problema.

Como si la situación no fuera ya lo bastante tensa, dejó a Ramón de vuelta en su cuna, solo para poder cerrar la mano alrededor del cuchillo detrás de su espalda. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y ya no fui capaz de mantener mi posición. A metros de distancia de ella, cuando estaba claro que me necesitaba cerca.

—Quiero que sueltes ese maldito cuchillo, Andra. Suéltalo, o por Dios... —Mi amenaza se perdió en el gruñido que automáticamente escapó de mi garganta.

Si hubiera sido una opción agarrarla y sacudirla, sin duda lo habría hecho en ese momento. Tanto tiempo como fuera necesario hasta que entrara en razón y finalmente entendiera que podía contar conmigo. Que yo la protegía. Que podía confiar en mí. Ciegamente.

—¿Qué vas a hacer, eh? ¿Matarme porque estoy aquí? No es la peor idea, si me lo preguntas.

¿Así que esa era su solución al problema del que, aunque podía intuir gran parte, en última instancia no tenía ni idea? Cerré los puños, luchando contra la ira que crecía en mi interior. El marco de la puerta detrás de mí seguía vacío, pero era muy consciente de la presencia de Santiago.

Un paso en falso, y esta fortaleza se bañaría de nuevo en sangre, sin importar si se trataba de mi esposa o no.

—No. No, no quiero ni voy a matarte. Esta vez tomaré la decisión correcta.

Andra negó con la cabeza hasta que las lágrimas gotearon por sus mejillas. —Pero nunca has tomado la decisión equivocada. Preferiría matarme a mí misma antes que entregarte a ti o al niño. Sin mí no tienen nada más en sus manos. Si yo desaparezco, ya no tendrán a nadie a quien chantajear para llegar a él. Y a ti tampoco te amenazará nadie más.

—Escúchame —solté y di otro paso hacia ella—. *Esta vez tomaré la decisión correcta.* Te elijo a ti. ¿Me oyes? *A ti.* No me importa si por ello voy al infierno, pero te quiero a ti. Solo a ti. A nosotros. No tienes que hacer nada de lo que él te haya ordenado. Y mucho menos deberías creer ninguna de sus amenazas.

Volvió a negar con la cabeza. Parecía tan condenadamente alterada que me preocupaba sinceramente por su bienestar. —No puedo hacer eso.

—Sí puedes, Andra. Yo lo arreglaré. Solo dame ese maldito cuchillo. Déjame ayudarte. Para que pueda arreglarlo.

—¿Cómo? —La desesperación en su voz me desgarró de nuevo.

—Haré lo que debería haber hecho hace once años. O cuando estuvo en la ciudad y se sentó frente a mí. Lo encontraré y luego morirá. Porque nos traicionó y porque se atrevió a acercarse a ti. Por ponerte en esta jodida situación. Es exactamente como entonces. Y no tiene derecho a eso... —Las últimas palabras casi las grité. Tan fuerte que Cesare Ferrante podría haberlas oído hasta en Estados Unidos.

El músculo de mi mandíbula se crispó mientras observaba a Andra debatirse consigo misma. Creerme o hacer lo que se había propuesto.

Tragó saliva. —¿Cómo sabes quién es?

—¿Tú no lo sabes?

—No. En todos los secuestros se aseguró de que no pudiera verlo. Y esta noche fue uno de sus secuaces quien en el hospital...

—¿Todos los secuestros? —repetí lentamente. A estas alturas, el tic muscular ya no estaba en

mi mandíbula, sino en el dedo que apretaría el gatillo.

—El año pasado...

—¿El año pasado? ¿Esto lleva pasando desde el año pasado y no se te ocurrió pedirme ayuda?

—Primero amenazó mi carrera si no te entregaba a él. Así que la terminé. Luego me encontré de nuevo. Y Mason... y luego pensé que estaría a salvo porque estaba aquí... hasta hoy. Ese hombre estaba en el pasillo y... Rafael, quiere inculparte de asesinato. De mis padres. De Estelle. Quiere profanar su tumba. Esperar hasta que esté embarazada de nuevo y luego hacer que te encierren, si Santiago no pierde la confianza antes y te mata. Me mostró todas estas pruebas manipuladas, todo lo que quiere inculparte si no le entrego a Ramón... —Cerró los ojos, con una mano en la cabeza, como si toda la situación le causara dolor físico.

Y probablemente lo hacía. Porque Andra no estaba hecha para soportar algo así. Si se ejercía suficiente presión sobre ella, se quebraba. Aunque eso era únicamente culpa mía, porque nunca me había atrevido a endurecerla para este mundo.

Unos pasos se acercaron desde detrás de mí. Era Talia, que simplemente pasó a mi lado y agarró el brazo de Andra, antes de que yo pudiera recuperar la voz.

—Lo sabemos porque mi hermano nos envió un mensaje para advertirme. Mi padre es el hombre que te está chantajeando. Es... una mala persona. Cuando estuvo aquí el año pasado, ya intentó manipular a Rafael. Contigo. Fue estúpido creer que no volvería a aparecer —explicó casi con indiferencia. En un tono diseñado para desescalar la situación. Sin pestañear, Talia tomó el cuchillo y me lo entregó. Al hacerlo, no apartó la mirada del rostro de Andra ni por un segundo. —Sabe que no tiene otra oportunidad de llegar a Ramón que manipulando a alguien del círculo íntimo. No puede asaltar la fortaleza. A mí no puede acercarse. Santiago tiene más aliados que nunca. No tiene ninguna posibilidad. Y lo sabe.

La presencia de Santiago me hizo tensarme, pero solo hasta que sentí su mano en mi hombro. —Elegir la propia muerte antes que la traición te convierte en una persona leal, Andra.

—Pero nada de esto habría sido necesario —añadió Talia.

—Intenté pedir ayuda. En el concierto. No pude decirlo abiertamente, pero...

—La historia. Sobre tus padres —terminé lo que ella quería decir. Una jugada inteligente. Que me había pasado completamente desapercibida porque mi cerebro se había vuelto loco y mi cuerpo aún más.

Andra asintió.

—Puedo decirte lo que va a pasar ahora. Lo primero de todo, vamos a visitar a los policías y nos aseguraremos de que nadie sea capaz de inculparme de nada. Quiero que lo veas todo. Que veas la influencia que tiene Santiago. Y el cártel. Quiero que en el futuro confíes en mí para todo y que nadie más sea capaz de asustarte —expliqué.

De repente, la mirada de Talia se posó firmemente en mí. Decidida. —Y luego te subirás al jet y pondrás fin a todo esto. Te daré todas las direcciones. Cada código de seguridad que conozco. Todo. Su tiempo estaba prestado y el contrato ha expirado esta noche. Mi única condición es que nadie más que él muera. Es su obra. No la de mi madre o mis hermanos.

—Entendido.

—¿Y Santiago? Mientras tanto, le mostrarás todo. Los lados feos y los menos feos. No se convertirá en un peón de nuestros enemigos. —Palabras por las que Talia merecía aún más mi respeto. Y mi agradecimiento. Porque aparentemente sabía exactamente cómo podía eliminar definitivamente mis fallos.

Ferrante había descubierto los peores miedos de Andra y los había usado todos contra ella,

uno por uno. Primero había renunciado a su carrera, y luego habría estado dispuesta a sacrificarse por el resto de nosotros sin decir una sola palabra al respecto. El mero pensamiento de cómo todo esto debía haberla afectado internamente me dificultaba la respiración. La habían manipulado. Explotado. Sembrado miedo en ella basándose en su ignorancia y de alguna manera construido todo lo que había sucedido en los últimos meses.

Sin Mason, nunca la habría secuestrado. Sin el secuestro, no habría recordado lo que me había prometido a mí mismo hace años... en cierto modo, todavía tenía que entregarle a Ferrante una carta de agradecimiento por haber reunido a mi esposa y a mí. Pero no si continuaba el pensamiento anterior y reflexionaba sobre el hecho de que Mason la había golpeado a sabiendas. Que Ferrante la había llevado al hospital y seguido chantajeándola mientras le hacía contar los cuentos más espeluznantes. La había convertido en una marioneta en un juego que no entendía y había usado su ignorancia para su ventaja.

Talia en la misma situación no habría creído ni una palabra. ¿Pero Andra? Ella no había tenido razón para no hacerlo. Y la publicación en sus redes sociales... había sido solo el punto de referencia que Ferrante necesitaba para saber que todos sus planes se estaban desarrollando exactamente como él había imaginado.

Todo esto me asqueaba. La pura bajeza que había detrás. La falta de escrúpulos. La frialdad. Poner a mi esposa en esta posición, y querer privar a otra de su hijo, simplemente porque... Bueno, ni siquiera se podía decir exactamente por qué. Y al final, no importaba.

Ferrante había decidido por tercera vez atacar y traicionar al cártel Rojas. Esta vez simplemente no sobreviviría, porque sus pecados finalmente lo alcanzarían. Y yo sería el ejecutor, porque lo había hecho más que personal.

Andra... Talia... y el deseo de arrastrar por el lodo a mi hija fallecida. Todas estas mujeres eran razón suficiente para darle una muerte dolorosa, para que al final supiera por qué estaba sufriendo.

Finalmente, extendí mi mano hacia Andra. —Hablemos. Por favor.

Con vacilación, puso su mano en la mía, permitiéndome agarrarla con firmeza. —¿Y realmente no le pasará nada a nadie?

—No —respondió Santiago en mi lugar. Sombrío. —Rafael no irá a ninguna parte y mi hijo ciertamente no caerá en manos de un hombre como ese. Solo sobre mi cadáver. Y estamos lejos de eso.

Pude ver cómo exhalaba aliviada, así que la guié hacia afuera.

Y aunque me rompía el corazón que se necesitara una situación como esta para romper finalmente las barreras, me alegraba que hubiéramos llegado a este punto.

ANDRA

*P*odía oír los latidos de mi corazón. Tan fuertes que parecían rebotar en las paredes de azulejos a mi alrededor y golpearme en mil ecos. Mi garganta se sentía tan apretada que olvidé cómo respirar y cuando presioné mis manos sobre mis oídos, todo empeoró en lugar de mejorar. Todavía podía oírlo. Cómo gritaba. Corriendo por el apartamento y derribando un mueble tras otro, demoliendo, dañando.

Mis dedos temblaban en mi cabeza. Mi padre ya no era el único que gritaba. Mi madre se había unido, aparentemente levantándose de su eterno lugar en el sofá para unirse a la diatriba y mezclarse. O quizás su asiento también había sido víctima de su arrebató de ira, que en realidad iba dirigido única y exclusivamente contra mí.

Contra mí. Y no contra los objetos que sufrían bajo sus emociones.

Nuevas lágrimas brotaron de mis ojos y nublaron mi visión. La ventana sobre la bañera era demasiado pequeña como para que pudiera escapar por ella. El camino hacia adelante me pondría en peligro. Y si me quedaba aquí, solo esperaba a que el destino golpeará. Brutal y rápido, por la mano de mi padre, que había bebido demasiado y había recibido un mensaje que no le gustaba.

Lo sabía. No tenía idea de cómo, pero sabía que pasaba tiempo con Rafael Cortez, quien incluso aquí, en los barrios urbanos de Málaga, era conocido por sus conexiones con el cartel Rojas.

Un aspecto que hasta ahora había ignorado hábilmente, pero ahora mi padre estaba furioso por eso y a punto de hacerme sufrir por haberme enamorado de un hombre que en realidad no quería una mujer en su vida y aun así no podía evitar tratarme como a una reina.

Si lo llamaba ahora, ¿destruiría todo, no? Se enteraría de que no solo era una mecánica de automóviles que a veces se convertía en una adicta a la adrenalina. Se daría cuenta de las circunstancias de las que provenía. Cómo eran mis padres. Y al final, tal vez llegaría a la misma conclusión que ellos: que simplemente no valía la pena recibir ninguna forma de atención positiva.

Tragué saliva. Rafael era capaz de salvarme. Nadie más podría hacerlo. Ni siquiera los policías, que después de los numerosos incidentes en los últimos años ya no se atrevían a patrullar esta calle.

Cuando escuché a mi padre pisotear por el pasillo, agarré el teléfono y marqué el número que Rafael me había dictado hasta que me lo aprendí de memoria.

Escuché el tono de llamada tres veces. Luego: —¿Andra?

—Sí —solté, ya a punto de decirle brevemente que lo necesitaba. Pero no llegué tan lejos.

Algo golpeó la puerta. Grité instintivamente.

—Pequeña zorra miserable. Si no abres la puerta ahora mismo, ¡me abriré paso yo mismo!
—Algo golpeó la puerta de nuevo. La madera se astilló.

—¿Andra? —escuché a Rafael por el teléfono, más que preocupado.

—Tienes que venir —dije en voz baja, esperando que mi padre no oyera nada.

—¿Qué está pasando ahí?

Apreté los dientes.

—¡En cuanto este maldito hacha atraviese la puerta, lo conocerás!

—¿Respuesta suficiente? —continué en voz baja, segura de que Rafael había entendido cada palabra.

Hubo silencio durante unos segundos, en los que no oí nada más que mi propia respiración y los gritos de mi padre. Durante esos segundos, casi creí que había colgado.

Entonces volví a escuchar su voz profunda. Era lo único que me impedía perder los nervios en ese momento. —Si ese hacha se acerca siquiera a ti, juro por Dios que no saldrá vivo de ese apartamento.

Dijo eso mientras de fondo se astillaba más madera, y mi padre me amenazaba de muerte, por el simple hecho de que Rafael existiera en mi vida.

—Quiero que te armes. Unas tijeras. Cualquier cosa. Y si entra, quiero que te defiendas. Apunta a los ojos. O al cuello. No a las extremidades. Si suelta el hacha, tómalala tú. Y luego sal de ese apartamento. ¿Has entendido eso, Andra? Sal de ese apartamento si puedes.

En todos estos años, nunca había huido. Me había hecho pequeña, escondido y aguantado. Resistido. La mayoría de las veces había sido suficiente cerrar los ojos, taparse los oídos y tararear en voz baja. Eso bloqueaba lo que sucedía a tu alrededor. Incluso cuando los platos se rompían contra la pared junto a tu cabeza, cuando te agarraban con manos rudas y sentías una ira de la que no tenías la culpa.

Agacharse. Respirar superficialmente. No llamar la atención. Así es como sobrevivías. Te volvías invisible.

Pero cuando un hacha estaba dirigida hacia ti...

Más astillas llovieron sobre mí.

—No puedo hacer esto, Rafael —solté. El pánico crecía dentro de mí. Vi el filo del hacha atascado en la madera y siendo arrancado con violencia.

—Dame una buena razón. —Sonaba tan calmado. ¿Por qué sonaba calmado?

—Yo... Mierda, esta no es la primera vez, ¿entiendes? Ha sido así desde que tengo memoria. Si me defiendo, empeora.

—Pero no los volverás a ver después de hoy. Eso es una promesa.

—No digas eso antes de haber estado aquí. Tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Quizás al final estés de acuerdo con él.

Él se rio. —Jamás. Nunca estaré de acuerdo con un hombre que aterroriza a su hija.

Volví a escuchar a mi padre gritar. Sus palabras se volvían más duras con cada frase. Más dolorosas. Y Rafael lo escuchaba todo con una calma que yo no podía reflejar. En cambio, yo estaba constantemente ocupada secándome las lágrimas y reprimiendo los sollozos en mi garganta. Eso solo enfurecería más a mi padre. Reaccionaba tan mal a la debilidad como a la fortaleza.

—Está enfadado por mí, ¿verdad? Bueno. Entonces pronto tendrá aún más motivos para estar furioso. —Sonaba como una siniestra promesa que Rafael me hacía. Ni siquiera tenía motivos para dudar de ella.

De nuevo, el hacha atravesó la madera, esta vez vi toda la cabeza. Y cuando la retiró, quedó un enorme agujero.

Su rostro enrojecido y distorsionado por la ira apareció en él, mientras escupía más palabras en mi dirección y finalmente metía el brazo para alcanzar el pomo de la puerta.

Yo seguía acurrucada en la bañera. No me había movido ni un centímetro. Sin tijeras. Sin otras formas de defenderme. No es que hubiera sido capaz de herir a otra persona.

Tragar se me hacía cada vez más difícil, mi respiración se aceleraba tanto. Todo se reducía a esto: luchar o huir.

Solo que estas dos opciones no estaban disponibles para mí.

—¿Con quién estás hablando? —me ladró mientras abría la puerta de golpe—. ¿Con el chico del cartel? Mejor dile que se despida. No volverán a oírse.

—Rafael... —Mi voz me falló.

—No. No te pasará nada. Lo prometo, mi media naranja.

Pero mi padre gritó llamando a mi madre antes de arrancarme el teléfono de los dedos y estrellarlo contra los azulejos como si fuera de cristal. Al momento siguiente, me agarró del pelo para ponerme de pie antes de empujarme brutalmente a los brazos de mi madre.

—Sala de estar. Ahora. Tú la mantienes abajo. Él no la conseguirá. Nadie la conseguirá. Antes de entregársela a cualquier cartel, morirá. —Su declaración me hirió profundamente.

Pero la forma en que Rafael me había llamado con ese apodo lo amortiguó. Tanto que me aparté de mi madre y corrí por el pasillo a través de astillas de madera, cristales y muebles, huyendo de ellos una vez más.

Mis dedos se cerraron alrededor del pomo de la puerta del apartamento y forcejé con la llave. Tenía que salir de aquí. Ahora. Inmediatamente.

Pero la llave no giraba lo suficientemente rápido en la cerradura. No lo bastante rápido como para escapar realmente.

De nuevo me tiraron del pelo hacia atrás, esta vez tropecé hacia atrás hasta la sala de estar, perdí el equilibrio y caí sobre más cristales rotos. Apenas sentí el dolor detrás de eso. Solo el miedo, porque mi padre estaba de pie sobre mí con un maldito hacha y mi madre revoloteaba a su alrededor para hacer exactamente lo que le había ordenado.

En realidad, este era el momento en el que debería suplicar. En el que debería intentar convencerlos con palabras de que no había razón para matarme. Que nunca volvería a ver a Rafael, que no tenían que preocuparse.

Pero no renunciaría a Rafael. Él me había dado una razón para aferrarme a todo, aunque las cosas habían empeorado en los últimos años y solo lo conocía desde hacía unas semanas.

Él me daba una razón para no perder la esperanza en este momento.

Mi media naranja.

Palabras que nunca antes había pronunciado hacia mí, y que sin embargo significaban mucho más que un simple apodo cariñoso. Palabras que no esperaba de su boca después de tan pocas semanas.

Me sentí mal. A pesar de todo, estaba el pensamiento de que él echaría un vistazo a todo esto y decidiría que ya no estaba interesado. Que preferiría dejarme a mi suerte antes que hacer algo.

Al principio no registré de dónde venía el fuerte estruendo, pero cuando mi padre giró la cabeza, me di cuenta de que era en la puerta. Y no era un estruendo, sino un puño golpeando con fuerza contra la puerta.

—Vamos, déjame entrar, imbécil. ¿O tengo que forzar la entrada? —El tono de Rafael era el

mismo que mi padre usaba conmigo.

Se me puso la piel de gallina.

Este no era el Rafael que normalmente conocía. Por eso había estado tan tranquilo. Tan controlado. Estaba tratando de protegerme. A mí, precisamente.

Apreté los labios.

—¿Le dijiste dónde vivimos? ¿Crees que puede ayudarte? —Gritó tan fuerte que me salpicó la cara con saliva, mientras Rafael derribaba la puerta de fondo.

No solo a nivel simbólico, no. La derribaba sistemáticamente. Así sin más. Como si fuera la tarea más fácil para él.

Tan pronto como la mirada de Rafael se posó en mi padre, me vio en el suelo, a mi madre que estaba detrás de mí, aún manteniendo mis manos presionadas contra el suelo, algo cambió en su rostro.

No sabía si era por el puro caos que mi padre había causado... o porque aún sostenía el hacha en la mano, listo para herirme con ella.

Pero en lugar de concentrarse en él, su mirada se ancló en la mía. Firmemente. —Estás sangrando. Y supongo que es culpa de tu padre —comenzó.

Mi padre lo interrumpió, y al momento siguiente se estrelló contra el armario, que cayó al suelo junto con él. Un segundo después, la mirada de Rafael volvió a fijarse en mi rostro. Tranquila. Serena. Ocultando la ira que ardía dentro de él.

—Ha intentado matarte, ¿verdad?

Apreté los labios antes de asentir lentamente.

—Y no es la primera vez que te aterroriza de muerte, ¿cierto?

Asentí de nuevo.

—Eres consciente de que vendrás conmigo y nunca volverás, ¿verdad?

Otra vez estaban esas estúpidas lágrimas. No podía hablar en serio. No mientras yo estaba tirada en el suelo, aún retenida, y mi padre estaba a punto de matarme no solo a mí, sino también a él.

—Rafael...

—No me obligues a repetirlo, Andra.

—¿Qué va a pasar con ellos?

—Eso depende enteramente de ti —respondió él sombríamente—. Si fuera por mí... recibirían su justo castigo. Mira a tu madre. Todavía cree que tiene el control. Suéltala. —La orden resonó con fuerza por la habitación, haciendo que el agarre en mis manos se aflojara.

Estaba de pie antes de darme cuenta, y prácticamente volé a los brazos de Rafael.

—Una palabra tuya y están muertos. Ya te lo he dicho. Si ese hacha te toca... y sangras. Por más de una herida. Dilo, y nunca más tendrás que preocuparte. Ya no te amenazarán. Nunca más te harán daño. Esta miseria terminará y serás libre. —Ni una palabra sobre que debería haberle contado algo antes. Ni una palabra sobre que yo era un maldito desastre que solo tenía práctica en ocultar el daño y la inestabilidad.

—Tal vez deberíamos simplemente irnos. —No podía tomar esa decisión. No podía decidir sobre la vida o la muerte de otra persona. Ni siquiera si se trataba de mis padres, que hasta ahora habían hecho de mi vida un infierno.

Oí un estruendo detrás de nosotros. Entonces todos los músculos del cuerpo de Rafael se tensaron.

—Mala idea, imbécil —gruñó. Tropezamos un paso hacia atrás, luego sentí cómo Rafael lanzaba un brazo hacia atrás.

Un calor húmedo y cálido empapó mi espalda. Un repugnante chapoteo. Luego algo pesado que golpeó el suelo.

Mi madre gritó, pero eso también terminó en una fracción de segundo. Saboreé metal en mi lengua y sin haber visto nada, supe lo que acababa de pasar. Pero Rafael no se movió hasta que, temblando, lo abracé con más fuerza. Inmediatamente estaban allí sus manos, levantándose para que pudiera enredar mis piernas alrededor de su cadera. Con fuerza.

No se disculpó. Y yo no lo esperaba. Porque saber que acababa de matar a mis padres porque habían intentado una última vez arrancarme la vida, no dolía. Al contrario. Una parte de mí parecía aliviada. Feliz. Agradecida.

Sin embargo, mi cuerpo reaccionó como todas las veces anteriores cuando apenas había escapado de la ira. Me falló, cediendo el control al pánico que habitaba profundamente en mí y a todos los pensamientos que corrían por mi cabeza.

—Esto ha estado pasando durante mucho tiempo, ¿verdad?

—Desde que tengo uso de razón.

—Lo siento mucho. De verdad. —Se aclaró la garganta—. Pero no lamento lo que acaba de pasar. No me importa si son tus padres o extraños. Nadie tiene derecho a tratarte así. No mientras yo exista. Si alguien vuelve a levantar la mano contra ti, o siquiera te mira con la intención equivocada... perderá la mano. O el derecho a vivir. Y sé que esa no es la forma de tu mundo. Pero en el mío, funciona así. Sin embargo, tú no te enterarás de nada de eso. Otra promesa.

Todavía me aferraba a él cuando se apresuró conmigo hacia afuera. Lejos de este apartamento. Mi antigua vida. Todos los malos recuerdos. Lejos de todo eso. Así de simple.

RAFAEL

Fue mi error desde el principio mantenerte alejada de lo que sucede en el entorno del cártel —dije con un suspiro. Una afirmación que no hacía por primera vez y que ahora pesaba más que antes.

¿Qué tan fácil habría sido para ella decirnos la verdad a todos si hubiera estado completamente segura de que podríamos manejarlo? ¿Que no necesitaba tener miedo porque sabíamos exactamente dónde teníamos que actuar para poner fin a esta pesadilla?

Ni siquiera podía enojarme con ella, solo lamentar haber fallado en ciertos puntos y que el resultado fuera una mujer que, en ciertos aspectos de su psique, era demasiado inestable como para no ser considerada el eslabón más débil en la vida del cártel.

—Todavía no puedo creer que sea tan sencillo. Una visita a la policía y...

Por supuesto que no era tan sencillo. Nunca lo era. Pero ella también se daría cuenta y aprendería si solo prestaba atención a la conversación que seguiría una vez que llegáramos a la comisaría. El jefe de policía ya nos esperaba.

—El jefe de policía ha estado en nuestra nómina durante años. A veces no tiene más remedio que entregarnos. A veces se asegura de que las pistas no conduzcan a nosotros, sino a otros criminales que hace tiempo quiere ver tras las rejas. Probablemente no se le pueda llamar un hombre leal, pero grandes sumas de dinero siempre ayudan cuando se trata de convencer a alguien.

Andra resopló. —Le ofrecí dinero.

—Pero Ferrante nunca estuvo interesado en el dinero. Él mismo tiene suficiente. Siempre se trató del niño.

—¿Por qué querría tenerlo en primer lugar?

Incliné la cabeza. —Porque cree que Santiago le robó a su hija. Teóricamente, el niño no solo es heredero del cártel Rojas, sino que también tiene derechos sobre el *Chicago Outfit*. Si pudiera criarlo bajo su cuidado, tendría la oportunidad de gobernar ambas instituciones en vida.

—Pero el niño ni siquiera tiene un año.

—No importa. Quien tiene al niño, tiene el control.

—Talia no parece estar interesada en eso.

—Porque le ha dado la espalda al *Outfit* y está del lado del cártel. Completamente.

—Pero ¿cómo supo que me necesitaba para tener siquiera una oportunidad?

—Ferrante es un estratega. Sabe investigar bien. Y sabe dónde atacar a las personas para meterse bajo su piel. —Recordaba bien el año pasado, cuando quería saltarle encima por todos los comentarios que había hecho sobre Andra, nuestro matrimonio y la noche de hace once años —. ¿Entonces la intoxicación alimentaria no fue tal?

Lentamente, ella negó con la cabeza. —Había algo en la botella de agua del refrigerador. El tipo que me acechó después habló de algún veneno italiano antiguo cuya receta está en posesión de la familia. Y luego el hombre dijo que habían borrado el informe toxicológico.

—¿Qué más dijo? —insistí.

Vacilante, Andra comenzó a relatar toda la conversación. Cada conversación que alguna vez había tenido con los hombres de Ferrante, y cuanto más contaba, peor se volvía para mí escucharla. Habían ejercido presión emocional sobre ella, la habían acorralado y no le habían dejado otra opción que hacer lo que le ordenaban, o como única otra solución, como salida, ver su propia muerte como una forma de liberarnos del eslabón más débil.

Solo eso bastaba para sacarme de quicio. Para enojarme tanto internamente que sentía el latido en mi arteria carótida, así como la necesidad de estrellar mi puño en la cara de alguien. Preferiblemente, por supuesto, en la del propio Ferrante, porque se lo merecía.

En realidad, se merecía mucho más que eso, una muerte lenta y dolorosa. Probablemente no habría tiempo para eso, o tal vez perdería el control porque ya no podría contenerme cuando finalmente estuviera frente a él.

Talia se aseguraría de que eso sucediera. Al entregarme la dirección y todo lo que tenía, tomaba una posición clara, y yo me convertía en el ejecutor de una orden que nunca se había pronunciado pero que era bastante obvia. Él moriría. Lenta o rápidamente. No importaba, al final su corazón dejaría de latir.

El resto de su familia viviría, siempre y cuando a ninguno de ellos se le ocurriera emprender una venganza personal contra Talia o el cártel después.

No quería imaginar en qué posición se encontraba ella ahora. Andra había soportado la presión durante meses, finalmente se había derrumbado bajo ella, pero Talia era fuerte... solo no cuando se trataba de Santiago o su hijo, los únicos dos puntos débiles, lo había visto claramente en su rostro tan pronto como se había dado la vuelta, aliviada de que la situación no hubiera escalado. Que todos estuvieran vivos... y que todavía fuéramos una familia unida.

Pero Ferrante... él no conocía esa palabra. Obviamente, porque de lo contrario ni siquiera habría intentado chantajear a Andra con *nuestro* hijo. ¿Qué tan brutal era decirle a una madre que perturbarían el descanso de los muertos? ¿Que meterían a su marido en prisión, pero esperarían hasta que estuviera embarazada de nuevo? ¿Qué tan despiadado era preguntar si realmente quería tener otro hijo con un hombre *como yo*, como si la pérdida de Estelle hubiera sido una liberación?

Una parte de mí habría estado dispuesta a renunciar al cártel y a todo lo relacionado con él. Dejarlo atrás para que Andra finalmente pudiera llevar una vida en paz, una vida en la que no fuera amenazada por un jefe de la mafia que ni siquiera tenía un problema con ella misma, sino solo con las personas que la rodeaban.

Al final, simplemente no era posible sacar el cártel de mí. Siempre me perseguiría, sin importar adónde fuera. Sin importar lo que me dijera a mí mismo. Pero era similar con Andra. No podrían sacarla de mí, ella siempre me perseguiría. Así que solo había una opción, y esa incluía a ambos. Solo tenía que asegurarme de que se arreglaran mutuamente. Sin que Andra se estrellara contra ello como las olas contra una costa rocosa.

Pero no terminaba ahí, porque Ferrante la había amenazado con mucho más. Que le quitaría por completo la capacidad de tener hijos. O que Santiago se apartaría de mí, solo para que ella creyera que alguna vez consideraría matarme con sus propias manos.

No pude evitar tomar su mano y sostenerla con fuerza.

—No entiendo cómo pude ser tan ciego.

Andra negó con la cabeza. —No es tu culpa. Quería protegerte. Y luego quería proteger a Ramón y a ti.

—Nada de eso habría sido tu responsabilidad. Al principio ni siquiera tenías nada que ver con el cártel. La única razón por la que te aterrorizó fue el hecho de que eres mi esposa. —Había reglas no escritas. No se atacaba a mujeres y niños. No en la guerra. No porque no se pudiera llegar a sus hombres. Para nada.

Sin embargo, parecía que al jefe del Outfit le resultaba más fácil jugar sin reglas que demostrar al menos un poco de columna vertebral. Honor.

—¿Cuántas veces vas a repetir eso, Rafael?

Golpeé el volante con la palma de la mano. —Hasta que hayas aprendido, maldita sea, a venir a mí con tus problemas en lugar de guardártelos. Entonces dejaré de repetirlo.

Andra apretó los labios. ¿Tenía idea de cómo me sentía amar a esta maldita mujer que obviamente estaba tan perdida que ni siquiera se le ocurría contarme sus preocupaciones?

¿Sospechaba lo que esto me hacía? Aunque yo había cometido errores y era parcialmente responsable, la culpa no era solo mía. Andra había optado por callar y mientras tanto esperar lo mejor.

—No puedo evitar tener miedo por ti. Acabamos de encontrarnos de nuevo y la posibilidad de perderte otra vez...

—¿Te das cuenta de lo mucho que ha jodido tu mente? Calculó que nos encontraríamos. Que terminarías dentro del cártel y que luego podría usarte a su antojo. Todo lo que te dijo fue un maldito juego. Apostó, y apostó muy alto. Obviamente perdió, pero lo intentará de nuevo. Y automáticamente se esforzará más. Después de todo, estamos hablando del mismísimo Ferrante.

—Entonces haz que lo aprenda —siseó ella—. Enséñame cómo no dejar que todo esto me afecte. Muéstramelo, si estás tan seguro de que él no habría logrado jugar contigo también.

Desafortunadamente, con eso tocó un punto que no podía negar. El año pasado había sido Talia quien me impidió cometer un error. Ella había sabido qué buscar. Había reconocido las señales.

Y yo... el que supuestamente debía cuidar que Andra no se metiera en esta situación... había fallado. Y no había reconocido nada. O simplemente no le había dado suficiente importancia.

—Rafael Cortez, ¿el asunto no podía esperar hasta la mañana? —fue el saludo del jefe de policía, quien primero examinó a Andra y luego enfocó toda su atención en mí.

Una sonrisa delgada se deslizó en mis labios. —No podía. Y la sonrisa mal contenida me dice que ya sabe de qué se trata.

Sin rodeos, golpeó un expediente de varios centímetros de grosor sobre el escritorio, detrás del cual se escondía tan profesionalmente. —¿Supongo que se trata de esta preciosidad?

Mi mirada se deslizó hacia Andra, quien de repente estaba bastante pálida.

Justo en el blanco.

Mierda.

—¿Y supongo que esto fue entregado a la policía por una fuente anónima?

—Exactamente.

—¿Y aun así se espera que me tome hasta la mañana?

—Bueno, eso nos habría dado tiempo para examinar adecuadamente el contenido.

—No hay nada que examinar —declaré en tono de advertencia a través de los dientes

apretados. ¡Examinar! Como si realmente estuviera considerando presentar cargos contra mí.

—Tenemos una opinión diferente —explicó—. El contenido parece ser relevante.

Antes de que pudiera alcanzar el expediente, golpeé mi mano plana sobre él para mantenerlo en su lugar. Luego me incliné hacia abajo hasta que estuve al nivel de sus ojos. —Puedo contarle fácilmente lo que hay en este expediente. Mi esposa lo sabe de primera mano porque intentaron chantajearla con estas pruebas falsificadas.

Aunque el policía no retrocedió ante mí, tampoco parecía que le agradara tener que lidiar conmigo sobre este asunto.

—¿El cártel espera que olvidemos esto y... no hagamos nada?

—El cártel espera que la policía española esté del lado del cártel español. No del lado de la mafia estadounidense.

—¿De ahí proviene la información?

—Exactamente.

—Pero eso no cambia nada. ¿Quién me dice que el contenido no es verdadero después de todo?

—Yo.

—Con todo respeto, pero la palabra de un criminal contra tal evidencia...

A mi lado, Andra se tensó. Podía sentirlo. Esto no era lo que ella esperaba, y si soy honesto, tampoco era lo que yo esperaba.

—Cortez, en estos documentos hay pruebas de asesinatos que supuestamente usted cometió. —Todos sabíamos que yo tenía incontables vidas en mi conciencia, pero hasta ahora eso no había sido relevante para los policías.

—Él no ha cometido ningún asesinato —intervino Andra, pero levanté la mano y negué con la cabeza en señal de advertencia.

—Ni una palabra.

—Oh, sí, por favor. Quiero saber qué más hay detrás de esto.

—Nada.

—¿Ah sí? ¿Y por qué están tan obsesionados con obtener ese expediente? ¿Acaso el cártel teme perder a su mano derecha? ¿Haber cometido un error? —Este hombre me estaba sacando de quicio. No solo eso. Estaba hurgando en una herida que mejor hubiera dejado en paz, sin mencionar que me daba la impresión de que ya sabía mucho más del contenido de lo que quería admitir.

Se levantó con las manos en los bolsillos del pantalón, lo que me hizo dar un paso atrás con el expediente. Alejándome del escritorio y de él.

Ferrante había sido más rápido. Había puesto a este hombre de su lado. Lo había chantajeado o le había pagado dinero o le había prometido algo que simplemente no podía rechazar. El policía había cambiado de bando, y lo que eso significaba era bastante obvio.

—Rafael Cortez, lo arresto por el asesinato de... —comenzó, pero en ese mismo momento ya había sacado el arma y apuntado el cañón a su cabeza.

—¿Por el asesinato de usted? Buena suerte. —El calor se acumuló en mi estómago en el segundo antes de apretar el gatillo y ver cómo el hombre era lanzado hacia atrás contra la pared. La sangre salpicó el techo, mezclada con cerebro y fragmentos de hueso de su cráneo.

Un disparo en una comisaría. Teníamos cinco segundos hasta que... en el pasillo escuché pasos apresurados y pesados.

—Esto no estaba planeado así —expliqué, casi en un tono de disculpa—. Lección uno: O estás del lado del cártel o eres el enemigo. Y si el enemigo nos traiciona...

Le entregué el expediente a Andra, en el mismo momento en que la puerta de la oficina se abrió de golpe. Dos hombres entraron con las armas desenfundadas, pero no contaban con que yo ya los estaba esperando con balas.

Andra inhaló bruscamente.

Los dos policías también cayeron al suelo sin poder defenderse del ataque. Colaboradores del hombre detrás de mí, probablemente igual de corruptos. Era improbable que no supieran nada. Probablemente también recibían dinero. O lo que fuera que Ferrante les hubiera ofrecido.

Más pasos se acercaban, pero esta vez intercepté a los policías en el pasillo. También me deshice de ellos rápidamente antes de correr a los escritorios y comprobar si se había activado algún tipo de alarma. Al mismo tiempo, borré las grabaciones que se estaban tomando constantemente de las cámaras de seguridad antes de volver a la oficina y tenderle la mano a Andra.

—Acabas de matar a seis personas.

—Y lo convertiré en veinte si aparecen aquí y se les ocurre tomar este expediente en serio —respondí sombríamente—. Lo que te dije era la verdad. Ferrante cree que tiene algún tipo de poder en España. Pero no lo tiene, como puedes ver.

Con la mano señalé a los muertos antes de volver a extenderla. El entusiasmo de Santiago sería limitado, pero al mismo tiempo esta era la oportunidad de infiltrar gente dentro de la policía que sin duda estaría de nuestro lado.

Tiré con vehemencia de Andra, que se aferraba al expediente como si su vida dependiera de ello. Tal vez así era.

—Podría haberle dicho que fui yo —dijo ella.

—¿Para que te arrestaran a ti en lugar de a mí? No es una buena solución.

—Podrías haberle ofrecido más.

—No. Tuvo su oportunidad y no la tomó en serio. Así que... no. —En principio, no había base para una discusión.

Sin embargo, sabía que esto resultaría en una reacción de shock. El envenenamiento. La amenaza en el hospital. El momento en que decidió dirigir el cuchillo contra sí misma en lugar de contra Ramón... y ahora la escena que acababa de desarrollarse ante sus ojos. Seis muertos. En cuestión de minutos.

Después de haberle asegurado que la policía estaba del lado del cártel y que no representaban ningún peligro. Que era prácticamente imposible que creyeran en los expedientes.

Arrugué la nariz. No era un buen balance. Aun así, no encontré en mí la voluntad de disculparme de nuevo. Así era cuando formabas parte de un cártel. Sucedian cosas imprevistas y a menudo tenían que ver con verse envuelto en un tiroteo u otra forma de enfrentamiento que no terminaba como uno más deseaba.

De camino a la salida, saqué mi smartphone del bolsillo del pantalón para enviarle un breve mensaje a Santiago. No pasaría mucho tiempo antes de que se descubriera la masacre que había provocado. No mucho tiempo antes de que el lugar estuviera lleno de refuerzos.

Teníamos que evitar eso, de alguna manera controlarlo antes de que todo se saliera de control y se convirtiera en un problema serio que impidiera mi partida a los Estados Unidos.

Apenas estuvimos fuera de la puerta, prácticamente arrastré a Andra hacia el coche. Así había sido también aquella vez, cuando maté a sus padres para protegerla.

Ella no lo había visto, pero la forma en que su padre se había abalanzado sobre su espalda con el hacha levantada, queriendo aprovechar su debilidad para atacarla a traición... Hice una mueca.

Entonces como ahora, dependía de mí limitar el daño. Con una diferencia: entonces había prometido mantenerla alejada de tales incidentes en el futuro. Hoy no lo haría, del mismo modo que no justificaba mi decisión ni pedía perdón.

Mientras la metía en el coche, también atendí la llamada de Santiago.

—Bueno, esto va según lo planeado —dijo sombríamente.

—Maravilloso. Necesitamos un reemplazo para el jefe. ¿Por qué no le preguntas a Nikifarov si alguno de sus hombres es adecuado?

—¿Antes de que nos echen al Estado encima para investigar el asunto?

—Exactamente.

—Deberíamos haber esperado hasta mañana por la mañana.

Resoplé. —Claro. ¿Para que luego se presentaran en tu puerta con una orden de registro y de arresto? No lo creo.

—¿Vas a volver?

—En unas horas. Primero tengo que ocuparme de otra cosa.

Podía imaginarme exactamente cómo asentía con conocimiento de causa. —Entiendo.

RAFAEL

No tenía experiencia en apoyar a personas que experimentaban estrés emocional al enfrentarse por primera vez a la brutalidad del cártel. Normalmente, no nos disculpábamos por lo que hacíamos. Simplemente actuábamos, por nuestro propio bien y el de aquellos cercanos a nosotros. Los que nos importaban. Los que amábamos.

Y desafortunadamente, ese era exactamente el caso, como me había dado cuenta tan pronto como escuché el pánico en la voz de Andra. Cuando comprendí que el secreto que ella ocultaba no tenía nada que ver conmigo o con sus sentimientos hacia mí, sino únicamente con quiénes eran sus padres. De qué entorno provenía y qué consecuencias tendría para ella estar cerca de mí.

Él había intentado partirla el maldito cráneo con un hacha. Una imagen que no olvidaría pronto, al igual que aquella de ella tendida en el suelo, en medio de todos los cristales rotos, sangrando y aterrorizada. Y aunque había mirado a la muerte a los ojos, no se había movido. Se había quedado quieta.

Andra no era una luchadora. No en el sentido en que lo eran los hombres del cártel. Ninguno de nosotros se quedaría inmóvil en el suelo viendo cómo se acercaba la muerte. Lucharíamos hasta el último segundo y, si fuera necesario, moriríamos de esa manera.

Pero Andra... Andra no se había criado con el cártel. Había crecido en un entorno donde lo mejor para ella era agachar la cabeza y aceptar las circunstancias. Sin cuestionar. Y sin desarrollar ambiciones que tarde o temprano la pondrían en peligro.

Por eso me sorprendió aún más que se hubiera involucrado conmigo, que incluso se le hubiera ocurrido ayudarme con su coche y pedir una cita a cambio. Todas las veces que nos habíamos encontrado temprano en la mañana o tarde en la noche de repente cobraban sentido. Se había escapado de las personas que finalmente habían hecho todo lo posible para mantenerla alejada de mí.

Como si yo fuera malo. El mal.

Como si no fuera a hacer todo lo posible para protegerla.

Un pensamiento irónico, porque al final había tenido que protegerla de sus padres y a dónde había llevado eso era evidente. Los dos estaban muertos, y pronto desaparecerían del apartamento que su padre había destrozado previamente. Nadie los encontraría, y el apartamento parecería que nunca hubiera sido habitado. Así de simple. Una orden y...

Mientras conducía sin rumbo por Málaga, no me pasó desapercibido que Ángel intentaba contactarme varias veces. Era un riesgo no contestar las llamadas, porque en el peor de los casos lo interpretaría como una desobediencia y me haría un ejemplo para todos los demás hombres que pudieran pensar en ignorarlo.

Pero en este momento mis prioridades eran diferentes. Ni Ángel ni el cártel jugaban un papel. Olvidé mis deberes, concentrándome únicamente en Andra, quien estaba sentada acurrucada y ensangrentada en el asiento del copiloto, mirando fijamente hacia la carretera.

Temía que lo que acababa de suceder la cambiara para siempre. Que tuviera un impacto demasiado grande en ella. Las personas cambian debido a incidentes de este tipo, y no importaba cuántos años hubiera vivido con ello y lo hubiera aceptado, al final nada de eso había llevado a que la sangre de sus padres empapara su ropa.

Ella no había visto nada, pero probablemente había sido suficiente escucharlo todo para dibujar un escenario claro en su mente. En realidad, Andra no había querido que sus padres murieran. Había abogado por simplemente irse. Dejar atrás su antigua vida tal como estaba y tropezar hacia una nueva etapa sin realmente haberlo pensado antes.

Pero esa decisión le había sido arrebatada de las manos por un hombre que había decidido que prefería asesinarla a traición antes que dejarla conmigo. Y eso que no me conocía, no como ella. Por ella, sacaba a relucir una parte de mí que creía haber encerrado hace mucho tiempo. Beneficiaba al cártel y al trabajo que realizaba en nombre de Ángel.

Pero Andra... ella merecía algo diferente. Más que una persona emocionalmente fría que vagaba por la ciudad matando, mientras en el fondo se cerraban los más diversos tratos. Mientras alguien vendía armas, o drogas, o cualquier otra cosa que fuera relevante para los compradores.

En mi vida nunca había querido a una mujer, porque nuestro mundo era cruel y ofrecía poco espacio para el amor. Pero ahí estaba ella, justo a mi lado, metiéndose sin querer en el hueco de mi pecho donde debería estar mi corazón.

Tal vez por eso me dolía casi físicamente verla en este estado, sin saber qué decirle. ¿Qué podría mejorar las cosas? ¿Había algo que pudiera decir para marcar alguna diferencia?

Al final, nos conduje hacia aquella calle que nos llevaba a un estacionamiento desde donde se podía ver Málaga. Un lugar tranquilo. Si le daba mi ropa de repuesto y limpiaba la sangre con un poco de agua, al menos desaparecería el recuerdo inmediato de lo que acababa de suceder.

Y entonces... entonces tenía que asegurarme de que saliera de sus pensamientos, que volviera al aquí y ahora, en lugar de seguir sentada en el baño experimentando un miedo mortal mientras yo estaba demasiado lejos para hacer algo más que sostenerle la mano mental y verbalmente.

Eso no había sido suficiente. Por supuesto que no.

Porque aunque yo había crecido con el cártel, aunque mi padre nunca había ocultado que era el perro de presa de Ángel, mi primer contacto con este mundo brutal no había sido tan bueno como uno podría suponer.

Una escalada durante una cena familiar que terminó con dos muertos. Y uno de ellos había sido por mi culpa, porque desde pequeño me habían inculcado que primero se actuaba y luego se preguntaba. Y cuando vi por el rabillo del ojo que uno de los invitados sacaba el arma y se levantaba para apuntar a Ángel... simplemente actué.

Pero el impacto no se había mitigado por las palabras de que le había salvado la vida al jefe del cártel. No importaba cuántos elogios y agradecimientos hubiera escuchado, esa noche me había marcado para siempre. A veces todavía me despertaba sudando porque había soñado con lo que pasó por mi mente cuando apreté el gatillo.

El miedo a cometer un error. El saber que hería a alguien, en el peor de los casos incluso lo mataba. La pregunta de si actuaba correctamente al disparar a un hombre sentado en la mesa

del jefe, aunque ni siquiera tuviera voz en todas esas conversaciones.

Aunque probablemente había tomado la decisión correcta, al final también había vendido mi alma al cártel sin darme cuenta de lo que significaba en última instancia.

Matar a los padres de Andra había sido fácil. La ira, el odio... todas las emociones negativas porque se habían atrevido a atacarla y a usarme a mí como excusa para ello...

Pero la propia Andra no podía entenderlo. Sus pensamientos eran diferentes. Quizás giraban en torno a si ella tenía la culpa de todo. Si las cosas habrían sido diferentes si nunca hubiera ayudado al extraño varado en la autopista.

La respuesta a eso, desafortunadamente, no era lo que ella quería oír. Porque a pesar de todo, en algún momento, quizás más tarde que temprano, habría llegado al punto en que su padre habría levantado el hacha para borrarla de este mundo. Por un capricho. Porque algo no le gustaba. O porque su camiseta tenía el color equivocado.

Así funcionan los psicópatas. Los coléricos. Hombres que nunca aprendieron a controlar sus impulsos y se alimentan de la debilidad de otras personas. Que solo están de buen humor cuando otro ser humano está en el suelo sufriendo.

Apreté los dientes con fuerza, aún sin las palabras adecuadas para sacarla de su estupor o ayudarla de la manera que merecía.

Podía estar ahí para ella. Escuchar lo que tuviera que decir. Pero más allá de eso... ¿qué debía hacer? ¿Tomarla en mis brazos y sostenerla hasta que todo lo que la agobiaba desapareciera? No era tan simple, aunque eso probablemente me hubiera gustado más.

Solo cuando apagué el motor porque habíamos llegado a nuestro destino, ella salió de su estupor. —¿Dónde estamos?

—Vengo aquí cuando quiero estar solo —respondí en voz baja, lo que la hizo volver a su silencio.

Debajo de nosotros brillaban las luces de la ciudad, pero aquí arriba estaba oscuro. Sin luz. Ni en el coche, ni en nuestros rostros.

—¿Quieres saber qué hice... después de que pasó por primera vez?

Lentamente giró la cabeza hacia mí, pero no se podía leer nada en su rostro. Ninguna emoción. Nada.

—¿Qué?

—Empecé a aprender un instrumento. Ahora lo domino a la perfección.

—¿Entonces tienes muchas personas en tu conciencia?

No estaba seguro de si mi conciencia realmente jugaba un papel en esto. Sin embargo, Andra tenía razón. El hecho de lo bien que dominaba la guitarra eléctrica decía mucho sobre cuántas personas habían muerto por mi mano.

—No es lo mismo, ¿de acuerdo? Con gran probabilidad, nunca tendrás que volver a experimentar algo así.

—¿Puedes prometerlo?

—No. Me gustaría, pero no puedo. Solo puedo prometerte cuidar de ti. Asegurarme de que nunca vuelvas a estar en una situación así. E incluso eso sería una promesa sin garantía.

—¿Entonces quieres que aprenda un instrumento y simplemente olvide lo que pasó?

—Podrías intentar cantar. O gritar. Tan fuerte como quieras.

—¿Y qué propósito tiene eso, Rafael? —Todavía no se veía ni una emoción en su rostro, mucho menos se escuchaba en su voz.

—Lo que estás sintiendo ahora mismo tiene que salir de alguna manera. Si no lo dejas salir, te consumirá. Desde adentro. —Y no quería presenciar eso. Cómo se perdía a sí misma solo

porque no lograba expresar sus sentimientos.

Encendí la radio. Andra siguió mis movimientos, pero aun así parecía no creer en mis palabras.

—En los últimos años no has tenido voz. Eso es lo que me has ocultado. Pero ahora tienes una. Y deberías usarla de la manera que se sienta correcta para ti. —Si quería gritar, no se lo prohibiría. Si quería insultarme, aceptaría todo. Si quería llorar, me aseguraría de que no se ahogara en sus lágrimas.

No podía decir que mis padres me hubieran enseñado algo de lo que estaba pasando ahora. La comprensión de ello, o la capacidad emocional para percibirlo como lo que era. Eso lo había aprendido de otras personas, y Andra también lo aprendería. De mí.

No solo estaba firmemente decidido a ello, sino también dispuesto a hacer cualquier cosa.

Con un suspiro, subí el volumen de la radio porque ella me había quedado debiendo una respuesta, y comencé a cantar la primera canción que sonó, aunque en realidad no tenía ninguna inclinación por usar mi voz para algo tan suave. Podía gritar a la gente. Dar órdenes. Usar mi voz para hacer que Andra se sonrojara. ¿Pero demostrar lo que acababa de decirle?

Eso me costaba un esfuerzo. Como todo lo que tenía que ver con ella, porque era un maldito desafío para toda mi existencia. Uno que no quería perder y del que esperaba que se quedara, aunque por unos segundos me había convertido en un hombre sin escrúpulos. Justo delante de sus ojos.

ANDRA

¿En qué universo era una solución sentarse con un helado sobre el capó de un coche que dominaba la ciudad? Eso no bastaría para hacerme olvidar lo que había visto. Y ciertamente tampoco silenciaría los pensamientos que desde entonces corrían por mi cabeza. Me tenían cautiva y hacían que fuera incapaz de formular una frase coherente. No es que tuviera la necesidad de hablar de ello. Después de todo, a mi lado estaba sentado el hombre que, no hace mucho, había acabado con seis vidas sin pensarlo demasiado. El problema no era que hubiera tomado esa decisión, no. Más bien consistía en que incluso podía entender y comprender por qué había sucedido exactamente eso. Por qué había sacado el arma y disparado a los policías.

Si Rafael no hubiera levantado su arma y disparado, ahora estaría camino a la cárcel más cercana. O peor aún, lo habrían matado delante de mis ojos. Sin embargo, me había asegurado que no pasaría ni una cosa ni la otra... y si lo mirábamos bien, había cumplido su palabra. Estaba vivo. No estaba tras las rejas.

Tal como lo había dicho. Junto con las palabras de que podía confiar en él y que no debía preocuparme porque era capaz de manejar las situaciones. No importaba cuán difíciles y desesperadas parecieran. Desafortunadamente, ahora ya no sabía si me gustaba que hubiera cumplido con eso o si me preocupaba lo que eso significaba. Después de todo, eran personas las que estaban dentro de esos uniformes. Personas reales.

Tanto más difícil me resultaba ahora mirar en su dirección y hacerme a la idea de que todo estaba en perfecto orden. ¿Debería llorar por estos hombres porque habían muerto para que Rafael pudiera salvar su vida? Difícilmente. Este principio era tan antiguo como la Biblia misma: ojo por ojo, diente por diente. Solo que Rafael había salido ganador de esta ecuación y había matado a hombres que habían sido sobornados para hacerle daño. Para hacerme daño a mí.

Tal vez aún habría consecuencias. Tal vez mi chantajista encontraría otra manera de acercarse a mí. O a Rafael. Ferrante parecía tener sus dedos en todas partes, y me resultaba difícil confiar en Rafael y Santiago cuando sucedían cosas así.

Imprevistas, por supuesto. Pero no obstante habían ocurrido y casi habían hecho realidad lo que había temido todo el tiempo. Por eso había decidido no contarle a Rafael lo que estaba pasando.

Seguí mirando fijamente las luces de la ciudad y pronto me sentí transportada a otra noche. Mismo lugar. Circunstancias similares. ¿Por qué me había resultado tan fácil perdonarlo entonces? Rafael me había protegido en defensa propia. Había evitado que me quedara tirada en el suelo de la sala de mis padres con el cráneo partido y muriera una muerte dolorosa.

¿En qué se diferenciaba eso de hoy? También me había protegido. Se había asegurado de que el temido escenario nunca se produjera porque los hombres a los que se les había pagado para

ello simplemente ya no existían. Ferrante había pasado el expediente, había sobornado a alguien para lograr lo que quería. Si no hubiéramos aparecido justo en ese momento... ¿cómo habría continuado?

¿Habrían esperado realmente los policías en la entrada de la *Alcazaba* mañana por la mañana? ¿Esperando que los dejaran entrar? ¿O que alguien de nosotros saliera para poder arrestarlo e interrogarlo por sospecha? Habrían intentado atrapar a Rafael, le habrían contado todas las mentiras sobre su amigo a Santiago y se habrían asegurado de que al menos uno de los dos terminara en la cárcel. Y todo esto mientras Talia estaría ocupada protegiendo a su hijo de toda la desgracia que se desarrollaba justo frente a sus ojos.

No era una perspectiva muy halagüeña, así que era mejor que no ocurriera porque Rafael había evitado todo eso. ¿O no?

Una parte de mí incluso había encontrado una extraña especie de agrado en lo que había sucedido. La determinación en sus rasgos, cómo me protegía a mí y a nosotros sin que pareciera costarle mucho esfuerzo. Simplemente hacía lo que había que hacer y mientras tanto no pensaba en las posibles consecuencias que pudieran alcanzarlo más tarde. Porque no importaba. Porque siempre había encontrado alguna manera de salir adelante.

¿Y a qué se debía eso? ¿A la pertenencia al cártel? ¿O incluso al hecho de que, como mano derecha del *Kingpin*, gozaba de ciertas libertades que le permitían actuar exactamente como lo consideraba correcto y apropiado? Al final, todo eso probablemente no importaba si lo pensaba bien.

Porque solo significaba una cosa: Rafael era un hombre que cumplía su palabra. En quien podía confiar incondicionalmente porque se atenía a lo que decía. Aunque fuera difícil de creer y causara problemas, después de todo, el reconocimiento era nuevo y aún no estaba tan ampliamente probado como debería estar si realmente quisiera aferrarme a él y usarlo como justificación para todo lo que vería en el futuro. Pero, ¿realmente importaba eso al final? ¿Realmente tenía que dar más peso a la muerte de seis personas que a la integridad del hombre que amaba y que iría hasta el fin del mundo para proteger lo que ahora poseía?

¿Si simplemente lo aceptaba? ¿Si asumía que él era quien era y que más de una vez haría cosas que no se ajustaban a mis propias nociones morales, eso resolvería todos los problemas que teníamos?

La respuesta parecía ser un sí, pero eso no lo hacía más fácil. Solo menos complicado.

Porque en cuanto cerraba los ojos, a pesar de todas las teorías, todas las declaraciones y revelaciones, todavía veía la sangre de esos hombres. Veía cómo las cabezas explotaban en un rojo sangriento y agresivo, y cómo Rafael derribaba a un hombre tras otro, como si no pudieran oponerle nada que realmente representara un problema.

Rafael era una máquina. Una máquina letal y hermosa. Y era el hombre a mi lado, lo que significaba que no tenía otra opción que sumergirme completamente en este lado que hasta ahora había ocultado tan magistralmente de mí que en los veinte años que lo conocía, nunca había sentido ni remotamente lo que sentía en este momento.

Otras personas le temían. Quizás incluso lo odiaban porque representaba un peligro para ellos. Pero yo nunca había sido realmente capaz de hacer eso, ni siquiera cuando creía que él era responsable de la muerte de nuestra niña. Lo que eso significaba, al principio no quería permitirme pensarlo, porque reflejaba de manera macabra cómo él me había corrompido poco a poco desde que lo conocía, sin realmente intentarlo.

No importaba quién fuera Rafael. No importaba lo que hiciera. No importaba cuántas personas matara. Al final, todavía lo amaría.

Siempre y cuando me mostrara que sus manos no solo eran capaces de matar... sino que también se aseguraban de que me resultara más fácil aceptar esa parte de él.

Con un movimiento rápido, arrojé el recipiente de helado a la oscuridad. Al menos eso me ganó su atención, porque todo este tiempo habíamos estado sentados uno al lado del otro en silencio. Ni una palabra había llenado el silencio. Solo mis pensamientos, que habían estado dando vueltas y vueltas.

Ahora me volví hacia él, notando claramente la preocupación en su rostro. Respiré profundamente antes de atreverme siquiera a hablar. Finalmente, mi parálisis parecía haberse roto; ahora solo tenía que encontrar una manera de poner en palabras lo que estaba pasando dentro de mí.

—Dime que estás bien —Rafael se me adelantó, expresando así claramente parte de las preocupaciones que tenía.

—Estoy... bien —respondí con cautela, no muy segura de si eso era cierto. Físicamente, sin duda. No tenía ni un rasguño. Pero ¿mentalmente? Ahí todavía estábamos hablando de un nido de víboras—. No voy a huir. No estoy enojada. Ni siquiera estoy particularmente sorprendida. Pero... necesito una maldita prueba de que eres capaz de mantener el control, de tomar la decisión correcta, incluso cuando matar a alguien sería la opción más fácil.

Rafael me miró como si hubiera perdido la cabeza. Sin embargo, lo que decía no era tan descabellado como probablemente él quería hacerlo parecer. Necesitaba una prueba. Algo en lo que pudiera confiar.

—No soy un asesino en serie, Andra —respondió finalmente. Demasiado controlado—. No llevo dentro de mí la necesidad de matar personas al azar.

—Soy muy consciente de eso. Y aun así, matar personas está casi en tu agenda diaria.

—Lo que me pides es imposible. —El gruñido profundo en su pecho dejaba claro inequívocamente que este era un tema sobre el que no iba a discutir. Y sin embargo, yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar simplemente.

No se desvanecía en el aire solo porque él no se sintiera capaz de tener una conversación apropiada al respecto.

—Rafael... —protesté, solo para mirar perpleja cómo se levantaba, ponía las manos en su cinturón y lo sacaba de las presillas de sus pantalones.

Levanté una ceja, insegura de lo que estaba haciendo. Cuando se volvió hacia mí, un escalofrío helado recorrió mi espalda.

—Pero con gusto puedo demostrarte cómo es el autocontrol que ejerzo sobre mí mismo. Puedo probarte que cada decisión que tomo la tengo conscientemente en mis manos. Puedo mostrarte que he interiorizado la diferencia entre violencia y algo más. Si eso te tranquiliza... — No me dejó responder a eso.

Ni protestar.

Al momento siguiente, el maldito cinturón se apretó alrededor de mi cuello y con un simple tirón me obligó a ponerme de pie para estar frente a él. Aunque solo sostenía el cinturón ligeramente, sentía la presión del cuero en mi piel. Un poco más de tensión y se clavaría en mi garganta, cortándome el suministro de aire y sangre por igual.

Y como si eso no fuera suficiente, también sentí el efecto que este repentino cambio en la situación tenía en mi cuerpo. Salí de la nerviosa reacción de instinto de huida y en su lugar sentí el calor que corría por mis venas como si hubiera estado allí todo el tiempo.

Tragué saliva cuando el foco completo de su mirada se dirigió hacia mí y ahora también quemaba mi piel, aunque el aire nocturno era relativamente fresco.

—De rodillas —ordenó en un tono áspero y con eso inmediatamente hizo que mi cuerpo se pusiera en piloto automático. La configuración predeterminada parecía incluir obedecerlo. No importaba lo que hiciera. No importaba lo que dijera.

Me puse de rodillas, solo para descubrir que eso no mejoraba mi respiración. Al contrario. Apenas unos segundos después de que mis rodillas se hundieran en el suelo arenoso, sentí que mi cabeza se volvía gradualmente más ligera. Todos los pensamientos que me habían atormentado antes se difuminaron con el fondo. Ya no importaban.

—Abre la boca. Y saca la lengua.

Mi corazón tropezó. No era la primera vez que me arrodillaba ante él y escuchaba estas palabras. Pero definitivamente era la primera vez que había un cinturón alrededor de mi cuello mientras lo hacía, lo que restringía severamente mi respiración.

Aun así, hice exactamente lo que me había dicho, solo para sentir al momento siguiente cómo sus dedos se deslizaban sobre mi lengua, adentrándose más en mi garganta. Levanté la mirada hacia él cuando alcanzó mi garganta, solo para no perderme el momento en que una expresión de interés se extendió por su rostro.

Sus dedos todavía sabían ligeramente a cobre. Los restos de la sangre que había derramado. Pero... no despertó nada en mí.

En su lugar, cerré los labios alrededor de las puntas de sus dedos, pasé la lengua sobre ellos y ejercí un ligero movimiento de succión, porque sabía exactamente lo que eso provocaba en él.

Rafael frunció el ceño antes de retirarme los dedos. De repente, hubo más tensión en el cinturón y por un momento vi estrellas, suprimiendo automáticamente la arcada.

—¿Sabes lo condenadamente bien que se sentirá cuando mi polla esté en tu garganta y pueda controlar lo apretada que me rodea?

Se me cortó la respiración. Esta vez no por el cinturón, sino por la elección directa de palabras. Pero tampoco en este aspecto me dio tiempo para pensar. Con la mano libre, agarró sus pantalones, los bajó un poco y se acercó a mí. Una ceja levantada expectante, no se necesitó más para que abriera la boca de nuevo. Esta vez no fueron sus dedos los que recibí, sino su polla. Y se deslizó sin resistencia hasta mi garganta y más allá, lo que me hizo recordar cuánto tiempo había pasado realmente en esta posición. Pero también me di cuenta de que lo disfrutaba cada vez de nuevo. El calor entre mis piernas lo atestiguaba. La humedad que sentía cuando movía ligeramente mis caderas, porque ese deseo crecía dentro de mí y eclipsaba todo lo demás.

Rafael cumplió su afirmación anterior incluso antes de que me hubiera acostumbrado realmente a que reclamara mi boca y garganta con tanta facilidad. Apenas había tomado conciencia de la invasión cuando tiró de su extremo del cinturón, y el cuero y la hebilla se clavaron más profundamente en mi garganta.

Pero el pánico por no ser capaz de respirar no apareció. En su lugar, flotaba por mi mente el conocimiento de que Rafael sabía exactamente lo que estaba haciendo. Mientras se movía mínimamente, mientras variaba la presión, mientras me acariciaba el pelo, elogiándome indirectamente por lo que estaba soportando por él.

Pero sus dedos no se quedaron en mi pelo, sino que se desplazaron a mi garganta y al bulto que se sentía allí. Lo recorrió. Con reverencia. Con admiración.

—¿Ves? Tu garganta se cierra perfectamente alrededor de mi polla. Tan apretada que podría correrme solo con la idea. Me pregunto qué provoca en ti. Pánico no, desde luego. No te resistes. En tus ojos no leo más que calma y confianza...

Un gemido escapó de su boca cuando deslicé mi lengua por su eje. Si me concentraba, incluso podía sentir sus piercings.

Por un breve momento se retiró, permitiéndome respirar profundamente... pero no duró mucho. En su lugar, usó el cinturón para dirigir mi cabeza. Me atrajo hacia él hasta que el último centímetro de su polla estuvo en mi boca, solo para empujarme lejos. Rápido, lento, en un ritmo que no había conocido antes. Variaba, pero una cosa permanecía siempre igual. Cuando estaba profundamente en mi garganta, pasando el pulgar por mi cuello y reajustando cuidadosamente el cinturón alrededor, era un sonido más que complacido el que salía de su boca y llenaba la noche a nuestro alrededor.

En algún momento cerré los ojos, ignorando completamente que las lágrimas humedecían mis pestañas. Solo quedaba la polla de Rafael, el control que ejercía y el hecho de que entre mis piernas palpitaba al mismo ritmo que él usaba para follar mi boca.

Porque no era otra cosa. Estaba follando mi boca, y al mismo tiempo mis pensamientos. Tan duro que olvidé. Que disipaba las dudas. Aquellas de las que había sido consciente, y aquellas que hasta ahora habían permanecido ocultas.

Me llenaba por completo. Cada centímetro de mi mente y cada uno de mi garganta. Una combinación bizarra, no lo que le había pedido, y sin embargo tan condenadamente efectiva que ni siquiera encontré una razón para quejarme de la brutal manera en que procedía.

Más tarde, mi garganta llevaría las marcas de lo que había ocurrido aquí, pero no podría importarme menos. Era la prueba que había exigido. La prueba de que Rafael sabía lo que hacía y tomaba decisiones activas, en lugar de simplemente hacer algo porque era el procedimiento del cártel.

Una y otra vez, el aire se me quedaba atrapado en los pulmones, y cuanto más controlaba mi respiración, más libre y ligera me sentía. Para entonces, una de mis manos también descansaba entre mis piernas, presionando contra la tela de los vaqueros, en un intento desesperado de que hubiera suficiente fricción entre ella y mi coño para hacerme aún más feliz. Para quitarle el filo agudo a la excitación que se clavaba en mi bajo vientre sin haber sido satisfecha hasta ahora.

Justo antes de correrse en mi garganta, Rafael se retiró y me puso de pie, todavía ayudándose con el cinturón. Lo quitó de mi cuello, solo para reemplazarlo con su mano. Mi cuerpo chocó contra el suyo, lo que envió una serie de rayos electrizantes a través de mí. Cada fibra estaba en llamas y exigía más. Normalmente, para eso se necesitaba oxígeno, pero Rafael se las había arreglado de alguna manera para alimentarlas con lo contrario y ahora se enfrentaba a algo que necesitaba más que sexo oral.

Pero la expresión en sus ojos me decía algo que realmente no quería oír. Porque no iba a conseguir más.

En su lugar, se inclinó un poco hacia abajo, de modo que se me puso la piel de gallina en todo el cuerpo una vez más. Lo que dijo me atravesó hasta la médula, incluso en este estado entre aturdida y eufórica.

—Lo tengo todo bajo control, Andra. Yo decido. Y a ti jamás te mataría. Pero a cualquier hombre que se interponga en mi camino, que me amenace o que apunte un arma a mi cabeza, lo mataré sin pensarlo dos veces —Su pulgar se deslizó por mi garganta una última vez antes de soltarme—. No lo olvides, porque no te lo voy a demostrar otra vez.

Al menos eso dijo. Aunque quedaba por ver si podría resistirse la próxima vez que le ofreciera gasolina y cerillas.

Rafael señaló con la cabeza hacia el coche. —Y ahora vamos a buscar un helado nuevo. O lo que se te antoje, *mi media naranja*.

RAFAEL

Con los brazos cruzados, Talia se apoyaba en el vehículo negro, alternando su mirada entre mí y el jet privado que esperaba. Una profunda arruga se había formado entre sus cejas, y parecía que toda la situación aún la inquietaba. En eso no era diferente al resto de nosotros, solo que se trataba de su familia inmediata contra la que yo actuaría, y ninguno de nosotros sabía cuál sería el resultado final.

Aunque le había prometido que solo pondría una diana en la espalda de su padre, eso no significaba que todo lo demás transcurriría sin complicaciones.

—He intentado contactar con Ares. El mensaje era suyo, reconozco su letra, pero... todo este tiempo pensé que estaba del lado de mi padre —dijo ella. Lo primero que salía de su boca desde que habíamos llegado al hangar.

—Es posible que no tuviera otra opción más que hacer lo que tu padre le exigía. —Así era a menudo cuando uno estaba atrapado en una familia criminal. Con frecuencia, simplemente no había otra posibilidad que hacer lo que el jefe ordenaba. Uno se encontraba en una peligrosa dependencia que rara vez terminaba con la muerte del jefe. Siempre había excepciones, pero en general, al final era lo mismo en todas partes.

—¿Y cuando se trató de un niño inocente, de repente descubrió su lado tierno?

—O una oportunidad para promover sus propios intereses y ambiciones —murmuré.

Una vez que el viejo Ferrante estuviera fuera del camino, el puesto de jefe quedaría vacante, y por regla general, pasaría sin problemas al hijo mayor. El propio Ares difícilmente se arriesgaría a matar a su propio padre, pero si alguien más lo hacía y ese alguien tenía una buena razón para ello...

Quizás yo solo fuera un medio para un fin, pero ¿importaba eso al final, cuando ya era más que hora de que Ferrante recibiera su justo castigo? En la *la noche roja* nos había traicionado a todos, ahora había decidido reclamar algún extraño derecho sobre el hijo de Talia —su nieto— y en lugar de hacer lo que haría un abuelo normal, simplemente decidió hacerlo secuestrar.

A través de mi esposa.

Quien se habría quitado la vida antes que entregar al heredero de Santiago.

¿Por qué Ferrante no había podido mostrar la misma disciplina que Ángel Rojas, el padre de Santiago, y pedir una visita para conocer al nuevo miembro de la familia?

Incluso después del año pasado y todo lo que había sucedido, seguramente Talia habría encontrado en su interior la forma de convencer a su marido de que estaba bien tender los primeros puentes y trabajar hacia la paz.

En cambio, Ferrante había elegido el único camino que le valía una diana en la frente. Una verdadera lástima, realmente. Al menos, eso es lo que seguiría comunicando externamente,

porque internamente era muy diferente. Me alegraba poder deshacerme finalmente del bastardo. Poder ponerle fin porque había dañado a *mi* familia directa o indirectamente demasiadas veces.

—Lo averiguarás cuando estés allí —respondió Talia finalmente—. Aunque sigo pensando que es imprudente que vuelas solo, pero...

—Pero no puedes convencerme de lo contrario. Ya hemos pasado por esto.

—¿Y si ya te está esperando?

—No sobreviviré, no importa cuántos hombres ponga entre él y yo. No necesito refuerzos para eso.

—Ese es un pensamiento insensato.

—No, es el único correcto, después de todo lo que ha hecho.

Talia pareció aceptar, al menos por el momento, lo que acababa de decir. Pero nuestra conversación aún no había terminado. —¿Sabes qué he estado pensando estos días?

Levanté una ceja interrogante.

—¿Y si estuvo aquí? ¿En Málaga? ¿Si amenazó a Andra en el hospital y esperó en el aeropuerto a que el mensajero le entregara a mi hijo?

—¿Crees que se atrevería a entrar en la ciudad?

—Creo que en los últimos años se ha vuelto mucho más agresivo y se considera el intocable jefe del *Chicago Outfit*. —Se inclinó hacia adelante y me entregó una nota doblada—. La dirección. Y el plano de la casa. Su dormitorio es prácticamente una caja de cristal. Tanto para ser intocable.

Independientemente de cómo creyera que estaba demostrando su poder, en unas pocas horas le recordaría su propia mortalidad. Todo este tiempo me había contenido y aceptado que existía en el mismo planeta que yo. Pero con Andra, lo que le había hecho y dicho —quizás incluso en persona, si Talia tenía razón—, se había cruzado un límite del que no se recuperaría.

—Gracias —respondí en voz baja y tomé la nota.

Santiago había decidido quedarse en la *Alcazaba* para mantener más conversaciones con la Bratva y los *Peaky Blinders*, para establecer lo antes posible quién ocuparía los puestos vacantes dentro de la policía, dándonos una ventaja aún mayor en el futuro.

Andra también asistía a las conversaciones, y eso era absolutamente correcto, aunque no me sentía cómodo dejándola sola por un tiempo indefinido. Lo que existía entre nosotros se sentía particularmente frágil en este momento. Como si dependiera del resultado de mi breve viaje a los Estados Unidos.

Aparentemente, Talia logró interpretar correctamente la expresión de mi rostro, pues dejó escapar un suave suspiro. —Está en buenas manos. Y como ya te he asegurado un millón de veces, ni Santiago ni yo estamos interesados en hacerle daño. Ella no sabía lo que hacía... y por lo que casi decidió hacer... créeme, todos nos aseguraremos de que vuelva al buen camino.

—Eso sigue siendo mi culpa. ¿Eres consciente de eso?

Talia se encogió de hombros antes de dejarlos caer. —Te conozco, Rafael. Solo querías lo mejor para ella. Andra me contó lo que pasó entonces. Las circunstancias en las que creció. Hemos revisado ese maldito expediente. Juntas destruimos cada uno de los cargos que mi padre fabricó. Cada acusación es nula. Ahora se necesita tiempo, y el estímulo adecuado. Ella debe reconocer que este cártel defiende valores que también puede aceptar.

—¿Y qué tienes en mente al respecto? Ella me vio matar a seis policías.

—Para evitar lo que mi padre la había amenazado con hacer. Además, sé lo que pasó después. Pude *verlo*.

—¿Crees que es saludable?

Ella inclinó la cabeza. —No. Pero creo que es una oportunidad para encontrar un acceso a todo el tema con el que ella pueda lidiar. Te ama. Te necesita. Y aceptará todo lo demás y aprenderá a manejarlo si sigues dándole una buena razón para hacerlo.

A mi lado, cerré el puño. Así es como funciona cuando estás casado. No siempre ambas partes traen la misma cantidad de amor a la mesa. A veces uno tiene que dar más. A veces el otro. Algunos días te aferras a esa cuerda delgada, esperando no caer al abismo.

—Si te tranquiliza... tuve una breve conversación con Azahar. Nos visitará. Por lo demás, no conozco a nadie que haya tropezado con este mundo como forastero —añadió después de unos segundos.

Azahar era la madre que todos necesitábamos en secreto. El tiempo al lado de Ángel la había endurecido, convirtiéndola en una mujer dura que usaba su agudeza mental para elevarse metros por encima de los demás, pero con las personas cercanas a ella era... adorable. Suave. El ángel que Ángel llevaba en su nombre, pero que de ninguna manera tenía dentro.

Al menos podría hablar con Andra de una manera que ninguno de nosotros podía ofrecerle. Sin embargo, esto también significaba la presencia de Ángel en la ciudad, lo que a su vez ponía a Santiago en una posición interesante.

Probablemente escucharía lo que su padre pensaba sobre los desarrollos que lentamente se estaban mostrando en Málaga. Su cooperación con los rusos, que gracias a la conexión de Nikifarov con la hija de Cahal Sinclair, ahora se comunicaban maravillosamente con los escoceses. Además, estaba Kera, que se involucraba en los asuntos de la Bratva. Mucha gente en una mesa. Como antes, antes de que todo saliera mal.

—Probablemente estaré de vuelta aquí más rápido de lo que todos creen. —¿Cuánto tiempo tomaría matar al bastardo? Por mucho que quisiera hacerlo sufrir, verlo morir dolorosamente, no tenía la intención de insultar al nuevo jefe del *Outfit*; si queríamos mantener algún tipo de cooperación razonable en el futuro, tenía que llevarme bien con Ares en nombre del cártel. —Si por casualidad me cruzo con tu hermano... ¿qué quieres que le diga?

—Le das las gracias y le dices que más le vale ponerse en contacto con su hermanita si no quiere que le patee el trasero en un futuro próximo.

Me contuve de sonreír y asentí seriamente. —Antes de subirme a ese avión, Talia... ¿Cuál es la postura de tu familia respecto al veneno?

Esta pregunta la hizo chasquear la lengua y hacer una pausa por un momento. —Andra me lo contó. Pero si eso era con lo que la amenazaron, ya no estaría viva.

—Mi pregunta era otra.

—La madre de mi madre era conocida como la *Viuda Negra*. Se dice que está instruida en los fundamentos de la antigua y moderna elaboración de venenos. Hay muchos casos de asesinato en los que se rumorea que tuvo algo que ver, pero al final ni siquiera se pudo detectar veneno en los muertos. Es vieja. Demente. Y si es cierto, nunca le pasó el conocimiento a mi madre. Aunque eso también podría deberse a su mala relación —explicó y al final se encogió de hombros—. Si me preguntas, eso fue algún mal teatro de mi padre, nada más.

Y aun así, Santiago había cambiado repentinamente a nuevos proveedores de alimentos y había hecho un secreto muy bien guardado de cuáles eran sus fuentes.

Como si de repente viviéramos en la Edad Media y necesitáramos un maldito catador para todo lo que consumimos.

—Si te tranquiliza, puedo ponerme en contacto con Ares después de tu regreso y averiguar cuáles fueron los antecedentes.

—O puedo preguntarle yo mismo.

—No te lo diré, incluso si sabe algo al respecto. Está orgulloso de llevar el apellido Ferrante. La familia está en primer lugar y... bueno. Cuando hace algo, lo hace con todo lo que tiene. Es... intenso, por decirlo amablemente.

Levanté una ceja. —Ya veremos, ¿no?

—Tú seguramente lo verás, me alegro de poder quedarme en España y no tener nada que ver con eso.

—Cesare sabrá que me diste todo lo que necesitaba para encontrarlo.

Talia se encogió de hombros. —Entonces también sabrá que al final fue su hija quien decidió sobre su último aliento. Se lo merece. Me mantengo firme en eso. Ya lo dije el año pasado, pero esta vez es la absoluta verdad. Quería secuestrar a mi hijo, Rafael. Mi hijo, que aún no tiene ni un año y es la razón por la que Santiago no se pierde en la culpa y el pasado. Si hubiera logrado lo que planeaba... Santiago habría arrasado con todo hasta encontrarlo. Te doy mi palabra.

—Y tú le habrías dado la cerilla para prenderlo todo. Soy muy consciente de eso, Talia, aunque seas condenadamente buena ocultándolo todo.

Una sonrisa se extendió por su rostro. —Al menos nos basta con un emoji de corazón por WhatsApp. No sé cómo me sentiría si encontrara un corazón humano en la mesa del desayuno. Como prueba de amor.

—Bueno saberlo, que estás tan bien informada sobre la vida privada de la gente fuera de la *Alcazaba* —murmuré, antes de agarrar la bolsa de deporte en la que había empacado todo para mi breve viaje a los Estados Unidos.

Poco a poco era hora de dejar España para poder actuar bajo el amparo de la oscuridad una vez que llegara a Chicago.

Mientras me preparaba, Talia observaba atentamente cada uno de mis movimientos.

—No vas a venir de improvisto —dije después de unos segundos, sin mirar en su dirección.

—Pero...

—No. Santiago primero me arrancará la cabeza a mí y luego a ti. Te quedas aquí. En Málaga.

—Qué lástima —refunfuñó ella.

Sin embargo, Talia no tenía ninguna buena razón para quedarse en los Estados Unidos mientras yo hacía de segador para su padre. Si después surgían complicaciones u otros problemas, tendría que velar no solo por mi seguridad, sino también por la suya. Difícilmente podría asumir esa responsabilidad con la conciencia tranquila.

Sin decir una palabra más, me dirigí hacia el jet privado que esperaba.

—¡Cúidate, Cortez! Si no vuelves vivo, hay un montón de gente que te pateará el trasero por ello.

Negué con la cabeza casi imperceptiblemente. Por supuesto que volvería vivo. La muerte de Ferrante era solo una parada intermedia. La historia de Andra y yo aún no había terminado. Teníamos años que recuperar, y ciertamente no iba a arriesgarme a que me mataran prematuramente. Por estupidez.

Tan pronto como estuve en el avión, guardé la bolsa y me dejé caer en uno de los asientos. Por la ventana miré en dirección a Talia, que seguía apoyada en el coche y ahora me miraba con los ojos entornados.

Tan condenadamente joven. Con tanta influencia. Si algún día Santiago ya no fuera capaz de dirigir el cartel, en sus manos seguiría funcionando igual de bien, porque ella no era la única que se dejaba influir. Él también había ejercido influencia sobre ella y, a estas alturas, nadie negaba que a primera vista siempre se tenía miedo de Santiago, pero cuando uno pensaba en quién le respaldaba y quién era la mujer que estaba detrás de él, uno se daba cuenta rápidamente de que se

trataba de una poderosa conexión que merecía respeto.

O miedo a la muerte, dependiendo de lo que uno mismo tuviera que responder.

Lentamente, el jet privado salió del hangar y se dirigió hacia la pista. Tendría varias horas para estudiar la nota que Talia me había entregado antes de aterrizar más tarde en los Estados Unidos y dirigirme a la propiedad habitada por Ferrante y su familia.

Horas en las que también podría perderme en todas las fantasías que albergaba sobre su muerte.

Por supuesto, el jefe del *Chicago Outfit* vivía en una enorme mansión construida en una extensa propiedad. Sin duda, normalmente estaría rodeada de innumerables hombres, custodiada por un sofisticado sistema de seguridad, y entrar sería tan difícil como escapar de una prisión de máxima seguridad. Pero no esta noche.

Reinaba un silencio sepulcral y el único ruido de fondo que se colaba en mi conciencia era el chirrido de los grillos y el rumor de los coches que pasaban por las carreteras cercanas. Por lo demás, no había nada.

Ni hombres charlando sobre su servicio o su turno. Ni perros ladrando en respuesta a mi presencia.

Era plena noche, y la propiedad ya parecía muerta ante mí. Desde mi posición, ni siquiera podía ver una luz. Solo una silueta solitaria que esperaba justo al lado del camino de entrada.

Esperándome.

Al menos eso me decía mi instinto, pero también me aconsejaba proceder con cautela, porque aunque podía hacer una estimación, al final no podía decir si se trataba de una trampa en la que caería ciegamente si no prestaba atención a lo que ocurría en las inmediaciones.

Era difícil creer que un hombre como Ferrante prescindiera de todas las medidas de seguridad, así que consideraba muy improbable que esto fuera obra suya. A menos que fuera una farsa para atraerme a una trampa de la que no sospechaba nada. Sin embargo, lo que consideraba mucho más probable era que todo esto se debiera a otro hombre.

Aquel que había advertido a su hermana, aunque en realidad estaba del lado del enemigo. Ares Ferrante, el hijo mayor y heredero del *Outfit*, por razones inexplicables, algo le iba a pasar a su padre en un futuro próximo.

Si estaba en lo cierto, también era él quien me esperaba en el camino de entrada. Seguramente ya sabía de mi presencia. La había esperado y, finalmente, también la había notado. No era difícil si uno iba por la vida con los ojos abiertos. Ese era el error de tanta gente: siempre veían solo lo que querían ver... nunca lo que ocurría justo delante de sus ojos y que requería al menos la misma atención que todo lo demás.

Después de un buen rato de esperar a ver si pasaba algo, decidí abandonar mi posición y enfrentarme a lo inevitable.

Lentamente subí por el camino de entrada, recordando la historia que Talia había contado el año pasado: cómo había salvado a su padre de una bala que sin duda habría sido mortal.

Esta noche nadie salvaría la vida de su padre. Al contrario, Talia era quien indirectamente me había enviado a ponerle fin de una vez por todas y asegurarse de que nunca más volviera a hacerle daño a ella, a su hijo y al cártel. Ni siquiera se le ocurriría... después de todo, pronto estaría varios metros bajo tierra y su cabeza, ya solo por el enorme agujero que tendría, no sería capaz de formar un pensamiento.

Cuando ya había recorrido la mitad del camino de entrada, la persona que esperaba vino a mi encuentro. Y como había sospechado, se trataba de Ares, cuyo rostro me resultaba bastante familiar por su visita a Málaga el año pasado.

Parecía impecable. Los zapatos caros, los finos pantalones de traje, la camisa oscura con las mangas remangadas sobre los musculosos antebrazos. Sin embargo, una mirada a su rostro revelaba que por dentro no estaba tan limpio. Sus ojos parecían los de un hombre perseguido, y la sombra de barba en sus mejillas indicaba claramente que los últimos días había luchado con muchas preocupaciones.

Sin embargo, me tendió la mano. Y yo la tomé.

Dos hombres que no podían ser más diferentes. Sin embargo, perseguíamos un objetivo común.

—¿Cómo está Talia? —fue su primera pregunta, que casi fue engullida por la noche que nos rodeaba.

—¿Realmente necesitas una respuesta a eso?

—Si te ha dado la dirección... no.

Asentí. —Y tú ya me esperabas. ¿Qué me dice eso?

Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y se encogió de hombros. —Que creo que ha ido demasiado lejos. No tiene derecho sobre el hijo de mi hermana. Y menos aún está en lo correcto si cree que puede secuestrarlo.

Por supuesto, yo era consciente de que a Ares solo le importaba su hermana en este asunto, pero escuchar que todo su enfoque estaba en eso y no en otros puntos que también habían jugado un papel, era extraño.

—Y aun así no vengo solo por Ramón. Tu padre amenazó a mi esposa. Durante meses. La secuestró, la amenazó con cosas que preferiría no repetir... y su traición fue la que costó la vida a muchas personas en aquel entonces.

Inclinó la cabeza. En sus ojos ardía fuego. —Los pecados de mi padre no son los míos, Rafael Cortez. No me interpondré en tu camino mientras haces lo que debes hacer. Y no continuaré la disputa con España cuando el *Outfit* esté en mis manos.

—Tu hermana espera una llamada tuya pronto.

—¿Debo discutir con ella las circunstancias de una colaboración?

—Ofenderías a Santiago si no lo hicieras. —Lo cual era, por supuesto, solo una amable sugerencia; si creía que era mejor hablar con él directamente, que se metiera en ese avispero. Yo no lo detendría, al contrario. En realidad, tenía muchas ganas de ver el espectáculo que se desarrollaría desde primera fila.

—Bueno saberlo —murmuró y asintió hacia la puerta de entrada.

—¿Tu hermano? ¿Tu madre?

—Ninguno está en casa. Los envié fuera. A un evento en la ciudad. No volverán hasta el amanecer. Junto con los hombres que envié para protegerlos. Y mi padre... duerme. Como si hubiera tomado su whisky después de la cena con una pastilla para dormir.

Sorprendido, levanté una ceja. Ares ya había considerado y eliminado todos los posibles obstáculos antes de mi llegada. Como si todo hubiera sido planeado con mucha antelación y solo hubiera estado esperando para ponerlo en práctica.

Pero yo no estaba aquí para juzgarlo. No estaba aquí para evaluar cuánto debía odiar a su padre para hacer todo esto. Tranquilo y sereno, sin actuar precipitadamente y sin revelar nada de lo que estaba sucediendo en el trasfondo.

¿Sospechaba el viejo Ferrante algo de la calamidad que se movía en su dirección? ¿O la

comprensión lo golpearía solo cuando no despertara mañana por la mañana?

Sin desperdiciar otra palabra con Ares Ferrante, subí las escaleras y atravesé la puerta. No necesitaba más de lo que llevaba conmigo. Un cuchillo. Una pistola. Mis cinco sentidos, tan agudizados que no se me escapaba nada.

Aparentemente, la casa estaba realmente vacía, porque no escuchaba nada más que mis propios pasos, que me llevaban por los pasillos hacia el dormitorio. Probablemente sería su esposa quien lo encontraría muerto en su cama más tarde. Sin embargo, ese era un problema con el que Ares tendría que lidiar. Quién sabía cómo era realmente la relación de sus padres. A mí me había parecido durante el último año que este hombre tenía a todos bajo un control férreo, diciéndoles cómo debían comportarse, qué debían creer y cómo debían tratar a Talia, incluso si tenían una perspectiva diferente a la del propio Ferrante.

Le había quitado a ella la única familia que había conocido toda su vida y obviamente no había soportado bien ser excluido de ella. No tener más control sobre su hija. Poder determinar a quién amaba, con quién se casaba, siempre y cuando tuviera un propósito para él mismo.

Santiago había sido inútil para él. Y en consecuencia, debía haber decidido al menos apropiarse de algo que le traería algún beneficio después. El niño.

Desafortunadamente, Ferrante tenía la tendencia de subestimar a todas las personas a su alrededor porque se consideraba a sí mismo intocable. Inalcanzable. Como si fuera un dios en el Olimpo que ciertamente no moriría por un simple mortal.

Lamentablemente, pronto le daría una lección al respecto, aunque él no se daría cuenta porque Ares aparentemente había optado por una variante relativamente humana. Otros hombres probablemente habrían tenido escrúpulos para disparar a un hombre indefenso mientras dormía. O cortarle la garganta.

A mí no me afectaba.

Mientras estuviera muerto al final, las circunstancias no me importaban. Un accidente de coche, un tiroteo, un accidente tonto. Mi propia mano. No importaba, lo principal era que diera su último aliento y el mundo finalmente se liberara de un tirano que había soportado durante demasiado tiempo.

La última noche de Cesare Ferrante en la Tierra había llegado, y si hubiera sospechado algo de esto, probablemente no se habría acostado tranquilamente en su cama esta noche.

No hice ningún secreto de mi presencia.

Abrí la puerta de su dormitorio como si toda la maldita casa me perteneciera. Si se despertaba, *bien*. Si no, *mala suerte para él*. Se perdería su propia muerte. Una lástima, ciertamente, pero soportable, considerando la paz que el mero acto me traería.

Aún en el avión, había memorizado los detalles de su casa, y aun así ahora no me molesté en encender el interruptor de la luz, sino que crucé la habitación en la penumbra hasta que estuve directamente frente a la enorme cama. Un lado estaba vacío, en el otro descubrí la figura de un hombre bajo la sábana.

Roncaba.

No importa cuánto poder uno tenga, hay momentos en la vida de uno en los que nadie lo percibe. Mientras uno está sentado en el inodoro. De pie en la ducha. Y también cuando uno duerme. No importa cuán peligrosa sea el aura de uno normalmente, tan pronto como uno ya no tiene control consciente sobre ella, desaparece y lo convierte a uno en una persona relativamente normal. Alguien que es vulnerable. Que tiene puntos débiles.

Mientras reflexionaba sobre esto, lo miraba fijamente.

¿Realmente había estado de pie junto a la cama de mi esposa en el hospital, amenazándola

con quitarle la capacidad de tener hijos? ¿Le había hecho creer que era capaz de ponerme tras las rejas? ¿La había perturbado tan profundamente que había recurrido a un cuchillo?

La ira en mí despertó. Incluso si no había sido él mismo, había instruido a alguien para decir estas cosas, porque había sido capaz de identificar todos los puntos débiles de Andra. Como si fuera un sabueso que podía ver a través de las personas en un abrir y cerrar de ojos.

Entrecerré los ojos e incliné la cabeza. Una bala sería un puro desperdicio. Mucho más bonita era la idea de empapar la cama con su sangre, ver cómo se desangraba. Tal vez entonces se despertaría porque su instinto de supervivencia se activaría y suprimiría el efecto de los medicamentos por un breve momento... solo para darse cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir de alguna manera.

Un hombre como él no merecía misericordia. No merecía nada. ¿Quién amenazaba con desenterrar los restos de un niño inocente? ¿Quién amenazaba con convertir a una mujer en madre soltera?

Con un gruñido en el pecho, cerré los dedos alrededor del tablero al pie de la cama, agarrándome a él por un momento para recuperar el control. Todas las palabras que él le había dirigido a ella resonaban en mi cabeza como un maldito eco.

Casi había logrado destruir a mi esposa con ellas. Como un cobarde, se había abalanzado sobre ella en lugar de buscar una pelea de hombre a hombre. Su muerte sería un alivio, pero nunca suficiente venganza por todo lo que había hecho. Al menos no para mí, pues me llevaría mucho tiempo reparar todo lo que él había destruido con unas pocas palabras.

Andra saldría fortalecida de esto.

Pero nada de lo que condujo a ello habría sido necesario.

Con gesto sombrío, agarré el cuchillo de mi cinturón. Lo giré en la mano, observé la hoja y recordé a cuántas personas había separado ya de sus vidas. Ferrante sería el siguiente, eso estaba claro, aunque en ese momento estaba disfrutando a fondo del instante previo a su muerte.

Solté los dedos del pie de la cama y la rodeé hasta que estuve de pie justo a su lado. Si alguien me hubiera mostrado solo esta imagen de él, sin informarme de todos sus actos, lo habría considerado inocente. Pero como tenía exactamente ese conocimiento, lo agarré por el cuello, coloqué su cuerpo inerte en una posición diferente y coloqué la punta de la hoja justo debajo de su oreja izquierda.

—¿Últimas palabras, Ferrante? —gruñí, sabiendo muy bien que no estaba consciente—. ¿No? Qué lástima.

La primera gota de sangre rodó por el cuchillo. Observé fascinado, luego tiré de su cabeza hacia atrás y con un corte limpio y profundo abrí su garganta por completo. Todas las venas importantes. Músculos. Tendones. La piel que protegía todo eso. La sangre me salpicó con un gorgoteo horrible y torcí la boca cuando fluyó caliente sobre mis manos.

Aun así, seguí sujetándolo, asegurándome de que la sangre fluyera sin obstáculos y que no hubiera absolutamente ninguna posibilidad de salvarlo.

Incluso cuando la vida volvió a su cuerpo, lo mantuve sujeto. Luchó contra mi agarre, abrió los ojos de par en par, pero de su boca no salió nada más que el sonido gorgoteante de la sangre que llenaba su esófago y su tráquea. Sus cuerdas vocales habían sido víctimas de mi cuchillo.

Con pesar, me incliné frente a su cara para que pudiera ver la mía. ¿No podría haber despertado unos segundos antes en lugar de justo cuando ya casi había terminado todo?

—Esto es por mi esposa, Ferrante. Y por la traición que me llevó a tener que enterrar a mi hija. Saludos de tu hija. Ella me dijo dónde encontrarte. Fue una mala idea querer secuestrar a su hijo —le dije, muy consciente de que toda su atención estaba puesta en mí.

Pero no por mucho tiempo, pues su consciencia se le escapaba de los dedos lenta pero seguramente. Sentí cómo su cuerpo dejaba de funcionar. A su cerebro le faltaba sangre. Oxígeno. Sus órganos fallaban uno tras otro porque ya no había suministro. Sin sangre no hay vida, y a estas alturas había tanta sangre sobre y debajo de la cama que simplemente no tenía ninguna esperanza de salvación.

—Buen viaje, cabrón —gruñí finalmente y lo solté. Con un golpe sordo se desplomó de vuelta en la cama empapada. Me limpié las manos en los pantalones, al igual que la hoja.

Sin embargo, no salí de la habitación hasta que dio su último aliento. Y lo hizo en el momento en que guardé mi cuchillo de vuelta en la funda de mi cinturón.

Con los brazos cruzados, Ares me esperaba de nuevo frente a la casa. Su mirada estaba dirigida hacia el cielo, por lo que tardó unos segundos en notarme. Su mirada me recorrió, estudiando la sangre en mi ropa y los restos en mis manos.

—¿Entonces se acabó?

Asentí. —Está muerto. Felicidades por tu ascenso.

—Si no parecieras recién salido de una masacre, te habría invitado a tomar algo en un bar —murmuró—. Así que lamentablemente solo puedo ofrecerte un vaso de whisky de las reservas personales de mi... difunto padre.

—¿Estás practicando el tono afligido?

—Mis hombres tienen que creer mi dolor. Aunque fuera lo correcto —respondió encogiéndose de hombros—. Tienes que salir del país antes del amanecer. Para entonces, las noticias se habrán extendido como la pólvora.

Ares asintió con la barbilla hacia la puerta principal y se adelantó, con las manos de nuevo en los bolsillos del pantalón. Me condujo a una habitación oscurecida que, por las siluetas y contornos que pude distinguir, parecía una oficina. Mientras me ocupaba de tratar de ver más, escuché a Ares manipulando una botella y vasos en el fondo.

Después de unos segundos, me pasó un vaso de whisky y cerré los dedos alrededor. —¿Escocés?

Inclinó la cabeza después de entrar en mi campo de visión. —No lo obtenemos de los *Blinders*, si esa era la verdadera pregunta.

—Deberías intentarlo ahora que tienes toda la libertad. Jemima es una buena socia comercial.

—No sabía que ahora una mujer lideraba el clan.

—Es la hija del jefe. Santiago subvenciona su participación. —Todo lo que estaba diciendo no era más que una prueba. Quería saber cómo se difundía la información y con qué propósito se utilizaba. ¿La manejaría con confianza o intentaría usarla para su beneficio personal y seguir los pasos de su padre?

—Seguro que Thalassa puede darme una visión detallada de la situación actual en Málaga.

—Por supuesto que puede. La pregunta es si lo hará. Tendrás que ganarte su confianza después de que nadie acudiera en su ayuda el año pasado.

Negó con la cabeza muy levemente. —Ella sabe cómo era nuestro padre. Él tomaba las decisiones y determinaba qué hacer. Su plan original era casarla con un narcotraficante canadiense para tener mejor control sobre las fronteras.

Si Santiago se enteraba de eso, nunca más volvería a hacer negocios con Canadá, y seguramente también se aseguraría de que el hombre en cuestión olvidara su rostro lo antes

posible y no se le ocurriera, dentro de unos años, reclamar algún tipo de derecho.

—No debería haberla enviado a Málaga si ese era su plan —murmuré finalmente—. El error de Cesare fue simplemente creer que su hija nunca conocería a un hombre que le gustara, y en ese preciso momento, todo lo que le habían inculcado sobre sentimientos y relaciones falló. Así es cuando uno se enamora. No importa cuán fuerte sea la educación, al final los sentimientos son más grandes y ya no se pueden controlar.

—Lo que pasó, pasó. ¿No es así? Ahora está muerto. Pronto estará en una tumba y entonces a nadie le importarán las opiniones de un viejo.

—Entonces, en el futuro, todo dependerá de cómo manejes los asuntos del *Outfit*. Si no tienes cuidado, pronto las cinco familias de Nueva York rondarán sobre ustedes como buitres. Cuando el *Kingpin* muere, siempre se vuelve caótico.

—¿Y tú hablas por experiencia? —replicó, con un ligero tono burlón en su voz.

Lentamente, mis labios se curvaron en una sonrisa. Ángel gozaba de excelente salud, Santiago también estaba bien. El día en que uno de los dos ya no estuviera entre los vivos, pasaría a los anales no escritos como el día más oscuro en la historia del cártel. —Experiencia en vivir dentro de una organización criminal, sí.

—Tal vez debería contratarte como mi asesor. No a Ker.

Se me escapó un resoplido. —Tengo un contrato de por vida con Santiago. Eso no va a cambiar.

—Mi hermana parece tener uno de esos ahora también.

Una declaración que ciertamente me hizo sonreír. —Llámalas. Fórmate tu propia opinión. Si fuera un hombre, la respetarías. Quizás deberías aprender a mostrar el mismo respeto a las mujeres.

—Nuestras mujeres aquí no tienen voz en los asuntos de negocios.

—Y en general no tienen muchos derechos, ¿verdad? Quedarse quietas y verse bonitas no es precisamente la cualidad que buscamos en nuestras mujeres en España.

—Afortunadamente, no estamos en España —respondió con voz apagada.

—Algún día te darás cuenta de lo que te estás perdiendo. —Con eso, levanté mi vaso, bebí el último sorbo y luego lo limpié. No le haría el regalo de mis huellas dactilares o mi ADN. Ambos solo jugarían a su favor si finalmente decidía liderar una cruzada contra el cártel Rojas.

Luego, coloqué el vaso en la cómoda. —Fue un placer conocerte, Ares. Estoy ansioso por ver adónde te lleva tu viaje.

Con estas palabras, di media vuelta. Su hospitalidad pronto llegaría a su fin. No quería estar presente cuando difundiera la noticia de que Cesare Ferrante había sido asesinado mientras dormía. Preferiblemente, quería estar de vuelta en España para entonces, seguramente encerrado entre los gruesos muros de la *Alcazaba*.

Ares no respondió a mi despedida, así que me fui. Salí por la puerta, bajé por el camino de entrada y atravesé la reja. No me detuve hasta que llegué al coche de alquiler y luego conduje directamente de vuelta al aeropuerto, donde el jet privado ya me estaba esperando.

Incluso cuando subí, mantuve la mirada atenta hacia afuera, no del todo convencido de que no me seguiría. Pero Ares Ferrante se conformó con las dos conversaciones que habíamos tenido.

Sin embargo, no podía juzgar si eso era una buena señal.

ANDRA

La piscina detrás de la *Alcazaba* estaba en la sombra y, salvo por el murmullo del agua, sumida en un silencio absoluto, probablemente porque el heredero del cártel Rojas había elegido mi regazo como lugar para su siesta mientras flotábamos en un colchón inflable por dicha piscina. Su cabeza descansaba cálida sobre mi vientre, y después de los primeros minutos en los que el pánico se había rebelado en mí y el músculo debajo de mi ojo había palpitado como loco, ahora podía decir con absoluta certeza que el contacto físico con un bebé no me estaba provocando una segunda muerte agonizante.

Al contrario. Esta criatura indefensa y dulce como el azúcar despertaba en mí instintos maternos que había enterrado muy, muy profundo. Con una mano en su espalda, me aseguraba de que no se moviera mientras dormía, pero aparte de eso, se sentía condenadamente natural.

Además, me distraía, lo cual no había esperado. Algo que en realidad temía me distraía de otra cosa que me preocupaba. Una manera realmente extraña de lidiar con mi problema. Mientras funcionara, sin embargo...

Ya sabíamos que la excursión de Rafael a los Estados Unidos había sido un éxito. La noticia se había difundido tan rápidamente hacía unas horas que no había tardado mucho en que las fuentes correspondientes informaran también de la muerte de Cesare Ferrante en España.

Asesinado en su cama, mientras dormía plácidamente. Una idea extraña, cuando yo estaba segura de que Rafael no habría podido contener la ira acumulada. Un corte limpio en la garganta era la variante más humana en este caso.

Lentamente, se fue colando en mi conciencia que Talia y Santiago conversaban a unos metros de distancia, pero con todas las conversaciones que había escuchado en las últimas veinticuatro horas, ahora me resultaba increíblemente fácil simplemente ignorarlos y, en su lugar, cerrar los ojos y concentrarme en otra cosa. El agua debajo de mí. O el niño, que no tenía ni idea de que alguna vez había fallado en proteger a alguien que lo merecía.

La breve visita de Ángel y Azahar pasó por mi mente y, por lo tanto, también lo que había aprendido entre líneas de esa mujer increíblemente inteligente.

Siempre se dice que el tiempo y el espacio lo mejoran todo. El tiempo cura las heridas, ¿no? Si uno se aferra a la vida el tiempo suficiente, llega el momento en que alguien logra racionalizar todos los pensamientos negativos, atraparte antes de que caigas al suelo y tomar el control cuando uno ya no puede hacerlo. Sabía que la muerte de Estelle había roto mi alma y que Rafael me había quitado mi hogar cuando decidió mentirme para protegerme.

Pero ahora también me daba cuenta de que no siempre me sentiría tan perdida como después de su muerte. No siempre se sentiría como si ella me persiguiera desde su tumba.

En los últimos años, simplemente me había faltado la comprensión que de alguna manera

unía todo esto y lo convertía en una explicación con la que pudiera lidiar.

Se necesitaba un hogar para sanar. Personas que representaran una familia y fueran capaces de atraparte. Dar un amor incondicional y otorgar confianza, incluso cuando resultara desafiante.

Pero eso no era posible, no si uno mismo no lograba mirar a los propios demonios a los ojos y expresarlos en palabras que otras personas también pudieran entender.

Había sido un error no contar nada. Guardar este secreto para mí en lugar de compartirlo con las personas capaces de eliminarlo. Todo el tiempo lo había tenido justo frente a mis narices, y aun así no había sido capaz de reconocerlo. ¿Cómo podría haberlo hecho, si durante la mayor parte de mi vida siempre se había tratado de que yo luchaba sola contra el resto del mundo?

Debí haber perdido el momento en que alguien me dijo que no estaba sola. Que no luchaba sola. Posiblemente había estado ciega, o este mensaje no se había gritado lo suficientemente fuerte en mi dirección. Al final, me resultaba difícil creer que había fallado en darme cuenta por mí misma.

¿Por qué había sido necesaria una conversación con Talia y Santiago para abrirme los ojos? ¿Por qué tenía que encariñarme con un niño que no era mío para poder poner todo en una perspectiva diferente? ¿Por qué el proceso de curación de las personas era tan diferente que no existía un medicamento metafórico universal que ayudara a todos por igual?

Pero aunque esto parecía resolver algunos de mis problemas, había otros que no superaría tan rápidamente. Tal vez con el tiempo, cuando superara los problemas que me aquejaban actualmente. Posiblemente entonces me vería capaz de lidiar con el cártel. Con los muertos. Y todo lo demás que de alguna manera sucedía en la *Alcazaba* y en la ciudad, sin que yo quisiera ser demasiado consciente de ello.

En un gesto tranquilizador para mí, deslicé mis dedos por el suave cabello de Ramón, solo para escuchar de nuevo como un eco en mi mente todas las amenazas que el hombre de Ferrante había pronunciado contra mí.

Aunque había permitido que Rafael removiera el implante, aunque había sido consciente de lo que posiblemente resultaría de ello, apenas me había atrevido a pensar en ello hasta ese momento en el hospital. Hasta que de repente me di cuenta de que, contra toda razón, me aferraba a los órganos en mi bajo vientre. Eran capaces de regalarme una familia, de darme una segunda oportunidad. Con Rafael. Con la vida. Con todo lo que alguna vez había sido importante para mí.

Escuchar que todo pendía de un hilo... se me puso la piel de gallina. Me había costado hablar de este tema incluso con Talia. Sacar a relucir algo que estaba tan profundamente arraigado en mí en cuanto al miedo, por las más diversas razones, que por un momento ni siquiera sabía cómo respirar correctamente.

Pero yo no era la primera en usar a Ramón para sanar viejas heridas. Para procesarlas. Rafael también lo había hecho, ya fuera consciente o inconscientemente, eso no importaba mucho. Él había encontrado una manera de hacer las paces con lo que lo había agobiado durante tanto tiempo.

Tal vez yo también lo lograría, y si requería una siesta no planificada y la insistencia de un niño que me usaba como cama sustituta... bueno, ¿cómo podía decir que no a eso?

Respiré profundamente, agradecida de que tanto Talia como Santiago fueran capaces de confiarme a su hijo a pesar de todo. Después de todo, habría sido más que comprensible si hubieran mantenido a Ramón lo más lejos posible de mí. En cambio, parecía natural dejarlo bajo mi cuidado siempre y cuando yo me sintiera cómoda con ello. Si no era así, simplemente podía retirarme y tomar distancia. Sin presión. Sin pánico.

Sentí que alguien se deslizaba en el agua a mi lado y asumí que era Talia, hasta que percibí un aroma más que familiar que hizo que mi pulso se disparara inmediatamente y me hizo sonreír automáticamente.

Ni siquiera el hecho de que yo hubiera presenciado cómo mató a seis policías cambió eso.

—Por favor, dime que no estás dormida —su voz áspera se abrió paso en mi conciencia.

Así que abrí los ojos y descubrí a Rafael en el agua junto a mí.

—Eso sería irresponsable —respondí en voz baja y levanté la mano que aún descansaba protectoramente sobre la cabeza de Ramón.

La mirada de Rafael siguió el movimiento y pude ver cómo cambió la expresión en su rostro.

—Lo que voy a decir ahora podría perturbarte —me advirtió.

—Últimamente te estás esforzando mucho en intentar perturbarme. ¿Quieres deshacerte de mí, Rafael?

—Al contrario —respondió con gravedad—. Quiero esto. Pero no con el hijo de Santiago, sino con el nuestro. Quiero que te quedes embarazada. Y quiero que me regales otro niño encantador. Y luego quiero volver a casa y sentir lo mismo que acabo de sentir cuando pude ver lo vulnerable que te haces al permitir finalmente que alguien recoja los pedazos.

Tragué saliva, ya sintiendo el escozor de las lágrimas en mis ojos. —Deberíamos visitarlos. Antes de... no sé. Simplemente deberíamos visitarlos.

—Me parecería bien —respondió.

Así que le tendí mi mano libre, antes de que nos arrastrara hacia el borde de la piscina para que él pudiera sentarse allí, mientras yo seguía en el colchón inflable.

Después de unos segundos, levanté la mirada hacia él. —¿Me cuentas sobre Chicago?

—¿Quieres oír algo de eso?

—No los detalles sangrientos... pero sí. Quiero que me lo cuentes, en lugar de cargar con todo tú solo.

RAFAEL

El sol sobre Málaga se había puesto hace tiempo, pero eso no nos impidió a Santiago y a mí organizar una cena tardía en la terraza, a solas, ya que Talia y Andra habían decidido proyectar la película más reciente en una pantalla justo frente a la piscina y averiguar cuánto alcohol y comida eran necesarios para flotar en la piscina sin un colchón inflable. Jemima Sinclair se había unido a todo el evento, lo que a su vez significaba que Dmitrij Nikifarov no podía estar lejos y que la escocesa desaparecería *misteriosamente* en el transcurso de la noche.

—Ares todavía no ha considerado necesario ponerse en contacto con Talia —me informaba Santiago en ese momento, distrayéndome con éxito del riesgo de seguridad que representaba el ruso acosador.

—Tendrá las manos llenas tratando de controlar a las otras familias y consolidar su posición. Ares es joven, no todos confiarán en él ciegamente.

—Creo que una parte de ella simplemente desea resolver este dilema con su familia. El elemento perturbador ha desaparecido, pero ella no es quien cometió el error. Ares, como nuevo jefe, debe dar el primer paso y sentar un precedente.

Aunque Santiago tenía razón, yo no conocía lo suficiente a Ares Ferrante para juzgar si tenía las agallas para hacer exactamente eso. Admitir un error y disculparse por acciones que uno mismo no ha cometido no es un asunto fácil. Posiblemente necesitaba tiempo para darse cuenta de lo que realmente quería. Cómo se veía el plan para las próximas semanas y meses, y qué lugar quería darle a Talia en él.

En su lugar, yo no habría dudado mucho, pero también la veía con otros ojos. Ella no era una niña ni incapaz de sobrevivir en este mundo. Al contrario. Santiago lo sabía tan bien como yo, pero como un forastero que no había seguido su desarrollo en los últimos meses, tal vez no era tan fácil de reconocer. En la mente de Ares, Talia probablemente seguía siendo una niña pequeña que necesitaba protección.

No la mujer del *kingpin* de un cártel español.

—A mí me pareció bastante razonable. Se pondrá en contacto con ella. Seguramente no para invitarla al funeral, pero para averiguar qué posibilidades existen de colaborar con el cártel en el futuro.

—Tal vez lo considere si cambia su maldito nombre —gruñó Santiago, poniendo los ojos en blanco con fastidio.

Los nombres siempre jugaban un papel en nuestro mundo. Él había reemplazado el apellido de Talia con el suyo propio, eliminando así un problema. Andra llevaba mi apellido desde hacía veinte años, no solo había sido mi esposa, sino que también se había hecho famosa antes de que yo le informara de manera poco elegante que el divorcio había sido fingido.

Porque no había escenario en el que yo me divorciara seriamente de ella. Me pertenecía, incluso en los años en que había estado a miles de kilómetros de distancia. No solo físicamente, sino también en lo que respectaba a sus sentimientos.

—¿Podrías intentarlo con una boda? —murmuré, conteniendo la risa que surgía en mi garganta.

Santiago me miró con una expresión aún más sombría. —Solo si tú te quedas con el otro hermano.

Levanté las manos en señal de paz. —Me basta con una mujer.

—A mí también —gruñó de inmediato.

Arquee una ceja, pero antes de que pudiera responder de nuevo, oí cómo se dejaba pasar un coche por la puerta y se movía lentamente hasta la *Alcazaba*. Desde mi posición, reconocí que se trataba de un vehículo del pool del cártel, pero el hecho de que se detuviera con vista a la terraza, en lugar de entrar en el hangar, me desconcertó.

Hasta que Yesenia se bajó y nos saludó con la mano.

—Tengo un pequeño regalo para vosotros, chicos.

Chicos.

Santiago se giró lentamente antes de levantarse de su silla y apoyarse contra la barandilla para tener una mejor vista de ella.

—No lo sabes, pero odio los regalos —declaró en voz alta.

—Este te encantará. Y a Rafael también. —Sonriendo, nos indicó que abandonáramos la terraza y fuéramos hacia ella.

Santiago se puso en movimiento, pero esperó a que me uniera a él. —Si no vale la pena dejar la cena por esto, la echaré.

—Una razón extraña para despedir a alguien, pero...

—Apropiada —murmuró.

Poco después, abrió la puerta principal de un empujón, bajamos las escaleras apresuradamente y nos acercamos a Yesenia. Con los brazos cruzados, me quedé de pie junto al coche, curioso por ver qué sacaría ahora de su sombrero imaginario.

Se volvió hacia mí. —Me dijiste que demostrara mi lealtad al cártel —comenzó, notablemente más seria que antes.

Asentí con escepticismo.

—Y soy consciente de que cometí un error. Debería haberme dado cuenta de que Cesare Ferrante no secuestró a Andra solo una vez. Sino varias.

—Ella es buena guardando secretos —respondí.

—Pero debería ser mejor descubriéndolas. Era mi trabajo protegerlas y en ese punto he fallado. Eso es un hecho.

—¿Y qué más? —insistí.

Esta vez miró también en dirección a Santiago. Sin embargo, antes de empezar a hablar, se apoyó contra el coche y golpeó el capó del maletero. —Habéis intentado encontrar a Mason. Sin éxito. Y tengo que admitir que se había escondido muy bien, pero después de la muerte de Ferrante le entró el miedo. Cometió un error.

Yesenia abrió el maletero, solo para presentar a un hombre que estaba tan bien atado como un paquete de grandes dimensiones. En su boca había algo que parecía ser su propia ropa interior usada.

Levanté una ceja.

Mason.

Vivo.

Atado.

Bajo nuestra custodia.

La oleada de dopamina que arrasó mi cerebro casi me llevó a agarrar a Yesenia y hacerla girar por el aire.

Santiago parecía sentir algo similar, pues soltó una sonora carcajada. —Este es un regalo que me gusta. —Con eso, aplaudió. —Llévalo a los pabellones. Nosotros estaremos allí en veinte minutos como máximo.

Yesenia asintió. —De acuerdo, jefe.

Aunque aún no habíamos terminado de comer, ya no pensaba en acabar primero antes de ocuparnos de Mason.

Vimos cómo el coche se alejaba con nuestro regalo.

—¿Se lo dirás? —preguntó Santiago de inmediato.

—En cuanto esté muerto y haya terminado con él... sí. Antes no importa.

—Así que sufrirá.

—Recibirá todo lo que me hubiera gustado hacerle a Ferrante. Y lo que originalmente tenía planeado para él.

—¿Y yo me quedo con los restos?

—El hombre tiene dos lados. No te contengas, Santi.

Si eso no era el cierre perfecto para el caso de Cesare Ferrante. Seguramente otros hombres habían participado en el secuestro y chantaje de Andra, pero al final estaba convencido de que el actor principal había sido el propio Cesare. Él había estado en Málaga, la había amenazado personalmente en el hospital, porque seguramente no confiaba en que sus hombres lo hicieran a su entera satisfacción. Había que reconocerle la motivación detrás de sus acciones, pero al final se había movido en el terreno equivocado y así había firmado su propia sentencia de muerte.

Usar a Mason para mantener a Andra atrapada en una relación falsa y tóxica había sido un error, al igual que amenazarla en primer lugar para llegar indirectamente al hijo de su hija.

Ahora Mason pagaría por ello, y también sentiría todo lo que yo había querido hacerle al propio Cesare Ferrante, y que finalmente había descartado porque el plan de Ares me había imposibilitado esa breve incursión en el mundo del dolor.

Ahora tenía todo el tiempo del mundo, siempre que Mason demostrara un poco de resistencia y no se rindiera después de un corto tiempo y se despidiera de los vivos.

Ahora de muy buen humor, me puse en movimiento y seguí a Santiago hacia los pabellones, donde Mason ya estaría esperando nuestra llegada.

—Si realmente lo encontró por su cuenta, es una gran adquisición para nosotros —dijo Santiago después de unos segundos. Sonaba pensativo.

Aunque él la había entrenado, hasta ahora tampoco parecía haber estado completamente convencido de que Yesenia mereciera realmente un lugar en Málaga. Pero su compromiso y lo que acababa de hacer cambiaban un poco la perspectiva.

Se estaba haciendo valiosa. Y no solo eso, también había demostrado su lealtad al lograr algo con poca información que nuestros hombres no habían conseguido.

Cuando llegamos al pabellón, solo ardía una única luz: sobre la viga que Yesenia había utilizado para colgar a Mason por las muñecas. Su camiseta y pantalones habían desaparecido, pero el trozo de tela seguía en su boca. Aunque sus ojos estaban entreabiertos, se podía ver claramente que estaba completamente consciente.

Yesenia pareció notar mi mirada inquisitiva, así que se encogió de hombros. —No me gusta

que griten como cerdos. Así que me aseguro de que estén completamente conscientes, pero incapaces de defenderse. Puedes hacer lo que quieras. Lo sentirá. Pero no gritará. Por dentro sí. ¿Pero por fuera? Puro silencio.

Abrí la boca para responder algo, pero finalmente la cerré de nuevo, bastante impresionado por la crueldad que había detrás de lo que acababa de describir.

—Su frecuencia cardíaca aumentará por el dolor. Probablemente también empezará a sudar y sus pupilas se dilatarán. Esos son buenos indicadores del nivel de dolor. Por si te preguntas en qué me oriento.

—¿No has estado trabajando como jefa de un equipo de seguridad estos últimos años?

Yesenia me guiñó un ojo. —Todos tenemos nuestros pequeños secretos, ¿no?

Y una vez más me dejó sin palabras, porque obviamente sabía mucho más de lo que debería.

Santiago dejó caer ruidosamente una silla plegable frente a Mason antes de irse de nuevo y volver poco después con una selección de herramientas que usábamos repetidamente para torturar a hombres que no querían responder nuestras preguntas de manera normal.

Lentamente sentí cómo la sed de sangre aumentaba en mí. Solo cuando hubiera derramado la sangre de Mason, sentido su dolor y robado su vida, se calmaría de nuevo.

Es posible que todo este tiempo hubiera sido capaz de alguna manera de reprimir todo esto y contentarme con lo que tenía a mi disposición, pero ahora que Mason estaba justo frente a mí, a mi libre disposición... ¿para qué contenerse?

¿O mantener una fachada falsa que de todos modos tenía poco sentido, especialmente en la compañía en la que me encontraba ahora?

—Como no tenemos que interrogarlo —anunció Santiago, agarrando un cuchillo dentado y colocándolo en el esternón de Mason—, podemos pasar directamente a la parte divertida.

Con un sonido desagradable, el cuchillo se deslizó a través de su piel, penetrando hasta el hueso y raspándolo, pero Mason no mostró reacción alguna. Ni siquiera parecía capaz de mover sus extremidades. Simplemente colgaba allí, con la cabeza caída. Los ojos muy abiertos eran el único indicio del dolor que yo buscaba.

Ciertamente parecía ser un cambio respecto a una sesión de tortura normal, pero no me quejaría al respecto. Teníamos a Mason. Gracias a Yesenia. Nada más importaba.

Después de unos segundos más, finalmente me uní a Santiago, aunque usando mi propio cuchillo. Cuando estuve detrás de Mason, me agaché y examiné la parte posterior de sus piernas, hasta llegar a sus pies. Colgaban a unos centímetros del suelo, lo que me llevó a deslizar la hoja por las plantas de sus pies. Luego hundí la punta, dejándola raspar sobre músculos, tendones y huesos hasta que salió por el otro lado. La sangre corrió entre sus dedos hacia el suelo.

Para liberar el cuchillo necesité bastante fuerza, y aun así su pie solo lo soltó con un fuerte chapoteo que hizo que su sangre saliera volando en todas direcciones.

Agarré su otra pierna.

Mientras tanto, escuché a Santiago hablar con él y cuando miré hacia arriba, noté que sostenía su cabeza y lo obligaba a mirar a sus ojos. —He oído que te divierte golpear a las mujeres —fueron las palabras que salieron de sus labios.

Una sonrisa sombría se extendió por mi rostro antes de dedicarme al otro pie y repetir el procedimiento.

—En el momento en que decidiste levantar la mano, prácticamente ya habías perdido, amigo mío. El cartel reacciona de manera extremadamente alérgica a eso. Quizás te hubieran perdonado la colaboración con Ferrante, pero ¿golpear a Andra? Lo siento, eso es un delito capital.

Y se castigaba con la muerte. Santiago ni siquiera necesitaba decirlo para transmitir el

mensaje alto y claro.

Todavía sonriendo, saqué el cuchillo del otro pie de Mason, corté a lo largo de su talón con la hoja hasta llegar a su pantorrilla y su rodilla, donde pude hundir la punta lateralmente. Después de solo unos segundos, escuché el crujido de su rótula. Como una rama seca y vieja en el bosque que se rompe bajo su propio peso. Crujiendo.

Más sangre se unió a la colección en el suelo. Con cada gota que Mason derramaba, me sentía más liberado. Mejor. Ya no tenía derecho a caminar por este mundo después de haberle causado a Andra más que un simple hematoma. No importaba de quién hubiera venido la orden. Al final, él había sido quien la golpeó.

—Sabes, Mason. Desde el principio fue una mala idea ponerle la mano encima a Andra. Si os hubierais interesado por su pasado, habríais sabido lo que les pasó a sus padres. —Agarré su otra pierna y hundí mi cuchillo bajo la rótula—. Su padre intentó matarla por la espalda con un hacha. Así que le partí el cráneo. Con una mano. Y cuando su madre intentó hacer lo que su padre no había logrado... también murió. Ponerle la mano encima a mi esposa termina en muerte. Sin excepciones. Pero en tu caso, eso aún tardará un tiempo.

Porque Mason no moriría hasta que yo considerara que era el momento adecuado. No antes.

Nunca había hablado abiertamente con Santiago sobre lo que Andra había vivido. Podría ser que ella se lo hubiera contado en algún momento, pero al final, su reacción actual sugería que hasta ahora no había sido completamente consciente del alcance de todo el asunto. La amistad entre ellos existía, pero hasta ahora había tenido límites.

Límites que, si uno lo pensaba bien, tal vez también habían llevado a que todo se desarrollara en la dirección en que lo había hecho.

Pero en lugar de seguir pensando en ello, continué con mi tortura, trabajando con el cuchillo hacia arriba por los muslos, mientras la sangre se filtraba hacia abajo y se acumulaba debajo de sus pies en un charco cada vez mayor, alimentado tanto por las heridas que yo le infligía como por las que eran obra de Santiago.

Tal vez se desangraría antes de que le diéramos el golpe final. Si ese fuera el caso, lo lamentaría, pero aun así la posibilidad no me motivaba lo suficiente como para bajar el ritmo.

—¿Qué te parece si en el futuro hacemos esto con todos nuestros candidatos a la tortura? —preguntó Santiago casualmente.

—Mientras no necesitemos interrogarlos... de lo contrario, prefiero escuchar sus gritos. —Además de lo obvio, también había una o dos ventajas más sutiles; por ejemplo, la advertencia que nuestros hombres recibían cada vez que presenciaban una sesión. El año pasado, un hombre que supuestamente provenía de nuestras filas había tenido que pagar el precio. Y no había sido bonito, para ninguno de los involucrados. Pero solo así se les mostraba a los propios empleados lo que les esperaba en caso de deslealtad. Si algún día decidían traicionar a Santiago, al menos ya sabrían lo que les esperaba, y que terminarían en una posición similar a la de todos los hombres antes que ellos a quienes habíamos dado el mismo tratamiento.

Con el tiempo, muchas personas habían creído que podían enfrentarse al cártel y salir con vida. Pero no importaba cuán bien planeada estuviera su huida ni cuán cuidadosamente elegido fuera su escondite, al final todos terminaban bajo tierra. En una tumba anónima que nadie encontraría jamás.

Lentamente me incorporé para poder dedicarme a la espalda aún intacta de Mason. La tortura podía ser una obra de arte, si uno se tomaba su tiempo y procedía con precisión. Pero para Mason no tenía ni paciencia ni tiempo, y ciertamente tampoco quería convertirlo en una pieza de exhibición ambulante. Quería que sufriera un dolor indescriptible y que al final muriera, tal como

se lo merecía desde el principio y como lo había planeado desde el momento en que me enteré de cómo había tratado a Andra. Y ese deseo solo había crecido desde que, poco a poco, todos los pequeños secretos relacionados con sus acciones habían salido a la luz.

Deslicé la hoja bajo su piel, en un ángulo relativamente plano, justo al lado de la columna vertebral por encima de su cadera, creando un pequeño bolsillo. Repetí el proceso en el otro lado de su columna vertebral antes de introducir dos dedos bajo su piel y dentro de los bolsillos. La sangre se filtraba sobre mis manos y era bastante difícil mantener un buen agarre en la superficie resbaladiza, pero con un poco de ayuda externa logré agarrar lo suficientemente bien como para arrancarle la piel del cuerpo, literalmente. El desgarro llenó el almacén y sonó muy similar a cuando se rasga una sábana en dos partes. Con la diferencia... de que esta vez el dolor era tan intenso que logró superar el efecto de los medicamentos.

Mason gritó.

Y era una maldita música para mis oídos. Música con la que realmente cobraba vida y que exprimí hasta la última nota, hasta que no quedó nada que pudiera salir de su boca.

Andra ya dormía cuando me escabullí junto a la cama hacia el baño y abrí el grifo. Antes de meterme en la ducha, tenía que deshacerme de la mayor parte de la sangre seca que comenzaba a desprenderse de mis manos.

Mason estaba muerto, y sentí un alivio interior que hasta ahora no sabía que necesitaba. Porque saber que en este momento ya no había nadie ahí fuera que pudiera tener a Andra en la mira me tranquilizaba. Evocaba una sensación de seguridad y la constatación de que yo era perfectamente capaz de brindarle la protección que se merecía, maldita sea.

Levanté la cabeza cuando vi por el rabillo del ojo que la puerta se abría lentamente. Mi primer impulso fue pedirle a Andra que simplemente me esperara en la cama, hasta que recordé que ya no funcionaba así.

Así que esperé hasta que apareció en el marco de la puerta y su mirada se deslizó de mis manos a mi rostro, con cierto escepticismo. —¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada —respondí, lo cual era de alguna manera la verdad.

—¿Y por qué estás entonces cubierto de sangre de pies a cabeza? No es tuya, ¿verdad? —Por un breve segundo, vi el miedo destellar en su rostro, hasta que ella misma se dio cuenta de que se vería muy diferente si yo estuviera herido.

—Yesenia nos ha hecho un pequeño regalo.

—Por eso desaparecisteis de repente —constató Andra, antes de deslizarse a mi lado junto al lavabo y agarrar mi mano, para luego humedecer con la otra la toalla que colgaba de la pared junto a nosotros.

Perplejo, observé cómo Andra comenzaba a limpiar tranquilamente la sangre seca de mi piel.

Tragué saliva. —Ella localizó a Mason.

Por un momento sus labios se separaron, luego los cerró de nuevo y continuó liberándose de la sangre.

—Está muerto. Y sería una mentira si dijera que no disfruté haciéndole pagar por su error y los de Ferrante. —Cuando soltó mi mano, la puse en su mejilla—. Esto significa que ya no hay nadie ahí fuera que quiera hacerte daño.

En realidad no lo esperaba, pero sus hombros se hundieron un poco, como si ella también encontrara una especie de paz interior con este conocimiento. Sin embargo, continuó

imperturbable limpiando la sangre seca de mi otro brazo.

—No tienes que hacer esto, Andra —señalé—. Yo lo limpio, me meto en la ducha y...

—Ya no quiero mirar hacia otro lado, Rafael. No nos hace ningún bien a ninguno de los dos —dijo en voz baja—. Tú matas gente. Debería acostumbrarme a ello. Y al mismo tiempo, puedo asegurarme de que esta violencia no tenga cabida dentro de nuestras cuatro paredes, ¿no?

Asentí sin vacilar. Estaba lejos de mi intención discutir cómo manejaba todas estas cosas. Era su elección cómo se adaptaba al cartel. Cómo se familiarizaba con él. No iba a dictárselo, cuando ya tenía la suerte de que siquiera lo intentara, en lugar de elegir el camino fácil y no lidiar con ello en absoluto.

Después de dejar caer la toalla, ahora teñida de rojo, en el lavabo, le tendí la mano. —¿Puedo invitarte a la ducha?

La respuesta a eso la recibí de manera no verbal. Mientras Andra mantenía mi mirada, me liberó de mi camiseta, solo para continuar después con mis pantalones. Solo cuando ambos yacían en el suelo, se levantó. Pero antes de que pudiera empezar a desvestirse ella misma, me encargué yo.

Solo entonces la levanté para llevarla los pocos metros hasta la ducha. Apenas el agua caliente empezó a caer sobre nosotros, se apoyó contra mí, con la cabeza en mi pecho. Con los dedos me deslicé por su cabello, liberándolo de los nudos y del cloro de la piscina.

Sentí cómo se relajaba lentamente y con cada minuto que permanecíamos así bajo el chorro de agua, más calma se instalaba en ella. Así había sido antes, y hasta ahora no me había dado cuenta de que este aspecto había faltado todo este tiempo.

Era tan condenadamente fácil estar desnudo con otra persona y tener sexo. El verdadero arte residía en estar desnudo y vulnerable. Frágil. Débil en cierto modo, si se quiere.

Continué deslizándome por su cabello hasta llegar a sus hombros, donde proseguí con las suaves caricias. Nada de sexo. Por un lado, porque sabía exactamente cuánto alcohol corría por sus venas después de la noche con Talia, y por otro, porque era bueno tomar este momento tal como era. Solo ella y yo, lejos de lo que normalmente importaba.

Andra confiaba en mí. Andra era capaz de volver a confiar en mí, y ciertamente no iba a destruir eso abalanzándome sobre ella como solía hacer.

ANDRA

Aunque yo había sido quien propuso visitar la tumba de nuestra hija, al final también fui quien lo pospuso una y otra vez, porque una voz suave en el fondo de mi mente susurraba constantemente lo tonto que era creer que esta visita no me destruiría por completo. En realidad, esperaba algún tipo de cierre. Dar otro paso en este horrible proceso de sanación, pero la voz parecía persistente en su opinión. La escuchaba una y otra vez. A veces incluso por la noche, en mis sueños o cuando ni siquiera pensaba que esta visita estaba por delante y que, en principio, era inevitable.

No tenía idea de cómo debía comportarme; después del funeral, había evitado incluso pensar en el cementerio. No necesitaba un lugar para sentirla cerca de mí. Sin embargo, eso no significaba que fuera el enfoque correcto. Era solo una táctica de evasión para reprimir el dolor y los recuerdos que naturalmente asociaba con ese lugar en particular.

Estaba aún más nerviosa ahora, parada frente a la reja de hierro forjado por la que se podía entrar al cementerio, unos minutos antes del atardecer. Si uno quería. O también si era agarrada de la mano por su marido y prácticamente arrastrada a través de ella.

Cientos de velas parpadeaban en el crepúsculo sobre las innumerables tumbas, mientras la brisa vespertina llevaba el aroma de las diversas flores y arbustos por los alrededores. Sentí una punzada reveladora en mi pecho e intenté recomponerme por un breve momento. Aún no estábamos en su tumba, y mi cuerpo ya creía que debía ponerme en un estado de pánico absoluto.

Ni siquiera la mano de Rafael, que estaba firmemente anclada a la mía y emitía un calor reconfortante que me habría atrapado inmediatamente en cualquier otra situación para llevar mis nervios a un nivel normal, cambiaba eso. Hoy era inútil.

En principio, era solo la culminación del día de hoy, porque Rafael había dejado de ocultar cosas de mí. De repente, estaba esa vieja foto enmarcada en la mesita de noche, que mostraba a Estelle y a mí en la playa de Málaga, justo al lado de un enorme castillo de arena en el que ninguna de las dos habíamos participado en absoluto.

Estaba ese maldito peluche, el único que alguna vez existió en su habitación infantil y que había sido un regalo de la hermana de Santiago.

Tantas pequeñas cosas que él había escondido exitosamente de mí en las últimas semanas, sin tener una razón real para hacerlo. Si acaso, al principio había reforzado mi creencia de que él realmente era culpable de la muerte de Estelle... pero el amor incondicional que se escondía detrás de todos estos hábitos y gestos hablaba un lenguaje completamente diferente. El de un padre devoto que había perdido algo con su hija que nunca podría ser reemplazado.

Casi ciegamente, seguí a Rafael por el cementerio, incapaz de mirar a derecha e izquierda.

No podía nombrar exactamente a qué le temía. Otras tumbas, otros muertos no me molestarían, y su tumba seguramente no se había movido de su ubicación original en los últimos diez años.

El solo hecho de que Rafael pudiera orientarse incluso en la penumbra me decía que había estado aquí a menudo. Probablemente no lo admitiría, pero a diferencia de mí, se había aferrado a lo que aún existía en el mundo terrenal. Recuerdos. No meros pensamientos que al final no eran más que humo y cenizas.

Metros antes de llegar a la tumba, sentí que había llegado el momento en que no había vuelta atrás. Automáticamente disminuí la velocidad, sintiendo cómo mis extremidades se negaban a dar un paso más. Sin embargo, luché contra ello hasta que realmente estuvimos frente a su tumba y no pude hacer otra cosa que darme la vuelta a medias.

El dolor se encendió dentro de mí como si nunca se hubiera ido ni por un segundo. Me sentí transportada a aquella noche en la que no había sentido el dolor que los hombres me habían infligido... pero sí aquel que venía con el instinto de que había perdido a mi hija. Antes de que Rafael me contara una mentira y me aferrara a ella para escapar del dolor. Huir de él. Aunque solo fuera por un corto tiempo, porque en el hospital la realidad me había alcanzado y se había asegurado de que nunca lo olvidara.

—Probablemente no quieras oírlo, pero con el tiempo se vuelve más fácil.

—Eso es fácil de decir cuando llevas años de ventaja.

Rafael se rio. —No. No años. Meses. Solo vengo aquí desde que Talia estaba embarazada. Porque no quería que afectara a Ramón, aunque no le concierne en absoluto.

Ese maldito niño prodigio. Como si fuera la solución a nuestro trauma.

—¿Fue difícil? ¿Presenciar ese embarazo de cerca?

—Tal vez para Talia. Posiblemente no es fácil mantener a raya a dos hombres que ya han experimentado embarazos.

—Y aun así estoy segura de que estuvo en las mejores manos contigo y Santiago —respondí, ahora un poco más relajada.

—A veces me imagino cómo se habría desarrollado. Cómo se vería y qué le gustaría hacer. Pero al final, siempre solo te veo a ti, Andra.

—A mí —repetí en un murmullo.

Era difícil imaginar que no se habría parecido de alguna manera a Rafael. Al final, sin embargo, todo esto era solo una ilusión, de la cual nunca conoceríamos la verdad.

—¿Qué le dirías si tuvieras la oportunidad?

Apreté los labios. —Que lo siento. Ninguno de nosotros fue capaz de protegerla, aunque era lo que más merecía. Nuestra protección. Que la extraño. Cada maldito día. Porque no es justo que tuviera que irse antes de haber conocido algo de este mundo. A ti, por ejemplo. En aquel momento, apenas podía esperar para ver cómo daba sus primeros pasos y cómo tú lo usabas como una excusa para descubrir todo con ella.

Rafael aprovechó mi declaración para tirar de mí por la mano que aún sostenía, atrayéndome hacia él de modo que pudo rodear mi torso con sus brazos, apoyando mi espalda contra su pecho. Sin que realmente lo registrara o pudiera resistirme, me había girado hacia la tumba, obligándome a absorber la vista.

Se me formó un nudo en la garganta cuando vi las letras en la lápida.

Estelle Cortez.

En realidad, una simple y tonta piedra no debería tener este tipo de poder sobre mí. No debería ser capaz de hacer que las lágrimas brotaran en mis ojos y hacer que mi corazón doliera tan intensamente que me quedara sin aliento por un segundo.

Era solo una piedra, me recordé. Sin embargo, eso también significaba que a unos metros bajo nosotros yacía un ataúd que contenía los restos mortales de mi hija. La había llevado en mi vientre durante meses, había creado nueva vida a partir de Rafael y de mí, y la había traído al mundo. Aun así, el parto no había sido ni de lejos tan doloroso como la comprensión de que estaba muerta - eso me había destrozado en todos los niveles posibles y ahora, una eternidad después, se sentía como si tuviera nuevamente el poder de hacer exactamente eso.

Despedazarme.

Tragué contra las emociones que surgían, pero no tenía sentido. Se apoderaron de mí hasta que, silenciosa y secretamente, la primera lágrima cayó de mis pestañas a mi mejilla, y me convencí a mí misma de que simplemente estaba empezando a llover. Sin embargo, el cielo estaba despejado y las primeras estrellas ya brillaban sobre nuestras cabezas.

Aun así, no podía culpar a Rafael por obligarme suavemente a enfrentar estos demonios, porque sola probablemente no encontraría el coraje necesario para hacer lo que había estado posponiendo desde su muerte.

Había aceptado que estaba muerta, que no había nada que pudiera cambiar eso. Pero nunca había aceptado que la vida continuaba. Que estaba bien que yo viviera y siguiera adelante sin castigarme constantemente por lo que había sucedido.

Indirectamente, lo había estado haciendo durante años. Y estaba segura de que también había sido el caso de Rafael, de lo contrario no sería capaz de entender de qué nivel profundamente oscuro de mi conciencia provenían todos los problemas que tenía.

En un intento de autocontrol, apreté los dientes y envolví mis manos alrededor de sus antebrazos, para encontrar al menos algo de apoyo mientras mi mirada se deslizaba del nombre al resto.

Eran mis flores favoritas las que adornaban la tumba, que por lo demás era tan sencilla que —aparte de las fechas— no podía reconocerse como la tumba de un bebé. Simple. Clásica. Sin cursilería.

Sin embargo, había un pequeño detalle que me llamó la atención después de unos momentos: un claro signo de que era una tumba del Cártel Rojas.

Rafael pareció notar que mi mirada se había detenido en ese minúsculo indicio, porque cambió su postura, como si de repente se sintiera inseguro.

—¿Fue idea tuya? —pregunté en voz baja.

—De Santiago. —Su respuesta fue breve—. También se encuentra en la de Marisol. En todas las de los que murieron esa noche. Advertencia y recuerdo a la vez. ¿Crees que está mal?

Me tomé unos segundos antes de responder. —No. Ella era parte del cártel. No hay nada que objetar a eso.

Después de todo, había nacido en las filas del cártel. La hija del hombre que ahora ocupaba el puesto de mano derecha del jefe. Estelle habría crecido con toda esta gente, protegida del mundo exterior, pero con una conciencia plena del trabajo de quienes la rodeaban. No verla como parte del cártel habría significado negarle algo que debería pertenecerle tan naturalmente como le pertenecía a Rafael.

Lentamente, también noté que mi cuerpo estaba regulando su reacción. No quedaba nada del nerviosismo inicial, y aunque todavía sentía la enorme montaña de dolor, también parecía retroceder lentamente, dando paso a otras emociones. Aquellas que no tenían tanto poder sobre mí.

Rafael parecía tener el talento de saber exactamente cómo y dónde tocar para ponerme en el camino correcto. Lo había demostrado varias veces en las últimas semanas. Secuestrarme, crear

presión y acercarse a mí para que mi cuerpo simplemente anulara mi cabeza. Decirme la verdad en el momento crucial y así asegurarse de que realmente pudiera entregarme a él. Simplemente barrer mis dudas porque seguía siendo capaz de usar mi cuerpo contra mí y convertirlo en un maldito instrumento que funcionaba según sus deseos.

Todo esto, y especialmente lo que seguía haciendo para facilitarme las cosas, también hacía que fuera fácil para mí olvidar los sacrificios que había hecho en el camino hasta aquí.

No había sido un error renunciar a mi carrera, porque un hogar en ambos mundos era imposible de todos modos. Y si alguna vez hubiera llegado al punto de tener que elegir... al final, todavía habría elegido a Rafael. ¿De qué me servía estar en los escenarios del mundo si el hombre que amaba estaba en Málaga esperándome con los brazos abiertos?

Ninguno de los dos estábamos libres de errores y probablemente teníamos más problemas de los que se podían contar con dos manos, pero la constante en todo este caos siempre había sido la misma, incluso cuando yo había flaqueado temporalmente y me había sacado de la ecuación.

—¿Me devolverás mi anillo algún día? —pregunté después de una eternidad en la que el silencio había reinado entre nosotros.

—Por supuesto —respondió—. Pero quería esperar hasta que lo pidieras.

—¿Por qué?

—Porque significa que he ganado.

—¿Ganado?

—Sí. A ti. Significa que me perteneces de nuevo con cada fibra de tu ser. Sin peros ni condiciones.

Con un movimiento rápido, se quitó la cadena del cuello, que siempre llevaba magistralmente escondida bajo la camisa. Simplemente no podía apartar la mirada de él, ni siquiera cuando sacó el anillo de la cadena, solo para tomar mi mano a continuación. Se deslizó sobre mi dedo como si no hubiera pasado un solo día desde la última vez que lo había llevado.

Por un momento, mantuve la mano en la posición en la que él la había puesto, con la mirada fija en el anillo. La piel de gallina se formó en todo mi cuerpo.

—¿No estabas seguro de esto todo el tiempo? —La pregunta salió con dificultad de mis labios.

Inclinó la cabeza. Y aunque no podía ver su rostro, sabía que se había formado ese profundo pliegue entre sus ojos que siempre lo delataba.

—He visto tantas razones que podrían llevarte a decidir irte de nuevo —. Tal como lo dijo, ni siquiera lo dudé.

—¿Y qué hay de la razón que me hace quedarme? ¿La has visto también, o has decidido ignorarla?

—¿Qué razón podría ser esa?

Se me escapó un suave resoplido. —Tú. Cuando me incliné hacia tu ventanilla en la autopista aquella vez y me miraste, supe que estaba cometiendo el error más estúpido de todos. Te vi y mi corazón dijo *Lo quiero*. Obviamente eso no ha cambiado. En el ínterin, solo fui condenadamente buena suprimiéndolo.

—Nunca me contaste eso.

—¡Porque no quería parecer completamente loca!

—Pero para mí fue igual. Te vi y... supe que serías mi perdición.

—Tal vez deberíamos haber mantenido nuestros principios por más tiempo —murmuré.

—¿Más de veinticuatro horas?

Se me escapó un sonido de asentimiento.

—No habría servido de nada. Me esforcé muchísimo por contenerme.

—Evidentemente no lo suficiente.

—¿Qué habría sido suficiente?

—¿Podrías haberme enviado lejos para no volver a verme nunca?

Rafael se rió, sacudiendo la cabeza. —No, mujer, no habría podido. Era consciente de que este era el encuentro entre millones, y que seguramente no tendría una segunda oportunidad.

—¿Y el sexo fue el argumento para convencerme de quedarme?

—Funcionó, ¿no?

—En realidad fue tu personalidad... pero la polla es definitivamente un buen extra.

—Buen —repitió Rafael con un gruñido, mientras sentía cómo se presionaba contra mi trasero desde atrás.

Casi a la defensiva, intenté liberarme de su abrazo. —Este no es el lugar adecuado...

—¿Por qué no? Tal vez tengamos una segunda oportunidad con ella. Tal vez esto es lo que se necesita para verte embarazada otra vez —. Su mano se deslizó por mi torso hasta cerrarse alrededor de mi cuello, dirigiendo mi cabeza hacia un lado.

De repente, sus labios cálidos estaban en mi cuello, moviéndose áspera y exigentemente sobre la piel sensible.

—No creo que funcione así, Rafael —solté con un jadeo, obligada a cerrar los ojos porque mi mente discutía con mi cuerpo.

Pero no fue mi mente la que ganó. Sino Rafael, que instruía a mi cuerpo y se aseguraba de que el calor se acumulara en mi vientre, aceptando esa idea condenadamente romantizada que me presentaba en bandeja de plata.

—Aquí no, ¿de acuerdo? —solté, aunque una parte de mí ya estaba segura de que no me escucharía y que estaba mirando a un abismo que él normalmente mantenía muy bien bajo control. Rara vez me lo dejaba ver, porque sabía exactamente lo peligrosamente cerca que estaba de rozar algo que podría haberse considerado *censurable*.

Me obligué a mirar alrededor en busca de una alternativa. Un lugar que aún estuviera lo suficientemente cerca para lograr exactamente lo que acababa de plantar en mi cabeza. Un lugar que estuviera en este cementerio y aun así lo suficientemente lejos de su tumba para que no me despertara con una pesadilla cuando cerrara los ojos más tarde en la cama. A cierta distancia, descubrí una pequeña capilla que se integraba perfectamente en el paisaje y que normalmente se utilizaría para servicios conmemorativos y cosas por el estilo.

Hoy, Rafael y yo la usaríamos para otro propósito. Ninguno de los dos creía en Dios, pero si había un lugar donde se escucharan las oraciones, sin importar cómo se presentaran, probablemente sería una capilla que algún sacerdote había bendecido. En algún momento, en un pasado lejano.

Tal vez había un Dios y simplemente estábamos equivocados en nuestra creencia. Tal vez escucharía nuestros deseos y nos concedería lo que anhelábamos, aunque fuera concebiblemente macabro siquiera considerar esa idea.

Estelle había sido única. No había reemplazo y ciertamente nadie que pudiera ocupar el mismo lugar en nuestros corazones. Incluso si hubiera creído en algo como la reencarnación... no, era improbable.

Esto se trataba solo de controlar los sentimientos que surgían y encontrar una forma de lidiar con ellos. Yo lo sabía, y Rafael seguramente también era consciente de ello, aunque no tan obviamente como yo.

Me giré en su agarre antes de asentir con la barbilla en dirección a la capilla, haciendo una

sugerencia no verbal que difícilmente podría rechazar. A menos que planeara presionarme contra el árbol más cercano o encontrar el lugar adecuado en la tierra a nuestros pies.

Después de una breve vacilación, siguió mi mirada.

Pero aun así, fue sin previo aviso que me agarró y me levantó hasta sus caderas para caminar juntos hacia el edificio. Apenas llegamos, empujó la puerta con tanta fuerza que se estrelló contra la pared. Luego estaba sentada en el altar, con Rafael entre mis piernas.

Sus dedos se deslizaron por mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás y obligándome así a mirarlo directamente. Ahí estaban, los sentimientos que habían provocado esta reacción en primer lugar. El sexo era bueno para canalizar emociones que de otro modo no se podían controlar. Hablaba por experiencia.

Dejé que mis manos cayeran más abajo desde sus costillas hasta que pude agarrar su trasero y acercarlo más a mí. Mientras tanto, él había apartado un poco mi cabello para poder inclinarse hacia mi oreja. El aliento caliente de Rafael provocó que se me pusiera la piel de gallina, lo que también hizo que se erizara el vello fino de mis brazos.

El interior de la capilla estaba iluminado solo por unas pocas velas, por lo que también estaba varios grados más frío que afuera. Mi respiración se aceleró cuanto más tiempo sostuvo mi cabeza, en esta ligera inclinación, y presionó su boca contra mi oreja y el punto sensible justo debajo, sin decir nada. Sin siquiera moverse.

Simplemente respirábamos juntos, aunque mi ritmo cardíaco no se calmó por eso. Al contrario, se aceleró y pronto latió tan fuerte y ruidosamente contra mi pecho que creí que la capilla estaba llena de tambores. ¿Podía oírlo? ¿Sabía del nerviosismo que sembraba en mí? ¿Sospechaba que con cada segundo que permanecíamos así y yo no sabía qué pasaría después, me ponía más húmeda? ¿Más húmeda para él? ¿Y la idea de que sucedería esta noche, que una nueva vida se anidaría en mi cuerpo?

Tantas preguntas, pero el silencio no respondía ninguna de ellas. En cambio, agudizaba mis sentidos. Percibía el suave susurro de los árboles afuera, meciéndose en la brisa vespertina, y también cómo el aroma de las flores plantadas en todo el terreno se filtraba lentamente en la capilla, porque Rafael no había cerrado la puerta tras nosotros. No tenía idea si eso era siquiera posible después de que pareciera haberla abierto con pura fuerza bruta.

Después de una eternidad, comenzó a deslizar sus dedos desde mi cabello por mi espalda. Lentamente. Con reverencia. Habría sido fácil bajarme los pantalones hasta los tobillos y simplemente penetrarme. Estaba húmeda y lista. Pero no se trataba de eso en este momento.

Parecía como si estuviera librando una batalla consigo mismo. Con los demonios que habitaban en su interior y que ahora luchaban por salir a la superficie. Por tomar el control.

Enganché mis dedos en las presillas de sus pantalones, manteniéndolo cerca de mí, intentando sentir a nivel físico lo que estaba cambiando.

Ya estaba temblando. Por miedo. Por la anticipación que había sentido y por no saber qué me esperaba.

¿Sexo lento y reverente, o... algo más? ¿Algo que iba más allá de un simple polvo en el cementerio?

Su nombre estaba en mis labios, pero no me atreví a pronunciarlo y así destruir el momento, fuera lo que fuera que significara; podía sentir que había algo detrás.

Finalmente, la vida volvió a él y tomó mi barbilla para que lo mirara a los ojos nuevamente.

—No estoy seguro de poder controlarme lo suficiente para ser gentil.

—Pero...

—No. No lo entiendes. Quiero hacerte daño. Y quiero que *tú* me hagas daño. Ya no puedo

llorar. Pero necesito una forma de liberar lo que hay dentro de mí.

Tragué saliva. Luego tomé aire. —Entonces hazme daño, Rafael. Puedo soportarlo.

RAFAEL

Ver un número desconocido iluminarse en la pantalla de mi smartphone nunca era una buena señal. Aun así, lo cogí y pulsé el botón para contestar la llamada.

—¿Qué? —gruñí, estableciendo de inmediato el tono adecuado para la conversación.

—Cortez, no hay necesidad de ponerse salvaje —me respondió la voz de Ares Ferrante. Burlona. Divertida.

—Creo que te has equivocado de persona.

—No. Estoy llamando al número que conozco, para que me hagas el favor de pasarle el teléfono a mi hermana.

—¿Puedo hacerlo?

—¿Quieres que primero te lama los huevos, o cómo te lo imaginas?

Bastante asqueado, fruncí el ceño y me puse en movimiento. —Déjame encontrar a tu hermana antes de que hagas alguna estupidez.

—¿No te van las lenguas cerca de tus huevos?

—Tengo preferencias.

—Ah. Si tuviera que adivinar, se limitan a una persona.

—Exactamente —siseé, aliviado de haber divisado por fin a Talia en la cocina—. Haznos un favor a ambos y ahórrate las conversaciones sobre preferencias sexuales la próxima vez.

Con estas palabras, le pasé mi smartphone a Talia, que ya había alzado una ceja con escepticismo. —Tu estimado hermano —le informé antes de batirme en retirada y escabullirme al despacho de Santiago. Fuera lo que fuese lo que Ares tuviera que discutir con su hermana, yo no quería ser parte de la conversación.

Sin embargo, Santiago tampoco parecía especialmente entusiasmado con mi repentina e inesperada presencia.

—Tu esposa finalmente está atendiendo la llamada que ha estado esperando todo este tiempo —le informé, apoyándome en la pared.

Levantó una ceja. —¿Ares por fin logró coger el smartphone?

—Evidentemente.

—¿Y la tendencia?

—Aparte de que se cree gracioso, supongo que pronto estarás haciendo negocios con los Estados Unidos, si es lo que quieres.

Su gruñido fue ininteligible hasta que sacudió la cabeza y continuó en voz más alta. —Ya habíamos hablado de esto, ¿no?

—Quizás deberías explicárselo a él en lugar de a mí.

—Mi esposa es quien lleva las negociaciones —me recordó. ¿O era una afirmación? ¿Una

delegación de responsabilidad en cuanto a estas decisiones?

—Yo no quemaría los puentes antes de saber qué puede sacar el cártel de esto.

—¿Aparte de problemas? ¿Con Nikifarov y Sinclair?

—Correcto. Aparte de eso.

Santiago asintió. La política era complicada, y yo estaba agradecido de no estar involucrado en lo más mínimo. En la mayoría de los casos, simplemente ejecutaba lo que él me ordenaba o daba mi opinión sobre ciertas situaciones. Pero yo no decidía. Simplemente actuaba. Y así estaba bien, porque no quería intercambiar lugares con Santiago, sobre cuyos hombros descansaba constantemente una pesada carga que no podía simplemente quitarse de encima cuando le apetecía.

Con gran interés, observé cómo unos segundos después Talia entró en el despacho, aún con el smartphone pegado a la oreja. Sin rodeos, rodeó el escritorio y se sentó en el regazo de Santiago, lo suficientemente cerca como para que él pudiera escuchar lo que decía el hombre al otro lado de la línea.

—El cártel solo se sentará contigo a la mesa si estás dispuesto a hacer los acuerdos necesarios conmigo. Y no como tu hermana, que debe favorecerte, sino como socia comercial. No hay derechos familiares para ti, Ares —decía Talia con voz dura, con la mirada fija en un punto de la pared—. Exactamente. Papá es el culpable de que hayas perdido tus privilegios. Pero ahora eres el jefe, ¿no? ¿Qué tal si te crecen un par de huevos y los usas para tomar tus propias decisiones?

Eso, al menos, me hizo sonreír.

—¿Quieres seguir echándome en cara lo que pasó el año pasado? Bueno, ¿qué puedo decir, Ares? Papá quería venderme y me le adelanté. Me vendí yo misma. A Santiago Rojas. Y si crees que algo te da el derecho de llamarme la puta del cártel —Ares, eso es exactamente lo que acabas de decir entre líneas— estás equivocado. ¿Quieres que te envíe algunos hombres para jugar? ¿Qué crees que pasará si mueres? ¿Y si Ker sigue tus pasos para cometer el mismo error otra vez? ¿Quién queda entonces? ¿Mamá? Creo que ambos conocemos la respuesta. La organización en manos españolas. Eso sí que sería algo nuevo.

Aun así, la expresión asesina en el rostro de Santiago no desapareció.

—Esto no es una amenaza. Solo una visión del futuro si sigues comportándote de manera tan estúpida. Saliste de una mujer, no lo olvides. Puede que los libros de historia nos ignoren, pero en secreto el mundo siempre ha estado en manos de mujeres. Así que, gracias por la llamada. Cuando hayas cambiado tu opinión medieval, puedes contactarme de nuevo. Y no, no iré a tu boda con quienquiera que hayas obligado a casarse contigo.

Mis reflejos se activaron justo a tiempo para atrapar el smartphone que Talia me lanzó sin previo aviso. —Bastardo —siseó, sacudiendo la cabeza—. Era de esperar que todo esto se le subiera a la cabeza.

—¿Podemos volver a la parte en la que usó la palabra puta en una frase contigo? —La temperatura en la habitación bajó unos diez grados.

—Puede llamarme como quiera. Si esos son los únicos argumentos que tiene para atacar a una mujer en una posición de poder, entonces... no me afecta tanto como él cree.

—Pero a mí sí —respondió Santiago con un gruñido.

—No es como si tú nunca hubieras usado esa palabra...

—Tal vez deberíamos centrarnos en el hecho de que le insinuaste que algún día podrías ser tú quien dirigiera el *Outfit* —intervine, lo que solo hizo que Talia se encogiera de hombros.

—No tengo interés en Chicago. Pero si eso lo hace crecer finalmente, es una amenaza que me

gusta usar.

Bueno, ese era un argumento difícil de rebatir.

No me sorprendió que hubiera pasado algún tiempo antes de que Andra se aventurara a volver al garaje para continuar con sus proyectos. Tampoco me sorprendió que insistiera en más vigilancia, no solo el hombre que yo había considerado suficiente. Todo lo que había estado en el minirefrigerador lo había hecho desaparecer discretamente. Una muestra había ido al laboratorio, pero había vuelto sin resultados.

Esto ciertamente me producía una sensación de malestar en el estómago, porque significaba que Ferrante al menos había dado órdenes inteligentes a su hombre. O bien había envenenado solo una de las botellas, lo que consideraba muy improbable, o había llevado todo consigo después y reemplazado el contenido del refrigerador. Esto también sería interesante, porque significaría que había tenido una mejor visión general de todo de lo que me hubiera gustado atribuirle. O, y esta era la opción que menos me gustaba, el veneno realmente no era detectable a menos que se buscara específicamente. Eso lo hacía más peligroso e impredecible.

No quería acusar a Ares, y por lo tanto al *Outfit*, de que seguirían intentando enfrentarse al cártel, pero después de su última conversación con Talia y su amenaza indirecta, nunca se podía decir con certeza qué pasaría a continuación. Tal vez solo se había vuelto machista por la influencia de su padre y simplemente necesitaba tiempo para descubrir quién era sin ese componente.

En cualquier caso, Talia había actuado correctamente, aunque alimentaba la voz en mi cabeza que advertía tener especial cuidado, porque nunca se podía adivinar lo que esperaba a la vuelta de la esquina.

Al menos ahora estaba seguro de que me enteraría si ocurrieran nuevos incidentes extraños. Andra estaba aprendiendo. Y de alguna manera, los demás estábamos aprendiendo a empaquetar todo lo que sucedía de una manera que le facilitara el acceso. Especialmente Talia se esforzaba mucho en introducirla en el mundo del cártel sin que sintiera la necesidad de retirarse.

Tanto mejor que Andra ahora se ocupara de nuevo de los coches y confiara en que mis hombres la protegían adecuadamente. No en vano había permitido a los hombres permanecer dentro del almacén, después de que les obligara a jurar discreción ante Santiago, después de todo, incluso el expediente que Andra había revisado con Talia había sido depurado de referencias a las carreras. Además, les había amenazado con graves consecuencias si alguna vez se les ocurría mirar a Andra de la manera equivocada.

Ese privilegio era solo mío. Observarla con los brazos cruzados mientras se inclinaba sobre el capó de un coche, con varias manchas en sus pantalones y camiseta que contaban que hoy ya había hecho mucho más que simplemente inclinarse sobre un coche.

Parecía estar en su elemento, por lo que al principio ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Aproveché esto sin vergüenza para observarla trabajar. Cómo su pierna se movía al ritmo de la música que se transmitía por los altavoces en todo el almacén. La expresión concentrada en su rostro. Cómo se pasaba la mano por la frente cuando por un breve momento no sabía cómo continuar o estaba insegura de cuál sería el siguiente paso lógico. Y eso que Andra tenía tanta experiencia con todas estas cosas que seguramente habría podido manejar la mayoría de ellas incluso dormida.

La razón de esto, aunque seguía sin ser agradable, era absolutamente comprensible. Había

necesitado una escapatoria de la realidad, una tarea lejos de casa donde no estuviera indefensa ante sus padres. En consecuencia, había convertido el taller de un extraño en su segundo hogar y lo había obligado con su encanto a enseñarle todo lo que sabía. Luego había aprendido de él y entonces... bueno, había decidido salvarle el culo a un tipo en la autopista. El resto era historia, si se quiere.

De cualquier manera, estos coches jugaban un papel importante en su vida, eran una especie de válvula para escapar de sus pensamientos y procesar lo que la preocupaba. Antes de quitarle eso, preferiría destrozar otros veinte coches para que tuviera algo que hacer.

Además, se había propuesto un objetivo no poco importante: cada uno de estos coches debería correr otra carrera. Y ganar. Si después los devolvería al garaje o los vendería, no lo había mencionado hasta ahora, y yo seguía manteniendo que me daba igual lo que finalmente hiciera con ellos. Si quería el dinero, no me opondría. Después de todo, estábamos hablando de coches que obtenían su valor sentimental únicamente a través de la mujer que ahora estaba reparándolos y poniéndolos al día.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte ahí parado observándome?

Tanto para pasar desapercibido. Me sacudí la parálisis y me acerqué a ella. Ni siquiera se había levantado del capó para lanzarme esa frase. Así que me acerqué por detrás, apoyé mis manos a ambos lados de ella y me incliné un poco hacia adelante. Fuera lo que fuera lo que Andra estaba viendo, yo no lo veía. No tenía ni la más remota idea de en qué estaba trabajando o qué estaba ajustando.

—Me ha llegado una noticia interesante... ¿esta noche hay una carrera improvisada?

Sentí la sonrisa de Andra sin ver su rostro. —Me apetecía sacar el Challenger del garaje y comprobar si... está listo para correr.

—Para eso no hace falta una carrera —si hubiera algún fallo o pasara algo imprevisto... perderíamos.

—Yo creo que sí. ¿Cómo voy a disfrutar de las caras de decepción de los otros participantes si no?

—¿Eso se ha convertido ahora en una parte esencial de una prueba de manejo?

Andra soltó una carcajada. —Me temo que te has perdido la prueba de manejo. Eso lo dejamos atrás hace tiempo.

—¿Lo dejamos?

—¿Sabías que tus hombres se mean en los pantalones cuando uno se propone llevar un coche al límite?

—No —gruñí—. Pero lo has probado, ¿verdad?

—Él no quería dejarme ir sola.

—Buen hombre.

—Pero tampoco se divirtió.

—Mejor aún —murmuré—. Entonces, ¿una carrera esta noche?

—Puedes quedarte en Málaga si no te apetece.

—Una mierda me voy a quedar en Málaga.

—Bien. Entonces esta noche correrás una carrera —respondió, y por su tono de voz pude notar que ese había sido el plan desde el principio: conseguir que yo corriera esta maldita carrera que ella había organizado de la nada, porque le pertenecía la pista de carreras y tenía una visión muy precisa de quiénes eran los organizadores de las carreras. Probablemente solo había tenido que batir las pestañas verbalmente un poco, y esos tipos supuestamente duros como el acero habían saltado para cumplir todos sus deseos. Y cuando más tarde se parara frente a ellos, a mi

lado, aun así no tendrían ni idea de quién era ella.

De alguna manera, me gustaba este desarrollo. Significaba que ella se estaba acostumbrando poco a poco a tomar lo que quería, y lo que le correspondía. El cártel a sus espaldas permitía tales avances audaces. Si uno podía presentar los argumentos correctos cuando era necesario, el resto solía ser un juego de niños. Al menos mientras uno se moviera en tales terrenos, y no se tratara precisamente de chantajear al presidente.

Andra tenía ciertas herramientas a su disposición, y cuanto antes aprendiera a usarlas y sacar ventaja personal de ellas, más rápido le caería todo esto en el regazo de forma natural. Se convertiría en algo natural, sin ir acompañado de la pregunta de si realmente estaba bien o si tendría consecuencias.

El cártel no conocía consecuencias, al menos no en el sentido en que ocurría con las personas normales de la sociedad. Si la policía nos pisaba los talones... simplemente morían algunos hombres, y luego eran reemplazados con éxito por otros que teníamos bajo control. La comisaría que había perdido seis policías había recibido reemplazos en un abrir y cerrar de ojos. De la mafia rusa, y de nosotros. Eso significaba que teníamos bajo nuestro control una de las estaciones más importantes de toda la ciudad y que en el futuro la probabilidad de que tuviéramos problemas en este sentido era malditamente baja.

Por supuesto, todo esto se había ocultado para que no apareciera en ninguno de los periódicos diarios o se difundiera de otra manera. Nadie necesitaba saber cuán grande era nuestra influencia en la ciudad en este momento. Procedíamos en silencio y en secreto para que no surgieran preguntas. Y en año y medio nadie recordaría lo que realmente había sucedido y creería que siempre había sido exactamente así y no de otra manera.

En consecuencia, también se volvía cada vez más fácil encubrir ciertos acontecimientos, y todo esto directamente bajo los ojos del público local, justo frente a las masas de turistas y los ricos y famosos, que preferían cerrar ambos ojos ante lo que sucedía allí afuera en lugar de ocuparse del hecho de que parte de su dinero provenía precisamente de tales negocios.

Pero nada de esto importaba, porque la pista de carreras era bastante segura de todos modos. Segura y protegida de los ojos del público. Sin interés para la policía, porque Andra llevaba años pagando generosos sobornos al lugar correspondiente —lo que al menos significaba que ella siempre había llevado una parte del cártel dentro de sí—, y además la infraestructura del grupo allí estaba tan desarrollada que ni siquiera se necesitaba una llamada para difundir la noticia de una nueva carrera. Los participantes se informaban mutuamente. Una breve visita. Para mí bastaba con ver un coche tuneado cerca de la *Alcazaba* y ya sabía que el asfalto estaba llamando.

—Solo para que quede claro —comencé después de unos segundos, que Andra ya había utilizado para volver a manipular algo en el capó frente a nosotros—. ¿Ya te has familiarizado con el coche y yo debo ganar la carrera esta noche?

—¿Qué te impide sentarte en el coche y obtener la misma ventaja?

—Málaga no es precisamente adecuada para...

Andra se dio la vuelta, apoyándose ahora contra el capó. Levantó una ceja. —Alrededor de la ciudad hay suficientes rutas que bien podrían pasar por circuitos no oficiales.

—Ambos sabemos que no es lo mismo.

—Y aun así es suficiente para averiguar lo que necesitas saber. Además, no es la primera vez que conduces el Challenger.

—¿Quién sabe qué cambios has hecho!

Andra entornó los ojos. —Seguramente ninguno que vaya a matarte, Rafael.

—¿Por qué no te subes simplemente al coche y lo averiguamos juntos?

Su mirada recorrió su cuerpo y luego el coche a sus espaldas. —Porque todavía tengo algunas cosas que hacer antes de que esta noche nos llevemos una victoria a casa.

Era una excusa maravillosa que de ninguna manera iba a dejar pasar. Así que agarré a Andra por la cintura, me la eché al hombro a pesar de sus ruidosas protestas y la llevé afuera, donde el Challenger ya nos estaba esperando. El sol se reflejaba en la pintura del vehículo que parecía nuevo. Nada recordaba el accidente que había tenido con él. La derrota que había experimentado por haber destrozado otro coche. En cambio, parecía impecable. Como recién salido del concesionario.

—¿Qué pasará cuando use el acelerador, eh? ¿Nos dispararemos a la luna? —Para entonces sus protestas se habían apagado, así que pude dejarla en el lado del copiloto y abrirle la puerta.

Inocentemente, se encogió de hombros. —Averígualo tú mismo, si tanto te interesa.

Andra abrió la otra puerta y buscó unas toallitas húmedas que había olvidado en el compartimento lateral para al menos quitarse las manchas más grandes de las manos y los brazos, lo que en realidad tenía sentido con la tapicería... si a uno le importaba el estado de los asientos de cuero.

—Simplemente sube —ordené mientras rodeaba el coche—. Yo pagaré la limpieza.

—¿Limpieza? ¿Por unas manchas de aceite?

La miré sombríamente. —¿Quién dice que esas serán las únicas manchas al final?

ANDRA

No podía recordar haber sentido alguna vez la misma ansiedad al entrar en el Circuito Ascari. Este lugar jugaba un papel tan condenadamente central en la historia de Rafael y mía. Aquí había empezado todo. Aquí había ocurrido lo que finalmente me había llevado de vuelta a sus brazos. Aquí le dejaría claro de una vez por todas que no tenía intención alguna de dejarlo otra vez. Porque ese pensamiento estaba atascado en su mente como un chicle pegado a un zapato en un día particularmente caluroso. Aunque solo lo había mencionado una vez y yo había intentado elegir las palabras correctas para asegurarle que nada de eso sucedería, no estaba segura de si realmente era suficiente. Si le faltaba la seguridad, era mi deber dársela, porque Rafael me había demostrado lo suficiente en las últimas semanas y en todos los años que nos conocíamos, que me apoyaba por completo. Sin peros. Sin dejar el más mínimo espacio para la duda. Al final, las dudas habían surgido de mis propios pensamientos y eran producto de mi propia inseguridad. Nada más. Rafael era el que menos culpa tenía de todo esto, eso estaba claro.

Por eso era aún más importante para mí acercarme a él al mismo nivel, aunque significara admitir una vulnerabilidad contra la que mi subconsciente luchaba. Lo había mantenido a distancia durante mucho tiempo, me había escondido de él y había buscado formas de poder estar a su lado sin estar presente al cien por cien. Pero eso se acabó. De una vez por todas.

De alguna manera, había logrado superar mis propios miedos y me había sentado a escribir lo que no podía decir en una conversación. Darle una forma que dominaba. Con la que podía decir lo que pasaba dentro de mí sin tropezar con palabras y pensamientos. Una forma que el propio Rafael me había enseñado, sin saber qué cambio provocaría. Hacia dónde me llevaría todo esto.

Había escrito una canción, y la pista de carreras se convertiría en mi escenario personal antes de que todo comenzara.

Cinco minutos en los que los focos estarían sobre mí, no sobre los pilotos presentes o sus coches. Solo yo, un micrófono y Rafael, que no tenía ni idea de nada y probablemente me castigaría después por haber llevado a cabo una acción tan cursi frente a todos los presentes.

Pero también sabía que era lo que faltaba. Lo que finalmente haría que las preocupaciones se desvanecieran y pudiéramos mirar juntos hacia el futuro, unidos y al mismo nivel. Sin segundas intenciones. Sin esa pregunta que parecía omnipresente en él, aunque no la expresara.

Después de todo, ya estaba claro que no me apartaría del lado de Rafael. Ni ahora, ni en el futuro. Nunca más.

Lo interesante de todo el asunto solo me di cuenta cuando eché un vistazo a la parrilla de salida y de repente me percaté de que los coches desaparecerían en la oscuridad absoluta en pocos segundos. Todavía estaban allí, como era habitual antes de una carrera, hombres y mujeres reunidos, charlando o desafiándose unos a otros. Probablemente el idiota de la última carrera

también estaría presente, arremetiendo contra Rafael simplemente porque le apetecía molestar a los otros pilotos, una táctica. Nada más.

Rafael no perdería hoy, sin importar quién lo amenazara, se burlara de mi presencia o hiciera cualquier cosa para que la palabra derrota se mencionara en su presencia.

El tiempo en el que perdía una y otra vez había terminado; yo me encargaría de eso.

A pesar de eso, o tal vez precisamente por eso, sentí cómo se extendía una sensación inusual en mi estómago. Normalmente no conocía algo como el miedo escénico. Subía al escenario, hacía lo mío y al final caía satisfecha en mi cama. Solo que esta vez no había miles de personas presentes y tampoco se trataba de entretenerlos a todos. Esta noche se trataba solo de este hombre y los sentimientos que había tenido por él durante tanto tiempo, y que sin embargo rara vez expresaba.

Uno de los organizadores me hizo una señal antes de que de repente se apagaran todas las luces en toda la pista de carreras y el lugar entero quedara sumido en la oscuridad, a excepción de las estrellas sobre nuestras cabezas.

Agarré el micrófono con más fuerza. De alguna manera, en aquel entonces, hace tantos meses, había sido más fácil estar en un escenario y preguntarle de manera juguetona si quería unirse a mí. Había sido fácil rodearlo con mis brazos, convencerlo para que cantara conmigo e influir en la selección de canciones.

Antes de darme cuenta realmente de lo que estaba pasando, me encontraba en el medio de la pista de carreras, justo en la línea de salida y meta, frente a los coches en espera. Uno de los focos cobró vida, bañándome en una luz cálida y aunque no había querido mirar en su dirección, por pura nerviosismo, lo hice de todos modos.

Solo permaneció un momento detrás del volante antes de salir. Tragué todas las emociones que surgían en mí y escuché la música que comenzaba, tocada entre bastidores por la banda con la que solía estar en el escenario.

Para mi sorpresa, Rafael no mantuvo la distancia. Con expresión seria, se acercó a mí. De repente, sus brazos rodearon mi cintura, atrayéndome hacia su cuerpo. Sentí su calor y cómo me obligaba con un suave movimiento a moverme al ritmo de la música. Como si esto fuera una especie de primer baile. En una boda. Porque no era capaz de dejarme el gran gesto solo a mí, sino que tenía que superarlo.

Si funcionaría como él creía, pronto lo descubriría. Bloqueé el resto del mundo, permití que solo Rafael llenara mi conciencia y levanté el micrófono a mi boca.

—You gave me a shoulder when I needed it ...

EPILOGUE

Con una leve sonrisa en los labios, escuché los ruidos en la planta baja. Cómo la puerta de entrada se cerraba, cómo Andra se quitaba los zapatos y probablemente se detenía un poco perdida, porque abajo no encontraba el más mínimo indicio de mi presencia, aunque le había asegurado que ya estaba en casa.

En casa, entre nuestras propias cuatro paredes. No en los barracones. No en la *Alcazaba*. Sino en una casa que no tenía historia que contar. Ni de nosotros, ni de ningún propietario anterior. Había sido recién construida, se encontraba en un lugar desde donde podíamos contemplar toda la ciudad sin estar en medio de ella. El camino a la sede principal del cártel no estaba lejos, como tampoco lo estaba el que llevaba a la playa. Si uno se concentraba en el silencio del entorno, podía escuchar el murmullo del mar, cómo las olas rompían en la orilla virgen, lejos del puerto y las masas de turistas.

Era perfecto. Perfecto para cerrar el capítulo del pasado y comenzar un futuro que solo nos uniría más, en lugar de invocar un problema tras otro.

Como no quería asustarla, cogí la guitarra que había dejado a mi lado en la cama y la coloqué sobre mi vientre de manera que pudiera tocarla cómodamente.

Después de mudarme a los barracones, la había guardado durante mucho tiempo en alguna caja polvorienta en nuestra antigua casa. Pero ya no había cargas del pasado que ocultar. Ahora tratábamos todo abiertamente: todo recibía el espacio y el tiempo que necesitaba. Solo así podíamos asegurarnos de que las cosas mejoraran. No empeoraran.

Puse los dedos sobre las cuerdas y toqué algunas notas que resonaron por toda la casa a través de la planta abierta, o al menos eso me indicaron los pasos en la escalera que se acercaban lentamente al dormitorio. Poco después, oí a Andra empujar la puerta con el pie. Probablemente estaba apoyada en el marco con los brazos cruzados, pues sentí su mirada sobre mi torso desnudo. Inquisitiva.

—¿Tienes planes de trabajar como modelo de portada para alguna revista próximamente?

Por un momento me detuve, porque el comentario bastante mordaz me hizo reír. Levanté una ceja, aunque ella no pudiera verlo. —¿Tendrías algún problema si media España me viera desnudo?

—No te reprimas —respondió divertida—. Pero recuerda que pueden mirar, pero seguramente no se les permitirá tocar.

—¿No?

—No. —El suave gruñido en su voz hizo que se me erizara el vello de los brazos.

—Deberías tomar asiento para que pueda mostrarte cuáles son mis intereses —respondí con un tono afilado.

—¿Y me lo vas a demostrar tocando esa guitarra mientras yo observo?

Levanté una mano y le hice un gesto para que viniera de una maldita vez. —Date prisa antes de que cambie de opinión.

Ambos sabíamos que eso no sucedería, pero eso no hacía que la amenaza fuera menos efectiva. O atractiva.

Un segundo después, Andra apareció a mi lado, con los brazos aún cruzados.

—Pantalones —le recordé y observé satisfecho cómo se bajaba los vaqueros por el trasero y finalmente salía de ellos, repitiendo el mismo proceso con sus bragas.

—Y ahora: Siéntate —ordené con voz ronca.

Vi la protesta brillar en sus ojos y negué con la cabeza en señal de advertencia. No quería oír nada de eso. Si me asfixiaba entre sus piernas mientras su sabor se extendía por mi lengua, su excitación nublaban mis sentidos y sentía cómo el deseo se apoderaba de su cuerpo, eso resultaría, en mi caso, el mejor final posible para la vida que llevaba.

—Sin discusión —añadí y noté con un tono satisfecho en mi garganta cómo se apoyaba en el cabecero para pasar una pierna por mi lado izquierdo antes de colocar la otra a la derecha, de modo que quedó arrodillada directamente sobre mi cara. Andra ya estaba húmeda, pero aún no había interiorizado seguir mis instrucciones sin peros ni objeciones.

Con otro gruñido, agarré su cadera. —Dije: Sién. ta. te.

Sin previo aviso, la tiré hacia abajo. Ella jadeó sorprendida, mientras yo, por un momento, vi el cielo.

Inmediatamente, sus manos se aferraron al cabecero de la cama. Incluso antes de que mi lengua se lanzara, moviéndose entre sus piernas y encontrando con determinación el camino hacia su punto más sensible. Sin previo aviso, comencé a estimularla. Jugando con su clítoris, succionando y haciendo lo que la haría gritar en cuestión de segundos.

Mientras tanto, seguía sujetando firmemente sus caderas, porque ya estaba retorciéndose, intentando escapar del foco de mi boca. Pero este primer orgasmo no era opcional. Quería que se corriera en mi rostro, que su humedad lo cubriera todo, para poder seguir saboreándola más tarde cuando me despertara con ella en mis brazos.

Todavía intentaba aliviar parte de su peso sobre mí, pero la pura fuerza con la que la mantenía en esa posición pronto hizo que relajara sus músculos y cediera a mi voluntad.

Aunque le permitía moverse contra mi lengua, mi boca, el control era completamente mío. Sobre su excitación. Sobre su cuerpo. Sobre su placer.

Una y otra vez cambiaba el ritmo y el lugar donde la estimulaba. A veces me deslizaba sobre su entrada hasta que su respiración se entrecortaba, luego subía de nuevo para provocar su clítoris con la punta de mi lengua hasta que gemía, sus piernas temblaban y mi nombre escapaba de sus labios. Suplicante. Lujurioso. Como si me adorara por lo que le hacía sentir a su cuerpo.

Mantuve a Andra sobre mi rostro, permaneciendo entre sus piernas, hasta que no solo un orgasmo la hizo temblar, sino hasta que el segundo también la atravesó y casi hizo que no pudiera mantenerse erguida. Solo después de que las últimas olas hubieran recorrido su cuerpo y su respiración comenzara a normalizarse lentamente, la liberé y permití que se deslizara a mi lado en la cama.

Sin embargo, solo por un momento, porque luego se puso de nuevo en posición vertical, se inclinó sobre la guitarra que aún descansaba sobre mí, y abrió mi cinturón antes de deslizarse hacia abajo, despojándose de mis pantalones. Apenas estos tocaron el suelo, se enderezó, se giró hacia mí y tomó asiento en mi regazo, con mi polla presionada contra mi vientre, mientras su coño la mantenía justo allí. Se deslizó sobre mí, soltando un suave silbido cuando el piercing

rodó sobre su clítoris hinchado y luego me lanzó una mirada que realmente debería haberme advertido.

Aun así, me pilló desprevenido cuando se inclinó hacia adelante, apoyándose con la mano junto a mi cabeza y se cernió sobre mí. Su cabello me hacía cosquillas en el hombro mientras sus labios se deslizaban sobre los míos. Sentí su lengua antes de que me besara de una manera que hizo que mi polla palpitara traicioneramente.

Y por supuesto, ella sonrió.

Porque esta maldita vez me tenía en sus manos.

—Realmente quieres estar dentro de mí con urgencia, ¿no es así? —susurró lascivamente contra mis labios, abriendo lentamente los ojos para que nuestras miradas se encontraran.

Oí cómo la sangre me zumbaba en los oídos. *Mierda.*

—¿Es realmente necesaria esa pregunta? —gruñí con un rugido en el pecho.

La más leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Por supuesto. Porque voy a follarte, Rafael. Pero solo mientras toques para mí —susurró. Me tomó un momento entender lo que quería decir con eso. ¿Cómo demonios se suponía que me concentrara en tocar un instrumento cuando toda mi sangre estaba en mi polla dura como una roca, que ansiaba disfrutar de su cálida humedad?

Habría sido tan fácil tomar el control, enterrarla debajo de mí y forzar sus piernas a abrirse para poder penetrarla profundamente y obtener lo que quería. Pero... eso también significaría menos diversión. Una parte de mí quería ver si ella se atenía a sus propias reglas. Si era capaz de cultivar su lado dominante el tiempo suficiente para agotarme mental y físicamente. ¿Era solo una reacción surgida del momento... o había otro lado de mi mujer que no había percibido antes porque nunca había salido a la luz?

Ella era capaz de resistirse, de encenderme con comentarios atrevidos y jugar a ser la pequeña zorra perfecta que solo necesitaba una buena follada para domar su lado arisco... pero, ¿era Andra realmente capaz de llevar hasta el final el juego que había comenzado?

—Parece que tenemos un trato —respondí finalmente, atrapando su labio inferior entre mis dientes y haciéndolo sangrar.

Con una mano apoyada en mi pecho, se incorporó y levantó ligeramente las caderas para poder agarrar mi polla. Como por casualidad, sus dedos se deslizaron sobre los dos piercings, enviando un hormigueo por mi cuerpo que se sentía casi eléctrico. Mi pelvis se sacudió automáticamente hacia ella, pero Andra simplemente arqueó una ceja de nuevo, hasta que con un sonido poco entusiasta agarré la guitarra e intenté recordar alguna canción. Me habría gustado afirmar que era algo que funcionaba por sí solo, pero en ese momento me di cuenta más que nunca de cuánta capacidad cerebral se necesitaba realmente para sacarle a una maldita guitarra algo que sonara remotamente melódico y parecido a una canción.

No sé cómo, pero logré tocar algo que fue suficiente para que Andra se dejara caer lentamente, centímetro a centímetro, sobre mi polla. Aun así, tuve que cerrar los ojos para no descuidar la tarea que me había encomendado. Qué fácil habría sido quitar las manos del instrumento y simplemente disfrutar de cómo se sentían sus músculos a mi alrededor. Concentrarme en la sensación que recorría mi cuerpo cuando estaba dentro de ella.

—¿No me digas que ya te estás rindiendo? —su voz desafiante se coló en mi conciencia.

Al menos poco a poco me iba haciendo una idea de lo que significaba para ella cada vez que la ponía en una situación así.

Me esforcé más, pero lo que estaba produciendo seguramente no se convertiría en una obra maestra. De alguna manera, todavía creía tener una oportunidad realista de aguantar hasta el

final, hasta que Andra empezó a tararear la canción que yo tocaba. Al principio muy suavemente, apenas lo notaba.

Pero entonces lo sentí. Sentí cómo su coño se contraía a mi alrededor al ritmo de lo que yo tocaba.

En principio, ese fue el momento en que me rendí. Mi cabeza cayó hacia atrás mientras un sonido gutural se formaba en mi garganta.

Pero no tuve la oportunidad de disfrutar de la nueva sensación. En cambio, Andra se quedó completamente quieta. Ya no se movía. Casi como si ni siquiera respirara. Y eso a pesar de que sentía mi polla palpitando dentro de ella, exigiendo más atención. Pidiendo que continuara.

Pero ella inclinó la cabeza, con esa expresión de reproche en sus ojos. —Sigue —exigió—. Quiero sentirte de verdad. Y no puedo hacerlo si no haces lo que te digo.

Como para subrayar sus palabras, movió sus caderas hacia adelante y hacia atrás, lo que nos hizo a ambos inhalar bruscamente.

Esto no iba a terminar bien.

Y ciertamente no como ella esperaba.

Apreté los dientes, pulsé de nuevo las cuerdas, aunque lo que más deseaba era agarrarla por el cuello, tirarla sobre la cama y presionarla contra el colchón con mi peso tan profundamente que no tuviera motivos para quejarse del cambio de planes. Solo mejoraría si mientras tanto tuviera una mano en sus pechos, estimulándola adicionalmente y asegurándome de que un poco de dolor se mezclara con el placer que sentía.

Pero aún estaba dispuesto a jugar según sus reglas. Especialmente ahora que se movía de nuevo. Deslizándose arriba y abajo sobre mi polla, mirando entre nuestros cuerpos para seguir exactamente cómo la penetraba una y otra vez, separándola y asegurándose de manera natural que mis piercings la estimularan en los lugares importantes, deslizándose repetidamente sobre ellos, al ritmo exacto que ella marcaba.

No estaba diseñado para llevarnos a ambos al clímax lo más rápido posible. En cambio, se torturaba a sí misma permaneciendo en la meseta del placer que yo había establecido, y a mí, haciendo que mi polla se sintiera tan dura dentro de ella que casi dolía, y mi cerebro se sintiera más que follado porque una parte tenía que concentrarse constantemente en no arruinar el solo de guitarra.

Tal vez la próxima vez, como una especie de venganza, debería sentarla frente a un piano y desaparecer entre sus piernas hasta que sus dedos ya no fueran capaces de producir algo melódico. Podría tener una voluntad de hierro y más razones para esforzarse, pero al final sería capaz de entender exactamente en qué situación me había puesto.

Maldición tras maldición salían de mis labios. No podía besarla. No podía agarrar sus pechos, ni dirigir sus caderas para penetrarla aún más fuerte.

Andra me había engañado, aprovechando la situación que yo había preparado para su ventaja. Ahora estaba indefenso ante ella y ni siquiera podía decir que no me gustaba.

Simplemente me estaba volviendo loco.

Estaba aún más agradecido de que ignorara cada error que cometía. Mientras yo tocaba, ella se movía sobre mí. Dejaba que sus manos se deslizaran por su cuerpo y hacía lo que normalmente yo habría hecho. Seguía cada uno de sus movimientos con precisión, dirigiéndola con mis miradas para maniobrarla sistemáticamente hacia el punto de no retorno, que consistía en que ella misma ya no pudiera soportarlo y cediera. Que se rindiera, me cabalgara despiadadamente hasta el orgasmo y olvidara que me había asignado una tarea en primer lugar.

—Lo estás haciendo bien —dijo con ese tono sexy. Un elogio que catapultó mi pelvis hacia

arriba y la hizo deslizarse un poco hacia adelante en mi dirección.

Mierda. No estaba acostumbrado a esto. Normalmente era yo quien la elogiaba. Quien le susurraba al oído lo bien que lo estaba haciendo y cuánto me gustaba lo que hacía. Escuchar algo así de su boca ahora me hizo tragar saliva. ¿Por qué tenía este maldito efecto en mí?

La había deseado todo el tiempo, pero ahora... La guitarra se estrelló contra el suelo, permitiéndome tomar el control sin impedimentos. Un sonido de sorpresa escapó de ella, luego la empujé de espaldas sobre el colchón, sin salir de ella ni un segundo. Sin vacilar, retomé el ritmo anterior. Por un momento. Luego la embestí tan fuerte que el cabecero golpeó contra la pared y su placer se transformó en algo vivo.

No era suficiente aferrarse a mis antebrazos. Sus manos se desplazaron hacia mi espalda, y sentí sus uñas mientras la penetraba, asegurándome de que sintiera exactamente la frustración que había acumulado antes.

¿Tocar para Andra para que me follara? Un buen intento. Pero nada más que eso. Nunca se impondría. Más bien, ignoré su protesta apenas existente, tomé el control y la poseí de la manera que consideraba correcta y apropiada.

Su cuerpo me daba la bienvenida de todos modos, se movía hacia mí porque no podía hacer otra cosa. Se derretía bajo mi cuerpo, transformándose en alguien que solo se guiaba por el placer y la excitación que yo le proporcionaba.

Así es exactamente como debía ser. Sus gemidos en mi oído, su cuerpo apretado contra el mío, nuestras caderas chocando con fuerza y mi polla hundiéndose cada vez más profundo en ella, porque su interior se cerraba más y más a mi alrededor, para que me quedara dentro de ella, continuara estimulándola de la manera correcta y me asegurara de que no sintiera nada más que deseo apasionado y excitación.

Aproveché el momento para inclinarme, deslizar mis labios sobre su oreja y presionar mi lengua contra su pulso acelerado justo debajo. Se me escapó una risa ronca. —Fue un intento realmente noble, Andra. Pero soy yo quien te controla. Soy yo quien hace que tu corazón se rebele violentamente contra tu pecho. Soy yo quien hace que tu coño se apriete firmemente a mi alrededor. Yo manejo los hilos para que tu cuerpo se derrita en un orgasmo. Todo esto está en mis manos... no en las tuyas, *mi media naranja*.

Y nada cambiaría en el futuro, porque cuando Andra decidió que me quería, cuando dijo que sí el día de nuestra boda, y también cuando hace poco finalmente preguntó si podía recuperar su anillo, en todos esos momentos había decidido no pertenecer a nadie más que a mí. Se había confiado a mí. Me había entregado su cuerpo, su mente y su alma.

Yo lo poseía todo de ella.

Pero a cambio, y esto también era un hecho, ella poseía todo de mí.

Solo que no el control mientras la follaba.

¡Gracias por leer SAVAGE! Espero que hayas amado a Rafael y Andra. Si ahora te preguntas cómo llegaron Talia y Santiago a ser pareja, ¡te recomiendo encarecidamente INDESTRUCTIBLE! ¡Pero también puedes leer sobre el ardiente jefe de la mafia rusa y descubrir cómo convirtió a la fogosa pelirroja en su compañera!

Ella es una fruta prohibida.

Una mujer que no debería desear.

La luz en mi oscuridad.

Me mantiene a distancia, pero no puede negar la atracción entre nosotros.

Cada caricia, cada beso robado me hace caer aún más de rodillas.

Es mía. Aunque debería odiarla.

THALASSA

Él entró en mi vida inesperadamente.

El hombre que es tabú para mí en más de una forma.

Intento mantenerlo a distancia.

Sin embargo, con cada día que paso bajo su techo, me siento más atraída hacia él.

Mucho antes de que posea mi cuerpo, mi mente ya le pertenece.

Él sangra por mí.

Mata por mí.

Y reclama cada parte de mi oscuro corazón para sí.

Si en cambio te apetece un ruso ardiente ...

JEMIMA

Mi psique está jodida. Eso lo sé.

¿Por qué más permitiría que mi acosador me observe? Siempre está ahí. Mirándome.

Me cuida. Se asegura de que nadie más se me acerque demasiado. Incluso ha matado por mí.

Pero eso no es suficiente.

Porque lo quiero solo para mí.

En mi vida. En mi cama. Quiero que me posea.

Cada centímetro de mí. Mi alma ya le pertenece.

Pero el resto...

DMITRIJ

No quería desarrollar una obsesión.

Pero ya es demasiado tarde, y ahora no puedo evitar ser parte de su vida. Me atrae como un imán.

Mi bruja escocesa.

Una vez la salvé. Ahora es demasiado pura para ensuciarla con mi oscuridad. Aun así, la anheló.

Y ella me hace la vida un infierno... para que le dé lo que quiere.

No quiero tocarla, pero algo me dice que pronto no tendré otra opción.

¡Lee CRUCIFICAR ahora!

INFORMACIÓN IMPORTANTE

El mejor marketing no vale NADA si un lector no le muestra a otros interesados que le gustó un libro.

Por lo tanto, si quieres ayudarme a mí y a mis libros a ser vistos, te agradecería mucho si publicaras una breve reseña en Amazon. También puedes simplemente usar la función de estrellas del Kindle, es absolutamente lo mismo. Lo importante es que le hagas saber a todos los demás si te gustó.

Muchas gracias a todos los que apoyan diligentemente cada libro y me ayudan así a poder publicar más libros <3